

**Redburn:
Su Primer Viaje**

Por

Herman Melville

I

DE CÓMO EL GUSTO POR EL MAR NACIÓ Y CRECIÓ EN WELLINGTON REDBURN

—Wellington, ya que tienes intención de embarcarte, ¿por qué no te llevas mi chaqueta de caza?; es justo lo que necesitas... Llévatela, te ahorrarás tener que comprar una. Ya lo verás, es muy caliente; tiene los faldones largos, duros botones de cuerno y muchos bolsillos.

Así, con toda la bondad y sencillez de su corazón, me habló mi hermano mayor la víspera de mi partida hacia el puerto.

Y, Wellington —añadió—, ya que ambos andamos cortos de dinero, y te hace falta un equipo, y no tengo nada que darte, puedes llevarte también mi carabina y venderla en Nueva York por lo que te den. No, llévatela, a mí ya no me sirve; no me queda pólvora para cargarla.

Por aquel entonces yo no era más que un muchacho. No mucho tiempo antes mi madre se había trasladado desde Nueva York a un agradable pueblo junto al río Hudson, donde vivíamos muy tranquilos en una casita. Varios amargos desengaños en ciertos planes que había proyectado y la necesidad de hacer algo para ganarme la vida, unidos a mi natural disposición aventurera, habían conspirado en mi interior para enviarme al mar como marinero.

Llevaba varios meses leyendo con detenimiento periódicos atrasados neoyorquinos y estudiando encandilado las largas columnas de noticias marítimas, que ejercían un extraño y romántico encanto sobre mí. Una y otra vez, devoraba anuncios como el siguiente:

DESTINO: BREMEN

El bergantín Leda, forrado y remachado con cobre, tras haber casi completado su estiba, zarpará rumbo al puerto arriba mencionado el martes 20 de mayo.

Para cuestiones de carga o pasaje preguntar a bordo en el muelle de Coenties.

Cada una de las palabras de un anuncio como ése evocaba cientos de imágenes en mi joven imaginación de tierra adentro.

«¡Un bergantín!». La misma palabra resumía la idea de un navío ennegrecido y castigado por el mar, con bordas altas y cómodas y airosos mástiles y vergas.

«¡Forrado y remachado de cobre!». ¡Sólo eso ya olía a agua salada! Qué diferentes debían ser esos barcos de las balandras de madera de un solo palo pintadas de verde y blanco que se deslizaban por delante de nuestra casa a

orillas del río.

«¡Tras haber casi completado su estiba!». Qué anuncio tan trascendental, y cómo evocaba en la imaginación la idea de balas rancias, y cajas llenas de seda y satén y cómo me llenaba de desprecio por los viles cargamentos de heno y madera con los que me habían familiarizado mis vivencias en el río.

«Zarpará el martes 20 de mayo...», ¡y el periódico tenía fecha del 5 del mismo mes! Quince días de antelación, pensadlo por un instante; qué importancia debía de tener aquel viaje si habían establecido con tanta anticipación el momento de la partida; las balandras del río no acostumbraban a hacer planes a tan largo plazo.

«¡Para cuestiones de carga y pasaje preguntar a bordo!». ¡Pensad en subir a bordo de un bergantín forrado y remachado de cobre y comprar un pasaje para Bremen! Y ¿quién podría ir a Bremen? Sin duda sólo extranjeros; hombres de tez oscura y negras patillas que hablaban en francés.

«Muelle de Coenties». Amarrados allí debía de haber muchos más bergantines y toda suerte de barcos. El muelle de Coenties estaría cerca de hileras de almacenes de aspecto deprimente, con puertas y persianas de hierro oxidado, y techumbre de teja; y anclas viejas y cadenas apiladas en la calle. Y también habría en las cercanías muchos viejos cafés en los que no dejarían de entrar y salir capitanes tostados por el sol que fumaban cigarros y hablaban de La Habana, Londres y Calcuta.

Todas aquellas ensoñaciones se apoyaban a la perfección en los recuerdos borrosos de muelles, almacenes y consignatarios de los que me había provisto mi primera infancia vivida en un puerto de mar.

En particular, recordaba haber estado con mi padre en el muelle cuando un gran navío salía por la bocana del puerto. Recordaba los «¡Halad, halad!» de los marineros, de los que tan sólo asomaban los gorros de lana por encima de las altas bordas. Recordaba haber pensado que iban a cruzar un gran océano y que ese mismo barco, y esos mismos marineros, que ahora estaban tan cerca, pasado un tiempo estarían en Europa.

Añádase a todas esas reminiscencias que mi padre, ahora fallecido, había atravesado varias veces el Atlántico por cuestiones de negocios, pues había sido importador de Broad Street. Y que, en las tardes invernales, en Nueva York, junto al bien recordado fuego de carbón traído por mar en la vieja Greenwich Street, nos hablaba a mi hermano y a mí de olas monstruosas, grandes como montañas; de mástiles que se combaban como ramas; y sobre todo de Le Havre, y de Liverpool, y de cuando subió a la cúpula de la catedral de St. Paul en Londres. Desde luego, durante mi infancia, la mayor parte de las ideas que tenía sobre el mar estaban relacionadas con tierra adentro, pero eran

tierras lejanas, llenas de catedrales e iglesias musgosas, y de callejas largas y sinuosas, sin aceras y rodeadas de extrañas mansiones. Y sobre todo me esforzaba en imaginar qué aspecto tendrían esos sitios los días de lluvia y los sábados por la tarde; y si allí tendrían sábados y días de lluvia como nosotros; y si los niños irían a la escuela y estudiarían geografía y llevarían el cuello de la camisa ceñido con una cinta negra; y si sus padres les dejarían llevar botas, en lugar de los zapatos que a mí tanto me disgustaban, porque las botas me parecían más viriles.

A medida que me fui haciendo mayor, mis pensamientos volaron más alto, y con frecuencia me sumía en largas ensoñaciones sobre viajes y expediciones lejanas, y pensaba en lo estupendo que debía ser poder hablar de países bárbaros y remotos; y en el respeto y admiración con los que me miraría la gente si acabase de volver de la costa de África o de Nueva Zelanda; en lo atezadas y novelescas que parecerían mis mejillas; en cómo traería conmigo ropa extranjera de suntuosos tejidos y confección principesca, y la llevaría puesta cuando paseara por la calle, y en cómo los mozos de las verdulerías volverían la cabeza para mirarme. Pues recordaba muy bien que yo mismo me había quedado mirando boquiabierto a un hombre que me indicó mi tía en la iglesia y del que me contó que había estado en Arabia Pétreo y había vivido allí muchas extrañas aventuras que yo había leído con mis propios ojos en el libro que escribió al volver: un libro de aspecto árido con las cubiertas amarillentas.

—Mira qué ojos tan grandes tiene —susurró mi tía—: se le volvieron tan grandes porque cuando estaba a punto de morir de hambre en el desierto vio una palmera datilera con los frutos maduros colgando de ella.

Y al oír aquello lo miré de tal modo que sus ojos acabaron por parecerme mayores de lo normal, y me dio la impresión de que le sobresalían de la cabeza como los de una langosta. Estoy seguro de que fueron mis propios ojos los que crecieron mientras lo miraba. Cuando salimos de la iglesia, quise que mi tía me acompañara a seguir al viajero hasta su casa. Pero ella afirmó que la policía nos arrestaría si lo hiciéramos, y nunca volví a ver a aquel maravilloso viajero árabe. Sin embargo, siguió obsesionándome mucho tiempo, y soñé con él varias veces, y pensaba que sus grandes ojos se habían agrandado aún más; y una vez tuve una visión de la palmera datilera.

Con el paso del tiempo, mis pensamientos tendían cada vez más a demorarse en las cosas extranjeras, y busqué miles de maneras de satisfacer mis gustos. Teníamos en la casa varios muebles que habían traído de Europa. Y yo no hacía más que inspeccionarlos una y otra vez, y me preguntaba dónde habría crecido esa madera; y si los artesanos que los habían fabricado vivirían todavía, y a qué se dedicarían ahora.

También teníamos en el comedor varios cuadros pintados al óleo y unos grabados antiguos que mi padre había comprado en París.

Dos de ellos eran marinas. Una representaba un gran bote de pesca ennegrecido, con tres marineros patilludos con gorro rojo y los pantalones arremangados que halaban una red. En un lado había un escarpado fragmento de costa de aspecto francés, y un faro ruinoso y gris en lo alto de todo. Las olas eran de color marrón tostado, y toda la imagen tenía un aire antiguo y añejo. Yo pensaba que si me comía un trozo tendría buen sabor.

La otra representaba tres viejos navíos de guerra franceses con castillos tan altos como pagodas, a popa y a proa, como los que aparecen en Froissart, y unas cómodas torretas en lo alto de los mástiles, llenas de hombrecillos que llevaban algo indistinguible en las manos. Los tres navegaban por un mar azul brillante, tan azul como el cielo de Sicilia; estaban escorados formando un ángulo temible y debían de navegar muy deprisa, pues la espuma blanca rodeaba las proas como una tormenta de nieve.

Además, teníamos dos grandes álbumes franceses verdes de estampas coloreadas que a esa edad yo apenas podía levantar. Todos los sábados mis hermanos y hermanas los sacaban del rincón donde estaban guardados y los extendíamos en el suelo para contemplarlos con infinito deleite.

Las había de todo tipo. Algunas eran estampas de Versalles, con sus bailes de disfraces, sus salones, sus fuentes y sus patios y jardines, con sus largas líneas de espesos setos podados para formar fantásticas puertas y ventanas, y torres y pináculos. Otras eran escenas rurales en las que abundaban los cielos bonancibles, las vacas pensativas metidas en el agua hasta las rodillas, y los pastores y las cabañas a lo lejos medio tapados por viñas y viñedos.

Y otras eran ilustraciones de historia natural que mostraban rinocerontes y elefantes y tigres rayados; y sobre todo había una estampa de una enorme ballena, tan grande como un barco y cubierta de arpones, y tres botes que navegaban tras ella tan rápidos como el viento.

También teníamos un gran mueble-biblioteca en el vestíbulo; una vieja librería de color castaño tan alta como una casa pequeña: tenía una especie de sótano con grandes puertas con llave y cerradura; y más arriba, había puertas de cristal, a través de las cuales se veían largas hileras de libros viejos publicados en París, Londres y Leipzig. Había una buena edición en seis grandes volúmenes de lomos dorados de *The Spectator* más de una vez me quedé embelesado mirando la palabra «Londres» en la portada. Y había un ejemplar de *D'Alembert* en francés, y yo me maravillaba de pensar en el gran hombre en el que me convertiría cuando, gracias a mis viajes por el extranjero, pudiera leer de corrido aquel libro, que hoy era un enigma para todos los de la casa, excepto para mi padre, a quien tanto me gustaba oírle hablar francés,

como hacía de vez en cuando con un sirviente que teníamos.

A aquel sirviente también acostumbraba yo a mirarlo con asombro, pues, en respuesta a mis incrédulos interrogatorios, me había asegurado, una y otra vez, que había nacido en París. Pero nunca lo creí del todo, ya que me resultaba difícil asimilar que alguien que hubiera nacido en un país extranjero pudiera estar viviendo conmigo en nuestra casa de América.

Con el pasar de los años, aquel continuo interés por todo lo extranjero despertó en mí la idea vagamente profética de que estaba destinado a convertirme, un día u otro, en un gran viajero; y que, igual que mi padre acostumbraba a entretener a sus invitados mientras bebían vino en la sobremesa, yo también llegaría a contarle mis aventuras a un entusiasmado auditorio. Y no me cabe ninguna duda de que ese presentimiento tuvo mucho que ver con mis subsiguientes vagabundeos.

Pero lo que probablemente contribuyó más a convertir mis vagos anhelos y ensoñaciones en el propósito claro de ganarme la vida en el mar fue un viejo y anticuado barco de cristal, de unos cuarenta y cinco centímetros de largo y manufactura francesa, que mi padre había llevado a casa desde Hamburgo unos treinta años antes, como regalo para un tío abuelo mío, el senador Wellington, que murió siendo miembro del Congreso en los días de la antigua Constitución y con cuyo nombre yo tenía el honor de haber sido bautizado. Tras la muerte del senador, devolvieron el barco al donante.

Lo guardábamos en una vitrina cuadrada de cristal, a la que una de mis hermanas le quitaba el polvo todas las mañanas, y que estaba sobre una mesita de té holandesa con patas en forma de garras que había en un rincón del salón. Dicho barco, tras despertar la admiración de las visitas de mi padre en la capital, se convirtió en la maravilla y el deleite de todos los habitantes del pueblo donde vivimos después, muchos de los cuales pasaban por casa de mi madre sin ningún otro propósito que ver el barco. Y ciertamente merecía aquellas largas y curiosas inspecciones a las que lo sometían.

En primer lugar, estaba fabricado todo de cristal, lo que era una gran maravilla, pues los mástiles, las vergas y los cabos estaban hechos para que se pareciesen exactamente a las partes correspondientes de un navío capaz de navegar. Tenía dos filas de cañones negros a lo largo de las dos cubiertas; y a menudo yo escudriñaba en las portillas, para ver qué más había dentro, pero los agujeros eran tan pequeños y dentro estaba tan oscuro, que poco o nada pude descubrir; aunque, cuando yo era muy pequeño, daba por sentado que, si alguna vez fuera capaz de abrir el casco y romper el cristal en pedazos, descubriría sin duda algo maravilloso, tal vez algunas guineas de oro, que me han hecho falta desde que tengo memoria. Y, en ocasiones, sentía el alocado impulso de convertirme en el destructor del barco de cristal, de la vitrina y de

todo lo demás para hacerme con el botín; un día en que se lo di a entender de algún modo a mis hermanas, corrieron a decírselo a mi madre con gran alboroto; y después de eso, colocaron el barco por un tiempo lejos de mi alcance, sobre la repisa de la chimenea, hasta que recobrase la razón.

No sé cómo explicar esa pasajera locura mía, a no ser que fuese que había estado leyendo un libro sobre el barco del capitán Kidd, que estaba hundido en algún lugar en el fondo del Hudson cerca de las Highlands, cargado de oro; y acerca de un grupo de hombres que iban a tratar de sumergirse para rescatar el tesoro de la bodega, cosa que nadie había intentado hacer hasta entonces, a pesar de que el barco llevaba allí hundido casi cien años.

Por no hablar de los altos mástiles, vergas y aparejos de aquel famoso barco, entre cuyos laberintos de cristal soplado yo vagaba en mi imaginación hasta marearme, sólo hablaré de la gente de a bordo. Ellos también eran de cristal, unos minúsculos marineros de cristal tan hermosos como nadie haya visto nunca, con sus gorros y zapatos, como si fueran de carne y hueso, y unas curiosas chaquetas azules con una especie de arruga en la parte de abajo. Cuatro o cinco de esos marineros eran tipos menudos y ágiles que subían por el aparejo a grandes zancadas, aunque puedo jurar que jamás llegaron a ascender ni un centímetro.

Otro marinero estaba sentado a horcajadas sobre la botavara de la cangreja, con los brazos alargados por encima de la cabeza, aunque nunca averigüé con qué objeto. Otro estaba en la cofa del trinquete con un cabo adujado al hombro; el cocinero, con un hacha de cristal, estaba cortando madera cerca de la escotilla de proa; el despensero corría hacia el camarote con un plato de pudín de cristal; y un perro de cristal, con la boca roja, le ladraba mientras el capitán se fumaba un cigarro de cristal en el alcázar. Estaba apoyado contra la borda y se llevaba una mano a la cabeza: tal vez no se encontrara muy bien, pues tenía los ojos muy vidriosos.

El nombre de aquel barco tan curioso era La Reine, y estaba pintado en la popa donde todos pudieran leerlo entre una multitud de delfines de cristal y caballitos de mar tallados en forma de semicírculo.

Aquella Reina navegaba dueña indiscutible de un vidrioso mar de color verde, algunas de cuyas olas rompían con furia contra la proa, y puedo decir que muchas veces la di por perdida, hasta que me hice mayor y comprendí que no corría ningún peligro.

Con el transcurso de los años se había colado por las juntas de la vitrina en la que estaba guardado el barco una gran cantidad de polvo y pelusa hasta cubrir el mar con un ligero toque blanco, lo que en todo caso contribuía a mejorar el efecto general, pues recordaba la espuma y los rociones levantados por la terrible tormenta contra la que luchaba la buena Reina.

Hasta aquí La Reine. Todavía la tenemos en la casa, aunque por desgracia muchos de sus cabos y perchas están hoy rotos y hechos añicos... No obstante, nunca he mandado arreglarla: su mascarón de proa, un valiente guerrero con bicornio, está sumergido bocabajo entre las olas de aquel mar calamitoso... y no he querido que nadie vuelva a ponerlo en pie, hasta que lo haya hecho yo; pues entre ambos hay un vínculo secreto y mis hermanas me cuentan, todavía hoy, que se cayó de su sitio el mismo día en que partí de casa para embarcarme en este mi primer viaje.

II

REDBURN DEJA SU HOGAR

Mi pobre madre se despidió de mí con el corazón acongojado y los ojos llorosos; tal vez pensara que yo era un muchacho descarriado y testarudo; pero, en todo caso, fueron las adversidades de un mundo implacable las que me empujaron a serlo. Había aprendido a pensar mucho, y con mucha amargura, antes de lo debido; todos mis sueños de gloria juveniles me habían abandonado; y a aquella edad tan temprana tenía menos ambiciones que un hombre de sesenta años.

Sí, me embarcaré; romperé con mis amables tíos y tías, y con mis comprensivos paisanos, y no dejaré más corazones entristecidos que los de mi propia casa, ni me llevaré conmigo más que el que tanto me duele en el pecho. El mundo entonces me parecía frío y amargo como el mes de diciembre, y tan crudo como sus tormentas; no hay mayor misántropo que un muchacho decepcionado; y eso era yo con mi alma tantas veces azotada por la adversidad. Incluso hoy me resultan amargos esos pensamientos que no he olvidado del todo; y también deben de ser desagradables para el lector, así que no hablemos más de eso, y sigamos con mi historia.

—Sí, te escribiré, madre querida, en cuanto pueda —murmuré cuando me recordó por enésima vez que no olvidara informarla de mi llegada, sano y salvo, a Nueva York—. Y ahora, Mary, Martha, y Jane, dadme un beso, mis queridas hermanas, y dejadme marchar. Dentro de cuatro meses habré vuelto: para entonces estaremos en otoño e iremos juntos al bosque a buscar frutos y os hablaré de Europa. ¡Adiós! ¡Adiós!

Así me solté de sus brazos, y sin atreverme a mirar atrás, escapé tan rápido como pude, hasta que llegué a la esquina donde me estaba esperando mi hermano. Me acompañó parte del camino hasta el lugar de donde partía el vapor a Nueva York, y me dio muchos sabios consejos como correspondía a su

edad, pues me sacaba ocho años, y me advirtió una y otra vez que me cuidara mucho; y yo le prometí solemnemente que lo haría, pues ¿qué náufrago no estará dispuesto a prometerlo, cuando ve que, a menos que él lo haga, nadie lo hará?

Seguimos andando en silencio hasta que noté que empezaban a faltarle las fuerzas —por aquel entonces estaba mal de salud—, y con un mudo apretón de manos y una ruidosa palmada en el corazón, nos despedimos.

Era temprano en una mañana cruda, fría y húmeda de finales de primavera, y el mundo se extendía ante mí a lo largo de un camino enfangado, rodeado de cómodas casas, cuyos habitantes dormían inconscientes del paso del caminante. Frías gotas de lluvia corrían por mi gorro de cuero, y se mezclaban con algunas cálidas lágrimas en mis mejillas.

Tenía todo el camino para mí, pues todavía no lo recorría nadie, y seguí andando a paso tenaz y desgarrado. Llevaba a la espalda la chaqueta de caza gris, y del extremo del rifle de mi hermano pendía un hatillo de ropa. Mis dedos toqueteaban caprichosos la culata y el gatillo, y recuerdo que pensé que ése era el modo de empezar una nueva vida: ¡con un arma en la mano!

Que nadie me hable de la amargura de la edad mediana y los años posteriores; un muchacho puede sentir todo eso y mucho más cuando su alma se ha enmohecido; y el fruto, que en otros acaba de madurar, está marcado en él nada más brotar y florecer. Y ya nunca pueden repararse esos males; golpean demasiado hondo y dejan tales cicatrices que ni el aire del Paraíso podría sanarlas. Es duro y cruel saborear antes de tiempo en la juventud unas punzadas que deberían estar reservadas para el vigor de la edad adulta, cuando el cartílago se ha convertido en hueso, y nos ponemos en pie y luchamos por nuestras vidas, como si fuese algo que hubiésemos hecho y visto antes, pues para entonces ya somos veteranos acostumbrados a sitios y batallas, y no tiernos reclutas, que se encogen ante el clamor del primer encuentro.

Cuando por fin llegué al barco, partimos a todo vapor por el Hudson. Hacía un día tan malo que había pocos pasajeros a bordo, y casi todos estaban reunidos en el camarote de popa alrededor de las estufas. Después del desayuno, unos se pusieron a leer, otros descabezaron un sueñecito en los sofás y los demás se quedaron sentados en silencio, especulando, sin duda, sobre quién sería cada uno.

Desde luego, era un grupo más bien lúgubre, y a mí me parecieron todos crueles y despiadados. No pude evitarlo, casi sentí odio por ellos; y salí a cubierta para no tener que verlos, pero una tormenta de aguanieve me obligó a bajar otra vez. De pronto, recordé que no llevaba billete y, cuando fui al despacho del capitán a comprar uno y pagarme el pasaje, descubrí con horror que el precio había subido de pronto, porque los demás barcos no habían

zarpado ese día, de modo que no tenía suficiente dinero para pagarme el viaje. Yo había calculado que sólo me costaría un dólar, y eso es lo que llevaba, pero resultaron ser dos. ¿Qué podía hacer? El barco había zarpado y ya no había vuelta atrás, así que resolví no decirle nada a nadie, y esperar a que alguien me pidiera el dinero.

El largo día pasó fatigosamente hasta la tarde, mientras en cubierta rugía una tormenta incesante. Después de la cena, los escasos pasajeros se despertaron con el rosbif y el cordero, y se volvieron un poco más sociables. No conmigo, pues me envolvía el sabor y el aroma de la pobreza, y todos pusieron mala cara y me dedicaron miradas frías y suspicaces cuando me senté algo apartado. Me embargó esa desesperación y temeridad que sólo conocen los pobres. Tenía un enorme remiendo en una de las perneras de los pantalones, muy bien zurcido, pues me lo había cosido mi madre, pero aun así muy grande y llamativo para la vista. Hasta entonces me había esforzado por ocultarlo cuidadosamente con los amplios faldones de mi chaqueta de caza, pero ahora alargué la pierna, coloqué el remiendo delante de sus narices, y los miré de tal modo que pronto apartaron la mirada, a pesar de que yo no era más que un muchacho. Tal vez el fusil que empuñaba les infundiera respeto, o puede que notaran un brillo siniestro en mi mirada; o que mis dientes fuesen muy blancos y tuviera las mandíbulas apretadas. Pasé varias horas mirando fijamente a un alegre grupo que se sentaba alrededor de una mesa de caoba, con un poco de queso y unas galletas, vino y cigarros. Sus rostros estaban encendidos por la sabrosa cena de la que acababan de dar cuenta, mientras que el mío estaba pálido y desfallecido tras un largo ayuno. Yo sabía muy bien por el sonido hueco de sus risas que, si hubiese tratado de unirme a ellos, si les hubiera hablado de mis circunstancias y les hubiera pedido un poco de comida, habrían llamado a los camareros para que me echaran del camarote como a un mendigo, que no tenía derecho a calentarse con ellos en la estufa. Y por ese insulto, aunque fuese sólo imaginado, me senté y los miré fijamente sin desearles ningún bien y con el alma rebosante de amargura. Cuando por fin el escribiente del capitán, un joven delgado, vestido a la última moda, con un broche y una cadena de oro, pasó a recoger los billetes, me abotoné la chaqueta hasta el cuello, empuñé el fusil, me calé bien el gorro de cuero y me planté ante él como un centinela. Él extendió la mano como si cualquier observación fuese superflua, pues sus razones para hacerlo eran obvias. Pero yo seguí inmóvil y silencioso, y él comprendió enseguida lo que ocurría. Tal vez debería haberle expuesto el caso de manera educada, haberme ofrecido a pagarle un dólar y haber esperado a ver lo que ocurría. Pero me sentía demasiado enfadado para hacerlo. No esperó mucho más y habló primero. En un tono hosco que nada tenía que ver con el tono educado que empleaba para dirigirse al grupo del vino y los cigarros, me pidió mi billete. Yo le respondí que no tenía. Entonces me pidió el dinero, y cuando le respondí que no tenía

suficiente, me ordenó en voz alta y muy enfadada, de un modo que llamó la atención de todos los presentes, que saliera del camarote a la tormenta. El diablo que llevaba en mi interior brotó del fondo de mi alma y poseyó todo mi cuerpo hasta que me cosquillearon las yemas de los dedos, y murmuré mi resolución de quedarme donde estaba de un modo que el hombre de los billetes dio un paso atrás.

—Aquí tiene usted un dólar —añadí, ofreciéndoselo.

—El billete son dos —dijo.

—Lo toma o lo deja —respondí—, es todo lo que tengo.

Pensé que me golpearía. Pero aceptó el dinero y se contentó con decir algo sobre los cazadores que iban de caza sin tener dinero para pagarse los gastos y con sugerir que esos tipos deberían dejar sus fusiles de caza y coger el martillo y la sierra. Luego se marchó y dejó todos los ojos clavados en mí.

Soporté un rato sus miradas, pero al final no pude aguantar más. Coloqué mi asiento justo enfrente del más insolente de todos, un tipo gordo y bajito, envuelto en una extravagante corbata, y mirándolo a la cara le miré con mucha más fijeza que él a mí. Eso pareció avergonzarlo, y miró en torno suyo en busca de alguien que acudiera en su ayuda, pero no acudió nadie, así que fingió estar muy ocupado contando las vigas doradas de madera del techo. Luego me volví hacia el siguiente, quité el seguro de mi fusil y le apunté meticulosamente.

Él volcó airado el asiento para ponerse lejos de mi alcance, pues le había apuntado directamente al ojo izquierdo; y varias personas se pusieron en pie exclamando que yo debía de estar loco. Y lo estaba, pues de otro modo no sabría cómo explicar aquellos sentimientos demoníacos de los que luego me avergoncé de todo corazón, ¡y con motivo! ¡Aún debería haberme avergonzado más!

Luego me di la vuelta, me eché el fusil y el hato al hombro y salí a cubierta donde me dediqué a pasear en medio de la terrible tormenta, de modo que cuando el barco arribó al puerto de Nueva York, yo estaba empapado de pies a cabeza.

Así es la juventud.

III

LLEGA A LA CIUDAD

Salté a tierra desde la proa del barco antes de que lo amarraran, y siguiendo las instrucciones de mi hermano, crucé la ciudad en dirección a St. John's Park, para ir a casa de uno de sus compañeros de universidad, para quien llevaba una carta.

Era una larga caminata; y entré en una especie de verdulería a pedir un vaso de agua, donde seis u ocho tipos de aspecto rudo jugaban al dominó sobre el mostrador sentados en cajas de fruta. Guiñaron el ojo, y me preguntaron qué tal se me había dado la caza en un día tan lluvioso, pero yo me limité a beberme el agua y me marché.

Chorreando como una foca, llegué por fin a la puerta de la casa del amigo de mi hermano, llamé al timbre y pregunté por él.

—¿Qué es lo que desea? —dijo el sirviente, mirándome como si fuese un ladrón.

—Quiero ver a tu amo, llévame al salón.

En ésas apareció mi anfitrión y, al ver quién era yo, me recibió cordialmente con los brazos abiertos y me llevó junto a la chimenea; había recibido una carta de mi hermano y esperaba que llegase ese día.

La familia estaba tomando el té; la fragante infusión llenaba la habitación con su aroma; las tostadas eran odoríferas; y todo resultaba amable y encantador. Tras calentarme un poco, me llevaron a una habitación, donde me cambié la ropa húmeda, y al volver descubrí que mi anfitriona había empleado bien el tiempo: sobre la mesa había una cena para el viajero y yo me abalancé decidido sobre ella. Con cada bocado fui empujando al diablo que llevaba todo el día atormentándome, hasta que lo expulsé con tres tazas seguidas de bohea.

¡Es la magia de las palabras y los hechos amables y el buen té! Esa noche me fui a dormir pensando que el mundo era un lugar bastante tolerable, después de todo; y apenas pude creer que hubiera actuado esa mañana como lo había hecho, pues yo era de disposición amable y tolerante por naturaleza; aunque es posible que cuando las personas así se enfadan se vuelvan peores que un caníbal.

Al día siguiente, el amigo de mi hermano, a quien prefiero llamar señor Jones, me acompañó a buscar empleo a los muelles donde amarraban los barcos mercantes. Después de mucho buscar, dimos con un barco que estaba a punto de partir para Liverpool; encontré al capitán en su camarote, que era muy refinado y estaba forrado de arce y caoba; el despensero, un mulato de aspecto elegante con un magnífico turbante, estaba disponiendo la cena sobre una especie de aparador en una vajilla que parecía de plata, pero era sólo de metal Britannia muy bien pulido.

En cuanto le eché la vista encima al capitán, pensé que era el capitán indicado para mí. Era un hombre de aspecto agradable, de unos cuarenta años, espléndidamente vestido, con patillas muy negras y dientes muy blancos, y lo que a mí me pareció una mirada libre y franca en sus grandes ojos castaños. Me cayó muy bien. Cuando entramos se paseaba arriba y abajo por el camarote, mientras tarareaba una animada tonada.

—Buenos días, señor —dijo mi amigo.

—Buenos días, buenos días, señor —respondió el capitán—. Despensero, unas sillas para los caballeros.

—¡Oh!, señor, no se moleste —dijo el señor Jones, un tanto sorprendido por su exquisita educación—. Sólo quería saber si necesitaría un buen muchacho para llevárselo al mar con usted. Aquí lo tiene; hace mucho tiempo que quiere ser marinero; y sus amigos han decidido dejarle hacer un viaje para ver si le gusta.

—¡Ah, sí! —dijo el capitán, con amabilidad, y se volvió hacia donde yo estaba, me dio unos afectuosos golpecitos en la cabeza y añadió—: Un chico bien parecido; me gusta. De modo que quieres ser marinero, ¿eh, muchacho? Pero has de saber que es una vida dura, una vida muy dura.

Sin embargo, cuando contemplé su cómodo y casi lujoso camarote, y luego su semblante apuesto y despreocupado, pensé que estaba tratando de asustarme, y respondí:

—Bueno, señor, estoy dispuesto a intentarlo.

—Espero que sea un chico de pueblo —le dijo el capitán a mi amigo—, los muchachos de las ciudades a veces son un poco duros de roer.

—¡Oh, sí!, lo es —replicó—, y de una familia muy respetable; su tío abuelo era senador.

—Pero su tío abuelo no querrá embarcarse también, ¿verdad? —dijo el capitán, con aire chistoso.

—¡Oh!, no. ¡No, no...! ¡Ja, ja...!

—¡Ja, ja...! —repitió el capitán.

«Un caballero amable y divertido —pensé yo, sin reparar en la frivolidad con que se había referido a mi tío abuelo—, nos vamos a partir de risa con sus chistes toda la travesía», y así se lo dije después a uno de los encargados del aparejo a bordo, quien me advirtió de que anduviera con cuidado, no fuese a partirme la cabeza.

—En fin, muchacho —dijo el capitán—, supongo que sabrás que no tenemos pastos ni vacas a bordo; en el mar no se puede conseguir leche,

¿sabes?

—¡Oh!, lo sé muy bien, señor; aunque yo no lo haya hecho, mi padre ha cruzado el océano.

—Sí —gritó mi amigo—, su padre, un caballero de una de las mejores familias de América, cruzó el Atlántico en varias ocasiones para atender varios negocios de suma importancia.

—¿Era embajador extraordinario? —preguntó el capitán, haciéndose otra vez el gracioso.

—¡Oh!, no, era un acaudalado comerciante.

—¡Ah, claro! —dijo el capitán con aire grave y afable otra vez—. ¿De modo que este muchacho es el hijo de un caballero?

—Desde luego —dijo mi amigo—, y se embarca sólo por el gusto de hacerlo; querían enviarlo a viajar con un tutor, pero él ha preferido enrolarse como marinero.

El hecho es que mi joven amigo (pues contaba sólo unos veinticinco años) no era un hombre muy despierto, y eso fue sólo un enorme embuste que contó con la mejor intención, para infundir un profundo respeto en mi futuro señor.

Tras saber que había renunciado voluntariamente a hacer el grand tour con un tutor, a fin de poder mancharme las manos con un cubo de alquitrán, el apuesto capitán se volvió diez veces más chistoso que antes; y aseguró que él mismo sería mi tutor, y me llevaría de viaje, y pagaría por aquel privilegio.

—¡Ah! —dijo mi amigo—, eso me recuerda que debemos hablar de negocios. Dígame, capitán, ¿cuánto suele pagarle a un joven apuesto como éste?

—Bueno —dijo el capitán, con aire grave y profundo—, no somos tan exigentes con la belleza, y nunca le pagamos más de tres dólares a un joven bisoño como Wellington; ¿te llamas así, muchacho? ¡Wellington Redburn! Por mi alma que suena muy bien.

—Pero, capitán —dijo el señor Jones interrumpiéndolo—, con eso no podrá comprarse ni siquiera la ropa.

—Sus ricos y respetables parientes se ocuparán sin duda de eso —replicó el capitán otra vez con aire chistoso.

—¡Ah!, sí, lo olvidaba —dijo el señor Jones, que se quedó un tanto desconcertado—. Sin duda sus amigos se ocuparán de eso.

—Por supuesto —dijo sonriendo el capitán.

—Por supuesto —repitió el señor Jones, mirando con pesar el remiendo de

mis pantalones, que justo entonces yo estaba tratando de tapar con los faldones de mi chaqueta de caza.

—Veo que está hecho usted todo un cazador —dijo el capitán al ver los grandes botones de la chaqueta, sobre cada uno de los cuales había un zorro tallado.

Mi benévolo amigo creyó ver una gran oportunidad para congraciarme con él.

—Sí, es un gran cazador —dijo—, tiene una carabina muy valiosa en casa, ¿no querrá usted comprarla para dispararle a las gaviotas en el mar? ¿Verdad, capitán? Es barata.

—¡Oh, no!, será mejor que la deje en casa de sus parientes —replicó el capitán—. Así podrá volver a ir de caza cuando vuelva de Inglaterra.

—Sí, tal vez sea mejor, después de todo —dijo mi amigo, fingiendo sumirse en una profunda meditación acerca de todas las facetas de aquel asunto—. En fin, capitán, ¿dice usted que le pagaría al muchacho tres dólares al mes?

—Sólo tres dólares al mes —dijo el capitán.

—Y tengo entendido —continuó mi amigo— que por lo general se paga algo por adelantado, ¿no es así?

—Sí, ésa es a veces la costumbre en algunas compañías navieras —respondió el capitán con una reverencia—, pero en este caso, y dado que el chico tiene parientes ricos, no creo que sea necesario.

Y así, mediante aquellas imprudentes pero bienintencionadas sugerencias respecto a la respetabilidad de mis ancestros y la inmensa riqueza de mis parientes, aquel honrado pero atolondrado amigo mío me impidió cobrar tres dólares por adelantado, que me hacían mucha falta. Sin embargo, no dije nada, aunque recuerdo que pensé que me habría ido mucho mejor si hubiese subido solo a bordo, le hubiera hablado por mi cuenta al capitán y le hubiera dicho la pura verdad. Los pobres siempre salen malparados cuando tratan de hacerse pasar por ricos.

Una vez cerrado el trato, le deseamos buenos días al capitán y, cuando estábamos a punto de salir del camarote, volvió a sonreír y me dijo:

—Bueno, Redburn, muchacho, más vale que no te entre la morriña antes de partir, si no quieres marearte cuando estés en alta mar.

Luego sonrió con mucha amabilidad, y nos hizo dos o tres reverencias, y le pidió al dispensero que nos abriera la puerta del camarote, y él lo hizo con una sonrisa muy peculiar en el rostro mientras le echaba una mirada de reojo a mi

chaqueta de caza.

Y nos marchamos.

IV

DE CÓMO VENDIÓ SU CARABINA

Al día siguiente fui yo solo al despacho del armador a firmar las condiciones, y allí encontré una gran multitud de marineros, que, en cuanto averiguaron lo que quería, empezaron a guiñarse el ojo unos a otros, y oí cómo un tipo que llevaba un gran gorro sureño le decía a otro viejo lobo de mar vestido con una guerrera harapienta:

—Mira qué chaqueta, ¿te has fijado en los botones? Ese muchacho no busca un barco mercante, seguro que quiere ir a cazar ballenas. Eh, chico, ¿vendes a peso esos botones tan grandes?

—Regálanos uno para usarlo de plato, ¿quieres? —dijo otro.

—Dejad al muchacho en paz —dijo un tercero—. Ven aquí, jovencito, ¿te ha dado tu mamá unos caramelitos para llevarte a bordo?

«No son malos tipos —pensé yo tratando de verlo por el lado bueno, pues vi que no serviría de nada hacerme el ofendido—, no lo dicen con mala intención, aunque, desde luego, resultan bastante descarados», y traté de tomarme a broma sus burlas; de todos modos, inscribí mi nombre en el rol lo más rápido que pude y me batí en retirada.

El barco tenía anunciada la partida para el día siguiente. Así que dediqué el resto del día a ultimar los preparativos. Después de tratar en vano de venderles mi carabina a diversos compradores por un precio justo, pasaba con ella al hombro por Chatham Street cuando un hombrecillo de pelo rizado, nariz ganchuda y rostro moreno y grasiento, que recordaba a los retratos de judas Iscariote, me llamó desde una tienda de aspecto extraño que tenía tres bolas doradas sobre la puerta.

Con un acento peculiar, como si se hubiese estado atiborrando de budín indio o de alguna otra mezcla harinosa, aquel hombrecillo de pelo rizado me invitó a entrar en su tienda con mucha educación; y con una cortés reverencia y muchos saludos innecesarios y observaciones sobre el buen tiempo que hacía, me rogó que le dejara echar un vistazo a mi carabina. Yo se la di enseguida, encantado de tener una oportunidad de deshacerme de ella, y le dije que no deseaba otra cosa.

—¡Ah! —repuso, otra vez con su acento de budín indio que no trataré de imitar, y dando menos muestras de interés que al principio—, pensé que era mejor, es muy vieja.

—No —respondí sorprendido—, sólo la he usado tres veces; ¿cuánto me daría por ella?

—Aquí no compramos nada —dijo con un repentino aire de indiferencia—, aquí la gente viene a empeñar cosas.

Como nunca había oído la palabra «empeñar», le pregunté qué significaba; y me contestó que cuando la gente necesitaba dinero iban a verlo con sus carabinas y cobraban un tercio de su valor, y las dejaban allí, hasta que podían devolver el dinero.

«Qué anciano tan benévolo debe de ser este hombre —pensé—, y qué atento».

—Y dígame —le pregunté—, ¿cuánto me daría usted por empeñar mi fusil?

—Bueno, supongo que debe de valer unos seis dólares, y teniendo en cuenta que es usted un muchacho, le daría tres dólares por ella.

—¡No! —exclamé, volviendo a coger el arma—, vale cinco veces más, iré a otra parte.

—Buenos días entonces —dijo—, espero que tenga más suerte. —Y me hizo una reverencia al salir como si esperara volver a verme pronto.

No había llegado muy lejos cuando vi otras tres bolas colgadas sobre una puerta. Entré y vi un mostrador alargado, con una especie de barrotes que iban de extremo a extremo y tres ventanillas, con tres ancianos asomados, como prisioneros que mirasen entre las rejas. Detrás del mostrador había todo género de objetos apilados y etiquetados. Sombreros, gorras, abrigos, fusiles, espadas, bastones, cofres, planos, libros, escritorios y muchas cosas más. En una vitrina de cristal vi muchos relojes, sellos, cadenas, anillos, alfileres de corbata, y toda suerte de baratijas. En una de las ventanillas, hablando muy seria con uno de los hombres de nariz ganchuda, había una mujer muy delgada con un vestido y un chal de seda descoloridos, que llevaba a una niña pálida de la mano. Al acercarme, ella bajó la voz y el hombre negó con la cabeza y pareció enfadado y maleducado, luego intercambiaron unas palabras acerca de una miniatura, vi pasar un poco de dinero por la ventanilla, y la mujer y la chiquilla salieron por la puerta.

«No pienso venderle mi carabina a ese hombre», pensé yo; y pasé a la ventanilla siguiente, y, mientras esperaba a que me atendieran, un anciano con un sobretodo pasó una petaca de plata por la ventanilla; y un joven que vestía

una camisa de calicó y una chaqueta reluciente con cuello de terciopelo entregó un reloj de plata; y un apocado muchacho sacó una sartén de debajo de la capa; y otro chico, una Biblia; y todo aquello pasó por el hombre de la nariz ganchuda, que parecía dispuesto a enganchar con ella cualquier cosa que tuviera a su alcance; así que no tuve ninguna duda de que estaría encantado de enganchar mi carabina, pues el largo mostrador con los barrotes parecía una enorme red capaz de atrapar todo género de peces.

Por fin vi una oportunidad y me acerqué a la ventanilla; para anticiparme a un hombre muy grande que acababa de entrar, metí violentamente el fusil por la ventanilla, y el hombre de la nariz ganchuda soltó un grito pensando que iba dispararle. Por fin cogió el fusil, lo miró de arriba abajo, apretó el gatillo tres veces, y dijo:

—Un dólar.

—¿Cómo que un dólar? —pregunté yo.

—Es todo lo que puedo darle —replicó.

Él se volvió hacia la persona siguiente:

—Bueno, ¿y usted qué es lo que quiere?

Se trataba de un joven con una corbata roja muy raída y un rostro granujiento que daba la impresión de haberse echado a perder del mismo modo que su corbata. Mediante unos misteriosos golpecitos en el bolsillo del chaleco y otras indicaciones, dio a entender que tenía algo secreto que comunicar.

Pero el hombre de la nariz ganchuda le habló en voz muy alta y le dijo:

—De eso nada; lléveselo. ¿Tiene un reloj robado? Aquí no traficamos con esas cosas.

Al oírlo, el joven se ruborizó de pies a cabeza y miró a su alrededor para ver quién había oído al prestamista; luego sacó algo muy pequeño del bolsillo, y ocultándolo debajo de la palma de la mano lo pasó por la ventanilla.

—¿De dónde ha sacado este anillo? —dijo el prestamista.

—Quiero empeñarlo —susurró el otro ruborizándose de nuevo.

—¿Cómo se llama? —dijo el prestamista, en voz muy alta.

—¿Cuánto me da usted por él? —le susurró en respuesta el otro, inclinándose y mirando como si quisiera hacer callar al prestamista.

Por fin, llegaron a un acuerdo, cuando el hombre de detrás del mostrador cogió un billetito, se lo ató al anillo y empezó a escribir en el papel; luego le preguntó al joven dónde vivía, una pregunta que pareció avergonzarlo mucho;

pero por fin balbució un número de Broadway.

—Eso es el City Hotel; usted no vive ahí —dijo el hombre, mirando con crueldad el abrigo raído que llevaba el otro.

—¡Oh!, vamos —balbució el joven poniéndose muy colorado—, pensaba que eso era sólo una especie de formalidad; no quiero decirle dónde vivo, porque no tengo costumbre de ir a casas de empeño.

—Sabe muy bien que ha robado ese anillo —gritó el hombre de la nariz ganchuda indignado por aquella ofensa, y aparentemente decidido a arruinar para siempre la reputación del joven—. Estoy tentado de llamar a la policía; ya le he dicho que aquí no aceptamos objetos robados.

Ahora todas las miradas estaban pendientes del joven martirizado, que parecía a punto de desmayarse; y una pobre mujer con un gorro de noche y ropa de bebé en la mano miró temerosa al prestamista, como asustada de tener que enfrentarse a un modelo de integridad tan terrible. Por fin, el joven se fue furtivamente con su dinero y por la ventana lo vi doblar la esquina tan deprisa que se golpeó el codo contra la pared.

Esperé un poco más y vi cómo atendían a unos cuantos más; y, tras comprobar que los hombres de la nariz ganchuda invariablemente fijaban su precio en todos los artículos y que si alguien regateaba lo mandaban a otro sitio, decidí que sería inútil tratar de sacarles más de lo que me habían ofrecido; sobre todo cuando vi que tenían tantas carabinas colgando del techo que la mía no debía de interesarles mucho; y además que debían de ser muy ricos y prósperos para tratar a la gente de un modo tan arrogante.

Me pareció que lo mejor sería volver al prestamista del pelo rizado y aceptar su primera oferta. Pero, cuando llegué, estaba muy ocupado con otra persona y me tuvo mucho rato esperando; por fin llegó mi turno y le dije que aceptaba los tres dólares que me había ofrecido.

—Debería haberlos cogido cuando tuvo ocasión —replicó—. Ahora no le daré más de dos dólares y medio.

En vano traté de convencerlo, él se mostró inconvencible, así que me embolsé el dinero y me fui.

V

COMPRA SU EQUIPO DE MARINERO Y, EN UN DÍA LLUVIOSO Y TRISTE, OPTA POR ALOJARSE A BORDO

Lo primero que hice entonces fue comprar un poco de papel de carta, y cumplir con la promesa que le hice a mi madre de que le escribiría; y también le escribí a mi hermano, informándole del viaje que pretendía hacer y cayendo en algunas opiniones románticas y misantrópicas sobre la vida, como acostumbran a hacer muchos chicos en mis mismas circunstancias.

El resto de los dos dólares y medio los gasté esa misma mañana en comprarme una camisa roja de lana cerca de Catherine Market, un sombrero de lona embreada, que compré en un puesto al aire libre cerca del muelle Peck, un cinturón y una navaja, y dos o tres baratijas. Después de todas esas compras, no me quedó más que un centavo, así que anduve hasta el final del embarcadero y lo arrojé al mar. La razón por la que lo hice es que volvía a estar desesperado y no me importaba lo que pudiera sucederme. Pero, si en lugar de un centavo hubiera sido un dólar, me lo habría guardado.

Fui a cenar a casa del señor Jones, y me recibieron con mucha amabilidad, y la señora Jones no dejó de llenarme el plato durante toda la cena, así que no tuve oportunidad de vaciarlo. Era como si se diera cuenta de que estaba abatido y pensara que un buen plato de budín podría ayudarme. La verdad es que nunca me había sentido tan mal, pero eso no me impidió dar cuenta de una buena cena. Y recuerdo que, años después, en cierta ocasión en la que esperaba una muerte segura, tenía mucho apetito y me decía a mí mismo: «Come mientras puedas, Wellington, ésta podría ser tu última comida».

Después de cenar, fui a mi habitación, cerré cuidadosamente la puerta con llave, colgué una toalla sobre el picaporte, a fin de que nadie pudiera espíarme por el ojo de la cerradura, y luego me probé la camisa de lana roja delante del espejo, para ver qué clase de marinero sería. En cuanto me la puse empecé a notar una especie de calor y rubor en la cara, que descubrí que se debía al reflejo de la lana teñida sobre mi piel. A continuación, cogí un par de tijeras y me puse a cortarme el pelo, que llevaba muy largo. Pensé que hasta el menor detalle contribuiría a volverme más hábil a la hora de trepar a los mástiles.

A la mañana siguiente, me despedí de mis amables anfitriones, y salí de la casa con mi hatillo, sintiéndome otra vez algo misantrópico y desesperado.

Antes de llegar al barco, se puso a diluviar, y una vez en los muelles, supe que ese día no nos haríamos a la mar.

Fue una gran decepción, pues no quería tener que volver a casa del señor Jones después de haberme despedido de ellos: habría sido muy violento. Así que decidí embarcarme cuanto antes.

Al subir a cubierta, no vi a nadie, salvo a un hombretón con un abrigo marinero empapado, que estaba calafateando las escotillas.

—¿Qué quieres tú, Carahuevo? —dijo.

—Me he enrolado para navegar en este barco —repliqué, adoptando cierto aire de dignidad para poner fin a aquellas confianzas.

—¿De qué? ¿De sastre? —dijo, mirando mi chaqueta de caza.

Yo respondí que me había enrolado como «paje de escoba», pues así se especificaba en las condiciones.

—Muy bien —me dijo—, ¿tienes todos tus «trapos» a bordo?

Le contesté que no sabía que el barco estuviese tan sucio que tuviera que llevar mis propios trapos para limpiarlo.

Al oírlo estalló en carcajadas, y afirmó que aún no se me había quitado el pelo de la dehesa.

Eso me encolerizó, pero pensé que debía de tratarse de uno de los marineros que irían a bordo, y no juzgué prudente enemistarme con él, así que me limité a preguntarle dónde dormían los hombres en el barco, pues quería dejar allí mi ropa.

—¿Dónde está tu ropa? —preguntó.

—Aquí, en mi hatillo —le dije, levantándolo.

—Pues si eso es todo lo que tienes —gritó—, más te valdría echarlo por la borda. Pero ve, ve al castillo de proa, ahí es donde vivirás mientras estés a bordo.

Y así me envió a una especie de agujero que había en cubierta en la proa del barco; pero al mirar abajo y ver lo oscuro que estaba le pedí una luz.

—Frótate los ojos a ver si sacas chispas —dijo—, aquí no tenemos luz.

De modo que bajé a tientas al castillo de proa, que olía tan mal a sogas viejas y alquitrán que a punto estuve de vomitar. Tras una paciente espera, empecé a ver un poco; y al mirar a mi alrededor reparé por fin en que me hallaba en un lugar ennegrecido por el humo, con doce compartimentos de madera a los lados. En algunos de los compartimentos había grandes baúles, y enseguida supuse que pertenecían a marineros que habían recurrido a ese método para apropiarse de sus «literas», como supe después que se llamaban. Y así resultó ser.

Después de examinarlas un rato, elegí una vacía, y puse mi hatillo justo en el centro, para que no quedase ninguna duda respecto a mi derecho sobre aquel lugar, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un hatillo muy pequeño.

Una vez hecho eso, me alegró volver a cubierta; y tras asegurarme de que el barco no zarparía hasta el día siguiente, decidí volver a tierra y pasear hasta que oscureciera, y luego volver a pasar la noche en el castillo de proa. Estuve

recorriendo el puerto, hasta que me cansé y entré en una triste tienda de licores a descansar, ya que con el sombrero de lona encerada puesto no tenía un aspecto muy elegante y temí entrar en un sitio mejor por miedo a que me echaran a la calle. Me quedé allí sentado hasta que me entró mucha hambre; y al ver unas rosquillas sobre el mostrador, empecé a pensar en lo estúpido que había sido al echar al mar mi último centavo, pues las rosquillas costaban un centavo cada una, y tenían un aspecto muy esponjoso, aceitoso y redondo. Nunca había visto unas rosquillas tan apetitosas, sobre todo después de que entrase un negro y se comiera una ante mis propios ojos. Por fin, pensé que si bebía un vaso de agua se me quitaría un poco el hambre, pues había leído en alguna parte que era una buena estrategia en casos como éste. No tenía sed, sino hambre, así que me costó mucho tragarme el agua, que estaba tibia y tenía un sabor desagradable porque el negro acababa de beber en el mismo vaso un poco de licor.

Volví a ponerme en camino, y de vez en cuando me paraba a beber un poco más de agua, teniendo siempre la precaución de no entrar dos veces en la misma tienda, hasta que cayó la noche, y me encontré completamente empapado, pues había llovido casi todo el día. Mientras iba hacia el barco, no pude sino pensar en lo solitario que sería pasar la noche en ese castillo de proa húmedo y oscuro, sin luz ni fuego, y nada sobre lo que tumbarme salvo los tablones desnudos de mi litera. No obstante, a fin de ahogar tales pensamientos, me bebí otro vaso de agua, a pesar de que para entonces ya estaba bastante mojado por dentro y por fuera, y, tratando de adoptar un aire decidido, como si acabase de dar cuenta de una copiosa cena, subí a bordo del barco.

El hombre del chaquetón marinerero no estaba por ninguna parte, pero al ir a proa me encontré de pronto a un muchacho más o menos de mi edad; y en cuanto abrió la boca supe que no era americano. No obstante, hablaba de un modo tan extraño, en parte en inglés, en parte enjerga, que no pude imaginar de dónde era, y me sorprendió un poco que me dijese que era un muchacho inglés de Lancashire.

Por lo visto, había llegado de Liverpool, como pasajero de la antecámara, en la última travesía de aquel mismo barco, pero luego había descubierto que para ganarse la vida en América tendría que trabajar de firme y además echaba de menos su casa, así que había acordado con el capitán que se enrolaría como tripulante para pagarse el pasaje de vuelta.

Me alegró tener compañía, y traté de darle conversación, pero descubrí que era el chico más estúpido e ignorante que había conocido nunca. Cuando le pregunté por el río Támesis, me contestó que no había viajado por América y no conocía sus ríos. Y cuando le informé de que el río Támesis estaba en Inglaterra, no mostró la menor sorpresa o vergüenza por su ignorancia, sino

que aún pareció volverse diez veces más estúpido que antes.

Por fin, bajamos al castillo de proa y nos metimos los dos en la misma litera, nos tumbamos sobre los tablones, y yo hice todo lo que pude por conciliar el sueño. Pero, aunque mi compañero no tardó en ponerse a roncar, a mí me resultó imposible dormirme, por el horrible olor del lugar, porque estaba empapado, helado y hambriento, y por la fría y húmeda aprensión que me embargaba el corazón. No paré de dar vueltas, mientras oía los ronquidos del chico de Lancashire, hasta que acabé por sentirme tan mal que tuve que subir a cubierta; y allí estuve paseándome hasta el alba, que me pareció que no iba a llegar nunca.

Calculé cuándo abrirían las tiendas de ultramarinos del muelle, desembarqué y fui a desayunar otro vaso de agua. Pero eso me produjo náuseas y me sentí morir, la cabeza me daba vueltas y anduve un rato tambaleándome casi a ciegas por el puerto. Por fin, me tumbé sobre un montón de cuerdas, cerré los ojos e hice un esfuerzo por recuperarme, cosa que conseguí al cabo de un rato, lo bastante al menos para ponerme en pie y seguir andando. Entonces pensé que había hecho mal en no volver a casa de mi amigo el día anterior; y, si no hubiese vivido a más de cinco kilómetros de allí, demasiado para andar en semejante estado, habría ido a pie, pues no tenía los seis centavos que costaba el billete del ómnibus.

VI

ES INICIADO EN LA LABOR DE LIMPIAR LA POCILGA Y ENGRASAR EL PALO MAYOR

Cuando volví al barco, reinaba en él una gran agitación. El hombre del chaquetón marinerero estaba dándoles órdenes a un montón de hombres en el aparejo, y había gente que subía pollos, cerdos, vacas y verduras a bordo. Poco después, apareció otro hombre, con una camisa de calicó a rayas, una chaquetilla azul y un sombrero de castor, y se puso a dar órdenes al hombre del chaquetón marinerero, y por fin llegó el capitán y se puso a darles órdenes a los dos.

Los dos hombres resultaron ser el primer y segundo oficial del barco.

Pensando en trabar amistad con el segundo oficial, saqué una vieja petaca de concha de tortuga que había sido de mi padre, y en la que había metido un trozo de tabaco Cavendish para parecer más marinerero, y se la ofrecí con mucha educación. Me miró un momento y luego exclamó:

—¿Crees que tomamos rapé a bordo, jovenzuelo? No, en el mar no hay

tiempo para tomar rapé; más te vale que el «viejo» no vea esa petaca; sigue mi consejo y échala por la borda cuanto antes.

Le expliqué que no era rapé, sino tabaco y él me contestó que tenía tabaco de sobra y que no era tan tonto como para llevar consigo algo tan inútil como una petaca. Luego siguió con sus asuntos y me dejó allí plantado como un idiota. No obstante, fue una suerte que actuara así, pues, de lo contrario, creo que le habría ofrecido mi petaca al primer oficial, quien en ese caso, y por lo que supe después de él, me habría atizado un buen coscorrón, o habría cometido alguna grosería parecida.

Mientras estaba allí mirando lo que ocurría a mi alrededor, el primer oficial pasó a toda prisa y al verme me gritó:

—¡Vuelve a tierra ahora mismo, sinvergüenza! ¡Aquí no toleramos robos! ¡A ti te digo, al de la chaqueta de caza!

Al oírlo me defendí diciéndole que me había enrolado en la tripulación como marinero.

—¡Como marinero! —gritó—. Como aprendiz de barbero, querrás decir. ¿Así que te has enrolado en el barco? ¿Con esa chaqueta? Que me ahorquen, espero que el viejo no haya enrolado a muchos novatos como tú, o acabaremos yéndonos todos a pique. Pero hoy en día prefieren emplear a un hatajo de granjeros, patanes y niños de teta para ahorrarse los pocos dólares de la paga de los marineros. ¿Cómo te llamas, Carahuevo?

—Redburn —dije.

- Bonita manera de llamar a un hombre, me chamuscaría cada vez que tratara de recordarlo, ¿es que no tienes otro?

—Wellington —respondí.

—Todavía peor. ¿Quién te bautizó? ¿Por qué no te llamaron Jack, o Jill, o algo corto y fácil de recordar? Pero yo te volveré a bautizar. ¿Me oyes, muchacho?, de ahora en adelante te llamarás «Buttons». Ahora, Buttons, ya puedes ir a limpiar la pocilga de la lancha; no se ha limpiado desde la última travesía. Y date prisa, ¿me oyes?, hay que meter en ella a los cerdos; vamos, ve, rápido.

¿Así que ése iba a ser el principio de mi carrera como marinero? ¿Limpiar una pocilga? ¡Vaya un comienzo!

Pero pensé que sería mejor no decir nada; me había comprometido a obedecer órdenes, y era demasiado tarde para volverme atrás. Así que me limité a pedir una pala, o una azada, o algo parecido.

—Aquí no somos jardineros —respondió—, ¡utiliza los dientes!

Después de buscar por ahí, encontré un palo y empecé a escarbar en la pocilga, cosa que resultaba un tanto incómoda porque había otro bote, que ellos llamaban yola, colocado boca abajo sobre la lancha, de modo que casi se tocaban. Ambos botes estaban en mitad de la cubierta. Me las arreglé para arrastrarme dentro de la lancha y, después de pelarme las espinillas contra los bancos, y de darme varios golpes en la cabeza, llegué hasta la popa, donde estaba la pocilga.

Mientras estaba en pleno trabajo, un marinero borracho se asomó y les gritó a sus compañeros:

—¡Mirad, muchachos! ¿Qué clase de cerdo es éste? ¡Hola! ¿Qué haces ahí? ¿Tratas de ocultarte para viajar de polizón a Liverpool? ¡Fuera de ahí! ¡Sal de ahí, te digo! —Pero justo entonces llegó el primer oficial y envió a aquel rufián borracho a tierra.

Después de limpiar la pocilga, me encargaron recoger unas virutas que había tiradas por cubierta, pues habían venido carpinteros a trabajar a bordo. El oficial me ordenó que echara las virutas en la lancha, en un lugar concreto entre dos de los bancos. Pero, como resultaba bastante difícil meter allí las virutas, y aquel sitio daba la impresión de estar húmedo, pensé que sería mejor para mí y para las virutas si las echaba en otro donde había más espacio y estaba seco. Cuando el oficial me vio hacerlo, exclamó con un juramento:

—¿No te dije que pusieras las virutas en otro sitio? ¡Haz lo que te digo, Buttons, o te las verás conmigo!

Reprimiendo mi indignación por su grosería, pues para entonces ya había comprendido que no tenía otra posibilidad, repliqué que aquel sitio no era tan bueno como el que yo había elegido, y le pedí que me dijera por qué quería que las pusiera donde él decía.

Al oírme, estalló presa de una terrible cólera, y, sin darme la menor explicación, repitió su orden como un trueno.

Fue mi primera lección sobre la disciplina del mar, y nunca la he olvidado. Desde entonces supe que los oficiales jamás explican los motivos por los que dan una orden. Basta con que la den, y su lema es: «Obedece las órdenes, caiga quien caiga».

Entonces volví a sentirme débil y mareado, y deseé que el barco zarpara del puerto de una vez, pues no me cabía la menor duda de que entonces nos darían de comer. Pero, como de momento no vi a ninguno de los marineros a bordo, y los hombres de los aparejos resultaron ser gente que vivía en tierra y que durante el día se dedicaban a disponer los barcos para que pudieran hacerse a la mar, cosa que descubrí por cierto a mi costa, pues me dejé convencer por las amables zalamerías de uno de ellos y le cambié mi navaja

por una mucho peor que tenía él, convencido de que así hacía un amigo para el viaje.

Por fin, vi mi oportunidad y, aprovechando que todos estaban de espaldas, cogí una zanahoria de uno de los manojos que había en cubierta, la oculté debajo de los faldones de mi chaqueta de caza y me aparté para comérmela, pues ya había comido otras veces zanahorias crudas, que tienen un sabor parecido a las castañas. Aquella zanahoria me reconfortó mucho, aunque a cambio me produjo un poco de dolor de estómago. Apenas acababa de comérmela cuando volví a oír la voz del primer oficial que gritaba: «¡Buttons!». Corrí a donde estaba y recibí la orden de subir a «engrasar el palo mayor».

A mí aquello me sonaba a chino y, tras recibir la orden, me quedé con la mirada perdida preguntándome qué sería lo que tenía que hacer. Pero el oficial se había marchado sin más explicaciones. Por fin, le seguí y le pregunté qué era lo que tenía que hacer.

—¿No te he dicho que engrases el palo mayor? —gritó.

—Sí —respondí—, pero no entiendo lo que eso significa.

—¡Tan torpe como un recién nacido! ¡Un auténtico patán! —exclamó para sí—. Sí que lo vamos a pasar bien con un novato así a bordo. Mira, jovenzuelo. ¿Ves ese palo tan alto de ahí? Esa especie de árbol, pedazo de alcornoque..., pues... coge este cubo, y sube por el aparejo..., que es esa escalera de cuerda que tienes ahí..., ¿comprendes...?, y vierte esa grasa por el mástil, y ¡ay de ti como caiga una sola gota en cubierta! Muévete, Buttons.

Había llegado el gran momento: por primera vez en mi vida iba a subir al mástil de un barco. Si hubiese estado bien y con fuerzas, tal vez me habría emocionado pensarlo, pero tal como me sentía entonces, débil y desfallecido, la mera idea me asustó.

Pero no era ocasión de achantarse, habría parecido una cobardía, y no me veía con ánimos de confesar lo mucho que estaba sufriendo por la falta de comida; así que, haciendo otra vez acopio de fuerzas, cogí el cubo.

Era muy pesado, con fuertes asas de hierro, y podía contener unos ocho litros. Aunque sólo estaba lleno hasta la mitad de una especie de grasa espesa y pegajosa, que luego supe que se obtenía al hervir la ternera salada que comen los marineros. Al subir por el aparejo, descubrí que no era fácil cargar con aquel cubo. La cuerda que servía de asa estaba tan resbaladiza por la grasa que, aunque me la enrosqué varias veces alrededor de la muñeca, no hacía más que girar y girar y se me resbalaba de las manos. No obstante, a pesar de eso, me las arreglé para subir a la cofa, mientras el dichoso cubo no hacía más que balancearse y enredárame entre las piernas y estaba todo el rato a punto de

derramarse. Al llegar a la cofa, me detuve, y miré a lo alto. Subir aquella carga que llevaba colgando me pareció una tarea imposible. Pero, por fin, con muchos esfuerzos, me las arreglé para dejar el cubo en la cofa; y luego, confiándome a la Providencia, di yo mismo un salto hasta allí. El resto fue, en comparación, más fácil; aunque, cada vez que cometía la imprudencia de mirar a cubierta, la cabeza me daba tantas vueltas por la debilidad que tenía que cerrar los ojos para recuperarme. No recuerdo mucho más. Sólo sé que volví sano y salvo a cubierta.

Poco después, aumentó el ajeteo a bordo; llegaron los baúles de los pasajeros de los camarotes, y los cofres y cajas de los pasajeros de la antecámara, además de las cestas de vino y fruta para el capitán.

Por fin soltamos amarras, dejamos que nos arrastrara un poco la corriente, echamos el ancla e izamos la señal de hacerse a la vela. Daba la impresión de que todo estuviera a bordo, menos los miembros de la tripulación, que llegaron, uno tras otro, al cabo de unas horas, en barcas de Whitehall, con los baúles en la proa mientras ellos iban tumbados a popa como grandes señores, dejando bien claro lo mucho que les complacía que todo el barco tuviera que esperar a sus señorías.

—Sí, sí —murmuró el primer oficial, mientras salían de los botes y se pavoneaban por cubierta—, ahora es vuestro turno, pero pronto llegará el mío. Dad todas las guiñadas que queráis ahora que podéis, muchachos; en cuanto levemos el ancla seré yo quien dé guiñadas.

Algunos marineros estaban completamente borrachos, y a uno de ellos lo subió inconsciente a cubierta su casero, que lo llevó abajo y lo arrojó sobre una de las literas. Otros dos marineros se fueron abajo, a dormir la mona, nada más llegar.

Por fin, una vez estuvo a bordo toda la tripulación, se dio la orden de proa a popa de ir a cenar, una orden que hizo que me latiera el corazón de alegría, pues pronto acabaría mi ayuno. Pero, aunque los marineros, que estaban ahítos de tanto comer y beber en tierra, ni siquiera tocaron la ternera salada con patatas que bajó el cocinero negro al castillo de proa y dejaron toda la ración para mí, descubrí para mi sorpresa que apenas pude comer un poco, pues para entonces estaba casi desfallecido, pero no hambriento.

VII

SE HACE A LA MAR, Y SE SIENTE MUY MAL

En cuanto todo estuvo dispuesto, subió a bordo el práctico, y llamaron a

todo el mundo a levar anclas. Mientras empujaba mi barra, no pude sino reparar en lo demacrados que estaban los hombres y en cuánto sufrían a causa de aquel ejercicio tan violento después de la terrible disipación a la que se habían entregado en tierra. Pero pronto aprendí que los marineros no dicen ni palabra de esas cosas, sino que hacen cuanto pueden por parecer saludables y animados, aunque a algunos les resulte muy difícil.

Una vez asegurada el ancla, un remolcador de vapor con el poderoso nombre de Hercules nos enganchó y nos alejamos y atrás quedó la larga hilera de astilleros, muelles, y almacenes; bordeamos la verdosa punta de la isla donde está Battery Park, pasamos junto a Governor's Island y nos dirigimos en línea recta hacia los Narrows.

Mi corazón parecía de plomo y Dios sabe que me encontraba fatal, pero tenía tanto trabajo que eso impedía que me agobiaran mis pensamientos.

Traté de pensar todo el tiempo en que me iba a Inglaterra, y en que, en pocos meses, ya habría estado allí y estaría de vuelta contándoles mis aventuras a mis hermanos y hermanas; y en el deleite con que me escucharían, y en cómo me mirarían y venerarían mis palabras; y en cómo incluso mi hermano mayor tendría que tratarme con mucha consideración, por haber cruzado el océano Atlántico, cosa que él no había hecho, y no era probable que hiciera nunca.

Con semejantes cavilaciones traté de sacudirme de encima el peso que me oprimía el corazón, pero no sirvió de nada, pues era el primer día de travesía, y aún debían pasar muchas semanas, más aún, meses, antes de que concluyera el viaje; y quién sabe lo que podría ocurrirme, pues cuanto más miraba los altos y vertiginosos mástiles, y pensaba en las muchas veces que tendría que subir y bajar por ellos, más me convencía de que algún día desdichado acabaría cayéndome por la borda y moriría ahogado. Y luego pensaba en que yacería en el fondo del mar, en la soledad más completa, con las grandes olas encima de mí, sin que nadie en el mundo supiera que estaba allí. Y pensaba en que debía de ser mucho más dulce y agradable estar enterrado debajo del seto que bordeaba la parte más soleada del cementerio de nuestro pueblo, por donde había paseado todos los domingos por la tarde, después de ir a la iglesia; y casi deseé estar allí en ese momento; sí, muerto y enterrado en aquel cementerio. Cada vez que se me llenaban los ojos de lágrimas, contenía el aliento, para ahogar los sollozos, pues no podía evitar sentirme así, y no me cabe la menor duda de que cualquier otro chico de mi edad habría sentido lo mismo.

Entretanto, el vapor nos remolcaba por la bahía, y pasamos junto a varios barcos anclados, con hombres que nos miraban y saludaban agitando las gorras; y junto a botes con señoras que agitaban sus pañuelos; pasamos las verdes orillas de Staten Island y vimos muchas casas de campo rodeadas de

viñedos plantados en las hermosas faldas de las colinas; ¡oh!, en ese momento habría dado cualquier cosa por que, en lugar de estar saliendo de la bahía, hubiésemos estado entrando; por que hubiéramos cruzado ya el océano y estuviésemos de regreso; y, al pensar en volver a entrar en la bahía al final del viaje, mi corazón se puso a brincar como un animal salvaje. Pero ese día estaba tan lejos que parecía que no iba a llegar nunca. No, nunca, nunca más volvería a ver Nueva York.

Y lo que más me sorprendió fue oír a algunos de los marineros que, mientras adujaban los cabos, hablaban de las casas de huéspedes en las que se alojarían a su regreso y contaban que algunos amigos les habían prometido estar en el muelle cuando llegase el barco, para llevárselos a ellos y a sus baúles directos a Franklin Square, donde vivían; y que les tendrían una buena cena preparada, y muchos cigarros y licores en la terraza. Digo que esa manera de hablar me sorprendió, porque no parecían darse cuenta, como yo, de que antes de que pudiese ocurrir algo parecido, debíamos atravesar el gran océano Atlántico, de América a Europa y otra vez de vuelta, muchos miles de millas de mar embravecido.

En aquel momento no supe qué pensar de esos marineros, pero lo que sí pensé es que de niños no habían asistido nunca a la escuela dominical, porque juraban y blasfemaban de un modo que hería los oídos, y decían palabras que jamás pude oír sin sentir la más violenta repugnancia.

«¿Y éstos son los hombres —pensé para mí— con los que voy a tener que convivir tanto tiempo, con quienes voy a comer y dormir todo el viaje?». Además, empecé a comprender que no iban a ser precisamente amables conmigo, pero ya contaré todo eso llegado el momento oportuno.

No vayan a pensar que si todas esas cosas se me pasaron por la cabeza fue porque no tenía otra cosa que hacer que sentarme a pensar; no, no, tuve que trabajar de firme, pues mientras el vapor tiraba de nuestro barco, nosotros nos afanábamos adujando cabos y cables y limpiando la cubierta, que estaba llena de todo género de cosas imaginables que había que recoger.

Por fin, llegamos a los Narrows, que como todo el mundo sabe es la entrada al puerto de Nueva York desde el mar; y desde luego tienen bien merecido su nombre, pues, cuando se entra o se sale por ellos, es como entrar o salir por una puerta; y cuando se sale de los Narrows para emprender un largo viaje como el mío, es como salir a un camino muy ancho en el que no se divisara ni un alma. El vasto océano Atlántico se extiende a lo lejos y lo único que se distingue es el punto donde el cielo se junta con el agua. Tiene un aspecto muy solitario y desolado, y al mirar a uno y otro lado apenas podía creer que hubiese tierra más allá, o un lugar como Europa o Inglaterra o Liverpool en el ancho mundo. Resultaba demasiado extraño y maravilloso, y

casi increíble, que pudiera haber pueblos y ciudades y aldeas, y campos verdes, y setos, y granjas y huertos, más allá de la extensión vacía del mar, y del lugar donde el cielo se juntaba con el agua. Y la sola idea de navegar entre las olas, y dejar atrás la tierra iluminada mientras la noche se cernía sobre nosotros, parecía absurda y descabellada; miré con cierto temor a los marineros que tenía a mi lado y que se mostraban tan inconscientes en un momento así. Luego recordé cuántas veces mi padre me había contado que había cruzado el océano, sin que jamás se me ocurriera ni por un instante dudar de lo que decía, pues siempre lo tuve por un ser maravilloso, infinitamente más puro y noble que yo, e incapaz de mentir o hacerle daño a nadie en ninguna circunstancia. Y, sin embargo, cómo creer que él, mi propio padre, a quien yo recordaba tan bien, hubiera cruzado los Narrows, hubiese navegado a través de la línea del mar y del cielo y hubiese llegado a Inglaterra, y Francia, Liverpool y Marsella. Era demasiado asombroso para creerlo.

A la derecha de los Narrows según se sale, la tierra es bastante alta, y en lo alto de un imponente acantilado hay un gran fuerte o castillo en ruinas rodeado de árboles. Lo construyó el gobernador Tompkins en la época de la última guerra con Inglaterra, pero según creo no llegó a utilizarse nunca y dejaron que se viniera abajo. Yo lo había visitado una vez, cuando vivíamos en Nueva York, hacía tanto tiempo que apenas lo recordaba, con mi padre y un tío mío, un viejo y canoso capitán de barco, que navegaba con frecuencia a un lugar llamado Arcángel, en Rusia, y que siempre me contaba que había acompañado al capitán Langsdorff cuando cruzó por tierra desde el mar de Okotsk en Asia hasta San Petersburgo, en un trineo tirado por grandes perros. Menciono a mi tío porque fue el primer capitán de barco al que conocí, y su cabello blanco y su hermoso rostro rubicundo me impresionaron de tal modo que nunca lo olvidé, aunque sólo lo vi con ocasión de aquella visita suya a Nueva York, pues pocos años después perdió la vida en el mar Blanco.

Pero yo quería hablarles del fuerte. Era, tal como lo recordaba, un lugar hermoso, tan novelesco y maravilloso como me lo pareció cuando estuve allí con mi tío. En la parte más alejada del agua crecía un verde bosquecillo muy espeso y umbrío, y a través del claroscuro de aquel bosque se accedía a un arco en el muro del fuerte, negro como la noche, que conducía a una serie de pasadizos muy intrincados por los que había que avanzar a tientas, hasta que por fin se distinguía un atisbo de hierba, se vislumbraba la luz del sol, y de pronto se salía a un espacio abierto en el centro del castillo. Allí unas vacas pastaban tranquilamente o rumiaban a la sombra de unos arbolillos, un ternero retozaba y trataba de morderse la cola; y unas ovejas trepaban con dificultad entre las ruinas musgosas, y mordisqueaban los brotes de hierba que crecían a ambos lados de las troneras de los cañones. Incluso vi un macho cabrío negro con una larga barba y cuernos arrugados, que tenía las patas delanteras apoyadas en un elevado parapeto y miraba al mar, como si estuviese esperando

la llegada del barco que traía a su primo. Me parece estar viéndolo ahora mismo, y, pese a lo mucho que he cambiado desde entonces, sigue teniendo el mismo aspecto que siempre, y supongo que seguirá teniéndolo aunque yo llegue a ser tan viejo como Matusalén y tenga tanta memoria como debía de tener él. Sí, el fuerte era un lugar tranquilo, hermoso y encantador. Me gustaría construir una cabañita en el centro y pasar en ella el resto de mi vida. Estuve allí un mediodía del mes de junio, apenas soplaban un poco de viento que agitaba los árboles, todo daba la impresión de estar a la expectativa y el cielo era tan azul como los ojos de mi madre; en aquel entonces yo era muy dichoso y feliz. Pero es mejor no pensar en aquella época deliciosa, antes de que mi padre se declarara en bancarrota y muriese, y tuviéramos que mudarnos de la ciudad, pues, cuando pienso en aquellos días, se me hace un nudo en la garganta que casi me ahoga.

El caso es que mientras navegamos a través de los Narrows volví a ver aquel hermoso fuerte sobre el acantilado y no pude sino comparar mi situación en ese momento con la de cuando había ido allí con mi padre y con mi tío hacía tanto tiempo. En aquel entonces jamás pensé que tendría que trabajar para ganarme la vida; y ni siquiera sabía que hubiese corazones endurecidos en el mundo; y conocía tan poco el uso del dinero que, cuando compraba un caramelo y pagaba con una moneda de seis centavos, pensaba que el confitero me devolvía cinco centavos para que tuviese dinero para comprar alguna otra cosa, y no porque esos centavos fuesen el cambio y por tanto míos de pleno derecho. ¡Qué diferente era ahora mi idea del dinero!

En esa época era un colegial, y con el tiempo tenía pensado ir a la Universidad y albergaba la vaga idea de convertirme en un gran orador como Patrick Henry, cuyos discursos yo acostumbraba a declamar desde el escenario; en cambio ahora era un chico pobre y sin amigos, lejos de casa y camino de convertirme por voluntad propia en un miserable marinero de por vida. Y lo que más amargo se me hacía era pensar en lo bien que les iba a mis primos, que eran ricos y felices, y vivían en una casa con mis tíos y tías, sin pensar siquiera en tener que embarcarse para sobrevivir. Traté de pensar que todo era un sueño, que no estaba allí, a bordo de un barco, sino en casa en la ciudad, y que mi padre seguía vivo, y que mi madre estaba tan alegre y feliz como antes. Pero no funcionó. Estaba donde estaba, y allí estaba el barco y allá el fuerte. Así que, después de echarles un último vistazo a unos chicos que miraban al mar desde el parapeto, me di la vuelta abatido, y decidí no volver la vista a tierra.

Al caer el sol, ya casi habíamos llegado «fuera», y bien puede decirse así, pues me sentí como si me hubieran expulsado del mundo. Luego, empezó a soplar la brisa y soltaron e izaron las velas; y al cabo de un rato, el vapor nos dejó, y por primera vez sentí cabecear el barco, una sensación muy extraña,

como si fuese un enorme barril flotando en el agua. Poco después vi una pequeña y veloz goleta que cruzaba por delante de nuestra proa, y volvía a cruzar una y otra vez; y, justo cuando me estaba preguntando qué podría querer, arrió de pronto las velas y dos hombres cogieron el bote que había en cubierta y lo echaron al agua igual que si fuese un trozo de madera. Luego vi que el práctico, un hombre de rostro rubicundo con un tosco abrigo azul, que, para mi sorpresa, había estado dando las órdenes en lugar del capitán, se abotonaba el abrigo hasta la garganta, como una persona prudente que está a punto de salir por la noche a una plaza solitaria para irse a su casa, dejaba que el primer oficial siguiera dando las órdenes y se quedaba hablando aparte con el capitán; luego se metió la mano en el bolsillo y le dio unos cuantos periódicos.

Y pocos minutos después, cuando detuvimos nuestra marcha y dejamos que el botecillo se abarloase a nuestro barco, les estrechó la mano al capitán y a los oficiales y se despidió de ellos, sin dedicarnos ni una palabra de despedida a mí y a los marineros; pasó riendo por encima de la borda, subió al bote y lo llevaron a la goleta; luego se hicieron a la vela y pasaron deslizándose a nuestra popa, mientras sus hombres gritaban y nos saludaban agitando las gorras; y eso fue lo último que vimos de América.

VIII

LO ASIGNAN A LA GUARDIA DE BABOR, SE MAREA Y RELATA OTRAS DE SUS VIVENCIAS

Estaba empezando a oscurecer cuando, de pronto, convocaron a todos los marineros al alcázar, y, como es lógico, fui con ellos.

«¿Qué irá a pasar ahora?», pensé, y pronto tuve ocasión de descubrirlo. Al parecer, nos iban a dividir en guardias. El primer oficial empezó por elegir a un apuesto y fornido marinero para su guardia; luego le llegó el turno de elegir al segundo oficial, y él también escogió a un marinero apuesto y fornido. Pero no fui yo..., no..., y a medida que iban eligiendo, uno tras otro, en rotación regular, caí en la cuenta de que ninguno de los dos oficiales me miraba siquiera, sino que seguían buscando entre los demás, escudriñando sus rostros, pues estaba oscuro, y diciéndoles que no se ocultaran con las solapas de las chaquetas. Pero los marineros, sobre todo los más apuestos y fornidos, parecían muy preocupados por apartarse todo lo posible, y se calaban la gorra sobre los ojos; y aunque puede que fueran sólo imaginaciones mías, desde luego pensé que todos afectaban una especie de indiferencia altanera respecto a la guardia en la que iban a incluirlos, y no parecían pensar que valiera la

pena preocuparse por el asunto. Y los mismos hombres que, unos minutos antes, habían demostrado una enorme agilidad y rapidez al trepar por los aparejos y subir al mástil al oír la voz de mando, ahora se apoyaban perezosos contra las amuradas; como si estuvieran convencidos de que para entonces los oficiales ya deberían saber quiénes eran los mejores hombres, y se valorasen lo suficiente para obligar a los oficiales a tomarse la molestia de buscarlos, pues, si valía la pena tenerlos, también valdría la pena buscarlos.

Por fin, eligieron a todos menos a mí; y le tocó escoger al primer oficial; aunque no le quedaba mucha elección, pues yo era el único que quedaba y lo quisiera o no tenía que formar parte de su grupo, como el resto que llevamos al hacer una suma.

—Bueno, Buttons —dijo el primer oficial—, pensaba que me libraría de ti. Y, de hecho, señor Rigs —añadió, dirigiéndose al segundo oficial—, creo que será mejor que vaya con los de su guardia... Se lo cedo, así tendrá usted un hombre más que yo.

—No, muchas gracias —dijo el señor Rigs.

—Le vendrá bien —dijo el primer oficial—, mire, el muchacho no es mal parecido... Está un poco verde, desde luego, pero también lo estuvo usted hace un tiempo, Rigs.

—No, se lo agradezco —repitió el segundo oficial—. Lléveselo usted... Es suyo por derecho... Yo no lo quiero. —Y así me asignaron al grupo del primer oficial, es decir, a la guardia de babor.

Mientras ocurría dicha escena, me sentí muy humillado; ahí estaba yo, como un corderito inocente, sobre el que discuten dos carniceros. Nada de lo sucedido hasta entonces me había recordado con tanta claridad dónde estaba y en lo que me había convertido. Me alegré mucho cuando nos ordenaron volver a proa.

Al ir a marcharnos, el segundo oficial llamó a uno de los marineros por su nombre: «¿Bill?», y Bill respondió: «¿Señor?», como si el otro fuese todo un caballero. Me sorprendió no poco, que se dirigiese a un hombre con una chaqueta tan vieja, raída y andrajosa con tanto respeto; aunque también me había sorprendido que el primer oficial lo llamara «señor Rigs» en la escena del alcázar; como si el tal señor Rigs fuese un acaudalado comerciante que viviera en una casa de mármol en Lafayette Place. Sin embargo, no tardé en descubrir que en el mar todos los oficiales son «señores», y se tomarían como un insulto que un marinero se dirigiera a ellos de otro modo. Y, de hecho, es uno de sus derechos y privilegios que les llamen «señor» cuando les hablan: «Sí, señor; no, señor; sí, sí, señor», y son tan picajosos con que les llamen así como tantos caballeros y barones, aunque sus títulos no son hereditarios, como

en el caso de los sir Johns y sir Joshuas de Inglaterra. No obstante, y por lo que se refiere al segundo oficial, sus títulos son las únicas dignidades de las que disfruta, pues, en conjunto, lleva una vida de perros. El capitán nunca lo considera digno de su compañía, aunque en ocasiones el primer oficial sí lo sea, tal vez no en el camarote pero al menos en el alcázar; además, el segundo oficial desayuna, almuerza, come y cena de las sobras que quedan en la mesa del camarote, e incluso el despensero, que no responde ante nadie salvo el capitán, lo trata a veces con arrogancia; y tiene que trepar al mástil cuando las gaviotas tienen los rizos tomados; y más de una vez debe echar mano al cubo del alquitrán; y debe guardar la llave del armario del contraamaestre, y llevarles las piolas y las trincas a los marineros que están ocupados con el aparejo; además de hacer muchas otras cosas que cualquier barón que se precie se negaría a hacer aunque le fuera el título y aun la vida en ello.

Una vez divididos en guardias, nos enviaron a cenar; no obstante, no pude comer nada más que una galleta; me habría gustado tomar un poco de té, pero no tenía pote donde servírmelo y me dio apuro pedirles a los rudos marineros que me dejaran beber del suyo, así que me tuve que ir sin beber ni un solo sorbo. Pensé en acudir al cocinero negro a rogarle que me diera una lata vacía, pero parecía tan enfadado que se me quitó la idea de la cabeza.

Después de cenar, pues en un barco nadie lo llama tomar el té, llamaron a cubierta a la guardia en la que me habían incluido, y nos dijeron que tendríamos que hacer el primer turno de guardia nocturna, es decir, de las ocho a medianoche.

Entonces empecé a sentirme mal y a notar molestias en el estómago, como si lo tuviera muy revuelto; y noté una sensación extraña y me dio vueltas la cabeza; así que no me quedó la menor duda de que se trataba del principio de algo terrible: el mareo. En vista de que me encontraba cada vez peor, le expliqué a uno de los marineros lo que me ocurría y le rogué que presentara mis excusas muy educadamente ante el primer oficial, pues pensé que sería mejor ir abajo y pasar la noche en mi litera. Pero él se limitó a reírse de mí y a decir que mi madre no tendría que haberme dado permiso para embarcarme; me indignó que un hombre a quien había oído maldecir de forma tan terrible se atreviera a pronunciar su sagrado nombre. Era una especie de blasfemia y tuve la impresión de que arrancaba los secretos más apreciados y mejor custodiados de mi alma, pues por aquel entonces el nombre de mi madre era el centro de los más puros sentimientos que albergaba en mi corazón y que había aprendido a guardar en secreto en lo más profundo de mi ser.

Pero exteriormente no me di por enterado de las palabras del marinero, pues eso sólo habría servido para empeorar las cosas.

Aquel hombre era groenlandés de nacimiento, tenía la piel muy blanca allí

donde no estaba curtida por el sol, unos hermosos ojos azules algo separados y un rostro ancho y simpático cubierto de pelo rubio y rizado. No era muy alto, pero sí muy fornido y activo y tenía unas espaldas tan anchas como un escudo, con los hombros muy separados. Debía de ser un marinero con mucho éxito entre las mujeres, pues se pasaba el día hablando en su inglés macarrónico de las hermosas damas a las que conocía en Estocolmo y Copenhague y de un lugar que llamaba «El Garfio», y pensé que sería el lugar donde vivían los hombres de nariz ganchuda que se quedaban con las carabinas de los demás y con cualquier otra cosa que les cayera en las manos. Iba vestido con mucho gusto, como si supiera que era un hombre bien parecido. Lucía un chaquetón de lana azul marino y llevaba un pañuelo nuevo de seda alrededor del cuello, pasado a través de una vértebra de tiburón muy bien pulida y tallada. Sus pantalones eran de dril blanco, y calzaba un hermoso par de zapatillas y un sombrero de lona embreada tan reluciente como un espejo, del que pendía una larga cinta negra que a veces se le enredaba en el aparejo; llevaba también unas anclas de oro en las orejas y un anillo de plata en el dedo, muy gastado y abollado de tanto tirar de los cabos y de las demás tareas de a bordo. Recuerdo que pensé que más le habría valido dejarse las joyas en casa.

Pasó mucho tiempo antes de que yo pudiera creer que aquel hombre fuera verdaderamente de Groenlandia, aunque tenía un aspecto lo bastante exótico para haber venido de la luna, y siempre estaba contando historias de aquel lugar lejano: cómo pasaban los inviernos, lo amargo que era el frío y que acostumbraba a meterse en la cama y dormir doce horas seguidas, y luego se daba una vuelta por ahí y se volvía a meter en la cama, y luego volvía a levantarse... quién sabe cuántas veces, y todo en una noche; pues, según decía, en su país las noches duraban tantas semanas que había bebés groenlandeses que cumplían tres meses antes de que pudiera decirse con propiedad que tuvieran un día.

Había leído antes cosas parecidas en libros de viajes, pero aquello no eran más que lecturas, igual que cuando uno lee Las mil y una noches, en las que nadie cree en realidad; pues en cierto modo cuando leía acerca de aquellos países maravillosos nunca llegué a creer lo que decían, sino que sólo me parecía muy extraño, demasiado extraño para ser cierto; aunque jamás pensé que quienes habían escrito el libro estuvieran mintiendo. No sé cómo explicar con exactitud a lo que me refiero, pero dicho queda que jamás creí en Groenlandia hasta que vi a aquel groenlandés. Y, al principio, oírle hablar de Groenlandia sólo sirvió para volverme más incrédulo, pues ¿qué se le había perdido a alguien de Groenlandia entre nuestro grupo? ¿Por qué no estaba en su casa entre los icebergs? ¿Cómo resistía el sol veraniego sin derretirse? Además, en lugar de carámbanos en las orejas, llevaba pendientes; y no vestía pieles de oso, ni se protegía las manos con unos enormes mitones; cosas que me resultaba imposible no relacionar con Groenlandia y los groenlandeses.

Pero estaba hablando de mi mareo y de que pretendía retirarme a pasar la noche. Aquel groenlandés, al ver que estaba enfermo, se ofreció a convertirse en médico y curarme; bajó al castillo de proa y volvió con una jarra marrón, como una jarra de melaza, y una tacita de lata, y en cuanto me acercó la jarra a la nariz, no me hizo falta decir lo que contenía, pues olía como una taberna, y efectivamente resultó estar llena de licor de Jamaica.

—Vamos, Buttons —dijo—, una sola dosis de esto te sentará mejor que una noche de sueño; toma, bébetelo, y luego cómete siete u ocho galletas y te sentirás tan robusto como el palo mayor.

No me apetecía mucho hacer lo que decía, pues tenía ciertos escrúpulos respecto al consumo de licor; y, para ser sincero, no me avergüenzo por ello: en el pueblo donde vivía mi madre, yo era miembro de una sociedad llamada Asociación por la Abstinencia Total Juvenil, de la que mi amigo Tom Legare era presidente, secretario y tesorero, y guardaba los fondos en un monederito que le había bordado su prima. Creo que había tres dólares y seis centavos la última vez que hizo cuentas, un día de mayo en que nos encontramos en un bosquecillo a la orilla del río. Tom era un tesorero muy honrado, y nunca gastó ni un centavo del dinero de la sociedad en cacahuetes; y además era un muchacho amable y generoso a quien yo apreciaba mucho. Pero ahora no es el momento de hablar de Tom.

Cuando el groenlandés se me acercó con su jarra de medicina, le di las gracias lo mejor que pude, pues justo entonces estaba asomado por la borda y tenía la sensación de estar a punto de morir, pero me las arreglé para decirle que estaba obligado solemnemente a no beber alcohol bajo ninguna consideración, aunque, como tuve una especie de presentimiento de que la bebida me habría sentado bien por una vez en mi vida, empecé a lamentar no haber tenido la precaución, al hacer el juramento de abstinencia, de incluir una pequeña cláusula que me permitiese beber alcohol en caso de mareo. Y recomiendo a los abstemios que lo tengan en cuenta, y así, si llegan a hacerse a la mar, no tendrán necesidad de quebrantar sus juramentos, como siento decir que tuve que hacer yo. Me resultó muy difícil romper un voto nunca violado hasta entonces, sobre todo porque el ron no tenía un sabor muy agradable, y de hecho me abrasó la boca de tal modo que no volví a disfrutar de la comida hasta pasado un tiempo. Incluso cuando volví a estar fuerte y recuperado, me pregunté cómo podría gustarle aquello a los marineros; pues muchos, aparte del groenlandés, habían llevado consigo una jarra, para «ir tirando», como ellos decían. No obstante, no les sirvió para ir tirando mucho tiempo, pues el ron se acabó el segundo día, y tiraron las jarras por la borda. Me gustaría saber dónde estarán ahora.

A decir verdad, descubrí que, a pesar de su sabor áspero, aquel licor que bebí era justo lo que necesitaba; aunque supongo que si me hubiese tomado

una taza de café caliente también me habría sentado bien y tal vez mucho mejor. Pero no había a esa hora de la noche, o a ninguna otra hora, porque lo que ellos llamaban café y que nos daban cada mañana con el desayuno, era la bebida de sabor más curioso que bebí nunca y se parecía tan poco al café como a la limonada, aunque, desde luego, estaba tan frío como la limonada, y siempre pensé que el cocinero tenía una nevera y le echaba hielo. Aún más curioso era que tuviese un gusto y calidad diferente cada mañana. A veces sabía a pescado, como si fuese una infusión de arenques holandeses; a veces sabía muy salado, como si hubieran cocido en él un trozo de penco viejo o de ternera; y otros días tenía sabor a queso, como si el capitán hubiese mandado prepararlo con cortezas de queso; y había veces en que tenía tan mal sabor que me sentía tentado a pensar que habían hervido en él un par de calcetines viejos. De qué demonios estaba hecho y por qué tenía sabores tan diferentes, quedó para siempre en el misterio, porque, cuando se dedicaba a ejercer su vocación, nuestro viejo cocinero se recluía en la cocina y nunca reveló ninguno de sus secretos.

A pesar de ser un tipo muy serio, tal como contaré más adelante, o tal vez precisamente por eso, era un cocinero de aspecto muy sospechoso, y no creo que hubiera logrado nunca un empleo en Delmonico's en Nueva York. Era una suerte para él ser negro, pues no me cabe duda de que su color nos impedía ver la suciedad de su cara; no lo vi lavarse más que una vez, y fue en uno de sus peroles de sopa una noche oscura cuando creía que nadie lo veía. Nunca pude averiguar qué le impulsó a lavarse la cara en ese momento, pero supongo que debió de despertarse soñando con la suciedad de sus mejillas. En cuanto a su café, a pesar de lo desagradable de su sabor, cada mañana despertaba en mí la misma extraña curiosidad por saber qué nuevo sabor iba a tener; y aunque, desde luego, nunca dejé de hacer un nuevo descubrimiento y de añadir otro sabor a mi paladar, jamás vi que mejorase la calidad de aquella bebida, que en ese aspecto parecía siempre igual.

Es muy probable por tanto que, estando tan mareado como estaba, una taza de café como el que preparaba nuestro cocinero no me hubiera hecho ningún bien o incluso hubiese acabado conmigo. Y, ya que era tan malo y que, como dije antes, por la noche nunca nos daban café, creo que puede disculpárseme que bebiera, como hice, otra cosa en su lugar; y en dichas circunstancias, sería muy poco elegante por parte de los demás miembros de la Asociación por la Abstinencia que me reprocharan haber quebrantado mi juramento, cosa que jamás habría hecho salvo en caso de necesidad. Sin embargo, el efecto perverso de romper un juramento en cualquier ocasión se puso pronto en evidencia, pues abrió con insidia el camino a subsiguientes violaciones, que, aunque leves, no tenían excusa posible.

IX

LOS MARINEROS SE MUESTRAN UN POCO MÁS SOCIABLES Y REDBURN CONVERSA CON ELLOS

En la última parte de la primera y larga guardia que hicimos tuvimos un tiempo muy agradable. Al principio estaba bastante nublado, pero un suave claro de luna fue iluminándolo todo y aparecieron algunas estrellas, tan claras que se podían contar una por una; soplaban una brisa suave y constante y no hacía demasiado frío; y navegábamos sobre el agua casi con tanta suavidad como un trineo por una pendiente. Y, lo que era aún mejor, el viento soplaban tan firme que casi no tuvimos que trepar al mástil, ni que tirar de los cabos, ni ninguna otra cosa desagradable por el estilo.

El primer oficial se pasó el tiempo paseando por el alcázar, con un largo cigarro encendido en la boca a modo de linterna; y nos habló muy pocas veces en toda la guardia. Debía de tener muchas cosas en las que pensar, cosa que les ocurre a la mayor parte de los marineros la primera noche después de salir de puerto, sobre todo si han malgastado su dinero en una alocada disipación y tienen una buena resaca a cambio. Porque, cuando están en tierra, muchos de esos oficiales son tan bárbaros e imprudentes, a su modo, como los marineros a quienes mandan.

Mientras yo observaba la roja punta del cigarro que se paseaba arriba y abajo, el oficial se detenía de pronto y daba una orden, y todos los hombres saltaban a obedecerla. No era nada que tuviera demasiada importancia, sólo que izáramos un poco más una de las velas en el mástil. Los hombres cogían los cabos y empezaban a tirar; el primero de ellos inventaba para hacerlo una canción sin palabras, sólo unas notas extrañas que bajaban y subían. En plena noche, y en la soledad del mar, sonaba muy primitiva, y me hacía sentir igual que me había sentido a veces, cuando, en la habitación en penumbra de un primo mío que tenía los ojos muy negros, tocábamos algunas tonadas alemanas al piano. Casi me daban ganas de mirar si había duendes a mi alrededor y me asustaba un poco. Pronto me acostumbré a aquellas canciones, pues los marineros no tocaban ni un solo cabo sin entonarlas. A veces, cuando nadie iniciaba la canción, y los tirones no parecían ir del todo como debieran, el oficial decía: «Vamos, muchachos, ¿es que nadie sabe cantar? Cantad y despertad a los muertos». Y entonces alguien se ponía a cantar y era como si los brazos de todos se sintieran tan aliviados como los míos por la canción y pudieran tirar tan bien como yo, con aquel alegre acompañamiento, estoy seguro de que la canción bien valía el aliento que gastábamos en ella. Para los marineros es muy importante saber cantar bien, porque así consiguen gran

reputación entre los oficiales y se hacen muy populares entre sus camaradas. Algunos capitanes, antes de enrolar a un hombre, le preguntan si sabe cantar al tirar de un cabo.

Los marineros se pasaron la mayor parte de la guardia sentados en el molinete y contaron largas historias sobre sus aventuras en mar y tierra, y hablaron de Gibraltar, y Cantón, y Valparaíso y Bombay, igual que ustedes y yo podríamos hablar del muelle Peck y del Bowery. Todos ellos eran como un volumen de viajes alrededor del mundo. Y lo que más me sorprendió fue que, igual que ocurre con los libros de viajes, se contradijeran unos a otros, y cayesen en largas y violentas disputas acerca de quién regentaba la taberna del Ancla Rota en Portsmouth en esa época; o sobre si el rey de Cantón vivía o no en Persia; o si la mesonera de una casa de Hamburgo tenía los ojos negros o azules; y otros muchos puntos discutibles parecidos.

Por fin uno de ellos bajó y trajo una caja de puros de su baúl, pues algunos marineros siempre llevan consigo exquisiteces parecidas para suavizar la primera impresión del agua salada después de haber estado ociosos en tierra; y también para «ir tirando», como conté hace poco. Aunque siempre me extrañó que no llevaran tartas y pasteles, en lugar de licores y cigarros.

Ned, pues así se llamaba el hombre, abrió la caja de un puñetazo, y luego la pasó por el molinete, igual que un camarero en una fiesta, y todos cogieron uno. Pero yo era miembro de una Liga Antitabaco que había organizado en nuestro pueblo el director de la escuela dominical en colaboración con la Asociación por la Abstinencia. Así que no me fumé ninguno entonces, aunque lamento decir que después lo hice durante el viaje. El caso es que decliné y, con muchos e innecesarios juramentos, Ned me aseguró que eran habanos auténticos, pues había estado en La Habana y aseguró que los habían fabricado ante sus propios ojos. Por lo que contó, era muy exigente con sus cigarros y otras cosas, y nunca compraba nada importado porque no le parecía fiable, sino que siempre viajaba en persona al lugar donde se fabricaba el producto exótico que pretendía adquirir. Iba a Le Havre a comprar camisas de lana, a Panamá a por sombreros; a la China a por pañuelos de seda y directo a Calcuta a comprar cigarros; y, como decía siempre un bromista de nuestra guardia, sin duda acabaría por ir a Rusia a comprar la soga con la que habrían de ahorcarle: la gracia radicaba en el hecho de que, según dicen, no hay mejor cáñamo que el ruso; aunque se trata de una de esas bromas que no merece la pena explicar. Gracias al licor que, unido al aire fresco del mar, estimuló mis desfallecientes fuerzas y me abrió el apetito por las duras galletas de barco, y gracias también a mis paseos por cubierta junto al molinete, me había recobrado en gran parte de mi mal, y en vista de que los marineros se mostraban, al menos entre ellos, muy sociables y amables y se habían sentado a fumar como viejos camaradas, y como lo único que tenía que hacer era esperar a que se pasase el turno de

guardia, empecé a pensar que no eran tan malos tipos después de todo, salvo por sus blasfemias y otras desagradables formas de hablar que usaban de vez en cuando; y pensé que los había juzgado mal, pues al principio los había tomado por un puñado de canallas malvados y sin corazón con quienes sería un auténtico castigo relacionarse.

Sí, entonces empecé a verlos con una especie de cariño incipiente, aunque más bien con piedad y compasión, como a hombres de disposición buena y amable por naturaleza a quienes el abandono, los abusos y las penalidades habían convertido en marginados de la sociedad; y no como a malvados que amaban el mal en sí mismo, y que perseverarían en su maldad incluso en el Paraíso, si es que alguna vez llegaban allí. Y recordé un sermón que había oído una vez en la iglesia a propósito de los marineros, en el que el cura los había llamado corderos extraviados del rebaño, y los había comparado con niños perdidos, bebés en el bosque y huérfanos de padre y madre.

Y recordé haber leído en una revista, llamada *Sailor's Magazine*, que tenía la portada de color azul marino y un barco pintado en la contraportada, acerca de marineros devotos que nunca blasfemaban, y que donaban el sueldo a los pobres infieles en la India; y que cuando eran demasiado ancianos para hacerse a la mar, aquellos viejos y devotos marineros encontraban un hogar acogedor en el Hospicio, donde no tenían nada que hacer, más que prepararse para su final. Y me pregunté si habría alguno de aquellos buenos marineros entre mis compañeros, y al ver a uno que estaba tumbado algo apartado del resto, pensé que debía tratarse de uno de ellos, así que no le interrumpí sus devociones; no obstante, después me sorprendió descubrir que sólo estaba profundamente dormido, con una de las jarras marrones a su lado.

Olvidaba decir que, de vez en cuando, los hombres iban a un rincón donde el primer oficial no podía verlos, para «darle un tiento a las drizas», como ellos lo llamaban; y ese tiento a las drizas era lo que les permitía «ir tirando», y sin duda tenía algo que ver con que esa noche estuvieran tan sociables y afables, pues nunca volvieron a estarlo después, y nunca me trataron tan bien como entonces. Sin embargo, también es posible que se debiera a que acabábamos de salir del puerto y yo fuera todavía un desconocido para ellos. No obstante, esa misma noche cambiaron por completo de actitud y me enseñaron una amarga lección, pero todo a su debido tiempo...

He dicho que, al ver lo simpáticos que estaban y lo amistosos que se mostraban, empecé a sentir una especie de compasión por ellos, basada en lo triste de sus condiciones como amables marginados; y sentí tanto interés por ellos, y tanta piedad, y me entraron tantas ganas de ayudarles en todo lo que pudiera, porque sabía que eran pobres, que me atreví a preguntarle a uno de ellos si tenía costumbre de ir a la iglesia, cuando estaba en tierra, o de pasarse por la Capilla Flotante que había visto en un muelle en el East River en Nueva

York; y si le parecería una indiscreción que le preguntara si llevaba buenos libros en su baúl. Al principio se quedó un poco extrañado, pero al reparar en la corrección de mi lenguaje y en lo educado de mi actitud, pareció sentir cierto respeto involuntario por mí y me respondió que había ido una vez a la iglesia, hacía unos diez o doce años, en Londres, y que un día había ayudado a trasladar la Capilla Flotante desde el North River, y ésa había sido la única vez que la había visto. En cuanto a los libros, me respondió que no sabía a lo que me refería con eso, pero que si quería el Almanaque de Newgate o El libro de los piratas podía prestármelos.

Cuando oí a aquel pobre marinero hablar de aquel modo, y demostrar tan claramente su ignorancia y lo incorrecto de sus puntos de vista sobre religión, lo compadecí aún más; y al comparar mi situación con la suya, di gracias por ser tan distinto; y pensé en lo agradable que era sentirse mejor y más sabio de lo que podía sentirse él, aunque tuviera que reconocer que no eran tanto mis méritos como la educación recibida lo que me convertía en el muchacho recto y sensible que creía ser. Y a partir de entonces empecé a considerar mi carácter con cierta complacencia y satisfacción, pues antes siempre me había relacionado con personas que llevaban una vida muy discreta, de forma que no me resultaba fácil ensalzarme comparándome con mis vecinos.

Al considerar que mi superioridad moral podría resultarle incómoda, se me ocurrió que sería buena idea darle la oportunidad de demostrarme su propia superioridad respecto a algo de menor importancia, pues yo no era presuntuoso ni vanidoso.

Había notado que, cada cierto tiempo, el timonel tañía una campanita en el alcázar; y que cuando lo hacía, alguno de los marineros a proa tañía una campana mayor que colgaba en el castillo de proa y que respondía a la otra campanada por campanada; así que le pregunté al marinero de la Capilla Flotante qué significaba tanto repicar campanas, y si, dado que la campana más grande colgaba justo sobre la escotilla que había sobre el lugar donde dormía la guardia, aquello no contribuiría a despertarlos y a producirles pesadillas. Le pregunté de un modo muy educado y condescendiente, para darle a entender que no me consideraba ni mucho menos mejor que él, siempre, claro, que hablásemos en general y no nos fijáramos mucho en los detalles. Pero, con gran sorpresa y humillación por mi parte, se echó a reír del modo más grosero delante de mis narices y me llamó «Jimmy Dux», aunque sabía que ése no era mi verdadero nombre, y también «hijo de granjero», pese a que, como he contado, mi padre era un gran comerciante e importador en Broad Street en Nueva York. Y luego empezó a reírse y a bromear sobre mí con los demás marineros, que acabaron por rodearme, y, de no haber estado tan enfadado, me habría sentido ridículo. Pero el caso es que la rabia impidió que me sintiese avergonzado, lo que es una suerte para las personas que se

dejan arrastrar por la cólera.

X

SE ASUSTA MUCHO, LOS MARINEROS SE BURLAN DE ÉL Y SE SIENTE TRISTE Y DESAMPARADO

Mientras transcurría la escena que acabo de describir, a todos nos sobresaltó un ruido horrible y chirriante que provenía del castillo de proa, y de pronto salió por el escotillón un hombre en camisa, que llevaba algo en la mano y temblaba y chillaba del modo más espantoso, de manera que pensé que habían asesinado a uno de los marineros de abajo.

Pero todo concluyó en un instante y, mientras lo mirábamos espantados, y casi antes de que supiéramos lo que ocurría, el hombre que profería aquellos alaridos saltó al mar por la borda, y ya no volvimos a verlo. Luego se produjo un gran alboroto; los marineros subieron corriendo a cubierta; y el primer oficial acudió a proa, y tras averiguar lo sucedido, empezó a gritar órdenes acerca de las velas y las vergas; y todos corrimos a tirar y halar de los cabos, hasta que nos quedamos casi inmóviles sobre el agua. Luego arriaron un bote que estuvo más de una hora dando vueltas alrededor del barco, pero no lograron encontrar a aquel hombre. Al parecer, se trataba del marinero que habían llevado a bordo completamente borracho y a quien su casero había arrojado en la litera; y que había estado allí hasta entonces. Debía de haberse despertado de pronto, enloquecido por el delirium tremens, como lo llamó el primer oficial, y al encontrarse en un lugar extraño y silencioso, sin saber cómo había llegado allí, había subido a cubierta y, en un ataque de locura, había puesto fin a su vida.

Este suceso, ocurrido en mitad de la noche, tuvo sobre mí un efecto maravillosamente solemne y casi terrible. Habría dado el mundo entero, y el sol, y la luna, y todas las estrellas del cielo, si hubieran sido más, por estar de vuelta sano y salvo con el señor Jones, o mejor aún en mi casa junto al río Hudson. Me pareció un mal presagio para iniciar el viaje, y clamé contra la locura que me había empujado a embarcarme en contra del consejo de mis mejores amigos, es decir, de mi madre y mis hermanas.

«¡Ay!, pobre Wellington —pensé—, no volverás a ver tu casa». Así de melancólico bajé cuando acabó la guardia, cosa que ocurrió poco después, y descubrí con horror que el suicida había ocupado la misma litera de la que yo me había apropiado, y que no quedaba otro sitio donde dormir. La idea de tumbarme allí ahora me parecía horrible, y lo peor era la forma en la que los

marineros decían que tenía miedo. Y aprovecharon aquella oportunidad para contarme la vida dura y desgraciada que había emprendido, y que cosas así ocurrían con frecuencia en el mar, y que ellos ya estaban acostumbrados. Pero no les creí, porque, cuando el suicida salió corriendo y chillando por el escotillón, me dieron la impresión de estar tan asustados como yo, y su miedo aun quedó más en evidencia porque, si hubiesen tenido cierta presencia de ánimo, habrían podido evitar que saltara por la borda, pues pasó justo a su lado. Sin embargo, se tumbaron a fumar en sus literas y siguieron hablando un rato, y me aconsejaron que en cuanto llegásemos a tierra me calara la gorra hasta las orejas para que no me frenase el viento, me fuera directo al interior del país y no dejara de correr hasta llegar al corazón del bosque, lejos de cualquier riachuelo, por poco caudaloso que fuera, y del más minúsculo charco de agua de lluvia.

Aquellas palabras hicieron que se me saltaran las lágrimas, pues parecían auténticas y sinceras, y los marineros que las pronunciaban daban la impresión de ser falsos e hipócritas; sin embargo, a pesar de lo entristecido que estaba mi corazón, me enfureció y encolerizó que hablaran de mí como de un cobarde tembloroso, que nunca llegaría a soportar las penalidades de la vida de marinero, pues notaba que estaba temblando y sabía de sobra que era un cobarde, sin que me lo dijeran. Lo cierto es que no dijeron que me hubiese acobardado porque lo notasen, sino porque lo supusieron, juzgando sin duda por sus propios pensamientos secretos, pues yo estaba convencido de que el suicida los había espantado a todos. Y por fin, desesperado por sus pullas, se lo dije a la cara; sin embargo, más me valdría haberme callado, pues entonces se unieron todos para burlarse de mí. Me preguntaron qué se le había perdido en el mar a un niño como yo, y por qué le quitaba el pan de la boca a un marinero honrado y ocupaba el puesto de un buen marino; y también si es que soñaba con llegar a capitán por ser un caballero de manos tan finas; y que, si alguna vez llegaba a serlo, nada les gustaría más que enrolarse en mi barco y amotinarse. Y uno de ellos, que atendía al nombre de Jackson, y de quien ya tendré ocasión de hablar más adelante, me advirtió de que más me valía apartarme de él, porque si alguna vez me cruzaba en su camino acabaría conmigo, y juró también con una blasfemia que si alguna vez se tropezaba conmigo en el aparejo no dudaría en arrojarme por la borda. Al principio, aquello me cogió tan de improviso que me sorprendió; no podía creer que hablaran en serio, o que pudieran ser tan crueles y desalmados. Pero ¿cómo no reparar en que unos hombres capaces de hablarle así a un pobre muchacho indefenso la primera noche de su viaje por mar debían de ser capaces de cualquier enormidad? Los odié, detesté y desprecié con todas las fuerzas de mi alma y mi corazón heridos, y me tuve por el ser más desdichado, triste y abandonado del mundo. Ojalá nunca me haga hombre, si ser niño es una desgracia tan grande. Y lloré y gemí, y se me rompió el corazón, aunque seguí

desafiándolos y retándoles a que hicieran lo que les viniera en gana.

Pararon de hablar, se quedaron profundamente dormidos y me dejaron despierto, sentado en un baúl con la cara entre las manos y apoyada sobre las rodillas. Y allí me quedé, hasta que, por fin, el sordo golpeteo de las olas contra la proa del barco y el silencio circundante me calmaron y me quedé dormido sentado en aquel baúl.

XI

AYUDA A FREGAR LA CUBIERTA, Y LUEGO VA A DESAYUNAR

Lo siguiente que oí fue el ruidoso golpear de un espeque en cubierta cuando volvieron a llamar a la guardia. Eran las cuatro de la mañana, y cuando llegamos a cubierta los primeros rayos del alba despuntaban ya por el este. Los hombres estaban soñolientos, así que se sentaron en el molinete sin decir nada, y se dedicaron a dar cabezadas hasta quedarse dormidos como niños en la iglesia durante un sermón aburrido. Por fin, se hizo de día y nos dieron la orden de fregar la cubierta. Arrastraron una tina enorme hasta el combés, y luego uno de los hombres fue a las cadenas, se metió detrás de un envergue que estaba atado a los obenques, e inclinándose empezó a balancear un balde sobre el agua con una cuerda muy larga; y de ese modo, con mucha habilidad y destreza, se las arregló para llenar la tina en muy poco tiempo. Luego empezaron a baldear la cubierta, y yo empecé a pensar que acabaría mojándome los pies y moriría de un resfriado. Así que acudí al primer oficial y le expliqué que sería mejor que me volviera abajo, hasta que todo estuviera seco, pues no tenía botas impermeables, y una tía mía había muerto de tisis. Sin embargo, él se limitó a gritarme que cogiera una escoba y me pusiera a barrer, o sería mucho peor para mí que la tisis que acabó con mi tía. Así que barrí de proa a popa, hasta casi partirme la espalda, pues las escobas tenían mangos muy cortos y nos animaban a frotar con fuerza.

Por fin acabamos de barrer y, como colofón, el primer oficial empezó a echar baldes de agua por todas partes, para acabar de limpiarlo todo. Debía de pensar que era muy entretenido, igual que hay jefes de bomberos a quienes les gusta sujetar personalmente la manguera, pues me mandó que lo siguiera por todas partes con baldes llenos de agua y a veces se dedicaba a perseguir con continuas oleadas por toda la cubierta una viruta insignificante hasta hacerla salir por los imbornales; cuando, si me hubiera dado permiso, yola habría cogido al instante, y la habría arrojado por la borda sin decir ni una palabra, y sin gastar tanta agua. Él decía que en el mar había agua de sobra, y lo cierto es que no le faltaba razón, pero yo, que tenía que correr detrás de él con los

baldes, no tenía más brazos y piernas que los que necesitaba para mi propio uso.

Aquel modo de limpiar la cubierta me pareció lo más absurdo e incómodo del mundo. Y aún peor que cuando a mi madre le daba por limpiar la casa, cosa que yo también odiaba con todas mis fuerzas.

A las ocho en punto sonó la campana y fuimos a desayunar. Y entonces empezaron mis peores dificultades. Pues, como no había tenido ningún amigo que me aconsejara lo que iba a necesitar en el mar, no me había provisto, tal como debería haberlo hecho, de muchas de las cosas que le hacen falta a un marinero; ni siquiera se me había pasado por la cabeza que los marineros no tuvieran mesa donde sentarse, ni mantel, ni vasos, ni servilletas, y que tuviesen que llevar todo eso consigo, pero así era.

Lo primero que hicieron fue lo siguiente: cada marinero acudió a la cocina con su pote de lata y se lo llenaron de café, pero, claro, como yo no tenía pote, no hubo café para mí. Después, llevaron al castillo de proa una especie de artesa que llamaban «cuerdo», llena de algo que llamaban «papa». Eran una especie de gachas, preparadas con maíz, trigo y agua. Además del «cuerdo», trajeron una lata llena de melaza. Luego, el mismo Jackson que mencioné antes se puso el cuerdo entre las rodillas, y empezó a verter en él la melaza, como un viejo terrateniente mezclando el ponche en una fiesta. Excavó un pequeño agujero en medio de las gachas y vertió dentro la melaza; de modo que a todo el mundo le recordó una charca negra en los pantanos de Virginia.

A continuación, se sentaron todos en círculo alrededor del cuerdo; y uno tras otro, con gran regularidad, fueron metiendo la cuchara en las gachas, y después de mojar un poco en el charco de melaza se lo tragaban de un bocado, y se relamían como si estuviese muy bueno; cosa que no dudo, aunque, como no tenía cuchara, no pueda estar del todo seguro.

Me quedé un rato allí sentado observando aquella manera de actuar y maravillándome de lo educados que eran todos; pues, aunque había muchas cucharas y sólo un plato, nunca se enredaban unos con otros. Por fin, al ver que cada vez quedaban menos gachas y que la melaza iba desapareciendo del agujero, corrí a cubierta, y después de rebuscar un rato, volví con un palo. Convencido de que tenía tanto derecho como cualquiera a comer gachas con melaza, me hice un hueco en el círculo para formar parte del grupo. Así que metí el palo y, después de remover un poco, me las arreglé para llevarme un poco de «papa» a la boca, que llevaba un buen rato abierta y esperando recibirlo. En ese momento, uno de los marineros, al ver lo que estaba a punto de hacer, me quitó el palo de un manotazo, y me preguntó dónde había aprendido modales. ¿Era así como comían los caballeros en mi país? ¿Acaso comían sus alimentos con un palo de madera, o es que mi acaudalado padre no

podía permitirse comprarle una cuchara a su caballeresco hijo?

Los demás le corearon, y afirmaron que yo era un joven malcriado, vulgar y maleducado, y que si no me ponían freno acabaría por corromper a toda la tripulación y terminarían comiendo todos como cerdos.

Aunque sus palabras me molestaron mucho, comprendí que un palo era un utensilio muy poco práctico para comer y no les respondí; en cambio, recordé que había visto a uno de los pasajeros de la antecámara desayunando con un plato y una cuchara junto a la escotilla de proa, así que corrí otra vez a cubierta, y con gran alegría conseguí que me prestara la cuchara, pues ya había terminado de comer, y, aunque eran ya casi las once, volví a bajar a ofrecermela otra vez como comensal.

Pero, ¡ay!, ya casi no quedaba nada de los pantanos de Virginia, y cuando me acerqué al otro lado del cuezo, recibí un golpe en los nudillos con una cuchara, y me dijeron que debía comer desde mi lado, pues así era como estaba establecido. En mi lado no quedaba nada, de modo que esa mañana no comí «papa». Pero aguanté comiendo un poco de ternera salada y galletas, que descubrí que eran el invariable acompañamiento de cualquier comida; los marineros se sentaban con las piernas cruzadas sobre sus baúles formando un círculo, y rompían cordialmente las duras galletas en la cabeza de los demás, cosa que resultaba muy cómoda pero me producía dolor de cabeza, al menos los cuatro o cinco primeros días hasta que me acostumbré; luego ya no me importó demasiado, aunque, como había olvidado llevar conmigo un peine y un cepillo, siempre llevaba el pelo lleno de migas, y acabé por adoptar la costumbre de sacudirme la cabeza a sotavento sobre la amurada todas las tardes.

XII

OFRECE UNA DESCRIPCIÓN DE UNO DE SUS CAMARADAS LLAMADO JACKSON

Mientras estábamos allí sentados comiéndonos la ternera y las galletas, dos de los hombres empezaron a discutir sobre quién de ellos llevaba más tiempo navegando; Jackson, el que había mezclado la «papa», les gritó que dejaran de discutir y afirmó que él decidiría por ellos. A medida que avance mi narración, tendré más cosas que decir acerca de este marinero, de modo que trataré de describirlo a grandes rasgos.

¿Han visto alguna vez un hombre con la cabeza afeitada que estuviera recuperándose de la fiebre amarilla? Pues ese aspecto tenía dicho marinero.

Estaba tan amarillo como la goma guta y no tenía más pelo en las mejillas del que tengo yo en los codos. Se le había caído el cabello y se había quedado calvo, salvo en la nuca y justo detrás de las orejas, por donde asomaban pequeños penachos como cepillos usados de zapatos. Tenía la nariz rota y era bizco de un ojo y algo estrábico del otro. Vestía como un muchacho del Bowery, pues despreciaba el atuendo habitual de los marineros y llevaba unos pantalones azules, sujetos con tirantes, y tres camisas rojas de lana, una encima de la otra, porque, según decía, era propenso a padecer reumatismo y no gozaba de buena salud; llevaba además un gran gorro blanco de lana con el ala muy ancha. Era natural de la ciudad de Nueva York, y tenía mucho que decir sobre los highbinders y los rowdies, de quienes afirmaba que no merecían más que la horca, aunque yo pensaba que él mismo tenía aspecto de highbinder.

Como he dicho, se llamaba Jackson; y nos aseguró que era un pariente próximo del general Jackson de Nueva Orleans, y juraba y perjuraba si alguien se atrevía a cuestionar lo que decía. En realidad, era un camorrista y, como era también el mejor marinero que había a bordo y muy dominante en todos los sentidos, los hombres le tenían miedo y no se atrevían a contradecirle ni a llevarle la contraria en nada. Y lo más sorprendente es que, físicamente, era el más débil de toda la tripulación; y no me cabe la menor duda de que, joven y pequeño como era yo entonces, sobre todo comparado a como soy ahora, habría podido derribarlo. Pero tenía un aire tan amenazante, tanto descaro y desvergüenza, una expresión tan impávida y además un aspecto tan mortífero, que el mismísimo Satanás se habría apartado a su paso. Y, por si fuera poco, resultaba evidente que era por naturaleza un hombre muy astuto e inteligente, aunque carente de educación, y que comprendía la naturaleza humana hasta sus últimos recovecos y sabía muy bien con quién trataba; de modo que una sola mirada de su ojo bizco era como un puñetazo, pues tenía el ojo más profundo, sutil, e infernal que jamás vi alojado en cabeza humana. Creo que en justicia debería haber pertenecido a un lobo o a un tigre hambriento; y en cualquier caso me atrevo a desafiar a cualquier oculista a que fabrique un ojo de cristal la mitad de frío, sinuoso y mortífero. Era horrible; y daría cualquier cosa por olvidar que alguna vez lo vi, pues incluso hoy me sigue atormentando.

Era imposible adivinar la edad del tal Jackson, pues no tenía barba, ni arrugas, salvo unas pequeñas patas de gallo alrededor de los ojos. Puede que tuviera treinta o tal vez cincuenta años. Pero, por lo que contaba, llevaba en el mar desde los ocho años de edad, cuando se embarcó como grumete en un barco destinado a la India y desertó en Calcuta. Y, de acuerdo también con lo que contaba, había vivido con disipación y desenfreno en los peores lugares del mundo. Había servido en un barco negrero portugués en la costa de África, y nos hablaba con diabólico deleite de la travesía intermedia, y de cómo

estibaban a los esclavos como si fueran troncos, y luego les quitaban cada mañana los grilletes a los asfixiados y a los muertos y los separaban de los vivos antes de baldear la cubierta; y que una vez que estaba en una goleta negrera los había perseguido un buque de crucero inglés cerca de Cabo Verde, y habían recibido tres cañonazos en el casco, que pasaron a través de una fila entera de esclavos que iban encadenados.

Nos contó que había tenido que guardar cama en Batavia durante una fiebre en la que el barco perdía un hombre cada pocos días, y que bajaban borrachos a tierra con el cadáver y se emborrachaban aún más como precaución contra la epidemia. Contaba que una vez que estaba durmiendo en tierra en la India había encontrado una cobra-di-capello, o serpiente de capucha, debajo de la almohada. Hablaba de marineros a los que habían envenenado en Cantón con «champú» drogado para robarles el dinero; y de los bandidos malayos que atacaban los barcos en los estrechos de Gaspar, y de que siempre dejaban con vida al capitán para obligarle a confesar dónde estaban los objetos más valiosos.

Toda su conversación era así: repleta de piraterías, epidemias y envenenamientos. Y a menudo narraba también fragmentos de su propia vida, que resultaban casi increíbles, pues pocos hombres podrían haber caído en vicios tan infames durante tanto tiempo sin haberlo pagado con la vida.

Lo cierto es que llevaba consigo los estigmas de todos aquellos vicios y la marca de una muerte próxima y terrible, como la del rey Antíoco de Siria, de quien cuenta la historia que tuvo una muerte peor que si abejas y avispas lo hubieran sacado de este mundo a aguijonazos.

De Jackson no quedaban más que las lías y las heces de un hombre; era tan delgado como una sombra; sólo piel y huesos; y a veces se quejaba de que le hacía daño sentarse sobre los baúles. A veces yo pensaba que lo que impulsaba a aquel desgraciado a mirarme con tanta malevolencia era la conciencia de su estado deplorable y exhausto y la evidencia de que no tardaría en morir como un perro. Pues yo era joven y guapo, o al menos eso creía mi madre, y, en cuanto me acostumbré a la vida en el mar y logré animarme un poco, volví a tener color en las mejillas y, a pesar de todas mis desdichas, recuperé mi aspecto saludable y alegre, mientras que a él lo estaba consumiendo una enfermedad incurable que devoraba sus órganos vitales, y su sitio era más un hospital que un barco.

Como por naturaleza me inclino a veces a conjeturar sin motivo lo que piensan los demás de mí, sobre todo si tengo razones para creer que no les caigo bien, no diré con certeza lo que sospechaba que pensaba de mí el tal Jackson. Sino que me limitaré a expresar mi humilde opinión al respecto, que me pareció acertada entonces, e incluso ahora. Y, de hecho, a menos que así

fuera, cómo explicar el escalofrío que me recorría cuando sorprendía a aquel hombre mirándome, como ocurría a menudo, pues tenía tendencia a sumirse en el mutismo y se quedaba sentado con la vista fija y las mandíbulas apretadas, como un hombre dominado por una lúgubre locura.

Recuerdo la primera vez que lo vi, y lo mucho que me sorprendió su ojo, que incluso entonces pareció clavar en mí. Estaba al timón del barco, ya que fue el primero en llegar allí cuando el práctico pidió un timonel, pues Jackson siempre estaba atento cuando llamaban a hacer las tareas más fáciles, y acostumbraba a esgrimir su salud delicada como excusa para llevarlas a cabo, cosa que hacía siempre; aunque para tratarse de un hombre enfermo era muy ágil de piernas, al menos a la hora de saltar sobre un trabajo sencillo; quién sabe, puede que se tratara de una especie de esfuerzo espasmódico como los que todo el mundo sabe que puede hacer cualquier inválido si se le presiona.

Y, aunque los marineros siempre se enfadaban mucho con cualquier forma de escaqueo, como ellos lo llamaban, es decir con cualquier cosa que diera la impresión de ser una excusa para no trabajar, yo me di cuenta de que, pese a que Jackson fue un notorio «escaqueo» toda la travesía (salvo de las cosas peligrosas, en las que jamás se quedaba atrás), de hecho era un gran veterano que había sobrevivido a muchas campañas y nunca se les ocurrió llamarle la atención o decirle lo que pensaban de su manera de comportarse. Sin embargo, les oí llamarle muchas cosas a sus espaldas, y a menudo justo después de preguntarle amablemente a la cara por su salud. Todos le tenían un pavor mortal, y se encogían y acobardaban ante él como un spaniel y le daban friegas en la espalda cuando se desnudaba y se tendía en su litera; y subían a cubierta a pedirle al cocinero que les calentara un poco de café para él; y le llenaban la pipa, y le daban trozos de tabaco de mascar, y le remendaban las chaquetas y los pantalones; y lo cuidaban, atendían y vigilaban de mil maneras. Y él se pasaba el tiempo con el ceño fruncido y le encontraba defectos a todo lo que hacían; y yo reparé en que trataba peor a quienes más cosas hacían por él y más miedo le tenían; mientras que a los dos o tres que guardaban las distancias los trataba con más consideración.

No me corresponde a mí decir qué es lo que hacía que toda la tripulación de un barco se plegara a los caprichos de un pobre desdichado como Jackson. Sólo sé que así era, pero no me cabe duda de que, si hubiese tenido los ojos azules o un rostro diferente del que tenía, no les habría inspirado tanto temor. Y nada me sorprendía tanto como que uno de los marineros, un joven irlandés robusto y simpático originario de Belfast, no tuviera la menor influencia entre la tripulación, sino que al contrario le gritaran y pisotearan e hicieran objeto de todas sus burlas; y nadie le despreciara y lo criticara más que Jackson, que parecía odiarlo cordialmente, debido a su fuerza y su buen aspecto, y sobre todo a sus mejillas sonrosadas.

Pero, claro, aquel nativo de Belfast, aunque se había enrolado como marinero de primera, en realidad no era muy buen marinero; y eso rebaja a cualquiera a los ojos de la tripulación, es decir, enrolarse como marinero de primera y luego no ser capaz de desempeñar ese trabajo. Hay tres clases de marineros: marineros de primera, marineros y grumetes, que reciben diferentes pagas de acuerdo con su rango. Por lo general, una tripulación de doce hombres consta de cinco o seis marineros de primera, que si demuestran saber hacer bien su trabajo (lo que no resulta fácil, como quizá se vea aquí más tarde) son admirados y reverenciados por los demás marineros, y los grumetes, que veneran incluso sus chaquetones y atesoran en su corazón hasta la última de sus frases.

No obstante, no vayan a deducir de esto que los grumetes de los barcos mercantes son todos jóvenes, aunque desde luego a mí me llamaban grumete, y lo era. No. En los barcos mercantes, un grumete equivale a alguien sin experiencia, alguien del interior en su primer viaje. Y, aunque tenga edad suficiente para ser abuelo, siguen llamándolo grumete, y asignándole trabajos de grumete.

Pero me estoy apartando de lo que iba a contar sobre cómo zanjó Jackson la disputa entre los dos marineros en el castillo de proa después del desayuno. Ambos llevaban un rato discutiendo sobre quién llevaba más tiempo en el mar cuando Jackson les dijo que se callaran y le pidió a uno que abriera la boca, pues afirmó que era capaz de determinar la edad de un marinero igual que la de un caballo: por los dientes. De modo que el hombre se echó a reír y abrió la boca; Jackson lo llevó debajo del escotillón, donde llegaba más luz de cubierta, y luego le hizo echar la cabeza atrás para echarle un vistazo a la boca y hurgar un poco en ella con su navaja, como un babuino que inspecciona una botella de la basura. Temí por aquel pobre tipo, igual que si lo hubiera visto en manos de un barbero loco que fuera a rebanarle la garganta, mientras él esperaba con la cara enjabonada a que le afeitaran. Me fijé en el ojo de Jackson y lo vi brillar, y moverse muy rápido hacia dentro y hacia fuera como una especie de lengua bífida y sentí que estaba deseando matar a aquel hombre; pero por fin se dominó, y tras concluir su examen dictaminó que el primero era el marinero más antiguo, pues los bordes de sus dientes estaban más lisos y desgastados, debido, según dijo, a tanto comer galletas de barco, motivo por el cual era capaz de determinar la edad de un marinero como la de un caballo.

Al oírlo, todos se rieron mucho, y se miraron unos a otros como diciendo: «Vamos chicos, alegraos», y se echaron a reír y afirmaron que era una broma muy rara.

Siempre actuaban de ese modo: cada vez que Jackson decía algo con una sonrisa, interpretaban que él lo encontraba chistoso y todos se desternillaban;

aunque oí a muchos hacer bromas muy graciosas sin que nadie esbozara siquiera una sonrisa; y una vez el propio Jackson (pues, a decir verdad, cuando no le dolía la espalda tenía una vena simpática) contó una historia muy graciosa, aunque con una expresión muy seria, y los demás, al no saber si lo decía en broma o en serio, se quedaron muy perplejos, hasta que por fin Jackson les gritó que eran un hatajo de burros y de idiotas, y les dijo en sus propias barbas que había puesto adrede esa expresión para ver si ellos lo hacían también, incluso aunque contara algo desternillante. Y se burló y se mofó de todos ellos y los despreció, y se enfadó tanto que empezó a acumulársele una fina espuma blanca en las comisuras de los labios.

Daba la impresión de estar lleno de odio y bilis contra cualquier cosa o persona de este mundo; como si el mundo entero fuera una persona y le hubiera infligido algún daño terrible que le royera y carcomiera el corazón. A veces pensaba que estaba loco de verdad, y me inspiraba tanto miedo que más de una vez pensé en ir a ver al capitán y decirle que debería encerrar a Jackson para que no acabara cometiendo alguna enormidad. Pero, después de pensarlo dos veces, siempre acabé por descartar la idea, pues el capitán se habría limitado a decir que yo era un idiota y me habría enviado otra vez a proa.

No obstante, no vayan a pensar que todos los marineros se humillaban por igual ante aquel hombre. No, había tres o cuatro que a veces se enfrentaban a él y que, cuando se ausentaba para ponerse al timón, conspiraban contra él con los otros marineros, y les decían la vergüenza y la ignominia que era que un canalla desdichado como aquél ejerciera su tiranía sobre hombres mucho mejores. Y les imploraban y pedían que fueran hombres y no siguieran soportándolo, sino que a la próxima ocasión en que Jackson pretendiera ejercer de dictador, se le resistieran y entre todos lo pusieran en su sitio. Dos o tres veces todos se mostraron de acuerdo, con la excepción de aquellos que acostumbraban a largarse cuando empezaban los conciliábulos, y juraron que no volverían a dejarse dominar por Jackson. Pero, cuando llegó la hora de poner en práctica sus juramentos, volvieron a acobardarse y dejaron que todo siguiera como hasta entonces; así que quienes les habían animado a resistirse tuvieron que soportar lo peor de la cólera de Jackson. Y, aunque al principio se mostraban airados e incluso murmuraban algo de pelearse con él, al final, al ver que los demás no les apoyaban, acababan por callarse y se rendían ante el tirano, que redoblaba sus sarcasmos y sus injurias y les retaba a hacer lo que quisieran, y se burlaba de ellos por ser tan cobardes, y por tener sangre de horchata. En esas ocasiones su desprecio no conocía límites; y desde luego daba la impresión de sentir incluso más desprecio que odio, por todo y por todos.

En cuanto a mí, no era más que un grumete; y a bordo se supone que un grumete debe enredar lo menos posible, hacer lo que le dicen, no entrometerse

y no hablar a menos que le pregunten. Pues los marinos mercantes valoran mucho su dignidad y superioridad sobre los novatos y destripaterrones que no saben nada de barcos; y parecen pensar que un marinero de primera es un gran hombre, o al menos mucho más grande que un simple grumete. Y los marineros de primera del Highlander tenían una idea tan elevada de sus conocimientos de náutica que yo pensaba que tenían diplomas como los que se expiden en las universidades y eran una especie de licenciados.

No obstante, aunque procuraba estarme callado, no tenía casi nada que decir, y sabía muy bien que lo mejor que podía hacer era llevarme lo mejor posible con todo el mundo y soportarlo todo antes que enfrentarme con nadie, ni siquiera así pude evitar el ojo perverso de Jackson, ni escapar a su amarga enemistad. Y el hecho de que fuese mi enemigo predispuso a muchos en mi contra, o al menos les dio miedo defenderme en su presencia, de manera que acabé por ser una especie de Ismael en el barco, sin un solo amigo o compañero; y empecé a notar cómo crecía en mí el odio al resto de la tripulación... hasta tal punto que rezaba pidiendo que no llegara a dominar del todo mi corazón hasta convertirme en un malvado y en una especie de Jackson.

XIII

PASA UN BUEN DÍA EN EL MAR Y EMPIEZA A GUSTARLE, PERO CAMBIA DE OPINIÓN

Al segundo día de salir de puerto, después de baldear la cubierta y de desayunar, llamaron a la guardia y el oficial nos puso a trabajar.

Hacía un día muy luminoso. El cielo y el agua tenían el mismo color intenso y el aire era cálido y soleado, así que nos quitamos las chaquetas. Apenas podía creer que estuviera navegando en el mismo barco en el que había pasado la noche, cuando todo me parecía tan lúgubre y solitario; y apenas podía imaginar que este océano, ahora tan hermoso y azul, fuese el mismo que durante parte de la guardia nocturna había rugido tan negro y amenazador.

Había celajes brillantes en el cielo y un tenue vellón de espuma sobre el mar, y la proa del barco hacía un ruido extraño y musical mientras se deslizaba con las velas inmóviles. Era una pena tener que trabajar en un momento así, y, si hubiéramos podido volver a sentarnos en el molinete, o si me hubieran dejado ir al bauprés y tumbarme sobre la red a mirar los peces del agua y pensar en mi casa, habría sido casi feliz por un tiempo.

Me había recuperado por completo de mi mareo y me encontraba mucho mejor, al menos físicamente, porque en mi interior estaba lejos de sentirme bien; de modo que ahora pude mirar a mi alrededor y hacer algunas observaciones.

Y ciertamente, aunque estuviéramos en alta mar, aquél era mi primer viaje y tenía mucho que mirar y de lo que maravillarme. Lo que más me asombró fue el propio océano, pues ya no había tierra a la vista. A nuestro alrededor, a ambos costados del barco, a proa y a popa, no se veía otra cosa que agua..., agua..., agua; ni el más mínimo vislumbre de una orilla verde, ni la isla más minúscula, ni rastro de musgo en ninguna parte. Hasta entonces nunca me había dado cuenta de lo que era el océano, de lo enorme y majestuoso, lo solitario, e ilimitado, y lo hermoso y azul que era, pues aquel día no parecía que fuese a haber ningún chubasco ni huracán de los que había oído hablar a mi padre; ni tampoco podía imaginar cómo algo en apariencia tan plácido y juguetón podía estallar de cólera y perturbarse hasta formar ondulantes avalanchas de espuma, y grandes cascadas de olas como las que vi al final.

Al verlo tan suave y soleado, no pude sino recordar el rostro de mi hermanito, cuando era un bebé y dormía en su cuna. Tenía el mismo aire feliz, despreocupado e inocente; y cada ola parecía retozar como un cabritillo inconsciente en un prado; y daba la impresión de mirarte directamente a la cara al pasar, como si quisiera que la tocaras y acariciases. Parecían seres vivos con un corazón capaz de sentir; y casi me sentí afligido de tener que navegar sobre ellas, dispersándolas como flecos luminosos con nuestra ancha proa mientras avanzaba como un enorme elefante entre corderos.

Pero lo que me pareció más raro de todo fue la vasta respiración del mar, la maravillosa subida y caída, no de las propias olas, sino del océano entero. Fue algo que no acierto a describir muy bien, aunque sé perfectamente lo que era y cómo me afectó. Casi me mareaba mirarlo; y aun así era tan raro y maravilloso que no podía apartar la mirada.

Me sentía todo el tiempo como en sueños y, cuando lograba olvidar la existencia del barco, pensaba que estaba en un mundo nuevo y maravilloso y tenía la sensación de que iban a llamarme desde el cielo despejado, o desde las profundidades del mar azul. Aunque no dispuse de mucho tiempo para dedicarlo a esos pensamientos, pues los hombres estaban preparándose para izar unas bonetas, porque el viento se estaba volviendo cada vez más bonancible y dichas bonetas son de tela muy ligera y se extienden en esas ocasiones hasta los extremos de las vergas, donde cuelgan sobre el agua, como las alas de un pájaro.

Por mi parte, poco podía hacer para ayudarles, pues no sabía el nombre de nada, ni la manera de actuar. Además, como dije antes, estaba medio dormido;

y no sabía exactamente dónde me encontraba ni lo que era, pues todo me parecía nuevo y desconocido.

Mientras las bonetas estaban todavía sobre cubierta y los marineros las aseguraban a los botalones para izarlas, el oficial me ordenó hacer muchas cosas sencillas, pero fui incapaz de comprender nada, por culpa de los extraños términos que utilizaba; y él, al verme perplejo y confundido, me gritaba y me llamaba todo género de cosas, y los marineros se reían y se guiñaban el ojo unos a otros, aunque no se atrevían a ir más lejos, por miedo al oficial, quien no permitía que nadie más que él se riera de mí en su presencia.

En cualquier caso, traté de despertarme todo lo que pude y dejar de soñar con los ojos abiertos; y, como era, en el fondo, un muchacho agudo y despierto, me las arreglé por fin para aprender una o dos cosas, y no parecer tan tonto como al principio.

Quien no se ha embarcado por primera vez como marinero, no puede imaginar lo desconcertante y confuso que es. Debe de ser como internarse en un país de bárbaros, donde la gente hable en un raro dialecto, y vista ropa exótica y viva en casas extrañas. Pues los marineros tienen sus propios nombres, incluso para cosas comunes en tierra; y, si se te ocurre llamar a alguna cosa por su nombre de tierra, todos se burlan de ti por paleta e ignorante. Aquel mismo primer día del que estoy hablando, el oficial me ordenó sacar un poco de agua y le pregunté dónde estaba el cubo y fue peor que si hubiese cometido algún crimen terrible, pues se enfadó muchísimo y afirmó que en el mar no tenían cubos, y aprendí que allí siempre los llaman baldes. Y otra vez que dije que había que meter una cuña en un balde para tapar un agujero, volvió a enfadarse y me dijo que en el mar no había cuñas, sino tacos. Y así ocurría con todo.

Pero, aparte de eso, tan enorme es la infinidad de nombres y cosas nuevas que es preciso aprender que al principio me parecía imposible dominarlos todos. Si alguna vez han visto un barco, deben de haber reparado en que hay toda una maraña de cabos que dan la impresión de estar tan enredados como una enorme madeja u ovillo. Pues bien: hasta el más pequeño de esos cabos tiene su nombre e, igual que los de los jóvenes príncipes de la realeza, algunos son muy largos, como la bolina de juanete de mayor de estribor, o el chafaldete de gavia de trinquete de babor.

Creo que no sería mala idea renombrar todos los cabos de un barco, tal como he leído que se simplificaron una vez las clases de plantas en botánica. Es realmente maravilloso cuántos nombres hay en el mundo. Infinitos son los nombres que los cirujanos y anatomistas dan a las distintas partes del cuerpo humano, que, sin duda, son parecidas a un barco: los huesos serían la jarcia muerta y los tendones la jarcia de labor que controla todos los movimientos.

Quisiera saber si la humanidad no podría pasarse sin todos esos nombres, que siguen aumentando cada día, cada hora y cada momento, hasta que por fin el aire mismo estará lleno de ellos; e incluso en una gran llanura los hombres respirarán el aliento de los demás, debido a la enorme multitud de palabras que dirán y que consumirá el aire igual que los quemadores de las farolas consumen gas. Sin embargo, a la gente parecen gustarle mucho los nombres, pues creen que saber muchos nombres equivale a saber muchas cosas; aunque no me sorprendería que hubiese muchos más nombres que cosas en el mundo. Pero debo abandonar estas divagaciones y volver a mi historia.

Por fin izamos las bonetas hasta las vergas de las gavias; y, en cuanto el barco lo notó, dio una especie de tirón como un caballo, y a medida que fue aumentando la brisa empezó a cabecear y a sacudirse la espuma de la proa, igual que la espuma del bocado en una brida. Cada tablón y mástil parecía latir de vida y alegría; y noté una exultación desenfadada en mi pecho, y pensé que me gustaría navegar así alrededor del mundo.

Entonces reparé por primera vez en algo maravilloso en mi interior, que respondía a la tempestuosa conmoción del mundo exterior y seguía girando con los planetas en sus órbitas, y se perdía en una delirante palpitación en el centro del Todo. Sentí una hinchazón y un violento burbujeo en mi corazón, como si hubiese brotado en él un manantial escondido, y la sangre corriera por mi cuerpo como los torrentes de montaña en primavera.

¡Sí, sí! ¡Dadme esta gloriosa vida oceánica, esta vida salada por el mar, esta vida salobre y espumosa, cuando el mar bufa y relincha, y uno respira el mismo aire que respiran las grandes ballenas! ¡Dejadme dar la vuelta al mundo, dejad que me acune el mar, que navegue y jadee toda mi vida, con una brisa eterna a popa y un mar infinito a proa!

¡Qué pronto pasaron aquellos raptos cuando, tras un breve intervalo ocioso, volvimos a ponernos a trabajar y me encargaron el sucio trabajo de limpiar el gallinero, y prepararles las camas a los cerdos en la lancha!

¡Qué triste vida de perro la del marinero! ¡Pasarse el día obedeciendo órdenes como un esclavo y trabajando como un mulo, mientras hombres vulgares y brutales mandan en él como si fuera un africano en Alabama! ¡Sí, sí, seguid soplando, oh, brisas, y poned fin cuanto antes a este viaje abominable!

XIV

CONSIDERA LA IDEA DE HACER UNA VISITA DE CUMPLIDO AL CAPITÁN EN SU CAMAROTE

El evidente cambio de actitud del capitán me recordaba por fuerza lo ignominioso de mi situación. Yo lo había tomado por un caballero amable, divertido, alegre y simpático y lleno de buenas intenciones con la marinería, que no podría pasar por alto las diferencias entre los rudos marineros entre los que había ido a parar y yo. De hecho, jamás me había cabido la menor duda de que, de un modo u otro, acabaría poniéndome bajo su protección, y resultaría ser un amigo y benefactor, pues había oído decir que algunos capitanes son como padres para su tripulación; y lo son, aunque se parezcan más a los que dictan los preceptos de Salomón: padres severos e implacables, cuyo sentido del deber sobrepasa su sentido del amor, y que interpretan a diario el papel de Bruto, que ordenó ejecutar a su propio hijo, según había leído en el viejo ejemplar de Plutarco que teníamos en casa.

Sí, había pensado que el capitán Riga, pues así se llamaba, sería atento y considerado conmigo y se esforzaría por alegrarme y consolarme en mi soledad. Ni siquiera me parecía imposible que me invitara una noche a ir a su camarote, para preguntarme por mis padres y mis proyectos, y para que le contara alguna anécdota de mi tío abuelo, el ilustre senador; o para darme papel y lápiz y explicarme los inconvenientes de la navegación; o tal vez para jugar una partida de ajedrez. Incluso contaba con que tal vez me invitase a comer un domingo soleado y, sabedor de lo desagradable que debían de ser la ternera salada, el cerdo y las galletas de barco del castillo de proa para un chico como yo, que siempre había vivido en tierra y en su casa, me dejara servirme hasta hartarme las exquisitas viandas del camarote.

Además, no podía evitar verlo con cierta emoción peculiar, casi con amor y ternura, como el último eslabón visible de una cadena de asociaciones que me ligaban a casa. Pues, cuando estábamos todavía en el puerto, los había visto a él y al señor Jones, el amigo de mi hermano, charlando y conversando, de modo que del capitán a mi hermano no había más que un paso intermedio, y mi hermano, mi madre y mis hermanas eran sólo uno.

Y eso me recuerda cuántas veces pasé por aquel lugar de cubierta donde recordaba haber visto al señor Jones la primera vez que visitamos el barco atracado en el puerto, y cómo trataba de convencerme de que era cierto que lo había visto, aunque ahora el barco estuviese tan lejos, en mitad del océano Atlántico, y él tal vez paseara por Wall Street o estuviese leyendo el periódico en su oficina, mientras yo, pobre de mí, me ocupaba en cosas muy diferentes.

Después de dos o tres días sin que el capitán me dirigiera la palabra, ni mandara a nadie a buscarme al castillo de proa para que fuese a su camarote a presentarle mis respetos, empecé a pensar si no debería dar yo el primer paso, e incluso si él no estaría esperándolo, ya que yo no era más que un muchacho y él un hombre; tal vez fuese ésa la razón de que no me hubiera hablado

todavía y él pensara más correcto y respetuoso que fuese yo quien fuese a verlo. Pensé también que podía llegar a ofenderse si no lo hacía, sobre todo si era orgulloso y sensible. Así que una tarde, poco antes del atardecer, en el segundo turno de guardia, cuando no había más trabajo que hacer, decidí pasar a verlo.

Después de sacar un balde de agua para lavarme y quitarme las manchas del gallinero, fui al castillo de proa a vestirme lo más pulcramente posible. Me puse una camisa blanca en lugar de la roja, unos pantalones de tela en lugar de los de dril y un par de zapatos nuevos; luego cepillé con cuidado mi chaqueta de caza y me la puse, de modo que, en conjunto, tenía un aspecto bastante presentable, al menos para el castillo de proa, aunque en un salón no lo habría sido tanto.

Cuando los marineros me vieron así vestido, no supieron cómo interpretarlo y me preguntaron si me había vestido para desembarcar. Les respondí que no, pues ya no había tierra a la vista, y que iba a presentarle mis respetos al capitán. Al oírme todos se pusieron a reír y a gritar, como si yo fuese idiota, aunque a mí no me parecía ninguna tontería ir a visitar a un amigo. Algunos trataron de disuadirme, al ver que yo era un novato, pero Jackson, que estaba contemplando la escena, esbozó una horrible sonrisa y gritó: «Dejadlo que vaya, dejadlo que vaya... Es un buen chico. Dejadlo que vaya, el capitán le dará pasas y frutos secos». Y así siguió hasta que le dio uno de sus violentos ataques de tos y estuvo a punto de ahogarse.

Cuando me disponía a salir del castillo de proa, me miré las manos y vi que estaban teñidas de color amarillo intenso, pues esa mañana el oficial me había hecho alquitranar unas tiras de lona del aparejo; pensé que no era correcto presentarme así ante un caballero, de modo que, a falta de guantes de cabritilla, me puse unos mitones de lana que mi madre había tejido para que me llevara conmigo al mar. Mientras me los ponía, Jackson me preguntó si no quería que llamara un carruaje, y otro me pidió que no olvidara presentarle sus respetos al capitán. Los dejé a todos riéndose, y al salir a cubierta y pasar junto a la cocina, el viejo cocinero me gritó que me había olvidado el bastón.

Pero no presté atención a sus impertinencias y me fui directo a la puerta del camarote en el alcázar, donde me crucé con el primer oficial. Me llevé la mano al sombrero y me disponía a seguir mi camino, cuando, después de echarme una mirada como si los ojos fuesen a salirse de las órbitas, me cogió por el cuello y me preguntó con voz tonante qué pretendía con esas bromas en un barco del que él era el primer oficial. Yo le dije que me soltara o me quejaría a mi amigo el capitán, a quien tenía pensado visitar esa misma tarde. Al oír aquello, él me obligó a volverme con tanta violencia que pensé que se me había metido la Corriente del Golfo en la cabeza y luego me empujó rugiendo no sé qué. Entretanto, los marineros esperaban alrededor del

molinete mirando a popa y muertos de risa.

Al ver que no lograría mi objetivo esa noche, decidí que sería mejor dejarlo correr por el momento; y, cuando volví con los marineros, Jackson me preguntó qué tal me había caído el capitán, y si la próxima vez no llevaría a algún amigo mío para presentárselo.

La conclusión de aquel incidente fue que antes de ir a acostarme esa noche me convencí de que los marineros no acostumbran a visitar al capitán en su camarote, y empecé a abrigar la sospecha de que me había comportado como un idiota, pero todo se debía a mi ignorancia de las costumbres a bordo.

Y puedo añadir que no vi el interior del camarote en todo el tiempo que duró la travesía hasta nuestro regreso a Nueva York, aunque a veces escudriñaba por un ventanuco que había a popa, justo delante del timón, donde había un reloj para que cada media hora el timonel tañera la campanita de la bitácora, donde estaba la brújula. Para los marineros era una gran diversión mirar por aquel ventanuco cuando estaban al timón, y observar lo que ocurría en el camarote, sobre todo cuando el dispensero ponía la mesa para cenar, o el capitán se apoyaba sobre una frasca de vino en la mesita de caoba, o jugaba a un juego de cartas llamado solitaire, pues a veces pasaba el tiempo solo con gran dignidad, aunque, como se verá pronto, por lo general tenía un amable acompañante, cuya compañía no le desagradaba.

El día siguiente de mi intento de pasarme por el camarote, estaba asegurando un cabo en el alcázar, cuando de pronto apareció el capitán y se puso a pasear arriba y abajo fumando un cigarro. Parecía muy amable y simpático, y, como acababa de cenar, pensé que aquélla era, sin duda, la oportunidad que esperaba.

Esperé un poco más, pensando que él me hablaría a mí; pero, como no lo hizo, me acerqué a donde estaba y empecé a decirle que hacía muy bien día y que esperaba que estuviese bien. Jamás he visto a nadie enfadarse tanto; pensé que iba a golpearme, pero se quedó sin palabras y de pronto se quitó la gorra de la cabeza y me la lanzó. No sé qué me impulsó, pero corrí a los imbornales de sotavento donde había caído, la recogí y se la devolví con una reverencia; luego volvió el oficial, y después de llevarme a empujones hasta el molinete, me preguntó si es que estaba loco, porque si lo estaba me pondría los cepos en ese mismo instante y se olvidaría de mí de una vez por todas.

Pero yo le aseguré que estaba en mis cabales y sabía perfectamente que tanto él como el capitán Riga me habían tratado de un modo muy poco caballeroso. Al oírme soltó un terrible juramento, y me dijo que, si alguna vez volvía a repetir lo que había hecho esa tarde, o volvía a creerme lo bastante importante para saludar al capitán, me ataría al aparejo y me dejaría allí hasta que aprendiera modales. «Ya sé que estás muy verde —dijo—, pero yo te haré

madurar». Era como si el primer oficial fuese el encargado de defender el honor del capitán, que, en cierto modo, daba la impresión de ser demasiado digno para defender su propio honor.

Me pareció muy raro que me riñesen y acusasen de grosero por haber tenido un gesto de simple educación. En cualquier caso, al ver el cariz que tomaba la situación, decidí dejar en paz al capitán en el futuro, y más teniendo en cuenta que había resultado ser tan poco caballero. De hecho, apenas podía creer que aquél fuese el mismo hombre que se había mostrado tan civilizado, educado e ingenioso cuando el señor Jones y yo fuimos a visitarlo en el puerto.

Pero mi sorpresa aún fue mayor cuando, unos días más tarde, nos alcanzó una tormenta y el capitán salió de su camarote, sin nada más que la camisa y el gorro de dormir; saltó sobre la toldilla, se puso a dar saltos de aquí para allá y empezó a jurar y perjurarse y a dedicar a la tripulación todo género de insultos soeces como un vulgar gandul callejero.

Además, reparé en que cuando estábamos en alta mar no vestía más que ropa vieja y raída, muy diferente del lustroso traje con que lo había visto el día de nuestra primera entrevista, y luego en los escalones del City Hotel, donde siempre se alojaba cuando estaba en Nueva York. Ahora no vestía más que anticuados abrigos de color rapé, de cuello alto y cintura corta, y pantalones descoloridos cortos de pierna y muy estrechos de talle y chalecos que no le cubrían la faja porque eran demasiado cortos como los de un muchacho. Sus sombreros estaban llenos de agujeros y tan deformados como si los hubieran arrastrado por un sótano; y siempre llevaba las botas remendadas. De hecho, empecé a pensar que después de todo no era más que un andrajoso, sobre todo porque sus patillas habían perdido el lustre, y pasaba días sin afeitarse; y su pelo, por una especie de milagro, empezó a ponerse de un color rojizo y salitroso, probablemente por haber interrumpido el uso de algún tipo de tinte mientras estábamos en alta mar. Así que concluí que era una especie de impostor que cuando estaba en tierra se comportaba como un falso caballero, pues nadie que mereciese ese nombre habría tratado a otro como él me trató a mí.

«¡Sí, capitán Riga —pensaba yo—, no eres un caballero, y lo sabes!».

XV

EL TRISTE ESTADO DE SU GUARDARROPA

Y, ya que he hablado de la ropa vieja del capitán, bien puedo hablar de la

mía.

Cuando zarpamos estábamos a principios del mes de junio, y me había alegrado mucho de que fuera esa época del año, pues pensé que en el océano haría un tiempo caluroso y agradable y la travesía sería como una excursión veraniega a la orilla del mar, con la ventaja añadida del agua salada, el cambio de aires y de compañía.

Por lo tanto no me había preocupado demasiado por la ropa que debía llevar conmigo, y me había parecido totalmente innecesario equiparme con un chaquetón marinero, pantalones, jerséis de Guernsey, un impermeable, botas de agua y muchas otras cosas que los viejos marineros llevan en sus cofres. Aunque en parte fuese porque no tenía dinero para comprarlas aun si hubiese querido. De modo que, aparte de la ropa que llevaba puesta al salir de casa, no había comprado más que una camisa roja, un sombrero de lona embreada, un cinturón y un cuchillo, como ya he contado, por lo que mi equipo de marinero se parecía al de los rangers de Texas, cuyo uniforme, según dicen, consiste en un cuello de camisa y un par de espuelas.

El caso es que, una vez embarcado, tardé muy poco tiempo en descubrir que mi ropa de calle, o «ropa de bonito», como la llaman los marineros, estaba muy mal adaptada a la vida que llevaba ahora. Cada vez que subía a hacer gimnasia a las vergas, mis pantalones se rompían y desgarraban por todas partes, sobre todo en las posaderas, porque no estaban cortados al estilo marinero, con la cintura baja para poder llevarlos sin tirantes. Así que, con frecuencia, me encontraba en situaciones de lo más embarazosas con un pie a cada lado del aparejo, a veces justo delante del camarote, enseñando toda la mantelería del modo menos elegante y caballeroso que pueda imaginarse.

Y lo peor de todo era que mis mejores pantalones, y de los que me sentía más orgulloso, eran muy peculiares y llamativos.

Me los había hecho a medida el sastre de nuestro pueblo, un hombrecillo gordo de piernas muy delgadas que siempre aseguraba estar a la última moda de París, aunque todas las estampas de moda de su tienda estaban cubiertas de cagaditas de mosca.

Pues bien, aquel sastre me había hecho los pantalones, y mientras los tuvo en sus manos yo me pasé a verlo dos o tres veces al día para probármelos y meterle prisa, pues era un anciano con gafas grandes y redondas que no veía muy bien, y no tenía a nadie que le ayudara salvo una mujer enferma que tenía que cuidar de cinco nietos; y además era tan aficionado al rapé que interfería con su negocio, pues tomaba varios pellizcos por cada puntada que daba, y se pasaba el rato sonándose y sorbiéndose las narices encima de mis pantalones de un modo que yo siempre acababa asqueado. El caso es que el anciano sastre me había enseñado el patrón con el que pretendía hacer mis pantalones, pero

yo lo había mejorado y le había pedido que le hiciera dos cortes en los tobillos para poder abotonármelos con una hilera de seis botones de latón, pues un primo mío, que era un gran deportista, llevaba unos preciosos pantalones hechos justamente de ese modo.

Y éstos fueron los que llevé conmigo a bordo; los marineros se burlaban mucho de ellos, y se pasaban el rato diciéndose unos a otros que les «echaran un ojo», y me pedían en broma que les prestase un botón o dos, y me preguntaban si es que era militar. No tenían ni idea de que eran unos pantalones muy elegantes a la última moda y copiados de mi primo, un joven adinerado que conducía su propio tálburi.

Cada vez que se me desgarraban y rompían los pantalones, tal como he dicho, hacía todo lo posible por coserlos y remendarlos, pero lo de zurcir no era lo mío y cuanto más los remendaba más se rompían, porque ponía los remiendos sin tener en cuenta las costuras y eso servía sólo para irritar aún más a mis pobres pantalones y sacarlos de quicio del todo.

Y cómo olvidarme de mis botas que eran casi nuevas cuando salí de casa. Habían sido mis botas de los domingos y me sentaban de maravilla. Nunca había tenido unas botas que me gustaran tanto y siempre andaba con la puntera hacia fuera, a no ser que fuese de noche y nadie pudiera verme y tuviese otras cosas en las que pensar; en los oficios religiosos me pasaba el rato mirándolas, y me perdía la mayor parte del sermón. Era, en suma, un precioso par de botas. Pero no tardé en descubrir que eso las hacía tanto más inadecuadas para el trabajo a bordo: tenían los talones muy altos y se enganchaban tanto en el aparejo que, en varias ocasiones, estuvieron a punto de arrojarme por la borda, y la sal marina hacía que se encogieran de tal modo que me apretaban terriblemente en el empeine y me vi obligado a cometer la crueldad de cortarlas con gran dolor de mi corazón. Eran bastante altas de caña y me llegaban casi a las rodillas y tenían el reborde forrado de cuero rojo. Los marineros las llamaban mis «botas de bichero». Y unas veces me llamaban «Boots», y otras «Buttons», por los adornos de mis pantalones y mi chaqueta de caza.

Por fin, seguí su consejo y las «afeité», como ellos dijeron. Es decir, les amputé la caña y recorté los talones hasta las suelas, con lo que, no obstante, tampoco mejoraron mucho, pues ahora me daba la impresión de tener los pies tan planos como dos lenguados y de haberme vuelto más bajito, y patinaba y resbalaba por cubierta como me ocurría en casa cuando andaba sobre el hielo con patines.

En cuanto a mi sombrero de lona embreada, me había costado muy barato y resultó ser un auténtico timo: goteaba como un viejo tejado de madera, de modo que bajo la lluvia siempre tenía el pelo húmedo y pegajoso. Además, a

fuerza de sentarme en él durante las guardias nocturnas en cubierta, acabó por estar tan deformado que perdió toda su belleza y dejó de ser útil en ningún sentido.

Casi me olvido de mi chaqueta de caza confeccionada en tela de algodón. Día a día se fue haciendo más y más pequeña, sobre todo cada vez que llovía, hasta que por fin llegué a pensar que desaparecería sin dejar sobre mi espalda más que las costuras a modo de esqueleto. Aún se volvió más incómoda cuando tuvimos tiempo muy frío, al cruzar los bancos de Terranova, y el único modo de calentarme por la noche era ponerme el chaleco y la chaquetilla, y luego la chaqueta de caza por encima. Me pellizcaba en las axilas, me molestaba e irritaba de mil maneras imaginables, y además me entorpecía los brazos cuando estaba tirando de la jarcia, hasta el punto de que una vez el oficial me preguntó si me había dado un calambre.

También podría hablar aquí de otras ordalías y tribulaciones parecidas: no tenía colchón, ni ropa de cama de ningún tipo, pues jamás se me había pasado por la cabeza que pudieran hacerme falta en alta mar, así que tenía que dormir sobre los tablones de mi litera, y, cuando el barco cabeceaba con violencia y casi se ponía de pie, debía de parecer un bebé indio atado a una tabla y colgado de un árbol como un crucifijo.

Ya he dicho que no tenía ni un solo cubierto, pues jamás habría imaginado que embarcarse de marinero fuese como ir a un internado, y uno tuviera que llevarse su propia cuchara, tenedor, cuchillo y servilleta. Pero por fin tuve la suerte de poder cambiarle a un pasajero de la antecámara mi pañuelo de seda por un pote de hierro de dos litros, con unos ganchos para sujetarlo a la parrilla, que utilicé para que el cocinero me sirviera mi ración diaria de té y café. Era un auténtico incordio porque, a pesar de mis cuidados por tenerlo limpio, se oxidaba con facilidad y los ganchos a veces me arañaban la cara al beber, y era demasiado grande y pesado, por lo que mis desayunos carecían de comodidades y satisfacciones y se convirtieron en un esfuerzo y una molestia. Además, tenía que utilizarlo también para tomar el potaje tres veces por semana y el café cogía muy mal sabor.

No sé cómo explicar los incontables sufrimientos que me depararon mi falta de previsión y mi descuido al embarcarme con un equipamiento tan precario y sin nada de lo necesario para hacer mi situación más cómoda, o al menos tolerable. Con el tiempo, mi condenada «ropa de bonito» se fue haciendo jirones y acabé pareciendo una especie de Sam Patch que paseaba por el puente cubierto de harapos y con lo que quedaba de mis botas de bichero. A veces pensaba en lo que dirían mis amigos si pudieran verme por un instante, y me consolaba encogiéndome de hombros embutido en lo poco que quedaba de mi triste chaqueta de caza al pensar que al menos no tendría que sufrir esa vergüenza y degradación, aunque me sentía humillado cada vez

que recordaba que mis hermanas habían prometido decirles a todos que Wellington había partido «a ultramar», como si estuviera visitando Europa con un tutor, que era lo que el pobre señor Jones le había insinuado al capitán.

Sin embargo, a pesar de la melancolía que me embargaba, a veces ocurrían pequeños acontecimientos que me hacían olvidarme de mí mismo en la contemplación de los extraños y maravillosos espectáculos del mar.

Y tal vez nada me inspirara un sentimiento tan puramente novelesco como la primera vez que nos cruzamos con otro barco. Hacía una tarde soleada y despejada, y navegaba hacia nosotros, con todo el trapo desplegado. Se acercó mucho y nos pasó por popa muy escorado bajo la brisa mostrándonos la cubierta de proa a popa y vi a aquellos marineros desconocidos reunidos en el castillo de proa, al cocinero a la puerta de la cocina con un cucharón en la mano y al capitán con una chaqueta verde sentado en el coronamiento con una bocina.

¡Que aquel barco hubiese surgido del océano azul e infinito, con todos aquellos hombres a bordo y que el humo se elevase en el aire marino desde la cocina como si fuera una chimenea en la ciudad, y que todo pareciese tan tranquilo y relajado se me antojaba una maravilla indescriptible!

Izada en lo alto del palo de mesana llevaba una bandera roja con un castillo blanco con almenas en el centro, lo que le daba un aspecto aún más exótico y me hizo mirarlo aún con más atención.

Nuestro capitán, que se había puesto otro sombrero y abrigo y se paseaba con aire elegante por popa, se acercó la bruñida bocina de latón a la boca y dijo con voz áspera no muy propicia a la conversación: «¿Cuál es vuestra procedencia?». A lo que el otro capitán replicó con una farfulla germánica de la que sólo pudimos deducir que el barco procedía de Hamburgo, como delataba su bandera.

¡Hamburgo! ¡Bendita sea mi alma! ¡Heme aquí, en mitad del océano Atlántico, contemplando un barco de Alemania! Aquello superaba todo lo imaginable. En mis ratos libres contemplé el barco extranjero hasta que no fue más que un punto en la lejanía.

No pude sino admirarme de la conducta de los dos capitanes durante su breve conversación. Sentados cómodamente en la popa de sus barcos respectivos, mientras los marineros obedecían sus órdenes, se saludaron brevemente, intercambiaron algunos cumplidos y siguieron su camino con la indiferencia de dos jinetes árabes que se cruzan en el desierto. Supongo que para ellos el gran océano Atlántico era poco más que un charco.

XVI

LO MANDAN EN PLENA NOCHE A LARGAR EL SOSOBRE MAYOR

Ahora conviene volver atrás y contar la primera vez que trepé al aparejo en alta mar.

Fue la segunda noche después de partir del puerto, durante la guardia de medianoche, cuando el mar estaba en calma y soplaba una brisa suave.

Se dio la orden de largar el «sosobre mayor», que es la quinta vela y la más alta desde cubierta. Es una vela muy pequeña y vista desde el castillo de proa no parecía mayor que un pañuelo de batista. He oído contar que algunos barcos aparejan unas velas aún más pequeñas por encima del sosobre llamadas «monterillas», pero no lo creeré hasta que las vea: un sosobre ya está muy alto para cualquiera que se pare a pensarlo e imaginar una vela más alta parece absurdo. Además, rozar el firmamento de ese modo como si quisiera uno sacarles los ojos a las estrellas es casi como tentar al cielo, y una simple racha de viento podría ponerse la «monterilla» por montera.

El caso es que cuando se dio la orden de largar el sosobre mayor, un viejo marinero holandés se me acercó y me dijo: «Buttons, muchacho, ya va siendo hora de que hagas algo y largar los sobrejuanetes es labor de muchachos, no de viejos como yo. En fin, ¿ves esa vela pequeña que hay arriba del todo, ahí, justo debajo de las estrellas? Pues sube y lárgala, vamos, Buttons, arriba».

Y todos los demás asintieron y parecieron estar de acuerdo en que ya iba siendo hora de que empezase a hacer «tareas de grumete», como ellos dijeron. Así que no dije nada y subí al aparejo. Empecé a trepar sin atreverme a mirar abajo y no despegué la vista de los obenques mientras lo hacía.

Era una ascensión muy larga y empecé a jadear y resollar antes de llegar a mitad de camino. No obstante, seguí subiendo hasta llegar a la «escalera de Jacob», que tiene bien merecido su nombre porque me llevó casi hasta las nubes, y por fin, para mi sorpresa, me encontré subido a la verga del sosobre, sujetándome al mástil con todas mis fuerzas y aferrándome con los pies al aparejo como si fuesen otro par de manos.

Por un momento, me quedé mudo y aterrorizado. La noche era tan oscura que no podía ver muy lejos en el océano; y, desde mi alta atalaya, el mar parecía un golfo inmenso y negro, cercado de siniestros acantilados. Me pareció estar paseando entre las nubes de medianoche, y a cada momento esperaba caer y caer, como me ha ocurrido a veces en algunas pesadillas.

Tan sólo podía entrever el barco como una plancha larga y estrecha que flotaba sobre el agua y que no daba la impresión de estar unido a la verga en la

que estaba subido. Una gaviota, o un ave marina similar, daba vueltas alrededor del vertello sobre mi cabeza, a pocos metros de mi cara, y casi me asustó oírlo, pues en aquellas alturas solitarias parecía un espíritu.

Aunque el mar estaba muy tranquilo y apenas soplabla viento, a esa elevación tan extrema el movimiento del barco era muy grande; así que, cuando se escoraba hacia un costado, me sentía como debe de sentirse una mosca que se pasea por el techo, y cuando se escoraba hacia el otro me daba la impresión de estar colgando de un pino torcido.

Pero pronto oí un ruido áspero y lejano que llegaba de abajo, y, aunque no pude comprender nada inteligible, supe que era el oficial apremiándome. Con una desesperación nerviosa y temblorosa fui a soltar los «tomadores» o cabos que sujetan la vela y cuando terminé, grité tal como me habían enseñado: «¡Izad!». Y vaya si izaron, y de paso a mí también con la verga y la vela, pues fueron tan inesperadamente rápidos que no me dio tiempo a bajarme. Como por arte de magia, empecé a subir y a bajar, a medida que se alzaba la verga que parecía dotada de vida, pues allí no había ni un alma más que yo. En ese momento, sin saberlo, corrí un grave peligro, pero estaba todo tan oscuro que no pude ver lo bastante para asustarme, al menos por ese motivo concreto, aunque en general estaba muy asustado. Me limité a sujetarme con fuerza y a poner en práctica el dicho de los marinos de que los de tierra adentro nunca se caen del aparejo, pues se sujetan a los obenques con más fuerza que nadie, y en cambio los lobos de mar son menos cuidadosos y a veces pagan el precio.

Después de mi proeza bajé todo lo rápido que pude a cubierta, donde Max «el holandés» me dedicó una especie de cumplido.

Aquel hombre era uno de los más amables de la tripulación, o en todo caso me trataba un poco mejor que los demás, y por eso merece que lo nombre aquí.

Max era un viejo marinero solterón, muy meticuloso con su ropa, que estaba muy orgulloso de sus cualidades como marino y tenía ideas un tanto estrictas y anticuadas sobre los deberes de los grumetes a bordo. Su cabello, patillas y pómulos eran de color rojo intenso y, como siempre llevaba una camisa roja, era en conjunto el hombre de aspecto más fogoso que he visto nunca.

Y lo cierto es que hacía honor a su apariencia, pues era de temperamento explosivo y una sola palabra bastaba para hacerlo estallar en una larga serie de palabrotas e imprecaciones. Max fue quien tramó muchas de las conspiraciones contra Jackson de las que he hablado antes, aunque siempre terminaba rindiéndole homenaje a regañadientes, con muchos reparos y resentimiento.

Max manifestaba a veces cierto interés por mi bienestar y a menudo disertaba sobre el triste aspecto que tendría paseándome con mis harapos por Liverpool y el descrédito que eso supondría para la marina mercante americana; pues, como todos los tripulantes europeos de barcos americanos, Max estaba muy orgulloso de haberse naturalizado yanqui y, de haber podido, le habría encantado pasar por un nativo.

Sin embargo, y pese a la consternación que le producía pensar en el descrédito de su país de adopción, nunca se ofreció a mejorar mi guardarropa prestándome alguna cosa de su bien provisto baúl. Como muchos otros filántropos se contentaba con mostrarse compasivo. A Max también le preocupaba saber si yo era buen bailarín, por miedo a que, cuando la tripulación bajara a tierra, pudiera ponerlos en evidencia con mi torpeza en algún bar de marineros. Pero yo le quité la preocupación de la cabeza.

Era un refunfuñón que siempre estaba encontrando defectos, y a menudo me reprochaba mi ineptitud. Aunque en eso no estaba solo, pues todo el mundo estaba dispuesto a meterme el dedo, cuando no la mano, en el ojo.

XVII

EL COCINERO Y EL DESPENSERO

Un domingo lluvioso, neblinoso y húmedo llegamos a los bancos de Terranova. Apenas se veía el agua entre la calima y el vapor que la cubrían y todo estaba tan silencioso y tranquilo que casi pensé que habíamos vuelto a Nueva York y estábamos otra vez al pie de Wall Street bajo la llovizna. La cubierta chorreaba de humedad y la niebla era tan espesa que parecía que estuviésemos en el tejado de una casa durante un aguacero.

Aquel domingo hacía un tiempo de perros y varios marineros, que tenían punzadas de reumatismo, se pusieron las chaquetillas. Jackson, por su parte, no dejaba de frotarse la espalda y gruñía como un perro.

Yo traté de recordar todos los domingos agradables y soleados pasados en tierra, e intenté imaginar qué estarían haciendo en casa, y si el señor Bridenstoke, un viejo amigo de la familia, pasaría a visitarlos con su bastón de empuñadura de plata y borlas, entre dos servicios religiosos, como acostumbraba, y si preguntaría por mí.

Pero eso no me bastó, apenas podía concebir que fuera domingo. Todo transcurría como siempre. No había iglesia a la que asistir, ni sitio donde pasear, ni amigo a quien visitar. Empecé a pensar que debía de ser una especie de segundo sábado, uno de esos sábados neblinosos en los que los escolares se

quedan en casa leyendo Robinson Crusoe.

El único que parecía estar disfrutando del día era nuestro cocinero negro, a quien, de acuerdo con la costumbre invariable del mar, todo el mundo llamaba «el doctor».

Y ciertamente los cocineros son doctores, los mejores médicos del mundo; pues ¿qué píldoras y pociones pestilentes de la Facultad son la mitad de útiles y proporcionan tanta fuerza y salud como, digamos, el cordero asado y los guisantes en primavera, o el rosbif con salsa de arándanos en invierno? ¿Sentarían igual de bien una dosis de calomel y jalapa? ¿Se recuperaría con una gragea un hombre desfalleciente? ¿Proporciona alguna satisfacción cenar unos polvos? Es cierto que los médicos de la sartén a veces pueden matar a alguien de un atracón, o al menos producirle un dolor de cabeza. Bueno ¿y qué? Eso es lo de menos. Pues, si bien es cierto que sus benéficas y deliciosas medicinas llenan a veces nuestras noches de tribulaciones y acortan nuestros días, ¿qué decir de los asépticos homicidios perpetrados por la Facultad? Y cuando uno muere en manos de un médico de píldoras nunca lo hace con un sabor agradable en la boca, como cuando muere en manos de un médico de sartén, sino que su último aliento huele horriblemente a ipecauana y a ruibarbo. ¡Y qué caros cobran los abominables almuerzos que sirven de un modo tan mezquino! El importe de una sola de sus facturas bastaría para pagar la comida de un año entero.

Nuestro doctor era un viejo serio, muy dado a la metafísica y a disertar sobre el pecado original. Todas las mañanas de domingo se sentaba junto a sus pucheros a leer un libro muy sucio y cubierto de lamparones, pues lo tenía atado con una cinta de cuero al barril donde guardaba la grasa que espumaba del agua en la que cocía la ternera salada. Apenas pude dar crédito a mis ojos cuando descubrí que aquel libro era la Biblia.

Me encantaba asomarme allí cuando lo veía tan abstraído, pues su ahumado estudio o taller tenía un aspecto muy extraño: era poco más que una caja de un metro cuadrado de superficie y no mucha más altura, donde se alojaba la cocina con una chimenea que salía por el tejado.

El interior estaba lleno de perolas y sartenes y a un lado había un espejito donde se afeitaba y un estante con sus utensilios de afeitar, un peine y un cepillo. Enfrente de la cocina, y muy cerca de ella, había una especie de banco estrecho, donde se sentaba con las piernas abiertas para que no se le pelaran, y se pasaba la mañana del domingo con el libro en una mano y una cuchara de peltre en la otra removiendo sus ollas y leyendo su libro sin levantar la vista casi nunca de la página. Debía de costarle mucho leer, pues siempre pronunciaba las palabras en voz alta y se le formaban grandes gotas de sudor en la frente, que rodaban hasta caer con un siseo en los fogones que tenía

delante.

No obstante, aquel día no es raro que estuviera perplejo, pues estaba leyendo un pasaje especialmente oscuro del libro de las Crónicas. Consciente de que yo sabía leer, me llamó cuando pasaba junto a su garita, me leyó el pasaje y me pidió que se lo explicara. Le dije que se trataba de un misterio que nadie, ni siquiera un cura, podía explicar. Pero eso no lo satisfizo, y lo dejé meditando sobre el asunto.

Debía de ser miembro de una de esas iglesias negras que hay en Nueva York, pues cuando estábamos anclados en el muelle recuerdo a un comité de tres negros con aspecto de reverendos que, además de su sotana natural, vestían chaquetas negras de cuáquero y sombreros negros de ala ancha y alzacuellos blancos; aquellos caballeros de color iban a visitarlo y se quedaban conversando con él a la puerta de su cocina más de una hora; luego, antes de marcharse, entraban, cerraban la puerta corredera y se oía a uno leyendo en voz alta y rezando; por último cantaban un salmo e impartían la bendición. Cuando volvía a abrirse la puerta, la congregación salía muy sudorosa, supongo que por culpa de las reducidas dimensiones de la capilla, y porque no había más banco que el de la estufa.

Sin embargo, a pesar de todos sus estudios religiosos y meditaciones, aquel tipo decía ocasionalmente alguna palabrota, sobre todo las mañanas frías, húmedas y tormentosas, cuando tenía que levantarse antes del alba a encender el fuego con las olas rompiendo contra la proa y salpicando de vez en cuando su cocina.

Pero en aquellas circunstancias no podía culpársele demasiado si blasfemaba un poco, pues haría falta la paciencia del viejo Job para encender un fuego en el agua.

Aunque no fuese particularmente pulcro, el viejo cocinero era muy quisquilloso con su cocina y sentía un cálido afecto y amor por ella. Cuando hacía buen tiempo, extendía los faldones de una chaqueta vieja a modo de esterilla ante la puerta, atornillaba un remache en el marco como llamador y escribía encima su nombre, «señor Thompson», con un poco de tiza roja.

Los hombres decían que vivía a la vuelta de la esquina de la plaza del castillo de proa, enfrente del mástil de la libertad, porque su cocina estaba justo detrás del trinquete, muy cerca de donde se alojaban ellos.

A los marineros les encanta nombrar las cosas de ese modo en un barco. Cuando ahorcan a un hombre a bordo, lo que se hace siempre de una de las vergas más bajas, dicen que «ha subido por la calle de la escalera y ha bajado por la calle del cáñamo».

El señor Thompson era muy amigo del dispensero, un apuesto dandi

mulato que había sido barbero en Broadway oeste y atendía por el nombre de Lavender. Ya hablé del precioso turbante que llevaba cuando el señor Jones y yo visitamos al capitán en su camarote. Sin embargo, nunca llevó el turbante en alta mar, sino que lucía una rara cabeza de pelo crespo, como uno de esos cepillos grandes y redondos que se usan para limpiar ventanas, llamados «cabezas de Papa».

Iba siempre muy perfumado con agua de colonia, de la que tenía una gran provisión, restos de su negocio de Broadway oeste. Su guardarropa consistía sobre todo en trajes heredados del capitán de un trasatlántico londinense con quien había hecho muchas travesías, y estaba a la última moda de los últimos años e incluía todo género de colores y cortes. Tenía trajes de color vino y de color rapé, y chalecos de terciopelo rojo, y pantalones de ante de color azufre, y varios trajes de color negro que, con su rostro moreno, le daban cierto aire clerical y recordaba a un joven de color de las Barbados que estuviera a punto de tomar las órdenes.

Llevaba en el dedo índice un anillo anormalmente grande y grueso con lo que él llamaba un diamante auténtico, aunque era bastante oscuro y parecía más un ojo de cristal que otra cosa. Estaba muy orgulloso de su anillo y siempre estaba señalando a alguna parte y apuntando con su dedo ornamentado.

Era un negro muy sentimental y leía Los tres españoles y Charlotte Templé y llevaba un mechón de cabello crespo en el bolsillo del chaleco que con frecuencia le enseñaba a la gente llevándose el pañuelo a los ojos.

Cada tarde, al caer el crepúsculo, aquellos dos, el cocinero y el despensero, se sentaban en el banquito de la cocina y se recostaban el uno en el otro, como hermanos siameses, para no caerse, pues el banco era muy corto, y se quedaban hasta después de oscurecer fumando una pipa y cotilleando sobre los sucesos acontecidos durante el día en el camarote.

A veces el señor Thompson cogía su Biblia y leía un capítulo para edificación de Lavender, de quien sabía que era un triste disoluto y un alegre burlador cuando estaba en tierra, dado a todo género de indiscreciones juveniles. Le leía la historia de José y la mujer de Putifar, y le ponía a José como ejemplo de un joven de excelentes principios a quien debía imitar para dejar de cometer indiscreciones. Y Lavender lo miraba muy serio, y le decía que estaba en lo cierto, que sabía que era un joven malvado y había roto muchos corazones y que, en ese mismo momento, se estaban derramando muchas lágrimas por su causa tanto en Nueva York como en Liverpool, en Londres y en Le Havre. Pero ¿cómo evitarlo? Él no había escogido ser tan guapo, tener una cabeza tan hermosa y una figura esbelta. No era él, sino los demás quienes tenían la culpa, pues allí donde iba su personalidad

embruajadora atraía todas las miradas y seducía todos los corazones. Y luego se ponía muy serio y contrito y sacaba su botellita, se pasaba las manos por el pelo y comprobaba qué tal estaban sus patillas.

XVIII

SE ESFUERZA POR PERFECCIONAR SU ESPÍRITU Y DA NOTICIA DE UN TAL BLUNT Y SU LIBRO DE LOS SUEÑOS

Ese domingo por la tarde no me tocó estar de guardia y se me ocurrió aprovechar la ocasión para perfeccionar mi espíritu.

Mi litera era una de las de arriba y, justo sobre la cabecera, había un «ojo de buey», una pieza circular de cristal muy grueso insertada en cubierta para dejar pasar la luz. Era una luz mortecina y equívoca y muchas veces me sorprendí mirando hacia arriba para ver si no habrían tapado de pronto el ojo de buey, pues cada vez que alguien lo pisaba al pasar por cubierta la luz se apagaba momentáneamente, y, lo que era peor, a veces le echaban encima un cabo adujado y nadie lo quitaba hasta que yo me vestía y subía a apartarlo, una interrupción de mis estudios que me incomodaba mucho, sobre todo si estaba diligentemente ocupado en la lectura.

No obstante, me alegraba tener al menos un poco de luz en aquel oscuro agujero, donde nos metíamos como conejos en su madriguera; y el momento más feliz era cuando mis compañeros se dormían y podía tumbarme en mi litera, durante la guardia de mañana, y leer en relativo silencio y soledad.

Ya había leído dos libros que me había prestado Max, a quien le habían tocado en el reparto de los efectos personales del marinero que había saltado por la borda. Uno era una relación de Naufragios y desastres en alta mar y el otro un gran volumen de color negro con las palabras «Delirium tremens» escritas con grandes letras doradas en el lomo. Resultó ser un famoso tratado sobre la enfermedad del que recuerdo haber visto varios ejemplares en los puestos de libros de alrededor de Fulton Market y a lo largo de South Street, en Nueva York.

Pero ese domingo saqué un libro del que esperaba obtener un gran provecho e instrucción. Me lo había regalado el señor Jones, que tenía una nutrida biblioteca y había bajado aquel ejemplar de uno de los estantes más altos, donde aguardaba polvoriento. Cuando me lo dio, me dijo que, aunque fuese a embarcarme, no debía olvidar la importancia de una buena educación; y que apenas había una situación en la vida, por muy humilde y deprimente, u oscura y triste, que fuese en la que no pudiera encontrarse un momento para

enriquecer el espíritu y formarse en las ciencias exactas. Y añadió que, aunque, desde luego, no parecía muy prometedor para mi futuro que me embarcase como marinero a una edad tan temprana, sin duda acabaría rindiéndome beneficios al final y, en cualquier caso, siempre que tuviera la precaución de cuidarme, me proporcionaría al menos una constitución saludable, y eso no había que subestimar, pues cuántos hombres ricos cambiarían todos sus bonos e hipotecas por mi robustez juvenil.

Añadió que no debía esperar sólo una obra trivial y ligera, y un mero entretenimiento, sino que encontraría diversión y edificación hermosa y armoniosamente combinadas; y que aunque, al principio, pudiera ser que lo encontrase aburrido, si leía el libro a conciencia pronto descubriría en él encantos ocultos y atractivos imprevistos; aparte de que tal vez me enseñara el modo de sacar de la pobreza a mi familia y de volver a hacerlos ricos.

Con esas palabras, me lo entregó y yo le quité el polvo de un soplo y le eché un vistazo al lomo: La riqueza de las naciones. No contento con eso, leí lo que decía la portada y descubrí que era una «investigación sobre la naturaleza y las causas» de la mencionada riqueza de las naciones. Seguí leyendo y tropecé con la palabra «Aberdeen», el lugar donde estaba impreso el libro, y pensando que cualquier cosa procedente de Escocia, un país extranjero, debía de resultar entretenida de un modo u otro, le di las gracias calurosamente al señor Jones, y prometí leer el libro con atención.

Así que, tumbado en mi litera, empecé el libro metódicamente, por la primera página, y resolví no permitir que las pocas páginas que había hojeado previamente me impidieran acercarme a la esencia y el espíritu del libro, donde imaginaba que residía algo semejante a la piedra filosofal, un talismán secreto que transmutaría incluso la brea y el alquitrán en plata y oro.

Visiones vagas aunque agradables de mi opulencia futura flotaban ante mí al empezar el primer capítulo titulado «De las causas de la mejora de la fuerza productiva del trabajo». Seco como una galleta con queso, sin duda; y el contenido del capítulo no es que fuese mucho mejor. Pero no había hecho más que empezar, y, si seguía leyendo, seguro que el gran secreto se desvelaría ante mis ojos. Así que leí y leí sobre los «salarios y beneficios del trabajo», sin conseguir ningún beneficio propio a cambio de aquel tiempo dedicado a la lectura.

El libro se iba volviendo cada vez más y más árido, las páginas olían a serrín, hasta que por fin eché un trago de agua y volví a empezar con renovadas energías. Pero pronto tuve que dar por inútiles mis esfuerzos y pensé que el viejo tablero de backgammon que teníamos en casa con las palabras «Historia de Roma» impresas en el dorso estaba tan lleno de contenido y era mucho más divertido. Me pregunté si el señor Jones habría

leído el libro, y no pude sino recordar que había tenido que subirse a una silla para bajarlo de un estante polvoriento: eso, sin duda, parecía sospechoso.

La lectura más entretenida estaba en las páginas de respeto, donde encontré una dedicatoria escrita a lápiz y casi borrada: «A Jonathan Jones de su gran amigo Daniel Dods, 1798». De modo que, originalmente, debió de pertenecer al padre del señor Jones, y me pregunté si él habría leído el libro, o si lo habría hecho algún otro, aunque fuese el propio autor, si bien, según dicen, los autores nunca leen sus libros y bastante tienen con haberlos escrito.

Por fin, acabé quedándome dormido con el libro en las manos y nunca en toda mi vida he dormido tan profundamente; después, siempre lo envolvía con una chaqueta y lo utilizaba como almohada, pues servía muy bien para ese propósito, y, aunque a veces me despertaba sintiéndome torpe y estúpido, no creo que fuera culpa del libro.

Y ya que estoy hablando de libros, aprovecharé para dar aquí noticia del marinero Jack Blunt y su Libro de los sueños.

Jackson, que parecía conocer hasta el último rincón del mundo, siempre le reprochaba a Jack que era un «cockney irlandés», por lo que deduje que había nacido en Irlanda y se había licenciado en Londres, en algún lugar de Radcliffe Highway, aunque a mí nunca me pareció que tuviera acento.

Era un tipo de aspecto curioso, de unos veinticinco años de edad, diría yo, aunque al verlo de espaldas cualquiera lo habría tomado por un anciano diminuto. Tenía los brazos y las piernas muy gruesos, cortos y rechonchos, de modo que, cuando llevaba puesta la chaquetilla, el sombrero impermeable y las botas de agua hasta las rodillas, parecía una gruesa marsopa que se hubiese puesto de pie. Además tenía la cara muy redonda, como una morsa, y más o menos esa misma expresión entre humana e indescriptible. Era, en conjunto, un tipo amable y algo inclinado a considerar la vida en el mar de un modo novelesco, que entonaba baladas sobre sirenas enamoradizas que se encaprichaban de jóvenes pescadores de ostras y apuestos marineros. Y contaba la historia desdichada de un tripulante de un barco de guerra que sufrió un desengaño en Portsmouth, durante la última guerra, y desperdició temerariamente su vida en una de las carronadas del alcázar en el combate entre la Cruerrirey el Constitutori; y otra historia incomprensible sobre una especie de reina de las hadas marina que importunaba a un capitán para que hirviese un papel con su firma en una sopa de anguilas, como antídoto para el escorbuto.

Creía en toda suerte de hechizos y conjuros y en las ensalmadas siempre murmuraba bárbaras palabras irlandesas para pedir un poco de viento.

Con frecuencia, nos relataba sus visitas a una pitonisa de Liverpool, una

negra llamada De Squak, cuya casa frecuentaban mucho los marineros, y explicaba que tenía dos gatos negros de ojos muy verdes con un gorro de dormir en la cabeza, que se sentaban muy solemnes sobre una mesa con patas en forma de garras que había cerca de la vieja bruja, mientras ésta le tomaba el pulso para predecirle lo que le iba a ocurrir.

El tal Blunt tenía una densa mata de pelo, muy grueso y espeso, que, por una u otra razón, se estaba volviendo gris muy deprisa, y, en ese estado de transición, parecía que llevara un quepis de piel de tejón.

El fenómeno de aquel cabello tan cano en una cabeza tan joven había confundido a Blunt hasta tal punto que acabó por llegar a la conclusión de que debía de tratarse de un caso de magia negra urdida contra él por algún enemigo; y ese enemigo, opinaba él, era el anciano casero de una pensión de marineros de Marsella, a quien había ofendido gravemente una vez al derribarlo de un puñetazo en una pelea.

Así que, durante su estancia en Nueva York, y en vista de que su pelo se iba volviendo cada vez más gris y de que las damas y todos sus amigos se burlaban de él y le decían que era un viejo con un pie en la tumba, fue a ver una noche a un boticario, le explicó su caso y le preguntó qué era lo podía hacer por él.

El boticario, sin dudarle, le dio una botella de medio litro de algo que llamó «Aceite de Trafalgar para la reparación del cabello», precio un dólar; y le dijo que, si cuando terminase la botella no lograba el efecto deseado, debería probar la botella número dos, llamada «Bálsamo del Paraíso, o elixir de la batalla de Copenhague». Aquellos pomposos nombres navales encantaron a Blunt, a quien no le cupo duda de que debían de ser beneficiosos.

Vi ambas botellas, y en una de ellas había un grabado que representaba a un joven, supuestamente con el cabello gris, vestido con un camisón y plantado en mitad de su habitación que se aplicaba el elixir en la cabeza con ambas manos, mientras en la cama que tenía al lado se veía una botella con la etiqueta «Bálsamo del Paraíso». Del texto se deducía que aquel joven de pelo cano estaba tan satisfecho con el unguento que se había levantado en sueños de la cama, y, después de buscar a tientas en el armario, había cogido la preciosa botella, se había aplicado su contenido, se había vuelto a la cama y a la mañana siguiente se había despertado sin tener ni idea de lo ocurrido. Lo que, sin duda, resulta muy misterioso, aunque no lo es menos que el impresor llegase a enterarse de un suceso que ignoraba el propio protagonista y que había ocurrido sin testigos.

Mientras estuvimos en alta mar, Blunt se aplicó regularmente sus unguentos tres veces cada veinticuatro horas, y, aunque la primera botella no tardó en vaciarse con sus copiosas aplicaciones y la segunda estaba a punto de

terminarse, él seguía convencido de que al llegar a Liverpool sus esfuerzos se verían coronados por el éxito. Y estaba encantado de que aquel cambio gradual se produjera mientras estábamos en alta mar, sin exponerlo a los insidiosos comentarios de la gente, por el mismo principio por el que los dandis se van a pasar unos días al campo cuando deciden dejarse patillas. A menudo les preguntaba a sus compañeros si notaban ya algún cambio y si era un cambio muy grande. Y, a decir verdad, se había producido un cambio considerable, pues de tanto untarse el pelo de aceite y no lavárselo, peinárselo ni cepillárselo, se le habían apelmazado las greñas como la crin de un caballo salvaje y ahora tenían un tono oscuro y muy brillante.

Además de su colección de unguentos capilares, Blunt también se había agenciado varias cajas de pastillas que le había comprado a un médico de marineros en Nueva York, quien, por medio de carteles colgados en los postes a lo largo de los muelles, anunciaba que estaría en la esquina noreste de Catherine Market, entre las diez y las doce de la mañana, para atender a sus pacientes, dispensar medicinas y dar consejos gratis.

No sabría decir si Blunt creía padecer dispepsia o no, pero en el desayuno siempre se tomaba tres pastillas con el café, igual que hacen en Iowa, donde es tan frecuente la fiebre biliar que en las casas de pensión ponen una cajita de píldoras azules en la bandeja entre el salero y la mostaza y el bote de los mondadientes. Pero es que en el oeste la gente es muy tosca y maleducada.

Muchas veces Blunt tomaba también un vaso rebosante de sales Glauber, pues, como muchos otros marinos, nunca se embarcaba sin una buena provisión de esa delicia. Con frecuencia tomaba la medicina cuando estaba empapado de pies a cabeza y luego volvía a cubierta en plena tormenta. Pero eso no es nada comparado con otros marineros que se medican con calomel al doblar el Cabo de Hornos y aún así siguen de servicio. Conozco algunas historias terribles al respecto, pero me abstendré de contarlas.

Si alguien de tierra adentro tomara esas sales como lo hacía Blunt, probablemente moriría; en cambio, en el mar, el aire y el agua salada impiden que uno se acatarre con tanta facilidad como en tierra; yo mismo, como tenía tan poca ropa en aquel barco, me metí más de una vez empapado en la cama y volví a salir hirviendo y humeando como un filete asado, y nunca me puse enfermo, pues entonces tenía el talismán de la juventud y la salud que me hacía invulnerable a cualquier enfermedad física.

Pero ya va siendo hora de hablar del Libro de los sueños. Bien escondido en un rincón de su baúl, Blunt tenía un panfleto de aspecto extraordinario, con las tapas rojas cubiertas de signos y símbolos astrológicos, que pretendía ser un tratado completo y exhaustivo del arte de la adivinación, de modo que hasta el más simple de los marineros podía aprenderlo.

También pretendía ser el mismísimo método mediante el cual Napoleón Bonaparte había ascendido de cabo a emperador. Por eso se titulaba Libro de los sueños de Bonaparte, pues su magia se basaba en la interpretación de los sueños y en su aplicación a la predicción del futuro, para poder tomar todo género de medidas preparatorias de antemano, lo que sería muy práctico y satisfactorio en todos los sentidos si fuese cierto. Los problemas se planteaban de forma numérica con un método confuso y difícil, que, no obstante, se hacía más sencillo gracias a un juego de tablas incluidas al final del panfleto, similares a las tablas de logaritmos que hay al final del manual del navegante de Bowditch.

Pues bien, Blunt adoraba, reverenciaba e idolatraba aquel Libro de los sueños de Bonaparte, y estaba convencido de que entre aquellas tapas rojas y sus sueños se escondían los secretos del futuro. Cada mañana, antes de tomarse las píldoras y aplicarse los ungüentos capilares, bajaba de su litera antes de que los demás se despertasen, sacaba su panfleto y un trozo de tiza, se sentaba a horcajadas sobre su baúl y empezaba a rascarse la grasienta cabeza para recordar sus sueños fugitivos, y hacía anotaciones en la tapa del baúl, como si estuviese haciendo las cuentas del día.

Aunque a menudo se confundía y se perdía en los laberintos de las figuras cabalísticas del libro —y en el capítulo de instrucciones para principiantes, pues casi no sabía leer—, si nadie le interrumpía al final se las arreglaba para llegar a alguna conclusión convincente. Así que, como por lo general tenía una expresión alegre, debía de pensar que sus asuntos futuros iban a las mil maravillas.

Sin embargo, una noche nos sobresaltó a todos al saltar de su litera con los ojos a punto de salirse de las órbitas y gritar con voz áspera:

—¡Muchachos, muchachos! ¡Preparad los bancos! ¡Deprisa, deprisa!

—¿Qué bancos? —gruñó Max—. ¿Qué es lo que ocurre?

—¡Los bancos, los bancos! —chilló Blunt sin prestarle atención—. ¡Talad los bosques, echadme una mano, muchachos, el Día del Juicio está próximo!

Y un momento después volvió a subirse a su litera y se quedó inmóvil murmurando, como si hubiese hablado en sueños.

No supe a qué se refería con eso de los «bancos», hasta que, poco después, oí a dos marineros discutir sobre si la humanidad asistiría de pie o sentada al Día del Juicio.

NOS LIBRAMOS DE MILAGRO

Lo del Libro de los sueños de Blunt me recuerda una mañana en la que de milagro no nos fuimos a pique.

A los de la guardia de babor nos tocaba estar abajo desde medianoche hasta las cuatro; Blunt se había acostado en su litera y se había quedado dormido, pero se levantó de pronto hacia las tres, con un sueño maravilloso en la cabeza que estaba deseoso de interpretar cuanto antes.

Así que fue a su baúl, sacó sus utensilios y se puso a garabatear en la tapa. De repente, se oyó un grito terrible que nos despertó a todos y nos envió a toda la tripulación a cubierta en plena oscuridad. No sabíamos lo que ocurría, pero en alta mar los marineros parecen presentir cuándo se avecina algún peligro, incluso en sueños.

Al llegar a cubierta, vimos al primer oficial de pie en el bauprés gritándole «¡Orzad, orzad!» a alguien que había a proa en la oscuridad. No distinguimos más que una luz en esa dirección, y luego el enorme casco negro de un barco desconocido que venía oblicuamente hacia nosotros y tan cerca que se oían el aleteo de sus gavias agitándose al viento, las pisadas en cubierta y el mismo grito de «¡Orzad, orzad!» que profería nuestro oficial.

Un minuto después, contuve el aliento, pues oí un chasquido y luego un estrépito como el de un árbol al caer, y de pronto uno de los hombres del petifoque soltó de un tirón el perno que hay junto a la serviola y oímos cómo el botalón golpeaba contra la proa.

Entretanto, el barco desconocido que pasó rozándonos de ese modo desapareció en la oscuridad y no volvimos a verlo. Aunque él también debió de sufrir daños, pues cuando se hizo de día encontramos trozos de aparejo extraño mezclados con el nuestro. Reparamos los daños y reemplazamos la verga rota con otro botalón del foque que llevábamos, pues todos los barcos tienen vergas de recambio en caso de emergencia.

La causa de aquel accidente, que estuvo a punto de costarnos la vida a todos, no fue otra que la somnolencia de los vigías del castillo de proa de ambos barcos. El marinero que estaba de guardia recibió una terrible reprimenda del primer oficial.

Sin duda muchos barcos de los que no vuelve a saberse nada tras su partida del puerto encuentran su destino de ese modo, y es posible que dos barcos al chocar botalón con botalón con un golpe repentino en mitad de la guardia nocturna se destruyan el uno al otro y se hundan en el océano como dos alces combatientes con las astas mortalmente entrelazadas.

Mientras me hallaba en Liverpool, un barco que estaba atracado junto al nuestro en el muelle, terminó la estiba y partió rumbo a la India con buen viento, y con toda la tripulación convencida de que sería un viaje provechoso. Pero, unos siete días más tarde, volvió en un estado lamentable. Todo el costado de estribor estaba roto y astillado, el ancla había desaparecido, igual que la mayor parte de las amuradas y además tenía todas las vergas bajas rotas en la misma dirección, de modo que parecía que llevaba unas de repuesto cortas y feas.

Al ver aquel barco con todo un costado destrozado y el otro intacto, y al recordar su aspecto alegre e imponente cuando partió de aquel puerto al que ahora regresaba tan desamparado, no pude sino pensar en un joven al que había conocido en el pueblo, que había salido de su casa por la mañana de muy buen humor y a quien habían devuelto a mediodía con el lado derecho paralizado de pies a cabeza.

Al parecer, el barco había chocado contra otro que navegaba a todo trapo y le había rozado el costado de estribor reduciéndolo al estado en que estaba ahora.

Nunca se es demasiado vigilante y cauto al hacer de vigía, aunque a menudo los marineros pecan de negligencia y se quedan dormidos. Lo que, después de todo, no resulta tan raro, pues, pese a que todos han oído hablar de esos accidentes en el mar, y muchos tal vez hayan servido en barcos que los sufrieron, cuando uno está navegando de noche en pleno océano y no ha visto una vela en semanas y semanas, se hace difícil creer que pueda haber una cerca. Y, en caso de que la haya, resulta casi increíble que en un mar tan vasto e ilimitado, que baña Groenlandia a un extremo del mundo y las islas Falkland al otro, un barco pueda llegar a entrar en contacto con otro. Pero es difícil convencer a gente tan ignorante como suelen ser los marineros de la probabilidad de que ocurra un desastre, pues lo que la gente cultivada sabe, prevé y previene, sólo se le hace evidente al ignorante cuando se lo encuentra cara a cara. E incluso cuando le enseña la experiencia, la lección le sirve sólo por un día, pues los insensatos no creen nunca posible que ocurra una adversidad, ven el sol en lo alto del cielo y piensan que es demasiado brillante para ponerse jamás.

E igual que los veleros más imponentes y veloces han sido destruidos como por un rayo mientras navegaban orgullosos a toda vela por el océano, hay hombres altaneros que extienden sus planes y proyectos al viento de la vida sin pensar por un momento en la posibilidad de una catástrofe, pero que tropiezan de pronto con un escollo imprevisto y se van a pique y se hunden en la muerte.

XX

LO PONEN A TAÑER LA CAMPANA DE NIEBLA Y VE UNA MANADA DE MASTODONTES MARINOS

¿A través de qué estamos navegando? ¿Qué es esta palpable oscuridad? ¿Qué humo y hedor, como si el hirviente mundo girase igual que un espetón sobre su eje?

Es una niebla de Terranova, y estamos cruzando los grandes bancos envueltos en una bruma que ningún Londres en su peor noviembre ha visto jamás. El cronómetro indica que es mediodía, pero ¿es mediodía o medianoche? La niebla es tan densa que, aunque sopla bastante viento, recogemos velas por miedo a los accidentes; y no sólo eso, sino que estoy aquí, pobre de mí, subido a una especie de campanario, en lo alto del «pie de carnero», una torre de madera que recibe ese nombre, para tañer la campana del barco, como en un funeral.

La intención es proclamar nuestra presencia y advertir a todos los desconocidos de nuestro rumbo.

¡Qué sonido tan deprimente!, un tañido tras otro a través de la bruma y la niebla.

La campana está cubierta de cardenillo y humedad, y el cordel del badajo, que empleo para tañerla, está tan resbaladizo que se me escapa de vez en cuando de entre los dedos. Heme aquí con el sombrero negro ladeado, como el «toro que podía tirar» anunciando el fallecimiento del pobre petirrojo.

No obstante, a un ingenioso capitán del que he oído hablar se le ocurrió otro mecanismo mejor que la campana. Llevaba a bordo varias pjaras de cerdos y, mientras navegaba entre la niebla, puso a hombres a ambos lados de la pocilga con largas pértigas con las que irritaban y molestaban a los cerdos, quienes rasgaban el aire con sus chillidos y, sin duda, salvaron el barco igual que los gansos salvaron el Capitolio.

De vez en cuando, se oía a través de la niebla un ruido extraño e inaudito: un sonoro sonido de suspiros y sollozos. ¿Qué podría ser? Luego seguía un chorro, un estallido y una conmoción como si hubiese brotado una fuente en mitad del océano.

Sentado en mi pie de carnero, miré con atención e interrumpí mi labor de sacristán. De pronto, alguien gritó: «¡Por allí resopla! ¡Ballenas, ballenas junto al costado del barco!».

¡Una ballena! ¡Imaginadlo por un instante! Ballenas cerca de mí, de

Wellington... ¿me creería mi hermano? Solté el badajo de la campana como si estuviese al rojo vivo y corrí a la borda, desde donde vi cuatro o cinco siluetas negras de aspecto sinuoso que flotaban borrosas a pocos centímetros de la superficie.

¿Serían ballenas? ¿Las monstruosas ballenas de las que tanto había oído hablar? ¡Pensaba que serían como montañas marinas, colinas y valles de carne! ¡Auténticos monstruos que hacían subir la marea e inundaban continentes cuando se sumergían para alimentarse!

Fue un amargo desengaño del que tardé en recuperarme. Les perdí el respeto a las ballenas y empecé a dudar de la historia de Jonás, pues ¿cómo habría podido meterse Jonás en un hueco tan insignificante, cómo iba a tener ahí tanto espacio? Aunque tal vez, pensé, la ballena, que, de acuerdo con las tradiciones rabínicas, era hembra, podría haberse ensanchado para acogerlo como una anaconda cuando se traga un alce y la cuerna le asoma por la boca.

En cualquier caso, desde ese día, las ballenas cayeron mucho en mi estimación.

Pero siempre ocurre lo mismo. Dicen que si uno lee acerca de la basílica de San Pedro y luego va a visitarla, casi siempre parece más pequeña de lo que había imaginado. Y, sin duda, al mismo Jonás debió de decepcionarle la cúpula del vientre de la ballena, y los pilares acanalados que lo rodeaban. «Ciertamente es una barriga muy grande —pensaría— pero no todo lo que podría haber sido».

Al día siguiente, levantó la niebla; y, a mediodía, navegamos entre varias flotillas de barcos de pesca fondeados. Eran embarcaciones muy pequeñas y cuando las vi comprendí la fuerza de ese refrán marinero que se emplea para referirse a la estrechez de un sitio: «Es igual que un paseo de pescador —dicen—: das tres pasos y te caes por la borda».

Como anclan justo en mitad de la ruta de la multitud de barcos que cruzan el océano entre América e Inglaterra, esos barquitos a veces son abordados y borrados de la superficie del mar; y los gritos de sus marineros se apagan con el último giro del remolino que se forma sobre su barco hundido. A menudo, su triste sino es fruto de su propio descuido por no estar vigilantes de día y no encender las lámparas, como las vírgenes prudentes, de noche.

Puesto que no hablaré de los grandes bancos en nuestro viaje de vuelta, puedo contar aquí que, a nuestro regreso, los cruzamos de noche, y para estar seguros de nuestra posición soltamos el escandallo de costa. El escandallo va atado a un cable de más de trescientas brazas de longitud, pesa entre dieciocho y veinte kilos y tiene un agujero en la parte de abajo, donde antes de soltarlo se mete un poco de sebo para que se pegue el suelo del fondo y el capitán

pueda examinarlo. A eso se le llama «armar» el escandallo.

Soltamos nuestro escandallo de costa en plena noche y la operación fue muy interesante, al menos para mí. En primer lugar, tuvimos que detener el barco; luego, pusieron el cable adujado en una tina como un cable ballenero en la parte trasera del alcázar y uno de los marineros llevó el escandallo fuera del barco hasta el extremo del botalón del foque, y al oír la orden de mando, lo lanzó por encima de la borda y cayó con un chapoteo y rozó contra el costado del barco hasta que llegó a la popa donde el cable salió de la tina como un rayo.

Cuando nos dispusimos a izarlo, me sorprendió la fuerza que tuvimos que hacer. Toda la guardia tuvo que tirar del cable, que habían pasado por una pasteca del palo de mesana, igual que si estuviésemos izando una gruesa marsopa. Una vez apareció el escandallo, yo estaba deseando examinar el sebo y echarle un vistazo a la muestra del fondo del mar, pero los marineros no parecían tan interesados y se burlaron de mí por querer quedarme con unos cuantos granos de arena.

Casi se me olvida hablar de la corriente del Golfo, en la que habíamos navegado antes de atravesar los bancos de Terranova. El capitán en persona comprobó que estábamos en ella ordenando sacar un balde de agua salada en el que introdujo su termómetro. En ausencia de algas, ésa es la prueba general, pues la temperatura de la corriente es ocho grados superior a la del océano, y la temperatura del océano es veinte veces superior a la de los grandes bancos. A esa notable diferencia de temperaturas, que no llega a equilibrarse jamás, atribuyen muchos marineros las nieblas de la costa de Nueva Escocia y Terranova, aunque, que yo sepa, nadie ha explicado nunca por qué hace siempre tan mal tiempo en el Golfo.

Es una sensación muy curiosa meter el dedo en un balde lleno de agua de la corriente del Golfo y notarla tan caliente, como si el golfo de México, de donde procede, fuese una gran olla o caldero que sirviera para calentar el Atlántico Norte, que dicha corriente atraviesa a lo largo de unas dos mil millas, igual que esos tubos que, en invierno, caldean algunos salones. Su amplitud media es de unas seiscientas millas y comprende un área mayor que la de todo el Mediterráneo, por lo que puede considerársela una especie de Misisipi de agua templada que fluye por el océano desde la costa de Florida a una velocidad de una milla y media por hora.

XXI

UN BALLENERO Y UN TRIPULANTE DE UN BARCO DE GUERRA

El avistamiento de ballenas del que he hablado en el capítulo anterior nos sirvió para descubrir a Larry, un miembro de la tripulación que hasta entonces había sido muy silencioso y reservado, como si fuese consciente de su inferioridad, aunque se había embarcado como marinero de primera, y, por lo que yo pude ver, conocía bien su trabajo.

Cuando los hombres se pusieron a discutir sobre la clase de ballenas que habíamos visto, Larry los observó con atención hasta convencerse de su ignorancia y de pronto habló y sorprendió a todos con su familiaridad con aquellos monstruos.

—No son cachalotes —dijo Larry, el chorro no es lo bastante alto; y no son ballenas azules, o no se habrían quedado tanto tiempo en la superficie; no son yubartas, porque no tienen joroba; y no son rorcuales porque los rorcuales nunca se acercan tanto a un barco; no son ballenas de Groenlandia, porque no estamos en la costa de Groenlandia y no son verdaderas ballenas, porque no sería verdad decir que lo son. Os digo, amigos, que son unas ballenas muy retorcidas.

—¿Y qué son? —dijo un marinero

—Pues ballenas de las que no se puede cazar.

Como resultó que el tal Larry había empezado a navegar en un barco ballenero, y había zarpado muchas veces de Nantucket, sólo Jackson se atrevió a poner en duda su opinión, y ni siquiera él insistió mucho. Desde ese momento, se dio por fiable el juicio de Larry sobre cualquier tipo de pez que viéramos flotando durante nuestra travesía, pues los balleneros están mucho más familiarizados que los demás marineros con las maravillas de las profundidades.

Era el primer viaje de Larry en la marina mercante y había sido tan reservado porque sabía que los marinos mercantes afectan cierta superioridad sobre los «hiervegrasas», como llaman despreciativamente a quienes se dedican a cazar al Leviatán. Pero Larry resultó ser tan inofensivo, hacía tan bien su trabajo a bordo y estaba tan dispuesto a obedecer una orden que todo eso le eximió de las pullas que podría haber recibido.

Era un tipo peculiar, que siempre llevaba el sombrero calado hasta la nariz y la mirada baja, como si estuviese mirándote las botas cuando te hablaba. Me encantaba oírle hablar de los bárbaros lugares en el índico y la costa de Madagascar donde había recalado con frecuencia en sus viajes en busca de ballenas. Su familiaridad con la vida natural de la gente en aquellas remotas partes del mundo le había dotado de un sensiblero desprecio por la sociedad civilizada y nunca perdía la ocasión de ensalzar las delicias del libre y sencillo

océano Índico.

—¡Sí! —decía Larry hablando, como siempre, con voz nasal—, en Madagascar nadie lleva ropa, sólo una bolina por el través; no tienen horas de comida, sino que comen todo el día perros y cerdos bien cebados; y no tienen camas, sino que se pasan el día dormitando; y también se emborrachan con un licor de primera que fabrican con los cocos y fuman mucho tabaco. ¡Os digo que es un país excelente! ¡Por mí, América se puede ir al demonio!

A decir verdad, el tal Larry hacía insinuaciones muy poco tolerantes sobre la civilización.

—¿Y de qué sirve ser civilizado? —me dijo una noche que estábamos de guardia en cubierta—, los civilizados no saben más que pasarse la vida lloriqueando. En Madagascar no verás a ningún metodista sufriendo por su alma, ni a ningún mendigo, ni a ningún puñetero policía; y sus reyes no padecen de gota. ¡Te digo que América se puede ir al demonio! —Lo cierto es que Larry era muy directo con sus insinuaciones—. Y tú, Buttons, ¿acaso has salido ganando con ser civilizado? —me dijo acercándose y mirando fijamente lo poco que quedaba de mis botas de bichero—. No, ni mucho menos... Has salido perdiendo, Buttons. Te aseguro que si no fueses civilizado ahora no estarías en alta mar llevando esta vida de perro. La civilización ha sido tu ruina y la mía. Yo podría haber sido un gran hombre en Madagascar; maldita sea, te aseguro que, por mi parte, América se puede ir al demonio.

En marcado contraste con Larry, había un joven que había sido tripulante de un barco de guerra y al que todos llamaban «Gun-Deck», porque se pasaba el día hablando de la vida en la Armada. Era un tipo bajito de cara pequeña y una llamativa mata de pelo castaño, que vestía siempre como si estuviese a bordo de un barco de guerra, con una levita de cuello alto con galones y unos pantalones a la turca. Estaba muy orgulloso de sus pies, que eran particularmente pequeños, y cuando baldeábamos la cubierta por la mañana, por mucho frío que hiciera, siempre se quitaba las botas y se ponía a chapotear como un pato estirando mucho los pulgares para que todos pudieran ver sus preciosos pies.

Había servido en vapores armados en Florida durante la Guerra Semínola, y siempre contaba cómo remontaban los ríos y navegaban por los pantanos de las Everglades y liquidaban a los indios de las orillas. Recuerdo que contaba que una vez descubrieron a una partida a bastante distancia de donde estaban porque uno de los salvajes llevaba una placa de peltre alrededor del cuello que brillaba al sol. Aquella placa fue su perdición, pues, según Gun-Deck, él mismo le disparó justo en el centro y la bala le atravesó el corazón. Decía que en aquella guerra los indios morían como ratas.

Gun-Deck había recalado en Cádiz, había estado en Gibraltar y había

desembarcado en Marsella. Había tomado el sol en la bahía de Nápoles, había comido higos y naranjas en Messina y le habían destrozado el corazón en Malta. Y hablaba de todo eso en tono novelesco, como el tripulante de un barco de guerra que había visto el mundo civilizado y le había gustado, y lo consideraba un mundo cómodo y confortable donde vivir. De modo que él y Larry nunca se ponían de acuerdo en sus respectivas opiniones sobre la civilización y el salvajismo del Mediterráneo y Madagascar.

XXII

EL HIGHLANDER PASA JUNTO A LOS RESTOS DE UN NAUFRAGIO

Estábamos aún en los bancos cuando se desató una terrible tormenta como jamás había visto o imaginado. La lluvia caía a manta como si fuera una cascada, los imbornales casi no daban abasto para desaguar la cubierta y teníamos que bracear las vergas con el agua hasta las rodillas mientras todo flotaba a nuestro alrededor como astillas en un muelle.

La violenta lluvia fue el preludio de un fuerte chubasco para el que nos preparamos debidamente reduciendo el trapo y tomando rizos dobles a las gavias.

El tornado llegó por fin con la furia de una manada de caballos desbocados huyendo de una pradera en llamas. Pero, después de cabecear y encogerse un poco ante él, el Highlander logró dejarlo atrás y siguió avanzando con la proa hundida en el agua, surcando unas olas blancas como la leche y dejando una franja de espuma iluminada en su estela.

Fue una escena terrible y la observé atónito conteniendo el aliento. El movimiento del barco era tan violento que apenas me tenía en pie. Y, mientras daba tumbos de aquí para allá, los marineros se burlaban de mí y me decían que vigilase, no fuese a volcar el barco, y me aconsejaban coger un bichero y hacer palanca metiéndolo en los imbornales para compensar las sacudidas. No obstante, yo había espabilado lo bastante para no hacer caso de tan absurdas sugerencias, aunque no dejaron de hacerlas en toda la travesía.

Pasada la tormenta, tuvimos buen tiempo hasta llegar al mar de Irlanda.

La mañana siguiente a la tormenta, cuando el mar y el cielo volvieron a ser azules, el vigía avisó de que había restos de un naufragio a sotavento. Arribamos hacia allí con todas las miradas puestas en él y el capitán subió a la cofa de la mesana con su catalejo. Poco después, pasamos lentamente a su lado.

Era un espectáculo siniestro: una goleta desmantelada y casi hundida que debía de llevar a la deriva varias semanas. Las bordas casi habían desaparecido y, aquí y allá, se alzaban los candeleros y el codaste y partían en dos las olas que rompían sobre la cubierta casi al nivel del mar. El trinquete estaba roto a menos de un metro de la base y los restos astillados parecían el tocón de un pino tirado en medio de un bosque. Cada vez que los restos asomaban entre las olas se veía la escotilla principal abierta, pero enseguida volvía a llenarse y a sumergirse con un gorgoteo a medida que entraba en ella el agua.

En lo alto del tocón del palo mayor, a unos tres metros de la cubierta, había clavado algo parecido a una manga: supusimos que eran los restos de una chaqueta que debió de clavar allí la tripulación como señal y que el viento había hecho jirones.

Atados e inclinados sobre el coronamiento, había tres objetos oscuros y verdosos que se movían al ritmo de las olas, pero por lo demás estaban inmóviles. Vi que el capitán apuntaba hacia ellos con su catalejo y por fin le oí decir: «Deben de llevar mucho tiempo muertos». Eran marineros que se habían atado al coronamiento para no ahogarse y habían muerto de hambre.

Lleno de curiosidad por la terrible escena, pensé que el capitán mandaría arriar un bote para dar sepultura a los muertos y tratar de averiguar algo de la goleta. Pero no nos detuvimos y seguimos nuestro rumbo sin saber siquiera su nombre, aunque todos supusieron que se trataba de un barco maderero de New Brunswick.

A los marineros no pareció sorprenderles que el capitán no enviara un bote al barco hundido, pero los pasajeros de la antecámara se indignaron y dijeron que era una barbaridad. Por mi parte, no pude sino sorprenderme de su indiferencia, aunque mi experiencia posterior en el mar me ha enseñado que esa conducta es la habitual, a menos, claro, que pueda salvarse alguna vida.

Así que seguimos navegando y dejamos la goleta a la deriva: un jardín para las lapas y los percebes y un teatro para los tiburones.

—Miradlo —dijo Jackson, asomándose tosiendo por encima de la borda—, miradlo bien, es un ataúd de marineros. ¡Ja, ja! Buttons —dijo volviéndose hacia mí—, ¿qué te parece? ¿Te gustaría navegar con esos muertos? ¿No sería divertido? —Y luego trató de echarse a reír, pero sólo pudo volver a toser.

—No te burles de esos desdichados —dijo Max, con gesto grave—, sólo ves sus cuerpos, pero sus almas están más lejos que el cabo de Buena Esperanza.

—¡De Buena Esperanza, de Buena Esperanza! —chilló Jackson, con una horrible sonrisa, burlándose del holandés—, para ellos ya no queda esperanza,

amigo mío, se han ahogado y están tan muertos como lo estaremos tú y yo, Red Max, una de estas noches oscuras.

—No, no —dijo Blunt—, todos los marineros se salvan: aquí abajo hay muchos chubascos, pero arriba hace siempre buen tiempo.

—¿Y eso lo has sacado de tu estúpido libro de los sueños, griego? —aulló Jackson entre toses—. A mí no me hables del cielo... Es mentira, lo sé, y quienes creen en él son unos estúpidos. ¿Es que piensas, griego, que te está esperando el cielo? ¿Crees que te dejarán entrar en él con las manos llenas de alquitrán y la cabeza grasienta? Calla de una vez. Cuando un tiburón te trague uno de estos días descubrirás que, al morir, sólo vas de una galerna a otra, ¡recuérdalo, cockney irlandés! Sí, te tragará igual que te tragas tú tus píldoras: me encantará ver cómo se traga el barco entero el maelstrom noruego, como una caja entera. ¡Eso sí que será una buena dosis de sales! —Y luego se marchó con la mano en el pecho y tosiendo como si hubiera llegado su última hora.

Día tras día, Jackson parecía ponerse peor, tanto de cuerpo como de espíritu. Raras veces hablaba, como no fuese para contradecir, ridiculizar o maldecir, y, aunque la cara se le iba volviendo cada vez más delgada, sus ojos daban la impresión de brillar más que nunca, como si fuera a morir por fin y a dejarlos ardiendo como candelas delante de su cadáver.

Aunque jamás había asistido a la iglesia, pese a que no sabía nada del cristianismo —lo conocía tanto como un pirata malayo— y a que era incapaz de leer una sola palabra, era un ateo espontáneo y un blasfemo; y, durante las largas guardias nocturnas se enzarzaba en discusiones tratando de demostrar que no había nada en lo que creer, nada a lo que amar y nada por lo que valiera la pena vivir, sino que había que odiarlo todo en este mundo. Era un horrible forajido; e igual que un indio salvaje, a quien se parecía por la piel cobriza y los pómulos marcados, denigraba por igual el cielo y la tierra. Era como llevar a Caín a bordo con su inescrutable maldición grabada en el ceño cetrino y dedicado a corromper y chamuscar cualquier corazón que latiera a su lado.

Sin embargo, el sufrimiento de aquel hombre parecía aún mayor que su maldad, y su maldad daba la impresión de brotar de ese mismo sufrimiento, y, a pesar de ser tan horrible, de vez en cuando había algo en sus ojos que era indescriptiblemente lastimoso y conmovedor, y, aunque hubo momentos en los que casi llegué a odiar a Jackson, jamás he compadecido a nadie tanto como a él.

UN ENIGMÁTICO PASAJERO DE CAMAROTE Y UNA JOVEN MISTERIOSA

Hasta ahora apenas he hablado de los pasajeros que llevábamos a bordo. Pero antes de que cuente lo poco que voy a decir de ellos, conviene recordar que el Highlander no era un carguero de Liverpool ni un paquebote de línea regular que cubriera la ruta entre los dos puertos con otros paquebotes. Era sólo un barco mercante de Liverpool, que navegaba sin fecha fija y actuaba en gran parte a voluntad, sin obligaciones de ningún tipo, aunque todas sus travesías tuvieran como destino Liverpool o Nueva York. A los barcos que no son ni buques de carga ni barcos mercantes los marineros los llaman «barcos transeúntes», con lo que quieren decir que van de aquí para allá como una hoja llevada por el viento.

No obstante, yo no tenía motivos para quejarme de que el Highlander no fuera un paquebote, pues, por lo que pude averiguar de quienes habían navegado en ellos, en esos paquebotes la tripulación trabaja muchísimo, porque siempre navegan a todo trapo para que la travesía sea lo más rápida posible y conservar así la reputación del barco. Por eso, a pesar de ser navíos muy marineros, construidos con todo el cuidado posible y con los mejores materiales, unos pocos años de navegar bajo el viento acaban por deteriorar su estructura —como esos jóvenes robustos que apuran su juventud demasiado deprisa— y pronto los venden por muy poco dinero, generalmente a la gente de Nantucket, New Bedford y Sag Harbor, que los reparan y los transforman en barcos balleneros.

De ese modo, el barco que una vez llevó a alegres grupos de damas y caballeros como turistas a Liverpool o Londres, ahora transporta una tripulación de arponeros alrededor del cabo de Hornos hasta el océano Pacífico. Y el camarote de caoba y arce «ojo de pájaro», que antes estuvo amueblado con mesitas de palo rosa y cafeteras bruñidas, y en el que brillaron muchos ojos y botellas de champán, ahora aloja a un rudo capitán cuáquero de Martha's Vineyard, quien, tal vez, cuando esté atracado en la bahía Islands, en Nueva Zelanda, invite a cenar a un grupo de salvajes desnudos, en lugar de que el capitán del paquebote reciba a los literatos, estrellas del teatro, príncipes extranjeros y caballeros de placer y fortuna, que por lo general chismorreaban, hablaban de política y decían trivialidades en la mesa durante los viajes trasatlánticos.

El amplio alcázar, por donde paseaban aquellos caballeros, ahora lo ocupan a menudo la enorme cabeza de un cachalote y enormes masas de sebo untuoso, y por todas partes hiede a grasa mientras dura la caza. Sic transit gloria mundi. ¡Así se pasa el orgullo y la gloria de los paquebotes! Es como si un importador de sedas francesas arruinado se hiciese jabonero.

De modo que, al no tratarse de un paquebote, el Highlander carecía de alojamientos amplios para los pasajeros. Creo que sólo había cinco o seis camarotes, con tres literas en cada uno de ellos. En cualquier caso, en este viaje concreto sólo llevábamos a un pasajero de camarote, es decir, una persona que previamente no conocía al capitán, que había pagado el pasaje y había subido a bordo muy serio, como si fuera un hombre de negocios, con su equipaje.

Aquel pasajero solitario, que había subido a bordo tan serio con su equipaje y que parecía un hombre de negocios, era un hombrecillo diminuto que jamás hablaba con nadie y el capitán rara vez le dirigía la palabra.

Tal vez fuera un delegado de la Sociedad Neoyorquina de Sordomudos que viajase a Londres a dar un discurso por señas en Exeter Hall acerca del signo de los tiempos.

Siempre estaba muy pensativo, a veces se sentaba en el alcázar con los brazos cruzados y la cabeza apoyada contra el pecho. Luego se ponía de pie y miraba a barlovento, como si hubiera visto llegar a un amigo, y por fin se volvía con aire decepcionado a su camarote, donde se le podía ver a través del ojo de buey, sentado en una postura muy rara, con la espalda apoyada en la litera y la cabeza, los brazos y las piernas colgando, sumido en una profunda meditación, con el dedo índice junto a la nariz. Nunca lo vimos leyendo, ni jugando a las cartas, no fumaba, no bebía vino, no conversaba con nadie y nunca se quedó a tomar el postre a la hora de la cena.

Parecía un auténtico microcosmos, un mundo minúsculo que no necesitase extraer ninguna conclusión del universo circundante. Se hacían toda suerte de conjeturas sobre quién era y a qué se dedicaba. Los marineros, que siempre tienen curiosidad por esos asuntos y critican a los pasajeros de los camarotes más de lo que ellos imaginan, se dedicaron a hacer suposiciones de lo más peregrinas.

Uno de la tripulación dijo que era el misterioso portador de despachos secretos para la corte inglesa; otros opinaban que era un médico y cirujano, aunque nunca llegaron a explicar qué les hacía pensar tal cosa; y otros declaraban que debía de tratarse de un bígamo sin escrúpulos que huía de su última mujer y varios hijos pequeños; o un granuja y falsificador; o un ladrón de bancos; o un simple ladrón que volvía a su amada patria con el botín. Un marinero muy observador era de la opinión de que era un asesino inglés, abrumado por indecibles remordimientos, que volvía a casa para confesarlo todo y morir en la horca.

Lo más curioso es que, entre todas sus sabias y a veces decididas opiniones, no hubiese ninguna que fuese compasiva; ¡no!, todas iban en perjuicio de su moral y religiosidad. Pero el mundo es así. ¡Pobre hombre! Si

hubiera sospechado siquiera lo que pensaban de él, no sé qué es lo que habría hecho.

No obstante, desconocedor de todas aquellas sospechas y conjeturas, el misterioso pasajero de camarote iba a lo suyo, frío, tranquilo y reservado, sin meterse nunca con nadie y sin que nadie se metiera con él. A veces, las noches de luna, paseaba por la cubierta como el fantasma de un enfermero yendo de mástil a mástil, rondando el ojo de buey o pululando alrededor de la bitácora. Blunt, el marinero del libro de los sueños, juraba que era un mago, y se tomaba una dosis extra de sales como precaución contra sus conjuros.

Cuando faltaban pocos días para llegar a puerto, le ocurrió una cómica aventura a aquel hombre. Entre algunos marinos mercantes todavía está en boga la vieja costumbre de atar firmemente al aparejo a cualquier pasajero al que sorprendan trepando a la jarcia, por muy poco que haya subido. A eso lo llaman «el vuelo del águila» y no lo sueltan hasta que promete que, antes de llegar a puerto, donará a la tripulación dinero suficiente para pagarles a todos una ronda.

Es uno de los privilegios de los marineros, y siempre están atentos a la oportunidad para recaudar una propina de algún incauto, aunque nunca lo intentan en presencia del capitán; en cuanto a los oficiales, hacen la vista gorda y, cuando sospechan que está ocurriendo algo semejante, fingen ocuparse en otra cosa. Pero con sólo un pasajero de camarote a bordo del Highlander, y tratándose de un hombre tan tranquilo, discreto y poco aventurero, no parecía que fuesen a tener muchas ocasiones de recaudar nada.

Una mañana especialmente agradable, no obstante, hete aquí que a mitad del aparejo de mesana vimos la figura de nuestro pasajero de camarote, que se sujetaba con todas sus fuerzas con brazos y piernas y contemplaba temeroso el horizonte con la cabeza ladeada. Era como si hubiese tenido una pesadilla y un arrebató de locura lo hubiese empujado hasta aquella peligrosa situación.

—¡Dios mío! —dijo el oficial, que era un poco chistoso—. ¡Se va a caer usted, señor! Despensero, extiende un colchón en cubierta debajo del caballero.

Pero, en cuanto nuestro marinero groenlandés reparó en él, cogió un cabo, corrió detrás del pasajero y, sin decir una palabra, empezó a atarlo de pies y manos. El desconocido se quedó más mudo que nunca por la sorpresa y por fin se quejó con violencia, aunque en vano, pues el miedo a caer le hacía aferrarse con fuerza a las cuerdas y no podía resistirse, así que no tardó en tener las alas convenientemente desplegadas para gran satisfacción de la tripulación.

Entonces descubrimos que aquel pasajero tan singular tartajeaba y tartamudeaba mucho, lo que quizá fuese la causa de su reserva.

—¿Po-po-po-por qué ha-ha-ha-hace e-e-eso?

—El vuelo del águila, señor —dijo el groenlandés, convencido de que con eso bastaría para aclarar las cosas.

—¿Qué qui-qui-qui-quiere de-de-decir?

—Tendrá que pagar una ronda, señor —dijo el groenlandés, sorprendido de la ignorancia de aquel hombre que, no obstante, nunca había oído hablar de aquello.

Por fin, tras aceptar a regañadientes la petición del marinero, el desdichado pasajero le entregó dos monedas de media corona y pudo bajar a cubierta.

La última vez que lo vi estaba subiendo a un cabriolé en el muelle del Príncipe en Liverpool y se disponía a partir solo a algún lugar desconocido. No llevaba consigo más que una maleta pequeña y un paraguas, aunque sus bolsillos parecían repletos, tal vez los empleara como alforjas.

Ahora debo dar noticia de otro pasajero de camarote —aún más misterioso, aunque también muy diferente—, al que ya aludí antes de pasada. ¿Qué tal una joven encantadora, una chica capaz de cantar El apuesto sargento blanco, una chica de aspecto marcial, cuyo padre bien podría haber sido un general? Tenía el cabello castaño rojizo, los ojos azules, las mejillas blancas y sonrosadas, y al capitán Riga a su servicio.

A las curiosas preguntas de los marineros que querían saber quién era, el dispensero respondía que era la hija de un capitán de muelle de Liverpool, que, en pro de su salud y a fin de enriquecer su espíritu, la había enviado a América en el Highlander, bajo la tutela de nuestro capitán, que era un viejo amigo suyo, y que ahora la joven volvía a casa después de su viaje.

Y, ciertamente, el capitán se portaba con ella como un padre solícito y a menudo paseaban los dos del brazo y pasaban junto al triste portador de despachos secretos, que despertaba de sus ensoñaciones y les miraba de reojo asombrado, como si pensase que el capitán era un descarado.

A mí me parecía que el capitán se comportaba de forma, como mínimo, muy poco galante con su pupila, al disfrutar de su encantadora compañía llevando su ropa vieja, pues a ningún caballero se le ocurriría guardar su mejor traje habiendo una dama de por medio; de hecho, lo normal es que desee ensuciarlo convirtiéndolo en puente sobre un charco, como hizo sir Walter Raleigh, para que las damas no se ensucien las suelas de sus delicadas zapatillas. Pero, tal como he dicho antes, aquel capitán Riga no era ningún Raleigh y apenas se le podía considerar un verdadero caballero. Sin embargo, puede que llevase ropa tan vieja con el propósito de demostrar con aquel aspecto descuidado que no era más que el tutor de la joven, pues a muchos

tutores se les da una higa su aspecto.

Sin embargo, sus paseos eran como un largo, triste y paternal flirteo entre aquella ninfa viril y aquel capitán tan mal vestido. Y estoy seguro de que, si su madre, en caso de que siguiera con vida, la hubiera visto, le habría dado una interminable charla sobre su conducta y un ejemplar de Las hijas de la señora Ellis para que se lo leyera y estudiara a fondo.

No diré nada más de esta ninfa anónima, sólo que, cuando llegamos a Liverpool, salió de su camarote con un vestido de seda bordado, un sombrero con lazo, un velo y una especie de paraguas chino o parasol que uno de los marineros calificó de «escandaloso»; el capitán la acompañaba vestido con su mejor traje, un sombrero de copa y un bastón con empuñadura de oro. Ambos partieron en un carruaje y no volví a verla nunca; espero que sea feliz y le vaya bien en la vida, aunque tengo mis dudas.

Todavía me falta hablar de los pasajeros de la antecámara. No eran más que veinte o treinta, mecánicos la mayor parte, que volvían a casa con su familia tras una provechosa estancia en América. Eran los únicos pasajeros de la antecámara de los que tuve noticia hasta que, una mañana, al despuntar el alba, cuando pasábamos junto al cabo Clear, la punta sur de Irlanda, salió por la escotilla de proa un irlandés alto, con una camisa raída de tela de saco, se apoyó en la borda y se quedó mirando a tierra con una expresión fija y melancólica mientras se rascaba la espalda con ambas manos. A todos nos sorprendió mucho, pues nadie lo había visto antes, aunque cuando pensamos que debía de haberse pasado toda la travesía en su litera, comprendimos enseguida por qué se frotaba de ese modo la espalda.

Casi olvidaba a otro pasajero, un niño inglés de menos de metro y medio de estatura, que a las cuarenta y ocho horas de nuestra partida de Nueva York apareció de pronto en cubierta y nos pidió algo de comer.

Al parecer, era hijo de un carpintero viudo que, seis meses antes, se lo había llevado con él a América en el Highlander, allí se había dado a la bebida y había muerto poco después dejando al muchacho huérfano en un país extranjero.

El chico se pasó varias semanas rondando por los muelles, y había sobrevivido de forma precaria sorbiendo la melaza que se derramaba de los barriles que descargaban de los barcos de las Indias Occidentales y agasajándose de vez en cuando con naranjas y limones que encontraba flotando en el agua. Unas veces pasaba las noches en un puesto del mercado, otras en una cochiquera vacía en los muelles, o en un portal, y una vez en el faro, de donde, según me contó, escapó a la mañana siguiente echando a correr por entre las piernas del vigilante cuando estaba reprendiendo a otro vagabundo por vivir de la caridad pública.

Por fin, mientras paseaba por los muelles, vio casualmente la silueta del Highlander y enseguida reparó en que era el mismo barco que los había llevado a su padre y a él desde Inglaterra. De inmediato decidió volver en él; así que fue a ver al capitán, le explicó su caso y le rogó que le concediera un pasaje. El capitán se negó, pero aun así el heroico muchacho no se desalentó y resolvió subir a bordo a escondidas antes de que partiera el barco; cosa que hizo ocultándose en el entrepuente detrás de dos grandes barriles de agua, donde, según nos contó, podía sacar la cabeza de vez en cuando para respirar. Una vez un pasajero de la antecámara se levantó en plena noche y estuvo hurgando allí con un bastón, pensando que se trataba de una rata muy grande que trataba de cruzar el Atlántico sin pasaje, pues nunca faltan pasajeros de esa clase que van y vienen entre Liverpool y Nueva York.

Nada más descubrirse su presencia a bordo, y él tuvo mucho cuidado de no dejarse ver hasta que el barco estuvo lejos de tierra, el capitán lo mandó llevar a popa y, después de zarandearlo un poco y de amenazar con arrojarlo por la borda como cebo de tiburones, le dijo al oficial que lo enviara a vivir a proa con los marineros. Éstos lo recibieron con los brazos abiertos, aunque, antes de abrazarlo, lo lavaron de pies a cabeza en los imbornales de sotavento, y resultó ser un muchacho muy apuesto, aunque estaba pálido y delgado por las penalidades que había sufrido. No obstante, con buenos cuidados y buena comida, pronto mejoró y engordó, y a los pocos días era un chico tan guapo y saludable como los que pueda haber en el jardín de infancia de la reina Victoria. Los marineros lo cuidaron mucho. Uno le hizo un sombrero con una cinta; otro una chaquetilla y un tercero unos cómicos pantalones de la marina de guerra, de modo que, al final, parecía un joven contramaestre. Luego, el cocinero le dio un pote de hojalata y un plato, el despensero le regaló una cucharita de peltre, y un pasajero de la antecámara, una navaja. Equipado así, se sentaba a las horas de las comidas en la escalerilla del castillo de proa, con su pote y su plato, más feliz que una perdiz. Era un crío muy guapo, alegre y travieso de sólo seis años de edad, y era una verdadera lástima que estuviese tan desamparado. ¿Quién sabe si su destino será ser un convicto en Nueva Gales del Sur o un miembro del Parlamento por Liverpool? Por cierto que, cuando llegamos a puerto, hicimos una colecta: el capitán, los oficiales y el misterioso pasajero de camarote contribuyeron con sus mejores deseos, y los marineros y los pasajeros de la antecámara con tabaco y unos quince dólares en metálico. Aunque casi olvido decir que la hija del capitán de muelle le regaló un precioso pañuelito de encaje y una cajita para que se acordara de ella: unos regalos muy valiosos, pero un tanto inapropiados. Con ese equipaje, el pequeño héroe desembarcó y se perdió entre la multitud que abarrota los muelles de Liverpool.

Tengo que decir aquí, para suavizar la impresión que el lector pueda haberse formado de Jackson, que, al principio, se mostró amistoso con el

chico, pero al crío le daba miedo y se apartaba de él, hasta que, por fin, aquél dejó de hablarle y, pese a ser tan inofensivo, pareció odiarlo tanto como al resto del mundo.

En cuando al chico de Lancashire, ya dije antes que era medio idiota. Así que no le prestaban mucha intención y por fin desembarcó sin que nadie, salvo una persona, se despidiera de él.

XXIV

APRENDE A TREPAN POR EL APAREJO COMO UN MONO DE FERIA

El caso es que aún no hemos llegado a Liverpool, y, como ya no me queda mucho que contar del viaje de ida, más vale que el Highlander despliegue velas y llegue allí lo antes posible. Aunque tal vez valga la pena aprovechar ese breve intervalo para relatar mis progresos como marinero.

Después de mi heroica hazaña al largar el sosobre mayor, el oficial empezó a abrigar esperanzas de que algún día pudiera llegar a ser un buen marino. De todo corazón, me ordenó delegar la supervisión del gallinero en el chico de Lancashire, cosa que hice de muy buen grado. Después de lo cual me esforcé por demostrar siempre la mayor diligencia a la hora de trepar a la jarcia, cosa que para mí se había convertido en un juego de niños, y nada me gustaba más que sentarme durante horas en una de las vergas altas y ayudar a Max o al groenlandés a trabajar con el aparejo.

En alta mar, los marineros se pasan el tiempo ocupados en «precintar», «aforrar» y en adornar y reparar de mil maneras los innumerables obenques y estays; en remendar las velas o en convertir parte de la cubierta en una cordelería, para fabricar un tosco hilo de bramante llamado «meollar». Se hila con torno, y el chico de Lancashire tuvo que pasarse muchas horas haciendo las veces de máquina y proporcionando la fuerza motriz. Como materia prima, utilizan trozos sobrantes de aparejo que llaman «jarcia gastada» a la que le sacan los hilos que luego se retuercen en nuevas combinaciones, de un modo parecido a como se hacen los libros.

La «jarcia gastada» se compra en las tiendas de deshecho que hay en todos los muelles, extrañas covachas, por lo general subterráneas, repletas de trozos de hierro, obenques y vergas viejas, poleas oxidadas y añeja cabuyería, regentadas por viejos de aspecto malvado que visten pantalones manchados de alquitrán y lucen barbas amarillentas como de estopa. Parecen saqueadores de barcos, y la mercancía que exponen a la venta, desperdigada por el suelo,

recuerda involuntariamente a una playa cubierta de trozos de quilla y cordaje que la tormenta hubiera arrastrado hasta la orilla.

Sí, ahora era tan ágil como un mono en el aparejo, y al oírse el grito de «Trepad ahí arriba, muchachos y recoged velas», yo era de los primeros acróbatas en subir a la jarcia.

No obstante, la primera vez que tuvimos que tomar rizos a las gavia en plena noche y me vi colgado de la verga con otros once marineros mientras el barco cabeceaba y se encabritaba como un caballo desbocado, por lo que estuve a punto de salir despedido varias veces, pensé en un colchón de plumas en casa mientras me agarraba con uñas y dientes sin tiempo para roncar. No obstante, tras unas cuantas repeticiones, no tardé en acostumbrarme y pronto aprendí a tomar rizos con tanta rapidez y habilidad como el mejor, sin hacer lo que ellos llaman un «nudo de la abuela» y bajaba a cubierta deslizándome por los estays y no por los obenques. Es sorprendente lo pronto que un grumete supera el miedo a subir a la jarcia. En mi caso, mis nervios se volvieron tan firmes como el diámetro de la tierra, y era tan intrépido en la verga del sobrejuanete mayor como Sam Patch en los acantilados del Niágara. Para mi sorpresa, también descubrí que trepar por el aparejo en alta mar, sobre todo durante un chubasco, era mucho más fácil que estando atracados en el puerto, pues, como siempre se sube del lado de barlovento, el barco está escorado y la jarcia parece una escalera, mientras que en el puerto está casi vertical.

Además, los cabeceos y balanceos le imprimen al barco una especie de agradable vitalidad, por lo que la diferencia de subir a la jarcia en alta mar y hacerlo en puerto es casi la misma que hay entre cabalgar un caballo de verdad y uno de madera. E incluso si el verdadero corcel te lanza sobre su cabeza, resulta mucho mejor que una vergonzosa caída del otro.

Me encantaba aferrar los juanetes y los sobrejuanetes cuando soplaba mucho viento y hacían falta dos hombres en las vergas.

Era una especie de delirio desenfrenado: al verme lanzado con cada cabeceo hacia las nubes del cielo tormentoso y planear como un ángel vengador entre el cielo y la tierra con ambas manos libres, un pie en el aparejo y el otro extendido en el aire, la sangre corría por mis venas y me embargaban una excitación y una palpitación que recorrían todo mi cuerpo. La vela se llenaba como un globo, con un ruido como el de un cañón pequeño y luego se desmoronaba y casi cabía en un puño. Y la sensación de dominar a aquella lona rebelde y de atarla a la verga como un esclavo y de asegurarla, una y otra vez, con el «tomador» tenía un toque de orgullo y poder, como el que debió de sentir el joven rey Ricardo cuando aplastó a los insurgentes de Wat Tyler.

En cuanto a gobernar la nave, sólo me dejaban ponerme al timón durante las encalmadas, cuando mi labor era tan importante como la del mascarón de

proa, un pasajero, por cierto, del que había olvidado hablar.

Era un robusto y valiente escocés de las tierras altas, vestido de punta en blanco con un vistoso tartán, las rodillas desnudas, calcetines a rayas, una gorra azul y las mejillas coloradas. Era valiente hasta la médula de madera y resistía contra viento y marea, con un pie ligeramente adelantado, el brazo derecho extendido hacia delante y desafiando a las olas. Daba gusto verlo en una tormenta, tan firme en su puesto como un héroe, hundiéndose y resurgiendo de las acuosas tierras altas y bajas, a medida que el barco navegaba entre rociones de espuma. Era un veterano cubierto de heridas de muchas batallas marinas, y, cuando llegamos a Liverpool, un escultor de mascarones de proa le amputó la pierna izquierda y le puso otra de madera, que, siento decirlo, no le encajaba muy bien, pues desde entonces dio la impresión de cojear. Luego, aquel cirujano de mascarones le implantó otra nariz, le arregló un ojo y reparó un desgarrón en su tartán. Después, vino un pintor a asearlo y le proporcionó un nuevo atuendo con una hermosa tela de cuadros.

No sé qué habrá sido de Donald, aunque espero que esté sano y confortable disfrutando de una buena pensión en el asilo de marinos retirados de Staten Island.

La razón por la que apenas me dieron ocasión para aprender a gobernar el barco es que era demasiado joven e inexperto, y gobernar un barco es todo un arte del que dependen demasiadas cosas, sobre todo que la travesía sea corta, pues, si el timonel es torpe y descuidado o no conoce su trabajo, lleva el barco en un melancólico estado de indecisión y puede que un rato se dirija hacia Gibraltar, luego hacia Rotterdam y por fin a John O'Groat's, lo que supone una gran pérdida de tiempo. Mientras que un verdadero timonel va directo a su destino día y noche y se esfuerza por ir de puerto a puerto en línea recta.

Además, en caso de tormenta, el descuido o la falta de rapidez al timón pueden hacer que el barco dé una «guiñada» o «tome por la lúa». Y los pasajeros de camarote se preguntarán qué es lo que eso significa cuando estén hundiéndose y hundiéndose y tengan que despedirse para siempre de la luna y las estrellas.

Y muchos de ellos, señoras elegantes y atildados caballeros, no sospechan lo importante y digno de reverencia que es ese tipo tosco del chaquetón azul marino a quien ven de pie junto a la rueda del timón, comprobando de vez en cuando las velas, mirando el compás o echando un vistazo a barlovento.

Y es que ese tipo tiene vuestras vida y eternidad en sus manos; y con un leve y casi imperceptible movimiento de una cabilla, en una galerna o temporal, podría dar mucho trabajo a jueces y abogados que tendrían que leer vuestros testamentos.

Sí, podéis mirarlo ahora. No parece alguien que pudiera favorecer a vuestros legítimos herederos, ¿verdad? Pues así es. Así que vigíladlo de cerca, invitadlo de vez en cuando a vuestro camarote después de una guardia en una noche de tormenta y haceos amigo suyo. Bastará con ofrecerle un vaso de licor.

Y, si vosotros o vuestros herederos tenéis intereses en la casa aseguradora, no le quitéis el ojo de encima. Y, si observáis que los miembros de la tripulación que se ponen al timón son descuidados o ineficaces, o notáis que el capitán tiene que reprenderles con frecuencia y les grita: «¡Orza, tunante, estamos cayendo!», o: «¡Mantén el rumbo, sabandija, parece que sigas todos los puntos cardinales!», corred a vuestro camarote y, si todavía no habéis hecho testamento, sacad papel y lápiz y poneros a redactarlo, y, cuando lo hayáis terminado, metedlo en una botella sellada, como el diario de Colón, y con suerte llegará a la orilla cuando os ahoguéis en la próxima tormenta o temporal.

XXV

LOS ENSERES DEL ALCÁZAR

Como, por los motivos ya señalados, no me permitían ponerme al timón, tuve que contentarme con aprenderme el compás, que había copiado en una hoja en blanco de La riqueza de las naciones y estudiaba cada mañana como si fuese la tabla de multiplicar.

Me gustaba mirar la bitácora y observar la aguja, y me preguntaba por qué apuntaba siempre al norte y no al sur o al oeste, pues no comprendo el motivo de que señalara precisamente en la dirección en la que lo hace. Además, lo lógico sería que, puesto que desde el principio del mundo la marea de la emigración se ha dirigido siempre hacia el oeste, la aguja señalara hacia allí; sin embargo, señala siempre hacia el polo, donde hay pocas cosas capaces de atraer a un marinero, a no ser el hielo para preparar julepes de menta.

Dicho sea de paso, nuestra bitácora, el armario que contenía el compás del barco, merece que le dedique unas palabras. Era una especie de casita del tamaño de una jaula de pájaro con puertas correderas y dos cajones en el interior, que estaba siempre colgada de un soporte, justo enfrente de la rueda del timón. Tenía dos chimeneas para que saliera el humo de la lámpara que ardía dentro por la noche. Estaba pintada de verde, tenía persianas venecianas en dos lados y por el otro una ventana de guillotina, de modo que parecía una agradable residencia de verano en una fresca arboleda al final de un umbroso

camino de jardín. De haber estado en el lugar del capitán, habría plantado unas parras en macetas para que trepasen sobre la bitácora, o habría metido unos canarios y la habría convertido en un aviario. Es sorprendente el aspecto tan distinto que pueden tener hasta las cosas más insignificantes si se tiene un poco de gusto y delicadeza.

Tampoco quiero pasar por alto el timón, que era de construcción moderna y el ojito derecho del capitán. Constaba de un complejo sistema de engranajes, ruedas dentadas y ejes de latón bruñido, que recordaba un poco una prensa de periódico o un telar mecánico. A los marineros, en cambio, no les gustaba demasiado, por culpa de los accidentes que sufrían sus dedos imprudentes, que se enganchaban entre los engranajes y otros intrincados mecanismos. Además, cuando el oleaje levantaba de pronto el barco, en mitad de una calma, el timón daba a veces una guiñada y echaba por los aires al timonel dando vueltas como Ixion, y a menudo lo hería y quebrantaba como si del suplicio de la rueda se tratara.

La «caja de la carne», otra especie de armario, o más bien de fresquera, donde se guardaba la provisión semanal de cerdo y ternera salada, también formaba parte de los enseres del alcázar y merece una descripción. Tenía forma ovalada y estaba rodeada de aros plateados asegurados con tornillos y un cerrojo dorado muy ornamentado. Era el asiento donde el capitán se sentaba a fumar todas las tardes, con un gorro chino con una borla en la cabeza y un fragante habano entre los blancos y afilados dientes. El capitán Riga era muy comodón.

¡Y luego estaba el magnífico cabestrante! El orgullo y la gloria de la tripulación, y era objeto de los constantes mimos y cuidados del cocinero, cuya obligación era tenerlo tan bruñido como una tetera, y que también los pasajeros de la antecámara admiraban a distancia. Como la mesa de un salón, estaba justo en medio del alcázar, con sus radios de latón resplandecientes y jaspeados por venas adamantinas de caoba y saúco. Era el cuarto de estar del capitán y la oficina del primer oficial, que guardaba entre las barras lápiz y papel para redactar sus informes.

Podría seguir y hablar del tambucho, que los oficiales empleaban como lugar de reunión, y de la sobre regala del palo mayor, que rodeaba un pequeño parque de lona pintada de verde donde un perrillo blanco con una cinta azul alrededor del cuello, propiedad de la hija del capitán de muelle, daba sus paseos matutinos y tomaba el aire como si fuese una versión reducida del campo de bolos de Nueva York.

UN MARINERO DEBE SABER DE TODO

En cuanto empecé a aprender mis obligaciones a bordo y a demostrar diligencia en trepar al aparejo, noté que los hombres me trataban con más consideración, aunque sin dejar de afectar cierto aire de superioridad profesional. Pues el mero hecho de conocer el nombre de los cabos y saber dónde se encuentran, a fin de que pueda uno encontrarlos a oscuras y largar y aferrar las velas, y tomar rizos en los sobrejuanetes y halar las brazas de las vergas, aunque, por supuesto, forme parte indispensable de la vocación de marinero, y sea también lo que más tiempo le ocupa, no deja de ser algo que un principiante de inteligencia normal termina dominando pronto y que está muy por debajo de muchas otras cosas con las que están familiarizados los «marineros de primera».

¿Qué sabía yo, por ejemplo, de arriar un mastelero de juanete y bajarlo a cubierta en pleno temporal? ¿Podría haber engazado una vigota, o, dicho al estilo marinero, haber pasado una boza para envigotar un estay? ¿Qué sabía yo de pasar las trincas del bauprés, de hacer palanquín, de engazar una pasteca, o de zafar unos cables con vuelta?

El trabajo de marinero requiere una vocación tan particular como el oficio de carpintero o herrero. De hecho, requiere bastante más destreza y un talento mucho más versátil.

En la marina mercante inglesa, los grumetes hacen un largo aprendizaje de siete años a bordo. La mayoría se enrolan en los barcos de carbón de Newcastle, donde se dedican al servicio costero. En un viejo ejemplar de las Cartas de Junius, propiedad de mi padre, recuerdo haber leído que el carbón con el que se abastecía la ciudad de Londres podía extraerse en Blackheath y venderse a la mitad de precio del que pagaba la población londinense, pero el gobierno no quería abrir esas minas, pues eso destruiría la gran cantera de marinos británicos.

Para ser un marino completo hay que tener otras muchas aptitudes: hay que ser bordador, para adornar los obenques con preciosos collares de cordón de cáñamo; hay que ser tejedor, para tejer las amarras de los botes; hay que tener algo de sombrerero, para hacer graciosos nudos, como la «piña de acollador» y el «barrilete de guardamancebo»; hay que ser un poco músico para cantar al tirar de las drizas; hay que ser una especie de joyero para engazar vigotas en la jarcia muerta; hay que ser carpintero, para saber cómo hacer una bandola a partir de una verga en caso de emergencia; hay que ser costurera para coser y remendar las velas; cordelero para trenzar rebenques y piolas de dos cordones; herrero para hacer garfios y guardacabos para las poleas; en suma, tiene que saber un poco de todo para dominar su propio oficio. Aunque tal vez

ocurra lo mismo, en mayor o menor grado, con todos los trabajos, pues hasta que no se sabe todo no se sabe nada, razón por la cual nunca llegamos a saber nada.

Además, los marineros utilizan herramientas especiales para trabajar en el aparejo: cuñas de mastelero, macetas de aferrar, cazonetes, punzones, pasadores de cabo, rempujos, espeques de atortorar y demás. Las más pequeñas suelen llevárselas consigo de un barco a otro en una especie de bolsa de lona.

La tripulación emplea una frase para indicar lo mucho que aprecian a quien domina todas estas artes y distinguirlo de quienes tan sólo «aferran, arrizan y gobiernan», es decir, trepan a la jarcia, aferran las velas, halan los cabos y se ponen al timón, y dicen de él que es «un lobo de mar», lo que significa que no sólo sabe tomar rizos en el sobrejuanete, sino que es un artista en el aparejo.

Pero, ¡ay!, yo no tuve más oportunidad de iniciarme en aquel arte y misterio que observar y fijarme en cómo se hacían ésas y otras muchas cosas. La razón era que sólo me había embarcado para una travesía muy corta en el Highlander y no valía la pena enseñarme nada, puesto que quien recogería los frutos de mi instrucción sería el siguiente barco en el que me enrolara. Lo único que querían era la fuerza de mis músculos y la resistencia de mi espina dorsal, por muy escasas que fueran ambas en aquel tiempo, para que los artistas antes citados las utilizaran a modo de palanca cuando les hiciese falta. Por tanto, cuando tenían que hacer algún remiendo en el aparejo, me asignaban las tareas más vergonzosas, pues en la marina mercante se cumple religiosamente la máxima de tener siempre las manos ocupadas mientras se está de guardia en cubierta.

A menudo me columpiaban por encima de la borda colgado de una bolina y provisto de una maza para que arrancase a martillazos el óxido del ancla, una tarea monótona, muy desagradable e incómoda. A todos los martillos que utilicé les aguardaba el mismo destino: por alguna u otra razón siempre acababan cayéndose al mar, pero las reservas de martillos parecían tan inagotables como los piropos y bendiciones que me dedicaba el primer oficial por mi torpeza.

En otras ocasiones me ponían a recoger estopa como un convicto, lo que siempre me traía a la memoria desagradables imágenes de sogas y patíbulos; o a tallar cabillas de maniobra como si fuese un habitante de Nueva Inglaterra.

Sin embargo, me las arreglé para soportarlo todo como un joven filósofo y me pasaba las tediosas horas mirando por un ojo de buey, mientras mis manos trabajaban, y repitiendo la alocución al océano de lord Byron que tantas veces había tenido que recitar en el escenario de la escuela.

Sí, me acostumbré a todas aquellas cosas y me lo tomaba casi todo con calma, al estilo de Séneca y los estoicos.

A todo, excepto a tener que arrancarme de la litera cuando nos llamaban de guardia a cubierta por la noche, cosa que jamás me gustó y que cuanto más practicaba más me desagradaba: un deber ciertamente ingrato y triste.

Imaginad que, después de pasar cuatro horas en cubierta, bajaseis a dormir y que, cuando estuviésetis inocentemente dedicados a descansar vuestros fatigados miembros, os sobresaltaran —en apariencia, justo después de cerrar los párpados— y os apremiaran a subir otra vez a la misma noche oscura, desagradable y tormentosa que cuando bajasteis al castillo de proa.

El previo intervalo de sueño se me hacía casi inapreciable, o al menos era incapaz de apreciar aquella ocasión de oro, pues aunque el dormir suele tenerse por algo agradable, en ese momento nadie es consciente de estar disfrutando tanto. Así que llegué a un pequeño acuerdo con el chico de Lancashire, que estaba en el otro turno de guardia, para que bajase de vez en cuando, me sacudiera un poco y me susurrase al oído: «No estás de guardia, Buttons, no estás de guardia», para recordarme aquel hecho delicioso. Luego me daba la vuelta y echaba otra cabezadita, y de ese modo disfrutaba de varios turnos de guardia completos en mi litera y no de uno solo como los demás marineros. Recomiendo la idea a todos los marineros de agua dulce que estén pensando en embarcarse.

Sin embargo, a pesar de aquellas artimañas, el terrible resultado final no podía evitarse: tarde o temprano daban las ocho campanadas y los de cubierta, eufóricos por la perspectiva de cambiarnos el sitio, llamaban a la guardia con una gracia y alegría de lo más irritantes.

Más o menos así:

—¡En pie la guardia de estribor! ¡Ya han dado las ocho! Arriba, amigos, el vapor ha llegado y espera vuestros baúles, ¡ataos los machos, amigos! Os espera una agradable ducha en cubierta. ¡Vamos, vamos, que se os enfría el helado!

A lo que algunos de los viejos cascarrabias que estaban poniéndose los pantalones respondían:

—Callaos de una vez y no tengáis tanta prisa. Os creéis muy graciosos, ¿no? —y otras exclamaciones llenas de furia.

Y lo más curioso era que, al concluir el turno de guardia, cambiaban las tornas y los de cubierta nos convertíamos en los graciosos y los chistosos y los de abajo en los gruñones y los refunfuñones.

XXVII

VISLUMBRA IRLANDA Y LLEGA POR FIN A LIVERPOOL

El Highlander no era ningún galgo, ni tampoco un barco muy rápido, así que la travesía, que algunos paquebotes cubren en quince o dieciséis días, a nosotros nos costó casi treinta.

Por fin, una mañana subí a cubierta y me dijeron que acababan de divisar Irlanda.

¡Irlanda estaba a la vista! ¡Un país extranjero a la vista! Miré con atención, pero sólo distinguí un punto azulado y nebuloso al noreste. ¿Eso era Irlanda? Pues no era para tanto, no es que llamase mucho la atención. Si así era un país extranjero, más me valdría haberme quedado en casa.

No sabría decir cómo había imaginado la costa exactamente, pero tenía la vaga idea de que sería algo exótico y maravilloso. En cualquier caso, ahí estaba, y a medida que fue amaneciendo y el barco se fue acercando, la tierra empezó a verse mejor y yo observé con mayor interés.

¡Irlanda! Enseguida me vinieron a la memoria Robert Emmet y su último discurso ante lord Norbury; Tommy Moore y sus versos amorosos; Curran, Grattan, Plunket y O'Connell; Patrick Flinnigan, el mozo de cuadra de mi tío, y el naufragio del valeroso Albion, que se hizo pedazos en esa misma costa que ahora veíamos, y pensé que me gustaría mucho desembarcar y visitar Dublín y la Calzada del Gigante.

Poco después se nos acercó un bote de pesca y corrí a echarle un vistazo, pero era un bote de aspecto muy común, que cabeceaba en el agua como cualquier otro barco; aun así cuando pensé que el hombre solitario que llevaba a bordo era verdaderamente originario de la tierra que teníamos a la vista, que, con toda probabilidad, nunca habría estado en América ni sabría nada de mis amigos en casa, empecé a pensar que tenía una pinta un poco exótica.

Era un tipo muy locuaz, y en cuanto estuvimos a distancia de oírnos gritó:

«Ah, excelentes marineros de América, ¿no es así, amigos?» —Y luego nos pidió que nos detuviéramos y le largáramos un cabo.

Pensando que tendría algo importante que comunicarnos, el oficial puso la mayor en facha y mandó largar un cabo; el extranjero empezó a halarlo y a alojarlo en su barco gritando: «¡Largad, largad, amigos, sois unos tipos magníficos!». Hasta que, por fin, el oficial le preguntó por qué no se abarloaba con nosotros y añadió:

—¿Es que no te basta con ese cabo?

—¡Desde luego que sí —respondió el pescador—, y ya va siendo hora de cortarlo y partir! —Y con esas palabras cortó el cabo con un cuchillo y con una típica sonrisa de Kilkenny, saltó a la caña del timón, puso el bote a favor del viento y se alejó de nosotros con unas quince brazas de nuestro cabo de remolque.

—¡El diablo te lleve y te ahorque con tu propia soga de cáñamo robada, maldito canalla irlandés! —gritó el oficial, sacudiendo el puño en dirección al bote que se alejaba en la distancia, tras recuperarse de su sorpresa inicial.

Bonita introducción al hemisferio oriental: robados incluso antes de echar la sonda. Engañar de aquel modo a viajeros experimentados superaba todo lo que había oído contar de la nuez moscada de madera y las semillas de calabaza de tilo que venden los vendedores ambulantes en Connecticut. Y pensé que, si había más irlandeses como el amigo Pat, los buhoneros yanquis podían ir pensando en retirarse.

La siguiente tierra que divisamos fue Gales. Era mediodía y una larga línea de montañas purpúreas se extendía como bancos de nubes hacia el este.

¿De verdad sería aquello Gales...? ¿Gales? Y pensé en el príncipe de Gales.

¿Reinaría una reina auténtica con corona en ese país que contemplaba ahora con mis propios ojos? Y luego pensé en un abuelo mío que había combatido contra un antepasado de aquella reina en Bunker's Hill.

Aunque, después de todo, la impresión general que producían aquellas montañas era humillantemente parecida a la de las montañas Caatskill recortadas contra el río Hudson.

Navegamos con una brisa ligera hasta el día siguiente, cuando llegamos a Holyhead y Anglesea. Luego cesó casi del todo y el escaso viento empezó a soplar de proa, así que nos dedicamos a barloventear surcando el agua sin perder de vista una torre blanca como la nieve que se veía a lo lejos y que tanto podría haber sido un fortín como un faro. Me perdí en conjeturas acerca de la clase de personas que podría regentar aquel solitario edificio y de si sabrían algo de nosotros.

Al tercer día, con un buen viento en el coronamiento, llegamos tan cerca de nuestro destino que al atardecer embarcamos un práctico.

Me pareció muy diferente de nuestro práctico neoyorquino. En primer lugar, el barco que lo llevó a bordo era un pletórico bote aparejado como un balandro de bordas bajas, que se deslizaba silbando por el agua en contraste con la pequeña goleta, parecida a una gaviota, que se despidió de nosotros en

Sandy Hook.

A bordo viajaban diez o doce prácticos más, tipos de aspecto desgreado, que iban sentados en cubierta como una tertulia de osos hibernando en Aroostook y se arrebujaban en sus raídos chaquetones. No obstante, debían pasar muy buenos ratos juntos, mientras navegaban por el mar de Irlanda en busca de barcos con destino a Liverpool, fumando cigarros, bebiendo brandy con agua y contando historias, hasta que por fin, uno por uno, se iban repartiendo a bordo de los distintos barcos y volvían a encontrarse junto a un cálido fuego de carbón en una taberna de Liverpool y preparaban otra expedición.

Pues bien, cuando aquel práctico inglés subió a bordo, yo lo miré como si fuese un animal salvaje recién escapado del jardín zoológico: ahí tenía a un inglés de carne y hueso recién llegado de Inglaterra. No obstante, en cuanto se puso a dar órdenes y a blasfemar en un idioma que me resultaba muy familiar, empecé a considerarlo muy vulgar y bastante aburrido después de todo.

Tras navegar así hasta medianoche, viramos poco a poco junto a la desembocadura del Mersey, y a la mañana siguiente, antes del alba, aprovechamos la subida de la marea para adentrarnos en el río que, en la desembocadura, parece un brazo de mar. Pronto, en el neblinoso crepúsculo, pasamos junto a unas boyas inmensas y columbramos en la orilla varios objetos distantes de sombras vagas e imprecisas como los fantasmas de Ossian.

Cuando me asomé por la borda para tratar de formarme una imagen de Liverpool, y ver cómo respondería la realidad a la idea que me había hecho de la ciudad, la niebla, la bruma y el crepúsculo le daban a todo un interés misterioso; me sobrecogió el triste y desconsolado repicar de una gran campana, cuyos lentos e intermitentes tañidos parecían sonar al unísono con el murmullo solemne del oleaje. Pensé que nunca había oído un sonido tan lleno de presagios: un sonido que parecía hablar del Día del Juicio y la Resurrección, como las influyentes palabras de Pablo de Tarso.

No procedían de la orilla, sino que parecían venir de las profundidades del mar y de la bruma y la niebla.

¿Quién habría muerto? ¿Qué sería aquello?

Pronto supe por mis compañeros que era la famosa «boyacampana», que es justo lo que su nombre indica y suena más lenta o más rápida según la agitación de las olas. Si el mar está en calma, se queda muda; con una brisa moderada, suena amablemente; pero en caso de temporal es un aviso como un toque a rebato que advierte a los marineros para que huyan. Sin embargo, parecía más cargada de lamentos por el pasado que de advertencias para el

futuro, y es imposible oírlo sin pensar en los marineros que descansan por debajo de ella en el fondo del mar.

A medida que seguíamos navegando el río iba estrechándose. Se hizo de día y, pronto, tras pasar junto a dos altos puntos de referencia en la costa de Lancashire, nos acercamos rápidamente a la ciudad y por fin echamos el ancla en mitad de la corriente.

Al mirar hacia la orilla, distinguí altas hileras de sucios almacenes, que no parecían precisamente muy maravillosos, y guardaban un inesperado parecido con los almacenes de South Street en Nueva York. No tenían nada de exótico ni de extraordinario. Ahí estaban: una hilera de tranquilos y serenos almacenes, sin duda muy sólidos y bien contruidos y admirablemente adaptados a los fines de quienes mandaron construirlos, pero, al fin y al cabo, simples almacenes que no merecían más comentario.

No es que contase con que todas las casas de Liverpool fuesen como la torre inclinada de Pisa o la catedral de Estrasburgo, pero tengo que confesar que aquellos edificios fueron para mí una triste y amarga decepción.

Muy diferente fue la reacción de Larry, el ballenero, quien para mi sorpresa miró encantado a su alrededor y exclamó:

—Pero si este sitio es magnífico... maldito sea yo si ésta no es una gran ciudad. Las casas son una maravilla. Mejor que la costa de África, tan vacía, en Madagascar no hay nada parecido... ¡Lo digo en serio, muchachos, maldito sea si Liverpool no es una gran ciudad!

Desde luego, en esa ocasión, Larry olvidó por completo su hostilidad a la civilización. Estaba tan acostumbrado a asociar los países extranjeros con los bárbaros lugares del océano Índico, que se había formado la impresión de que Liverpool sería una ciudad de bambú ubicada en medio de una ciénaga cuyos habitantes vivirían de la tala de madera y de salar peces voladores. Pues Larry nunca se había parado a pensar que pudiera haber una gran ciudad comercial a cinco mil kilómetros de casa. Estaba perplejo y encantado y empezó a sentir cierto aprecio por el país que podía jactarse de tener una ciudad tan inmensa. A partir de ese momento, en lugar de equiparar a la reina Victoria con la reina de Madagascar, como siempre había hecho, se refirió a dicha dama con sentimiento y respeto.

En cuanto a los otros marineros, la vista de un país extranjero no pareció despertar en ellos ningún entusiasmo, ni la menor emoción. Miraron a uno y otro lado con gran presencia de ánimo y actuaron exactamente como lo haría cualquiera que volviera a su casa después de pasar la mañana a la vuelta de la esquina. Casi todos habían hecho frecuentes viajes a Liverpool.

Poco después de echar el ancla se acercaron varios botes y de uno de ellos

bajó una mujer pulcramente vestida, de aspecto muy respetable y yo diría que de unos treinta años de edad, cargada con un hato. Se acercó a los marineros y preguntó por Max el holandés, que fue inmediatamente a su encuentro y la saludó por el melifluo apelativo de «Sally».

El caso es que durante la travesía, al hablarme de Liverpool, Max me había contado varias veces que la ciudad tenía el honor de alojar a su mujer, y que, con toda probabilidad, yo tendría el placer de conocerla. Pero, como había oído muchas historias sobre la bigamia de los marineros, y me habían dicho que tenían mujeres y novias en cada puerto, en el mundo entero, y además había sido testigo de la despedida nupcial entre aquel mismo Max y una señora de Nueva York, no había dado mucha importancia a sus palabras. Cuál sería por tanto mi sorpresa al ver a aquella mujer tan honrosa y educada con un paquete con la ropa de calle de Max, lavada, plegada, planchada y lista para ponérsela cuando quisiera.

Se apartaron un momento para dar rienda suelta a los transportes y alegrías que siempre acontecen, supongo, entre marido y mujer tras una larga separación.

Por fin, después de muchas preguntas acerca de cómo se había portado en Nueva York y referentes al estado de su guardarropa, y tras bajar al castillo de proa para inspeccionarlo en persona, Sally se fue, tras cambiar su hato de ropa limpia por otro de ropa sucia, justo lo que había hecho por Max su mujer neoyorquina treinta días antes.

Mientras estuvimos atracados en el puerto, Sally visitó el Highlander a diario, y demostró ser una hábil y expeditiva zurcidora de chaquetas y pantalones y, por lo que pude ver, una mujer educada, discreta y de buena reputación.

Aunque, a juzgar por lo que había visto, también habría dicho que Meg, la mujer neoyorquina, era educada, discreta y de buena reputación, y estaba igualmente consagrada a conservar en buen estado el guardarropa de Max.

Y, cuando por fin partimos de Inglaterra, Sally se despidió de Max exactamente igual que lo había hecho Meg; y, cuando llegamos a Nueva York, Meg recibió a Max justo igual que lo había hecho Sally en Liverpool. Desde luego, nunca hombre alguno tuvo dos mujeres más amables: jamás se pelearon, o tuvieron la menor diferencia, pues las separaba el vasto océano Atlántico, y Max era igual de amable y educado con ambas. Llevaba muchos años viajando entre Liverpool y Nueva York, navegando entre una mujer y otra con gran regularidad, seguro de recibir una cordial bienvenida doméstica a ambos lados del océano.

Al pensar en su conducta, claramente descaminada e inmoral, una vez me

aventuré a darle mi opinión al respecto. Pero no volví a hacerlo nunca. Se volvió hacia mí muy enfadado y, tras reprocharme a gritos que me metiera en asuntos que en nada me concernían, acabó preguntándome en tono triunfal si el viejo rey Sal, como él llamaba al hijo de David, no tenía una fragata llena de mujeres, y, siendo así, ¿por qué no iba a poder él, un pobre marinero, tener derecho a dos? «Lo que no estaba mal entonces, sigue estando bien hoy —me advirtió Max—, así que cuidadito con lo que dices, Buttons, o tendré que romperte la crisma».

XXVIII

VA A CENAR A LA PENSIÓN DEL CLÍPER DE BALTIMORE

Nuestro práctico se pasó la tarde dando órdenes: levamos el ancla y, después de mucho halar y trincar, y de abrirnos camino encajonados entre otros muchos barcos, atravesamos una esclusa con la marea alta y, al caer la noche, logramos llegar a un atraque en el muelle del Príncipe. Luego se adujaron los cables y los cabos de remolque y se dio permiso a la tripulación para bajar a tierra, elegir una pensión e ir a cenar.

Es necesario explicar aquí que, debido a las estrictas aunque necesarias normas del puerto de Liverpool, no está permitido encender fuego a bordo de los barcos atracados en él, y por tanto, aunque teóricamente sigan durmiendo en el castillo de proa, los marineros deben bajar a comer a tierra o alimentarse de patatas frías. La marina mercante americana ha optado por el primer plan, y, como es lógico, los armadores pagan la cuenta de la pensión; lo que, tratándose de una tripulación numerosa que tenía que quedarse en Liverpool más de seis semanas, como la del Highlander, no es precisamente una parte baladí de los gastos del viaje. Otros barcos, sin embargo, los austeros holandeses y daneses, por ejemplo, y, en ocasiones, los prudentes escoceses alimentan a sus desdichados marineros en el muelle con la misma comida que en alta mar, y bajan la carne salada a tierra para cocinarla, lo que, sin duda, es una manera bastante vil de tratarlos, pues puede producir el escorbuto. Tan cicatero comportamiento es visto con indecible desdén por las tripulaciones de los barcos de Nueva York y si sus capitanes las trataran de ese modo no tardarían en desertar.

Había oscurecido ya cuando desembarcamos, y, por primera vez, noté cómo entraban en mi nariz y mis pulmones las partículas polvorientas de la famosa tierra inglesa. Hollarla me fue imposible, de momento, pues las calles estaban bien enlosadas y empavesadas, y hasta más tarde, cuando estuve en el campo, no tuve ocasión de hacerlo; entonces, pero no antes, vi Inglaterra y

olisqueé su suelo imperecedero.

Jackson se puso en cabeza y, tras detenerse en una taberna, nos condujo calle arriba y abajo hasta llegar a un callejón estrecho repleto de casas de pensión, tabernas y marineros. Allí nos detuvimos ante un cartel que representaba un clíper de Baltimore, flanqueado a un lado por un racimo de uvas doradas y una botella y al otro por el unicornio británico y el águila americana tumbados uno junto al otro, como el león y el cordero en la edad de oro; una idea juiciosa y elegante que demostraba cierta delicada aprensión sobre la conveniencia de conciliar una casa de pensión inglesa con unos marineros americanos, sin menoscabar el honor y la dignidad de Inglaterra al colocar a las dos naciones en perfecto pie de igualdad.

Junto al unicornio había un animal muy pequeño, que al principio tomé por una cría de unicornio, pero que parecía más bien un león joven. Tenía una de las garras levantadas, como si se le hubiera clavado una astilla, y sobre la cabeza llevaba una especie de sombrero sin ala. Le pregunté al marinero que tenía al lado qué significaba aquel animal y él me miró con una sonrisa y respondió: «Pero, bueno, jovenzuelo, ¿de verdad no sabes lo que significa? Es una cría de asno cojeando con un cuenco de arroz recién salido de la garita del cocinero».

Aunque la pensión era inglesa, la regentaba un marinero americano arruinado, un tipo ocioso y disoluto, que se había casado con una rolliza mujer inglesa y ahora vivía de su trabajo, pues resultó ser la dama, y no el marinero, quien dirigía el establecimiento.

Era una mujer guapa y saludable de unos cuarenta años de edad, a la que los marineros llamaban «la hermosa Mary», pero, aunque por culpa del carácter disipado de su marido, Mary había tenido que hacerse cargo del negocio, iba a comprar al mercado, atendía las mesas y se ocupaba de las cosas más importantes; no era, ni mucho menos, una amazona con su marido, y eso que desempeñaba un papel masculino en muchas otras cuestiones. No, lo peor es que la pobre Mary parecía querer demasiado a Danby para tratarlo como una arpía. A menudo atendía a sus ocupaciones domésticas con las lágrimas en los ojos, cuando, después de una borrachera, le había pegado su brutal marido. Los marineros estaban de su parte y más de una vez se ofrecieron a propinarle a Danby una buena tunda, pero Mary les rogaba que no lo hicieran, pues, sin duda, la próxima vez se portaría mejor con ella.

Sin embargo, no parecía probable que así fuera mientras tuviesen en la casa aquel bar abominable. Nada más entrar por el pasillo te lo encontrabas a un lado dispuesto a atrapar a todos los clientes.

Era una especie de garita grotesca, anticuada y almenada, construida con madera de color ahumado y una reja en la parte delantera que se levantaba

como un rastrillo. El tal Danby se pasaba allí todo el día, y, cuando los clientes escaseaban, él mismo le hacía los honores a su cerveza, sirviéndose una pinta tras otra, como si fuera un tonel.

A veces iba a verlo un viejo amigo suyo llamado Bob Still y los dos se metían en la garita y empinaban juntos el codo. Aquel amigo de francachelas de Danby era tan corpulento como un percherón y tenía la cabezota redonda, brillante y aceitosa, los ojos centelleantes y las mejillas húmedas y rubicundas. Era un animado cantor de tonadas de taberna, y, jarra en mano, asomaba en parte el torpe corpachón de la garita y cantaba:

Ni la escarcha ni la nieve o el viento me preocupan.

Nada pueden hacerme,
pues estoy bien arropado y cubierto
de buena cerveza añeja.

Sí, estoy bien repleto
de buena cerveza añeja.

O esta otra:

Quedaos vuestros vinos y brandies
y dadme el juego de la cebada,
la quintaesencia de la malta.

A quienes lo beben no les falta chispa.

Venid, pues, apresuraos, y bebed esta cerveza,
y ya no querréis volver a probar el agua.

¡Ay, hermosa Mary! ¿De qué servirán tus lágrimas y los reproches que le haces al incorregible Danby, mientras ese beodo de Bob Still eclipse a diario tu umbral con el vasto diámetro de su panza y se instale en la garita que comparte con tu marido?

Cuanto más bebe, más gordo y orondo se vuelve Bob, y las canciones se derraman como la cerveza por el bien conocido principio de que el aire sale de un recipiente a medida que se vierte un líquido en él.

Sin embargo, ese yanqui miserable de Danby se vuelve más amargo y enteco con cada gota de cerveza que bebe. Es un hecho evidente y demostrable que la cerveza no se ha hecho para los yanquis y produce en ellos efectos diferentes de los que ejerce sobre los británicos: la cerveza hay que beberla entre la niebla y la lluvia.

Nada más entrar en la pensión del Clíper, Jackson nos llevó a una habitación que había a un lado y, poco después, la hermosa Mary nos atendió con cortesía y recibió los piropos de los más viejos de la tripulación. Luego desapareció para prepararnos la cena. Mientras mis compañeros empinaban el codo y charlaban con los viejos conocidos del vecindario que se apretujaban en la entrada, yo me quedé solo en la habitación meditando sobre el hecho de que estaba sentado en un banco inglés, bajo un techo inglés, en una taberna inglesa y, en cierto modo, formaba parte del imperio británico. Era un hecho asombroso, pero no por eso menos cierto.

Examiné el lugar con atención: era una habitación larga, pequeña y estrecha con una ventana pequeña con cortinas rojas que daba a un patio desordenado y lleno de humo rodeado por un sucio muro de ladrillo cuyo horrible borde estaba cubierto de trozos de botellas rotas incrustadas en el cemento.

Sobre mi cabeza pendía una lámpara mortecina, dentro de un barco de madera colgado del techo. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado con una interminable sucesión de navíos de todas las naciones, que circunnavegaban incesantemente la sala. A modo de pictórica vela mayor de uno de esos barcos, habían colgado un mapa que representaba con colores desvaídos las banderas de todas las naciones. Desde la calle llegaba un confuso barullo de cantantes de baladas, mujeres chillando, bebés y marineros borrachos.

¿Y esto es Inglaterra?

Pero ¿dónde están las abadías antiguas, los monasterios de York, y el lord mayor, y las coronaciones, y los mayos, y los cazadores de zorros, y las carreras de caballos de Derby, y los duques y duquesas y el conde de Orsay, que, gracias a mis lecturas, había llegado a asociar con Inglaterra? Allí no se los veía ni por asomo.

«¡Ay, Wellington! —pensé—, me temo que vas a tener pocas oportunidades de ver el país. No eres más que un pobre grumete, y la reina no va a enviar una delegación de nobles para invitarte a St. James».

Entonces empecé a comprender que mis proyectos de ver mundo como marinero eran, después de todo, muy dudosos, pues los marineros sólo viajan alrededor del mundo sin entrar nunca en él; y sus recuerdos del viaje no son más que la vaga reminiscencia de una larga cadena de tabernas alrededor del globo y paralela al Ecuador. Tan sólo tocan el perímetro del círculo, planean alrededor de los límites de tierra firme y sólo aterrizan en muelles y malecones. Viajar tierra adentro para ver Kenilworth, o el castillo de Blenheim, les parecería tan impensable como enviarle su tarjeta al Papa al llegar a Nápoles.

Pronto me sacó de aquellas ensoñaciones una sirvienta que iba de sala en sala gritando con voz aguda: «La cena, la cena está lista».

Subimos por una escalera desvencijada y entramos en una sala del segundo piso. Tres altos candelabros de latón arrojaban una luz humeante sobre las ahumadas paredes, que alguna vez habían sido de color azul marino y ahora estaban cubiertas de dibujos de anclas, sonetos amorosos y cancioncillas náuticas. A un lado, clavadas en fila en el zócalo, estaban las cuatro sotas de la baraja, cada una de ellas con el pie adelantado como acostumbran. No llegué a saber lo que significaban.

Pero ¡cuánta animación! ¡Qué mesa tan rugiente! ¡Qué superabundancia de alimentos y viandas! ¿Sería posible que comieran tanto...? ¿Los mismos marineros que en alta mar vivían de ternera salada y galletas?

En primer lugar, había un enorme plato de peltre, tan grande como el escudo de Aquiles, que sostenía una pirámide de salchichas humeantes. Aquel plato estaba en un extremo, en el centro había otro similar cubierto de gruesas lonchas de pastel de carne y, al otro lado, un montón de filetes de ternera apilados en varios pisos. Dispersos entre ellos había platos de patatas cocidas, decenas de huevos, pan y salazones, y sobre una mesita auxiliar había nutridas reservas de todo lo que había en la mesa.

Nos pusimos manos a la obra de todo corazón, nos arropamos en filetes de ternera, acabamos con las salchichas con gran celeridad y pronto llegamos a los cimientos del pastel de carne.

Hacia el final de la cena, le sugerí a Peggy, una de las chicas que atendían la mesa, que sería agradable tomar una taza de té y le dije que le quedaría muy agradecido si me servía una. Ella replicó que era demasiado tarde para el té, pero que me llevaría un vaso de «cerveza de recuelo», si quería.

Como no sabía lo que sería aquello, pensé que valdría la pena correr el riesgo de probarlo, pero resultó ser una bebida muy mala, de sabor mohoso y amargo, como si la hubieran fabricado hirviendo salmuera en mal estado. Nunca volví a beberla, aunque después de la cena se la sirvieron a todos y la mayoría de mis camaradas afirmó que era buena. Bob Still no habría opinado lo mismo, pues, según supe después, era una especie de sustituto barato de la cerveza, una especie de falsa cerveza, fabricada con lo que se saca al limpiar los barriles viejos. Aunque ahora no recuerdo exactamente lo que dijeron que era. Sólo sé que me pareció abominable. En cuanto a su sabor, no acierto a describirlo más que diciendo que respondía a lo que su nombre sugiere, que sin duda es algo repugnante. No obstante, la gente pobre de Liverpool la bebe en grandes cantidades, lo que tal vez explique en parte su pobreza.

XXIX

REDBURN DISERTA RESPETUOSAMENTE SOBRE EL FUTURO DE LOS MARINEROS

El barco estuvo amarrado en el muelle del Príncipe las seis semanas siguientes, pero como no pretendo ofrecer un diario de mi estancia allí, me limitaré a describir el curso normal de la vida de la tripulación en esos días y luego procederé a relatar, al azar, mis propios vagabundeos por la ciudad y mis impresiones tal como las recuerdo ahora, después de tantos años.

Pero antes debo decir que, durante nuestra estancia en el muelle, vimos muy poco al capitán. A veces salía bastón en mano del Arms Hotel, donde creo que se alojaba; y después de haraganear un poco por el barco y de transmitirle sus órdenes a su primer ministro y gran visir, el primer oficial, volvía dando un paseo a sus habitaciones.

Por el borde de una entrada que vi asomar de su bolsillo, deduje que frecuentaba los teatros; y por lo rubicundo de sus mejillas, que frecuentaba el excelente oporto por el que Liverpool es tan conocido.

De vez en cuando, no obstante, pasaba la noche a bordo; y eran noches de juerga y jarana, como las que le gustaban al extraordinario Ben Johnson. Como compañía en la mesa del camarote tenía a cuatro o cinco capitanes patilludos, que tenían al despensero descorchando botellas y llenando vasos todo el tiempo. Una vez encontraron a todo el grupo debajo de la mesa a las cuatro de la mañana, y los dos oficiales los metieron en sus camas y los arrojaron. En esa ocasión, estuve de acuerdo con nuestro lanudo teólogo, el cocinero negro, en que deberían haberse sentido avergonzados, pero algunos capitanes no tienen vergüenza y sólo se ruborizan a partir de la tercera botella.

Durante sus muchas visitas al barco el capitán Riga siempre tuvo palabras corteses para un oficial de aduanas muy caballeroso y que daba la impresión de no tener amigos, que se alojó a bordo casi todo el tiempo que estuvimos amarrados en el puerto.

Debieron de ser días muy aburridos para el solitario oficial de aduanas, que trataba de matar el tiempo leyendo el periódico en el camarote y tamborileando los dedos en el yugo. Estaba a bordo para evitar el contrabando, pero él mismo bajaba a tierra de tapadillo a menudo, cuando, según la ley, debería haberse quedado a bordo. Aunque no me extraña, pues parecía un hombre refinado y muy por encima de aquel trabajo tan indigno, mucho peor que cuidar de unos gansos.

Y ahora pasemos a la tripulación.

Al alba llamaban a todos los hombres y se baldeaban las cubiertas, luego teníamos una hora para bajar a tierra a desayunar, después trabajábamos en el aparejo, recogíamos estopa o nos encargaban toda suerte de trabajos triviales hasta las doce, cuando desembarcábamos para comer. A la una y media volvíamos a trabajar, y a las cuatro de la tarde por fin terminábamos la jornada, a menos que hubiera algo especial que hacer. Después de las cuatro, podíamos ir donde quisiéramos y no hacía falta que volviéramos a bordo hasta el día siguiente al rayar el alba. Claro que, como no teníamos que manipular la carga, nuestras tareas eran poco fatigosas, y el primer oficial a menudo tenía que inventarse nuevas ocupaciones para nosotros.

No había que montar guardia, pues un vigilante contratado en tierra se encargaba de hacerlo, y mientras tanto seguíamos cobrando el mismo salario que en alta mar. Los domingos teníamos el día libre.

Se comprenderá así que la vida que llevan los marineros de los barcos americanos en Liverpool es extremadamente fácil y placentera. Viven en tierra de las viandas del país y, tras un poco de saludable ejercicio matutino, disponen del resto del día para hacer lo que les plazca.

Sin embargo, esos viajes a Liverpool, como los que se hacen a Londres y Le Havre, son los menos provechosos para un marinero poco previsor, pues en Nueva York cobra el adelanto de un mes, y en Liverpool otro, y, en la mayor parte de los casos, ambos desaparecen pronto; de modo que, al acabar la travesía, es normal que cobre muy poco, a veces ni un solo centavo. En cambio, en los viajes largos, digamos a la India o la China, su salario se acumula, tiene más alicientes para economizar y muchos menos motivos para cometer extravagancias, de modo que, cuando por fin le pagan, se va con un buen puñado de dólares contantes y sonantes en el bolsillo.

Además, de todos los puertos del mundo, tal vez sea Liverpool el que más abunda en tiburones de tierra, rateros y otras alimañas que hacen presa en los marineros indefensos. Adoptan la forma de caseros, camareros, merceros, reclutadores, y gandules de pensión; unos los devoran, miembro por miembro, y los otros les roen incesantemente la bolsa.

También les acechan peligros mucho peores, por parte de los moradores de notorios tugurios corintios cercanos a los muelles, cuya depravación no puede compararse con nada a este lado del pozo insondable.

Y, sin embargo, a los marineros les encanta Liverpool y, en los viajes largos a rincones remotos del globo, hablan incesantemente de sus encantos y atractivos y lo ponen por encima de cualquier otro puerto del mundo, pues en Liverpool encuentran su Paraíso —y no precisamente la famosa calle que lleva ese nombre—, y uno de ellos me dijo que se contentaría con estar en el muelle del Príncipe hasta que tuviese que «levar anclas» hacia la vida eterna.

Se habla mucho de mejorar las condiciones de vida de los marineros, pero lograrlo será casi imposible mientras se siga proporcionando el antídoto antes de eliminar el veneno.

Piénsese que en la mayoría de los casos, el mero hecho de ser marineros implica cierto carácter temerario y sensual, ignorancia y depravación; téngase en cuenta que, por lo general, carecen de amigos y están solos en el mundo, y que, en caso de que tengan amigos y parientes, se pasan la mayor parte de la vida lejos del alcance de su influencia benéfica; considérese que, después de la disciplina rigurosa, las penalidades, los peligros y las privaciones del viaje, los dejan a la deriva en un puerto extranjero, expuestos a miles de tentaciones, que, en esas circunstancias, hasta la virtud misma encontraría difícil resistir, a menos que estuviera tullida y anduviese con muletas; piénsese que, sólo por su vocación, son rechazados por las clases mejores de la sociedad; téngase todo eso en cuenta y cualquiera comprenderá enseguida que la situación de los marineros, como gremio, no es muy prometedora.

Sin duda lo peor de su condición se incluye dentro de esos males crónicos que, por lo visto, sólo podrían aliviarse mejorando la organización moral de toda nuestra civilización.

Aunque conviertan en capillas decrepitos navíos de línea de setenta y cuatro cañones y viejas fragatas y las amarren a los muelles; aunque repartan entre ellos el Segundo contra maestre y otros inteligentes panfletos religiosos en dialecto náutico; aunque los clérigos les arenguen desde las escolleras y los capellanes de la Armada les sermoneen en la cubierta de cañones; aunque se dispongan para ellos casas de pensión evangelistas; a pesar de que la tacañería de los armadores haya secundado los píos y sinceros esfuerzos de las Sociedades por la Abstinencia al privar a los marineros de sus antiguas raciones de grog cuando están en alta mar..., pese a todas esas y otras muchas cosas, la condición de la mayoría de los marineros con respecto al resto de la humanidad parece estar igual que hace un siglo.

Al parecer, pesa demasiado la costumbre de considerar un avance el progreso inevitable y meramente participativo de cualquier clase social al compartir el movimiento universal de la raza. Y así, como el marinero que hoy gobierna el vapor Hibernia o el Unicornio a través del Atlántico es distinto de los exagerados marineros de Smollett y de los hombres que lucharon con Nelson en Copenhague y sobrevivieron para luego desmandarse en North Corner en Plymouth, como el marinero moderno no es tan grosero como antes y se ha desprendido de sus chaquetas raídas y de su coleta a lo lord Rodney, hay quien piensa que ha empezado a reparar en los males de su condición y ha mejorado por propia voluntad. Pero un examen más detallado revelará que sólo se ha dejado llevar por la poderosa corriente que, tal vez, tenga dos flujos por cada reflujo y no ha hecho ningún avance por sí solo.

Hay hombres en este mundo que tienen la misma relación con la sociedad que las ruedas con una diligencia, y son igual de indispensables. Pero, por muy cómodos y deleitables que sean las ballestas sobre las que se sientan los pasajeros, por muy suntuoso que sea el tapizado y muy brillantes que sean las puertas, las ruedas deben seguir girando con fangosas y polvorientas revoluciones. Ningún truco ni sagacidad puede sacarlos del fango, pues el carruaje necesita asentarse sobre algo y los pasajeros deben rodar sobre ellas.

Pues bien, los marineros son una de esas ruedas: van y vienen alrededor del globo, son los verdaderos importadores y exportadores de especias y sedas; de frutas, vinos y mármoles; llevan a los misioneros, embajadores, cantantes de ópera, ejércitos, mercaderes, turistas y eruditos a su destino. Son como un puente de barcos a través del Atlántico, el *primum mobile* de todo el comercio; y, en suma, si emigrasen en bloque a tripular las armadas de la luna, casi todo se detendría en la tierra salvo la revolución sobre su eje y los oradores del Congreso americano.

Y, sin embargo, ¿qué son los marineros? ¿Qué pensáis en el fondo al ver a uno de esos tipos tambaleándose por el muelle? ¿No os apartáis, lo esquiváis y lo tomáis por poco más que un bruto y un salvaje? ¿Le abriríais vuestros salones, le invitaríais a cenar? ¿Le ofreceríais vuestro banco en la iglesia? No, no lo haríais: a lo sumo donaríais a distancia uno o dos dólares para construir un hospicio en el que alojar a los marinos ya arruinados, o para distribuir excelentes libros entre marineros que no saben leer. Y el modo en que hacéis esas obras de caridad explica con más elocuencia que las palabras el poco aprecio que sentís por ellos. De nada sirve negarlo: se les considera el desecho y la escoria de la tierra y la idea novelesca que se tiene de ellos proviene sobre todo de las novelas.

Pero ¿pueden los marineros, una de las ruedas de este mundo, salir del fango? No parece que los viejos planes y los programas del futuro, por muy sinceros y bienintencionados que sean, les ofrezcan muchas posibilidades; pues con esos planes la idea de elevarlos parece casi tan imposible como cultivar la vid en Nueva Zembla.

Pero no debemos desesperar por el marinero, ni tampoco deben descorazonarse quienes se esfuerzan por su bien, pues, al final, el tiempo acabará siendo su amigo, y, aunque a veces parezca casi un expósito dejado de la mano de Dios que malgasta sus días sin nadie que lo refrene mientras los demás disfrutan de tiernos cuidados, en el fondo, todos sabemos e intuimos que Dios es nuestro verdadero padre y que su afecto alcanza hasta al último de sus hijos.

REDBURN SE PASMA Y EMBOBA CON UNAS VIEJAS GUÍAS DE VIAJE EXTRANJERAS

Entre los raros volúmenes de la biblioteca de mi padre había una colección de viejas guías inglesas y europeas que había comprado en el curso de sus viajes muchos años antes. En mi infancia yo las había estudiado muchas veces y no me cansaba de contemplar sus numerosos adornos y grabados ni de mirar sus portadas, algunas de las cuales me recordaban bigotudos rostros extranjeros.

Entre otras, había un panfleto descolorido de tapas rosas y aspecto parisino, que ya había perdido el color de las mejillas, titulado *Voyage Descriptif et Philosophique de L'Ancien et du Nouveau Paris: Miroir Fidèle*, también un libro viejo y mohoso oscurecido por el tiempo y encuadernado en un papel mármol muy parecido al vertí antique, y titulado *Itinéraire Instructif de Rome, ou Description Générale des Monuments Antiques et Modernes et des Ouvrages les plus Remarquables de Peinture, de Sculpture, et de Architecture de cette Célibre Ville*, en cuya portada rojiza había un grabado que representaba una roca desnuda a la sombra de una encina (un paisaje desolado) al abrigo de la cual se reclinaba maternalmente la madre adoptiva de Rómulo y Remo para dar de mamar a los dos ilustres gemelos, un par de querubines desnudos tirados por el suelo con los brazos entrelazados e inmersos en su absorbente ocupación; de una rama colgaba una enorme hoja de cactus como un arabesco y la loba parecía una especie de vaca sin cuernos; el libro se había publicado *Avec privilege du Souverain Pontife*. Además, había un viejo volumen encuadernado en terciopelo con cierres de latón titulado *El viajero a través de Holanda*, con un grabado del ayuntamiento de *Ámsterdam*; y un venerable Retrato de Londres en el que abundaban los grabados de *St. Paul*, el Monumento, el Temple, *Hyde-Park Corner*, la Guardia Montada, el Almirantazgo, *Charing Cross* y el puente de *Vauxhall*. Había además un libro muy voluminoso con una cubierta amarillenta y polvorienta que recordaba la puerta de una diligencia y tenía una portada muy elaborada llena de adornos que imitaban las marcas de un látigo de postillón, titulado en parte *Caminos principales, tanto directos como transversales, de Inglaterra y Gales*, a partir de un nuevo estudio llevado a cabo por orden del Director General de Correos de su Majestad. Esta obra describe las ciudades, mercados, barrios y corporaciones municipales y sedes judiciales y da la hora de llegada y recogida del correo en cada una de ellas. Describe las posadas de las metrópolis de donde parten las diligencias y las posadas campestres que proporcionan caballos de posta y carruajes. Describe las mansiones de los nobles y caballeros ubicadas cerca de los caminos e incluye mapas de los

alrededores de Londres, Bath, Brighton y Margate. Está dedicado A sus señorías los muy honorables condes de Chesterfield y Leicester por su agradecido, obediente y humilde servidor John Cary, 1798. También había un panfleto verde con un lema de Virgilio y un intrincado escudo de armas en la cubierta, que parecía un diagrama del laberinto de Creta, titulado Descripción de York, sus antigüedades y edificios públicos, en particular de la Catedral, realizada con gran esfuerzo a partir de documentos auténticos. Además, un pequeño volumen de aspecto académico, con encuadernación clásica de pergamino, y un frontispicio que reunía las torres y almenas del King's College y la magnífica catedral de Ely, que, geográficamente, distan más de veinticinco kilómetros, titulado Guía de Cambridge, sus colegios, patios, bibliotecas y museos, y de las ceremonias de la ciudad y Universidad, además de una descripción de la catedral de Ely. También tenía un panfleto con una cubierta a la japonesa grabado con un desordenado grupo de estructuras parecidas a pagodas que pretendía ser una representación exacta de la Portada norte o principal de Blenheim, y se titulaba Descripción de Blenheim, residencia de su Gracia el duque de Marlborough, con una completa relación de sus pinturas, tapices, y muebles; un pintoresco paseo por sus parques y jardines y una descripción general de la famosa galería de cerámicas, etc. Incluye un ensayo sobre jardinería y está adornada con una vista del palacio y un nuevo y elegante plano del parque. Y, por fin, y muy pertinentemente, había un volumen titulado RETRATO DE LIVERPOOL.

Era un libro curioso y notable, y son tantos los recuerdos agradables que tengo de él que, de ser posible, me gustaría inmortalizarlo.

Permítaseme bajarlo de su altar y pintarlo con los colores de la vida real.

Al hojear ahora el volumen y pasar las páginas que tanto amé en mi infancia, las mismas que, años y años antes, pasó mi padre junto a las mismas escenas que en él se describen, me inunda una leve y placentera tristeza que me empuja hacia un pasado ya olvidado.

¡Libro querido! Vendería mi Shakespeare, e incluso sacrificaría mi viejo Hogarth antes que separarme de ti. Sí, dejaría que me embargasen antes de enviarte dando tumbos a la sala de subastas. Sí, amada reliquia de familia: hasta que te deshagas hoja a hoja, y letra a letra, tendrás un cómodo estante en alguna parte, aunque yo no tenga un banco donde sentarme.

De tamaño es lo que los libreros llaman un decimotavo; está encuadernado en tafete verde, que, por lo que recuerdo, se ha ido deslustrando con el tiempo; las esquinas tienen parches irregulares de rojo, como pequeños tricornos; y algún bárbaro desconocido le ha infligido una herida incurable en el lomo. No tiene letras, por lo que, a quien inspeccione mis humildes estantes, rara vez se le ocurrirá abrir el anónimo librito verde.

Ahí pasa día tras día, semana tras semana, año tras año, sin que nadie lo lea más que yo, pero el mucho aprecio que le tengo compensa tanto desprecio.

Pero abramos el libro.

¿Qué son esos garabatos en las hojas de respeto? ¿Qué alumno incorregible de un maestro de caligrafía ha pasado por aquí? ¿Qué dibujante de animales salvajes y castillos en el aire? ¡Ah, no!, son parte de este libro tan precioso y contribuyen a que sea un tesoro para mí.

Algunos de esos garabatos son míos; y, como hacen los poetas con sus sonetos juveniles, podría escribir debajo de este caballo: «Dibujado a la edad de tres años», y de este bosquejo: «Ejecutado a los ocho años».

Otros son obra de mis hermanos, hermanas y primos, y algunas de las manos que los trazaron se han convertido ya en polvo.

Pero ¿qué hace aquí este ancla? ¿Y este barco? ¿Y esta cancioncilla de Dibdin? El libro debe de haber pasado por las manos de algún marinero del castillo de proa. No, el ancla, el barco y la cancioncilla de Dibdin son mías; las dibujó esta mano y en este mismo viaje a Liverpool. Pero no tan deprisa, no quería contar eso todavía.

Justo en medio de esos garabatos trazados a lápiz, y, de hecho, totalmente rodeado por ellos, está escrito de la mano de mi padre en tinta indeleble, aunque desvaída, lo siguiente:

WALTER REDBURN

Riddough's Royal Hotel

Liverpool, 20 de marzo de 1808

Al pasar la página, encuentro una miscelánea de recordatorios escritos a lápiz y casi borrados, característicos de una imaginación metódica, y por tanto sin duda de mi padre, que debió de escribirlos en distintos momentos durante su estancia en Liverpool. Ejercen sobre mí un interés extraño, antiguo, contenido y estival, y, aunque debido a los borrones es casi como leer palabras al azar en un periódico, quiero transcribir aquí algunos:

En la página opuesta, sólo puedo descifrar lo siguiente:

Cena con el señor Roscoe el lunes.

Visita al señor Morille ese mismo día.

Dejar una tarjeta en casa del coronel Digby el martes.

El viernes por la noche teatro: Ricardo III y una nueva farsa.

Enviar carta a la señorita L., el martes.

Llamar a Sampson & Kilt el viernes.

Hacer efectiva la letra de pago en Londres.

Enviar noticias a casa en La Princesa.

Al pasar la página, despliego un mapa que, en mitad del escudo de Inglaterra que hay en una esquina dice con letras negritas que éste es «Un plano de la ciudad de Liverpool». Aunque no se advierte mucha planificación en las callejas de aspecto angosto y retorcido, ni en los muelles irregularmente desparramados por la orilla del Mersey, que fluye como una pacífica corriente en el dibujo.

En la esquina noreste se extiende un Sahara uniforme de color blanco amarillento, un desierto que todavía conserva las marcas de mi esfuerzo por poblarlo denodadamente de toda suerte de toscos monstruos dibujados con lápices de colores. El espacio designado por ese lugar, ahora está, sin duda, cubierto de edificios.

Descubro varias líneas de puntos trazadas a pluma que irradian en todas direcciones desde Lord Street, donde está escrito «Riddough's Hotel», el establecimiento donde se alojó mi padre.

Esas marcas describen sus excursiones por la ciudad; sigo las líneas por calles y callejas, y a través de grandes plazas, y entro con él en los patios más estrechos.

Gracias a las marcas veo que mi padre no olvidó su religión en un país extranjero, sino que iba a la iglesia de St. John, cerca de Haymarket, y a otros lugares de adoración pública: veo que visitó la Sala de Prensa en Duke Street, el Liceo en Bold Street, y el Teatro Real y que pasó a presentarle sus respetos al eminente señor Roscoe, el historiador, poeta y banquero.

Tras plegar reverentemente el plano, paso por un grabado del Ayuntamiento y llego hasta la portada que, en el centro, está adornada con un paisaje que representa a una dama ligera de ropa calzada con unas sandalias, sentada pensativamente sobre una roca desolada junto a la orilla del mar, con la cabeza apoyada en una mano, y que le muestra al extranjero una especie de bandeja ovalada en forma de pájaro y este lema en el borde: *Deus nobis haec otia fecit*.

El pájaro forma parte del escudo de la ciudad y es una representación imaginaria de un ave hoy extinguida, llamada «Liver» que, al parecer, habitaba una laguna que los arqueólogos afirman que cubría gran parte del terreno ocupado hoy por la ciudad de Liverpool, y de ese pájaro y esa laguna deriva el nombre de Liverpool.

A lo lejos, detrás de la mujer pensativa, hay un barco que navega a todo

trapo y sobre la playa se ve la figura de un hombrecillo que trata en vano de arrastrar un enorme fardo lleno de cosas.

Colocado simétricamente por encima y debajo de dicho dibujo, está este título completo, aunque temo que el impresor no sea capaz de proporcionar una reproducción exacta:

Retrato
de
Liverpool
o
guía del extranjero
y vademécum de bolsillo del caballero visitante
DE LA CIUDAD
Ilustrado
con grabados
de los artistas más consumados y eminentes
Liverpool:
Impreso en Swift's Court,
Y vendido por Woodward y Alderson, 56 Castle St.
1803

Un breve y ceremonioso prefacio informa al lector, como si el escritor no dejase de hacerle reverencias, de la favorecedora recepción proporcionada a las ediciones previas de la obra y cita testimonios de respeto aparecidos en varias revistas como *The British Critic, Review*, y el séptimo volumen de *Beauties of England and Wales*; concluye expresando la esperanza de que esta nueva edición, revisada e ilustrada, pueda «hacerlo menos indigno de la atención del público y menos indigno del asunto que pretende ilustrar».

Es un prefacio agradable, refinado y respetuoso, cuya fecha y lugar de impresión se indican solemnemente al final: «Hope Place, 1 de septiembre de 1803».

Pero ¡cuál no habría sido mi satisfacción al demorarme en ese párrafo circunstancial, si el escritor hubiese indicado la hora precisa del día y el reloj en el que la había constatado, y si hubiera mencionado al menos su edad, nombre y ocupación!

Pero todo eso se ha perdido: ignoro quién era y el destino de este autor

estimable es compartir el olvido de todos los incógnitos literarios.

Debía de tener las más nobles y elevadas opiniones sobre el verdadero valor de la fama, puesto que desdeñó perpetuarse incluso por una simple inicial.

Si pudiera encontrarlo hoy, descansando olvidado en algún cementerio, le compraría una lápida y mandaría grabar en ella la portada de su libro, pues la considero su más noble epitafio.

Después del prefacio, el libro empieza con un extracto del prólogo escrito por el excelente doctor Aikin, el hermano de la señora Barbauld, con motivo de la inauguración del Teatro Real de Liverpool en 1772:

Allí donde la corriente del Mersey, tras mucho serpentear por el llano,
vierte su tributo en el circundante océano,
eligieron unos pescadores instalar su humilde morada;
el trabajo bien hecho bendijo su dulce retiro;
habitados a la vida dura, pacientes, valientes y rudos,
desafiaron las olas por un precario sustento:
construyeron sus casas en la orilla,
con las redes y botes como única despensa.

De hecho, toda la obra abunda en pintorescas citas poéticas y anticuadas alusiones clásicas que van de la Eneida a El naufragio de Falconer.

Y el autor anónimo debió de ser no sólo un erudito y un caballero, sino un hombre desinteresado y amable, imbuido de auténtico patriotismo ciudadano, pues en su «panorama de la ciudad» hay nueve páginas de letra muy prieta con un poema olvidado de un poeta olvidado oriundo de Liverpool.

A modo de disculpa por lo que podría parecer la imposición al público de un episodio tan largo, lo presenta cortés e inspiradamente diciendo que «durante muchos años el poema ha sido difícil de encontrar y en la actualidad sigue siendo poco conocido, y por tanto un breve fragmento de éste será sin duda del agrado del lector culto, sobre todo teniendo en cuenta que este noble poema épico está escrito con gran acierto en la expresión y los sentimientos más delicados».

Una vez, una única vez, se me pasó por la cabeza la desconsiderada idea de que el autor de la guía bien pudiera ser el autor del poema. Aunque eso fue hace muchos años y no he vuelto a permitir que una idea tan mezquina se insinuase siquiera en mi imaginación.

Dicho poema épico, a juzgar por el ejemplar que tengo delante, está compuesto al viejo estilo elegante y avanza tan poderoso como un carruaje tirado por cuatro caballos. Canta a Liverpool y al Mersey, a sus muelles y barcos, a sus almacenes y balsas de mercancías y a sus anclas, y, tras extenderse sobre la época abyecta en la que «el noble Mersey fluía sin gloria», el poeta exulta como el Parnaso entero con:

Ahora el mundo asombrado su nombre conoce,
desde la India lejana al mismísimo Septentrión
doquiera el vasto Atlántico sus orillas baña,
doquiera el Báltico agita sus olas invernales,
doquiera llega su venerable corriente,
que a Sicilia envuelve como a una novia,
Groenlandia por ella a sus ballenas renuncia,
y la Galia temperada cultiva sus viñas:
en la cálida Iberia florece el limonero,
y la fruta madura inclina la rama;
por doquier son conocidas sus prósperas flotas
y así hace suyas las riquezas de todos los climas.

También incluye una alusión delicadamente velada al señor Roscoe:

Y aquí R*s*o* explora con su genio
nuevas rutas antes desconocidas.

De hecho, tanto el anónimo autor de la guía como el inspirado bardo del Mersey dan la impresión de estarle muy agradecidos a Roscoe por dotar a su ciudad bienamada de una reputación que aumentaba graciosamente su notoriedad como mero centro comercial. Le llaman el moderno Guicciardini de la Florencia moderna y se refieren a sus historias, traducciones y biografías de personajes italianos con una admiración clásica.

El primer capítulo empieza de forma metódica y profesional, informando al lector impaciente de la latitud y longitud exactas de Liverpool, de modo que, desde el principio, queden despejadas todas las dudas al respecto. Luego procede a hacer una relación de la historia y las antigüedades de la ciudad, empezando por un registro del Domesday Book de Guillermo el Conquistador.

Aquí, no obstante, debemos confesar sinceramente que, a pesar de todos sus otros méritos, mi autor favorito demuestra cierta falta de verdadera

penetración y rigor arqueológico que debería haberle hecho despreciar la idea de detener sus investigaciones en el reinado del monarca normando y remontarse decididamente a través de la Edad Media hasta Moisés, el hombre de Uz y Adán, hasta establecer sin lugar a dudas que el suelo de Liverpool se fundó en el momento mismo de la Creación.

Pero tal vez uno de los pasajes más curiosos del capítulo de investigación arqueológica sean las pías y moralizantes reflexiones del autor sobre el interesante hecho de que, en 1571, los habitantes de la ciudad enviasen un memorial a la reina Isabel rogándole un subsidio para lo que, con su peculiar estilo, llaman «la depauperada real ciudad de Liverpool».

Al contemplar esta guía vieja, descolorida y deteriorada, que lleva las marcas de los estragos de casi medio siglo, y leer cómo esta antigualla se extiende, como si fuese una obra moderna, sobre otras antigüedades previas, no puedo sino recordar que el mundo se está haciendo viejo. Y, cuando paso al segundo capítulo, «Sobre el crecimiento de la población y el número de habitantes», y me dedico a hojear, página tras página, todo el volumen, repleto de alusiones a la inmensa grandeza del lugar, que, desde entonces, ha cuadruplicado con creces su población, opulencia y esplendor, y cuyos habitantes deben considerar el período en él descrito con una creciente sensación de superioridad y orgullo, me inunda una cómica tristeza respecto a la vanidad de toda exaltación humana. Pues la piedra clave de hoy es la piedra angular de mañana, e igual que la basílica de San Pedro se construyó en gran parte con las ruinas de la antigua Roma, también todas nuestras edificaciones, por imponentes que sean, servirán de cantera y material para las aún más grandiosas cúpulas de la posteridad.

E igual que esta vieja guía se jacta del, para nosotros, insignificante Liverpool de hace cincuenta años, las guías de Nueva York se jactan hoy de la magnitud de una ciudad, cuyos futuros habitantes, numerosos como la arena de la playa y circundados de altos muros y torres que flanquearán interminables avenidas de gran gusto y opulencia, mirarán todas nuestras Broadways y Bowerys como el exiguo núcleo de su Nínive. Desde el Hudson arriba, más allá del río Harlem, donde crecen hoy los arbolillos que darán sombra centenaria con sus anchas ramas a sus mansiones señoriales, puede que envíen exploradores para internarse en las oscuras y humeantes callejuelas de la Quinta Avenida y la calle Catorce, y, más al sur, es posible que desentierren el actual edificio dórico de Aduanas y lo presenten como una prueba de que su poderosa metrópoli disfrutó de una antigüedad helénica.

Puesto que soy extremadamente reacio a no dar aquí un ejemplo del noble estilo de este Retrato de Liverpool, tan diferente de las breves, coquetas y poco fiables guías de Niágara y Buffalo de la actualidad, incluiré ahora el capítulo sobre las investigaciones arqueológicas, sobre todo porque resulta

muy entretenido y proporciona mucha información rara y valiosa para el lector sobre la ciudad a la que hice mi primer viaje. Y creo que a propósito de todo eso, que yo ignoro por completo, es mucho mejor citar a mi viejo amigo al pie de la letra que trocear una información tan buena como el mejor solomillo y preparar con ella un ragú por mi cuenta y hacerlo pasar por original. Sí, honraré a mi preciosa guía como se merece.

Aunque ¡cómo podría el arte del impresor oscurecer y envejecer las páginas hasta amarillearlas como un suave crepúsculo y lograr que le inspirasen al lector los mismos recuerdos que me trae a mí el original!

¡No!, por la memoria sagrada de mi padre, y por mis sacrosantos y cariñosos recuerdos familiares, ¡no lo haré! ¡No te citaré, viejo libro de tafilete verde, ante el frío rostro del mundo de corazón marmóreo, pues los lectores superficiales deshonrarían tus antigüedades al pasarlas por alto, y a mí me acusarían de hinchar mi libro plagiando una guía de viaje..., el más vulgar e ignominioso de los robos!

XXXI

DA UN PROSAICO PASEO POR LA CIUDAD EN COMPAÑÍA DE SU VIEJA Y PROSAICA GUÍA DE VIAJE

Al partir de casa, me llevé conmigo la guía de tafilete verde, pues supuse por el gran número de barcos que viajaban a Liverpool que era más que probable que acabase embarcando en uno de ellos, como luego ocurrió.

Mi deleite juvenil ante la perspectiva de visitar un lugar cuya clave para todos sus intrincamientos tenía en mi mano fue enorme.

En el viaje de ida estudié mucho sus páginas. En primer lugar, me documenté sobre la historia y la arqueología de la ciudad, detalladas en el capítulo que pretendía reproducir aquí. Luego estudié las columnas estadísticas sobre el aumento de la población y me las aprendí como la tabla de multiplicar. Estaba decidido a conocerlo todo a fondo y a no contentarme con adquirir sólo unas nociones, como suelen hacer la mayoría de los lectores de las guías de viaje. Luego leí, una por una, las elaboradas descripciones de los edificios públicos, y comparé escrupulosamente el texto con el grabado oportuno para ver hasta qué punto se correspondían. Pues tengo que decir que la obra incluía, contando el plano, nada menos que diecisiete grabados. Y de tanto estudiarlos llegué a imprimir cada columna y cornisa en mi memoria de tal modo que luego reconocí los originales sin dudarlos un momento.

En suma, al considerar que mi propio padre había empleado la misma guía,

y que, por tanto, había sido ampliamente probada y su fidelidad estaba demostrada más allá de toda duda, no podía sino pensar que estaba adquiriendo un conocimiento infalible de la ciudad de Liverpool, sobre todo porque me había familiarizado con el plano y sabía orientarme por las calles más estrechas con una confianza y celeridad impresionantes.

En mi imaginación, mientras yacía a bordo en la litera, daba agradables paseos vespertinos por la ciudad, a lo largo de St. James Street y por Great George, y me paraba en los principales lugares de interés. Llegué a familiarizarme de tal modo con las características del plano que empecé a pensar que había nacido en Liverpool. Y, aunque algunas de las calles representadas en él eran muy intrincadas, angulosas y retorcidas, como el mapa de Boston en Massachussets, no abrigaba la menor duda de que podría pasear por ellas en la noche más oscura e incluso correr hasta el muelle más apartado en caso de emergencia.

¡Qué equivocado estaba!

Nunca pensé que, a pesar de que una guía con más de cincuenta años de antigüedad bien pudiera haber sido muy útil en su tiempo, sería un mal cicerone en la actualidad. Ni siquiera imaginaba que el Liverpool que había visto mi padre era otro del que yo, su hijo Wellington, iba a recorrer. No, nada de eso se me ocurrió; me había acostumbrado tanto a asociar mi vieja guía de tafílete con la ciudad que describía que jamás se me pasó por la cabeza que pudiese darse la menor discrepancia con la realidad.

Mientras estuvimos fondeados en el Mersey, antes de entrar en el muelle, saqué mi guía para ver cómo se correspondía el mapa con el lugar. No tenían el menor parecido. No obstante, decidí que era por verlo en horizontal en lugar de a vista de pájaro. Así que no te preocupes, vieja guía, sigues estando en lo cierto.

Sin embargo, mi fe en ella sufrió un duro golpe esa misma tarde, cuando la tripulación desembarcó para cenar, como he contado antes.

Los hombres se detuvieron en una antigua y curiosa taberna, cerca de los muros del muelle del Príncipe; y, como tenía la guía en el bolsillo, la saqué para comparar mis notas, y descubrí que precisamente en el mismo lugar donde estábamos y donde una camarera de mejillas sonrosadas llenaba los vasos a mis compañeros, mi infalible guía de tafílete situaba un fortín y añadía que valía la pena que el visitante inteligente se tomara la molestia de visitarlo con el objeto de asistir al cambio de guardia por la noche.

Aquello fue una sorpresa, pues ¿cómo iba a confundirse una taberna con un castillo?, y además era la hora del cambio de guardia y allí no se veía a ningún casaca roja. No obstante, no podía condenar por una pequeña

discrepancia al viejo sirviente de la familia que tan fielmente había servido a mi padre antes que a mí, y cuando supe que la taberna se llamaba Taberna del Fuerte Antiguo y me contaron que muchas de las piedras seguían en sus paredes, casi exoneré del todo a mi guía de la vaga acusación de haberme engañado.

Al día siguiente era domingo y tenía toda la jornada a mi disposición: «Ahora —pensé— mi guía y yo daremos un estupendo paseo por calles y callejas hasta los mismos confines de Liverpool».

Me levanté temprano y muy animado; llevé a cabo mis abluciones de pies a cabeza con «escrupulosidad oriental», me puse la camisa roja, la chaqueta de caza y mis pantalones de deportista y coroné mi figura con el sombrero de lona impermeable: con aquella curiosa combinación de prendas, y sobre todo con mi camisa roja, debía de tener un aspecto muy extraño: tres partes de deportista, dos de soldado y una de marinero.

Mis camaradas, por supuesto, se burlaron al verme aparecer, pero no les presté atención y, después del desayuno, salté a la orilla, lleno de exquisitos presentimientos.

Yo andaba muy tieso y era muy alto para mi edad, así que tal vez fuera ésa la razón de que, mientras andaba a toda prisa por el muelle, un camarero borracho gritara al pasar: «¡Vista al frente! ¡Paso ligero!».

Otro tipo me paró para preguntarme si iba a la caza del zorro, y un policía del muelle, estacionado en la puerta, después de observarme desde la garita, una cómoda guarida provista de bancos y periódicos, con chaquetas impermeables y capas embreadas colgadas de las paredes, salió a toda prisa, se cruzó en mi camino cuando me disponía a salir a la calle y me gritó: «¡Alto!». Le obedecí; después de inspeccionarme pertinazmente, quiso saber de dónde había sacado mi gorro de lona, pues no lograba comprender el fenómeno de que estuviera cubriendo la cabeza de un desarrapado cazador de zorros. Le señalé mi barco, que estaba a poca distancia y, cuando el eficaz funcionario comprendió por mi acento que era un yanqui, me dejó pasar.

Hay que decir que los policías estacionados a las puertas de los muelles controlan de forma muy estricta a los forasteros que salen de ellos, pues a bordo de los barcos se producen muchos robos y si ven algo sospechoso lo investigan sin piedad. Así los viejos que compran desechos y basura de los barcos deben vaciar sus sacos en presencia de la policía antes de que les permitan salir al otro lado del muro. Y a veces registran la ropa de algún sospechoso, aunque sea delgado y se note que lleva los bolsillos vacíos.

Pero ¿a dónde me dirigía?

Lo diré. Mi intención era visitar en primer lugar el hotel Riddough donde

se había alojado mi padre más de treinta años antes; y luego, con el plano en la mano, seguir sus recorridos por la ciudad, de acuerdo con la línea de puntos del diagrama. Así cumpliría con un peregrinaje filial a lugares que serían sagrados para mis ojos.

Por fin, cuando me encontré bajando por Old Hall Street hacia Lord Street, donde según la guía estaba ubicado el hotel, y cuando saqué el plano y vi que Old Hall Street estaba marcada en toda su extensión por la pluma de mi padre, afluyeron a mi corazón un millar de cariñosas emociones.

«Sí —pensé— por esta misma calle, no, por este mismo empavesado anduvo mi padre». Y luego casi me eché a llorar al considerar lo penoso de mi atuendo y notar cómo me miraba la gente; los hombres se quedaban mirando perplejos a aquel joven extranjero tan grotesco, y las ancianas con volantes y sombreros de castor cruzaban la acera para evitarme.

Qué aspecto tan distinto debió de tener mi padre, que tal vez vistiera una chaqueta azul, chaleco de gamuza y botas de Hesse. Y qué poco imaginaba que un hijo suyo visitaría alguna vez Liverpool convertido en un pobre y solitario grumete. Pero yo aún no había nacido cuando él anduvo sobre estas losas, ni tan sólo había sido concebido, no estaba incluido en el censo del universo. Mi propio padre no me conocía entonces, ni me había visto, ni había oído hablar de mí y ni siquiera había soñado conmigo. La idea me resultaba un poco triste, pues si en cierta época mi propio padre no había pensado ni por un momento en mí, ¿qué sería de mí después? «¡Pobre, pobre, Wellington —pensé—, triste muchacho! Hete aquí, extranjero en una ciudad extranjera, y la mera idea de que tu padre haya estado aquí antes que tú lleva implícita la idea de que entonces no te conocía ni le importabas lo más mínimo».

Pero aparté de mí como pude aquellas tristes reflexiones y seguí mi camino hasta llegar a Chapel Street, que crucé; y luego, pasando por debajo de un arco de piedra cuya oscuridad y estrechez me encantaron y llenaron mi alma de yanqui de ideas novelescas de abadías antiguas y monasterios, fui a parar al hermoso claustro de la Bolsa de Comercio.

Allí, apoyado en una de las columnas, saqué mi plano y seguí los pasos de mi padre a través de Chapel Street, por el mismísimo arco que tenía a mi espalda hasta el patio pavimentado donde estaba ahora.

Tan vívida fue la impresión de que él había estado allí y tan estrecho el pasadizo del que había salido que me dieron ganas de echar a correr para alcanzarlo junto al contiguo Ayuntamiento, al principio de Castle Street. Pero me contuve al pensar que había partido a donde ninguna búsqueda filial podría encontrarlo en este mundo. Y luego pensé en todo lo que debía de haber pasado desde que atravesó ese arco. En los muchos reveses y dificultades con los que se había encontrado, y en cómo le había azotado la tempestad de la

adversidad hasta que murió en bancarrota. Contemplé mi triste atuendo y me costó mucho contener las lágrimas.

Pero me recuperé, miré la piedra esculpida, consulté la guía y miré la estampa del lugar. Era correcta en todo, aunque le faltaba el adorno central del claustro, que, por tanto, debía de haber sido erigido después, lo que no iba en detrimento de la exactitud general de mi amiga.

El adorno en cuestión es un grupo estatuario en bronce sobre una base y un pedestal de mármol que representa a lord Nelson expirando en brazos de la Victoria. Un pie se apoya sobre un enemigo caído y el otro sobre un cañón. La Victoria está colocando una corona fúnebre sobre la frente del almirante moribundo, mientras la Muerte, bajo la imagen de un horrible esqueleto, introduce su mano huesuda entre la ropa del héroe y tantea en busca de su corazón. Es una escultura muy impresionante y realista: no podía mirar a la Muerte sin estremecerme.

A intervalos regulares alrededor de la base del pedestal, cuatro figuras desnudas y encadenadas, algo más grandes que si fuesen de tamaño real, están sentadas en diversas actitudes de humillación y desaliento. Una tiene la pierna cruzada sobre la rodilla y agacha la cabeza como si hubiese abandonado toda esperanza de sentirse mejor. Otra hunde abatida la cabeza y sin duda mira tristemente, pero como su rostro estaba vuelto hacia otro lado no pude ver su expresión. Aquellas desconsoladas figuras de cautivos representan las principales victorias de Nelson, pero no podía mirar sus miembros atezados y sus grilletes sin pensar involuntariamente en cuatro esclavos africanos en el mercado de esclavos.

Y pensé en Virginia y en Carolina y también en el hecho histórico de que el tráfico de esclavos africanos fue, en cierta época, el principal comercio de Liverpool, y que la prosperidad de la ciudad se suponía indisolublemente ligada a su continuación. Y recordé que mi padre les hablaba a menudo a los caballeros que visitaban nuestra casa de Nueva York de la infelicidad que había acarreado en Liverpool el debate sobre la abolición de dicho tráfico y que la lucha entre los sórdidos intereses y la causa de la humanidad había hecho tristes estragos entre los comerciantes, había separado a los hijos de sus padres e incluso a los maridos de sus mujeres. Y volví a pensar en el amigo de mi padre, el gran y buen Roscoe, el intrépido enemigo del tráfico, que ejerció su excelente talento en pro de su supresión escribiendo un poema (Los males de África) y varios panfletos y pronunciando un discurso en el Parlamento que, viniendo de un diputado por Liverpool, en principio tenía que hacerle perder muchos votos, y que tuvo no poca influencia en el triunfo de la causa de la sensatez y la humanidad.

Hasta qué punto me afectó aquel grupo estatuario, puede deducirse del

hecho de que no volví a pasar por Chapel Street sin pasar por aquel arco para volver a verlo. Ya fuese de noche o de día estaba seguro de encontrar a lord Nelson todavía agonizante, con la corona fúnebre de la Victoria sobre la punta de la espada y a la lúgubre Muerte atenazándolo como siempre, mientras los cuatro cautivos de bronce seguían lamentándose de su cautiverio.

El caso es que, en el rato que pasé aquel domingo junto a la verja de la estatua, noté que varias personas entraban y salían de un apartamento que había en un sótano debajo de las columnas; me acerqué y vi que era una sala de prensa, llena de archivos y papeles. Mi amor por la literatura me impulsó a abrir la puerta y entrar, pero un simple vistazo a mi sucia chaqueta de caza impulsó a un personaje de aspecto muy digno a cerrarme la puerta en las narices. Pasé un minuto pensando qué hacerle a aquel tipo, y por fin resolví dejarlo en paz y seguir mi camino, cosa que hice: bajé por Castle Street (llamada así, según la guía, porque antes había allí un castillo) y doblé por Lord Street.

Al llegar a esta calle, busqué en vano el hotel. Cualquiera comprenderá mi desilusión si considera que estaba ansioso por contemplar la mismísima casa en la se había alojado mi padre, donde había dormido y comido, fumado sus cigarros, abierto sus cartas y leído el periódico. Le pregunté a varias damas y caballeros dónde estaba el hotel desaparecido, pero ellos se limitaban a mirarme y pasar de largo; hasta que encontré a un mecánico, o eso parecía, que muy educadamente se detuvo a oír mis preguntas y me dio una respuesta.

—¿El hotel Riddough? —dijo—, palabra que me suena ese nombre, déjame pensar... Sí, sí... Mi padre se rompió un brazo ayudando a demolerlo. Muchacho, ¿no puede ser que estés hablando del hotel Riddough! ¿Qué se te ha perdido en él?

—¡Oh, nada! —repliqué—, le estoy muy agradecido por la información — y seguí mi camino.

Entonces lo vi todo más claro respecto a mi guía y se confirmaron mis más lúgubres sospechas: estaba anticuada casi medio siglo y era tan útil para visitar la ciudad como el plano de Pompeya.

Fue una reflexión triste, solemne y melancólica. El libro en quien tanta confianza había depositado, el de las tapas de tafilete verde y las esquinas como tricornios, el que estaba repleto de preciosos recuerdos familiares y contenía diecisiete grabados ejecutados según el estilo artístico más consumado, aquel precioso libro carecía casi totalmente de utilidad. Sí, lo que había guiado al padre no podía guiar al hijo. Y me senté a meditar en el escalón de una tienda.

«Apréndete la lección, Wellington —pensé— y no la olvides nunca. El

mundo, muchacho, no para de moverse, sus hoteles Riddough están siempre demoliéndose; nunca se detiene y sus arenas cambian incesantemente. El propio puerto de Liverpool se está colmando lentamente, según dicen, y quién sabe lo que verá tu hijo (si es que alguna vez tienes alguno) cuando venga a Liverpool tanto tiempo después de ti como tú de su abuelo. Y, Wellington, igual que a ti no te sirve la guía de tu padre, tampoco la tuya (si pudieses permitirte comprar hoy una moderna) les servirá a quienes vengan detrás de ti. Las guías de viaje, Wellington, son los libros menos fiables de la literatura; y casi toda la literatura, en cierto sentido, está hecha de guías. Las viejas nos hablan de cómo recorrían nuestros padres las vías y patios de antaño, aunque muy pocos de esos lugares pueden rastrearse en la posteridad; entre avenidas y nuevos edificios, ¡qué pocos siguen encontrándole sentido a una guía vieja! Cada época escribe sus propias guías y las viejas sólo sirven para pasta de papel. Sólo hay una guía sagrada, que nunca te engañará si la sigues con rectitud, y algunos nobles monumentos que perdurarán, aunque se desmoronen las pirámides».

Pero, aunque me levanté del escalón convertido en un chico más triste y más sabio, y aunque mi guía había sido despojada de su reputación de infalibilidad, no traté con contumelia ni desdén aquellas páginas sagradas que una vez le habían servido de ayuda a mi padre.

«No, mi pobre guía —pensé, acariciándole el lomo con ternura y alisándole con reverencia las hojas que tenía dobladas—, no te trataré con desprecio, vieja guía de tafilete, y seguirás siendo una guía fiable por muchas viejas callejas de la parte antigua de la ciudad, aunque te equivoques, de vez en cuando, a propósito de un hotel Riddough o de algún otro lugar olvidado del pasado».

Mientras la hojeaba con cariño, como haría alguien más dispuesto a amar que a regañar, mis ojos repararon en un pasaje relativo al «muelle viejo» que despertó mucho mi curiosidad. Decidí visitar aquel lugar sin mayor dilación y anduve en la que consideré la dirección correcta hasta llegar por fin ante un enorme y espléndido bloque de piedra arenisca esculpida, y, después de cruzar el umbral, comprendí, por varios indicios incontrovertibles, que debía tratarse de un edificio de aduanas. Después de admirarlo un rato, volví a sacar la guía y cuál sería mi sorpresa al descubrir que, de acuerdo con su autoridad, yo estaba totalmente equivocado con respecto al edificio, pues precisamente ahí era donde debía estar el muelle viejo. Seguí leyendo y encontré este acertado párrafo: «Lo primero que sorprende al visitante al llegar a este muelle es la singularidad de encontrar tan gran número de barcos atracados en el centro mismo de la ciudad, sin que se vea ninguna conexión con el mar».

¡Aquello sí que tenía difícil explicación! El viejo volumen de tafilete reconocía la gran «singularidad» del lugar y no trataba de negar que era, sin

duda, sorprendente, que aquel muelle fabuloso diera la impresión de no estar conectado con el mar. Sin embargo, el mismo autor seguía diciendo que «el perplejo visitante debe suspender por un momento su sorpresa y doblar a la izquierda». Pero ni a izquierda ni a derecha había ningún lugar que correspondiera a la descripción.

Era demasiado confuso y difícil de explicar, incluso teniendo en cuenta el crecimiento y mejora de la ciudad con el curso de los años. Así que, guía en mano, me acerqué a un policía que vi cerca, y le rogué que me dijera si conocía algún lugar en las proximidades llamado el muelle viejo. El hombre al principio me miró con sorpresa, y luego, al ver que parecía estar en mis cabales y le había preguntado con bastante educación, se golpeó las lustrosas botas con su bastón, se subió el cuello ribeteado de plata del abrigo y me inició en el conocimiento de los siguientes hechos:

Al parecer, en aquel lugar era donde estuvo originalmente la laguna a la que la ciudad debe parte de su nombre, y que antaño circundaba la parte antigua; dicha laguna se transformó en el muelle viejo para que pudiesen atracar los barcos, pero hacía unos años lo habían llenado de tierra y habían construido el edificio de aduanas que tenía delante.

Contemplé el lugar con un sentimiento parecido al del viajero oriental a orillas del Mar Muerto. Pues aquí parecía haberse dado al revés la perdición de Gomorra y un lago se había convertido en piedra sólida y cemento.

«Vaya, vaya, Wellington —pensé—, más te valdría guardarte el libro en el bolsillo y llevarlo a la Sociedad de Arqueología, pues está varios miles de leguas y muchos estadios por detrás de la marcha del progreso. Huele su vieja encuadernación de tafilete, Wellington, ¿no te parece que huele un poco a momia? ¿No te recuerda a Keops y las catacumbas? Te digo que se escribió antes que los libros perdidos de Livio, y es primo hermano de ese volumen irremediablemente perdido, titulado “Las guerras del Señor”, y citado por Moisés en el Pentateuco. Guárdalo, Wellington, guárdalo, amigo mío, y, en adelante, confía en tu olfato, que te servirá contra viento y marea para moverte por Liverpool y emplea el palo mayor de tu barco y la aguja de St. George como puntos de referencia».

«¡No! —y nuevamente le acaricié suavemente el lomo y le ajusté con cuidado una hoja suelta—. No, no, no te abandonaré todavía. ¡Ánimo, tafilete verde!, y guíame hasta la venerable abadía de Birkenhead, y deja que estos ojos ansiosos contemplen la mansión antaño ocupada por los viejos condes de Derby».

Pues el libro se explayaba sobre ambos lugares y contaba que la abadía estaba en la orilla de Cheshire, y que se veía perfectamente, cubierta de hiedra y musgo, desde una punta del lado de Lancashire. Y también que la casa de los

nobles Derby era hoy la cárcel de la ciudad, ¡y que esa circunstancia era de lo más sugestiva y parecía preñada de sabiduría!

Pero, ¡ay!, nunca llegué a ver la abadía; al menos no se veía ninguna desde el agua; y en cuanto a la mansión de los condes, nunca la vi.

¡Ay, y cien veces ay! ¿Acaso he de visitar la vieja Inglaterra en vano? En la tierra de Thomas Becket y el orgulloso Juan de Gante, ¿no vislumbraré siquiera algún monasterio o castillo? ¿Es que no hay nada en todo el imperio británico más que esas hileras humeantes de tiendas viejas y almacenes viejos? ¿Es Liverpool sólo un horno de ladrillo? ¡Aquí no hay ni un edificio que parezca tan antiguo como la vieja mansión con tejados a varias aguas de mi abuela materna, cuyos ladrillos trasladaron desde Holanda, mucho antes de la guerra revolucionaria! ¡Esto es un engaño..., un timo..., una farsa..., una estafa! La renombrada Inglaterra no es más antigua que el estado de Nueva York y, si lo es, dejadme ver las pruebas..., probadlo. ¿Dónde está la torre de Julio César? ¿Dónde el muro romano? ¡Mostradme Stonehenge!

«Pero, Wellington —me reproché a mí mismo—, estás sólo en Liverpool; los monumentos antiguos están al norte, al sur, al este y al oeste de donde estás; no eres más que un grumete y no puedes dártelas de turista rico y visitarlos con esa absurda chaqueta de caza. Qué se le va a hacer, muchacho».

Cierto, cierto. No soy el viajero que fue mi padre. No soy más que un marinero que ha cruzado el Atlántico.

Después de aquel largo y fatigoso paseo, llegué por fin a la pensión del Clíper de Baltimore y la hermosa Mary me sirvió un tazón de té, en el que ahogué, de momento, mi melancolía.

XXXII

LOS MUELLES

El Highlander pasó más de seis semanas atracado en el muelle del Príncipe, y en todo ese tiempo, además de anotar mis observaciones sobre los sitios más cercanos, hice varias excursiones a los muelles vecinos, pues no me cansaba de admirarlos.

Hasta entonces no había visto más que los raquíticos amarraderos de madera y los descuidados y desastrados embarcaderos de Nueva York, y aquellos enormes muelles llenaban mi imaginación de sorpresa y admiración. En Nueva York, por supuesto, me había impresionado la gran cantidad de barcos y el bosque enmarañado de mástiles a lo largo del East River, pero mi

asombro se había visto disminuido mucho por esos antiestéticos e irregulares embarcaderos que estoy convencido de que son una vergüenza y una lacra para la ciudad que tolera su existencia.

En cambio, en Liverpool, contemplé largas murallas chinas de mampostería, gigantescos embarcaderos de piedra y una sucesión de muelles bordeados de granito, totalmente cerrados y comunicados muchos entre sí, que casi traía a la memoria la gran cadena de lagos americanos: Ontario, Erie, St. Clair, Huron, Michigan y Superior. El tamaño y la solidez de aquellas estructuras casi parecía equivalente a lo que había leído de las viejas pirámides de Egipto.

Liverpool puede jactarse con justicia de haber creado el modelo de «dique húmedo» de la actualidad y todo lo relacionado con su diseño, construcción, regulación y mejora. Incluso Londres tuvo que copiarlo de Liverpool, y Le Havre siguió su ejemplo. En magnitud, coste y durabilidad, los muelles de Liverpool superan, incluso hoy, a cualquier otro del mundo.

El primer muelle construido en la ciudad fue el muelle viejo, al que aludí durante mi paseo dominical con la guía. Fue erigido en 1710, y desde entonces ha ido surgiendo esa larga línea de diques de mampostería que flanquea hoy la orilla del Mersey.

Se pueden recorrer kilómetros a lo largo de dicha orilla pasando de un muelle a otro como por una cadena de inmensas fortalezas: el del Príncipe, el muelle George, el de las Salinas, el muelle Clarence, el muelle Brunswick, el muelle Trafalgar, el muelle del Rey, el de la Reina y muchos más.

Movida por una gratitud patriótica a los héroes navales que con su valor hicieron tanto por proteger el comercio de Gran Bretaña, del que tanto dependía Liverpool, la ciudad hace mucho que bautizó sus calles más modernas con varios nombres ilustres, de los que se enorgullecería Broadway: Duncan, Nelson, Rodney, Cabo San Vicente, Nilo.

Pero me parece una lástima que no otorgasen tan nobles nombres a sus nobilísimos muelles, de modo que fuesen como una serie de monumentos destinados a perpetuar los nombres de los héroes relacionados con el comercio que tan bien supieron defender.

Y cuánto mejor serían esos emocionantes monumentos, mucho más llenos de vida y agitación que los solitarios obeliscos de Luxor, y las fútiles torres de piedra, que, inútiles para el mundo, aspiran en vano a eternizar un nombre tallándolo solitario en el granito. Esos monumentos son ciertamente cenotafios, fundados muy lejos de donde se labró su fama el héroe, que, si es un héroe de verdad, tendría que seguir ligado a los intereses de su raza, pues la auténtica fama es generosa, desinteresada, social y solidaria. No son más que

lápidas que conmemoran su muerte, pero que no celebran su vida. Me parece muy bien que sobre la tumba desconocida y tres veces más misera de un Dives se erija una enorme columna de mármol, que recuerde el hecho de que vivió y murió, pues esos registros son indispensables para conservar su escaso recuerdo entre los hombres, aunque se trate de un recuerdo que no tardará en desmoronarse con el mármol y en mezclarse con el olvido de la multitud. Pero construir semejante vanidad pomposa sobre los restos de un héroe es una calumnia a su fama y un insulto a su espíritu. Se construyen monumentos más duraderos en privado con las letras del alfabeto que los que pudo fundar el mismo Keops con todo Egipto y Nubia por cantera.

Entre los muelles mencionados arriba están los del Rey y la Reina. En la época me recordaron a menudo a las dos calles principales del pueblo de América del que yo procedía, que una vez tuvieron ese mismo nombre. Habían sido bautizadas antes de la Declaración de Independencia, y unos años más tarde, en una fiebre de libertad, se abolieron en una entusiasta reunión municipal donde se declaró solemnemente que el rey Jorge y su mujer eran indignos de ser inmortalizados por el pueblo de L. Un erudito local me contó que se encargó a un comité formado por dos barberos que escribiese al anciano y trastornado caballero para informarle de la nueva situación.

Como la descripción de uno de estos muelles de Liverpool servirá para retratar cualquiera de ellos, trataré de contar aquí cómo era el muelle del Príncipe, donde el Highlander descansó después de su travesía a través del Atlántico.

El muelle, de construcción relativamente reciente, probablemente sea el mayor de todos, y es bien conocido por los marineros americanos, por el hecho de que suele ser frecuentado por sus barcos. En él atracan los nobles paquebotes neoyorquinos, que en casa están al pie de Wall Street, y también los barcos algodonereros y los cargueros de Savannah y Mobile.

El muelle se construyó, como los otros, sobre el lecho del río en su mayor parte, después de sacar laboriosamente la tierra y la roca y de compactarlas de nuevo como material para construir los muelles y los embarcaderos.

Por el río, el muelle del Príncipe está protegido por un largo malecón de mampostería, coronado por un enorme muro, y, por el lado de la ciudad, por varios muros similares, uno de los cuales discurre a lo largo de una avenida. El espacio así circundado tiene forma oblonga y calculo que debe de ocupar entre seis y ocho hectáreas, aunque, como no tenía vara de topógrafo cuando lo calculé, no podría estar seguro.

El área ocupada sólo por el muelle, sin contar los embarcaderos que lo rodean, puede que sea de unas cuatro hectáreas. Desde la calle se accede a él a través de varias puertas, por lo que, una vez atrancadas, el muelle queda

cerrado como una casa. Desde el río se accede a través de una esclusa y los barcos sólo pueden entrar cuando el nivel del agua en el muelle coincide con el del río, es decir, cuando la marea está alta, pues el agua del muelle está siempre a esa altura. De modo que, durante la marea baja, la quilla de los barcos de los embarcaderos está casi seis metros por encima de la de los barcos del río. Eso, por supuesto, produce una extraña sensación en el visitante, que ve cientos de barcos enormes flotando muy altos en medio de un bloque de mampostería.

El muelle del Príncipe está, por lo general, tan atestado de barcos que la entrada de un recién llegado suele producir una gran agitación entre los ocupantes más antiguos. Los capitanes de muelle, cuya autoridad declara la chapa que llevan sobre el sombrero, suben a las popas y castillos de proa de los diversos navíos y les gritan por doquier a los desconocidos:

«¡Ah del Highlander! ¡Largad una bolina y apartaos del Neptuno! ¡Ah del Neptuno! ¡Largad una amarra por popa y separaos del Tridente! ¡Ah del Tridente, largad una bolina y poneos a popa del Intrépido!». Y así recorre a todos los barcos una especie de descarga eléctrica, pues si tocas uno es como si los tocaras todos. Esta labor irrita y exaspera mucho a los marineros, pese a que no es más que uno de los inconvenientes inevitables de los muelles cerrados, los cuales, a cambio, tienen innumerables ventajas.

Justo al otro lado de la esclusa hay una balsa, siempre conectada con el río, a través de una estrecha bocana entre dos embarcaderos. Esa balsa constituye una especie de antecámara al muelle propiamente dicho, donde los barcos esperan su turno para entrar. En caso de tormenta es evidente la necesidad de esa balsa, pues sería imposible amarrar un barco que entrase a favor de la marea después de cruzar el océano. De las olas turbulentas, primero se deslizan en la antecámara entre los dos embarcaderos y desde allí pasan al muelle.

Respecto al coste de los muelles, sólo puedo decir que el muelle del Rey, que incluye un área comparativamente menor, se completó con un coste de veinte mil libras esterlinas.

El vigilante de nuestro barco, un hombre oriundo de Liverpool que se había pasado la vida navegando, contaba una curiosa historia relativa a ese muelle. Uno de los barcos que transportó tropas desde Inglaterra hasta Irlanda durante la guerra del rey Guillermo de 1688 entró en el muelle del Rey el día de su inauguración en 1788, después de un intervalo de un siglo. Era un pequeño bergantín llamado Y lo más probable es que, como sus tablones debían de haberse cambiado varias veces a lo largo cien años, lo único que conservara del original fuese el nombre.

Los muros incluyen un área pavimentada muy extensa, y a lo largo de los

embarcaderos hay hileras de cobertizos de hierro concebidos como almacenes provisionales de las mercancías desembarcadas de los barcos. Nada supera el ajetreo y la actividad que se ven en esos muelles durante el día: balas, cajones, cajas y maletas van de un lado a otro en manos de miles de trabajadores; no dejan de entrar y salir carretas; los capitanes de muelle gritan constantemente; marineros de todas las naciones cantan mientras tiran de las drizas y toda esa conmoción aumenta con el retumbar de los altos muros, que multiplica el ruido.

XXXIII

LAS BARCAZAS DE SAL Y LOS BARCOS DE EMIGRANTES ALEMANES

Rodeado por su ancho cinturón de mampostería, cada muelle de Liverpool es una ciudad amurallada, llena de vida y conmoción, o, más bien, un pequeño archipiélago, un compendio del mundo, donde están representadas todas las naciones de la Cristiandad, e incluso del mundo pagano. Pues, en sí mismo, cada barco es una isla, una colonia flotante de la tribu a la que pertenece.

Aquí confluyen los confines más remotos de la tierra y las vergas y palos de todos esos barcos representan a todos los bosques del globo, como en un gran parlamento de mástiles. Canadá y Nueva Zelanda envían sus pinos; América, sus robles; la India, la teca; Noruega, sus abetos; y la muy honorable caoba, disputada por Honduras y Campeche, ocupa su puesto al timón. Aquí, bajo el benéfico influjo del Genio del Comercio, todos los climas y países se abrazan y las vergas se entrecruzan en un abrazo fraternal.

Un muelle de Liverpool es como un gran caravasar, un hotel al estilo espacioso y generoso de la Astor House. Aquí los barcos se alojan por un precio moderado, y no se les pide que paguen hasta el momento de la partida. Se les da acomodo y se les pone a resguardo del mal tiempo y otras calamidades. Pues me resisto a dar crédito a esas historias que he oído contar sobre terribles tormentas en las que los barcos amarrados en los muelles han perdido los masteleros de juanete. Cualesquiera que sean los trabajos y penalidades que hayan sufrido en su travesía, procedan de Islandia o de la costa de Nueva Guinea, una vez llegados aquí sus sufrimientos han concluido y pueden descansar en esta posada fluvial.

No sabría decir cuántas horas pasé contemplando los barcos del muelle del Príncipe y especulando sobre los viajes que habrían hecho y sus planes futuros. Algunos acababan de llegar, maltrechos y fatigados, de los puertos

más remotos; otros estaban de punta en blanco, alegres y dispuestos para hacerse a la mar.

Todos los días, el Highlander tenía algún nuevo vecino. Un negro bergantín de Glasgow, con su tripulación de sobrios escoceses, y un capitán de aspecto muy serio y ahorrativo, era sustituido por un alegre bergantín goleta francés de dos palos, en cuyo castillo de proa sonaba todavía el eco de las canciones, y cuyo alcázar estaba medio hundido de tanto baile.

Al otro lado, tal vez, un magnífico barco de pasajeros neoyorquino del tamaño de un navío de setenta y cuatro cañones, que era como un Mivart's o un Delmonico's flotante, le cedía su sitio a un barco de emigrantes rumbo a Sydney, que recibía a bordo su carga de pastores de los montes Grampianos que pronto cuidarían de sus rebaños en los valles y colinas de Nueva Holanda.

Sobre todo me gustaba y divertía una multitud de barcazas de sal, aparejadas como si fueran balandras y no mucho más grandes que un barco de práctico, aunque negras y altas de proa y con unas velas rojas, que parecían curtidas y teñidas como el cuero. Aquellas barquitas iban y venían con su cargamento hasta los barcos destinados a Norteamérica, y, cuando cinco o seis de ellas se abarloban al mismo tiempo al casco enorme de los navíos yanquis, parecían hormigas rojas alrededor de la carcasa de un búfalo negro.

Una vez cargadas, la borda de esas cómicas embarcaciones queda casi al nivel del agua y, con frecuencia, cuando soplaba viento fresco en el río, las vi volando entre la espuma, sin que se viera nada más que el mástil, la vela y un hombre en la caña del timón, con la carga cómodamente asegurada bajo las escotillas.

Era divertido ver la importancia que se daba el patrón de cualquiera de aquellas barcas diminutas. Se daba tantos humos como un almirante en la popa de un navío de tres puentes y, sin duda, tenía muy buena opinión de sí mismo. Y ¿por qué no iba a hacerlo? ¿Acaso César habría podido pedir más? Aunque su barcaza no fuese muy grande, estaba bajo sus órdenes; y, aunque su tripulación consistiera sólo en él mismo, si la gobernaba bien, conseguía un triunfo que los moralistas de todas las épocas han puesto muy por encima de las victorias de Alejandro.

Todas tienen un pequeño camarote, el más precioso, encantador y delicioso agujero del mundo, no mucho mayor que una alcoba antigua. Se ilumina por pequeños ventanucos redondos que hay en cubierta, de modo que, para el que está dentro, el techo es como un pequeño firmamento que centellea con radiaciones astrales. No obstante, el lugar no es muy apto para personas de estatura y es indispensable adoptar una posición sentada o recostada. Pero por muy pequeño, bajo y estrecho que sea el camarote, de algún modo aloja al patrón y a su familia. A menudo veía a la buena mujer, sentada junto al borde

de la portilla abierta, como una señora a la puerta de una casita de campo, ocupada en zurcirle los calcetines a su marido; o tal vez en cortarle el pelo mientras él se agachaba a sus pies. Y una vez que estaba preguntándome cómo se las arreglaría esa pareja para encontrar acomodo abajo, me sorprendió la ruidosa irrupción de varios niños de mejillas sonrosadas que salieron por la portilla como unos spaniels de una perrera.

En cierta ocasión tuve la curiosidad de subir a bordo de una barcaza de sal y entablé conversación con el patrón, un soltero, que cuidaba él solo de la barca. Resultó ser un tipo muy sociable y amable, al que le gustaba vivir con comodidad. Era casi de noche y me invitó a cenar en su santuario y nos sentamos como una pareja en el reservado de un bar.

—¡Je, je! —se rio arrodillándose junto a un grueso y húmedo barril de cerveza y colocando una jarra debajo del grifo—. Ya lo ves, Jack, aquí abajo tengo de todo y paso muy buenos ratos. No está mal tomarse un último trago antes de irse a dormir, ¿eh, Jack? En fin, moja un poco los labios, amigo. ¿Tienes una pipa...? Pero antes vamos a cenar.

Así que fue a un armarito que había colgado de la pared y tanteando en él y diciendo: «¿Qué tenemos aquí..., qué tenemos aquí?», sacó una barra de pan, un queso pequeño, un poco de jamón y un bote de mantequilla. Luego se colocó un tablero sobre las rodillas y puso la mesa, con la jarra de cerveza en el centro.

—Pero esa mesa sólo tiene dos patas —exclamé—, hagámosla de cuatro.

Y de ese modo dividimos la carga y cenamos tan contentos sobre nuestras rodillas.

Era un tipo rubicundo, de mejillas tostadas por el sol; y daba gusto ver la espuma de la cerveza burbujeando en su boca y centelleando en su barba castaña. Era tan parecido a un gran vaso de cerveza que casi me dieron ganas de cogerlo por el cuello y verter su contenido.

—Bueno, Jack —dijo cuando terminamos la cena—, ¿fumas? Pues llénate una pipa —y me alcanzó una petaca de piel de foca y una pipa. Estuvimos fumando en su pequeño despacho hasta que empezó a parecerse a un gran salón en Tofet, y, a pesar de la rubicunda nariz de mi anfitrión, apenas podía verlo entre la humareda.

—¡Je, je, muchacho! —se rio—, te aseguro que aquí no hay bichos, los ahúmo todas las noches antes de irme a dormir.

—¿Y dónde duerme? —le pregunté, mirando a mi alrededor sin ver nada remotamente parecido a una cama.

—¿Dormir? —respondió—, pues en mi chaqueta, no hay mejor colcha, y

como almohada empleo la cabeza. ¡Je, je!, divertido, ¿verdad?

—Muy divertido —dije.

—¿Quieres más cerveza? —preguntó—, tengo de sobra.

—No, gracias —repliqué—, tengo que irme. —El humo del tabaco y la cerveza me habían dado ganas de respirar aire fresco. Además, me remordía la conciencia por haberme entregado de ese modo a los placeres de la mesa.

—No te vayas —dijo—; no te vayas, muchacho, no salgas a la humedad; haz caso de un viejo cristiano. —Me puso la mano en el hombro—. Si sales ahora, se te pasará el efecto de la cerveza y te despejarás enseguida; en cambio, si te quedas, no tardarás en echar un sueñecito.

Pero, a pesar de aquellas tentaciones, le estreché la mano a mi anfitrión y me fui.

De todo lo que vi en los muelles nada me interesó tanto como los emigrantes alemanes, que subían a bordo de los grandes barcos neoyorquinos varios días antes de que se hicieran a la vela, para tener tiempo de instalarse cómodamente antes de partir. Ancianos decrepitos y niños de teta, chicas risueñas con corpiños de botones relucientes y hombres astutos de edad mediana, con pipas decoradas en la boca, se mezclaban en multitudes de cinco, seis y setecientos u ochocientos en un solo barco.

Todas las noches aquellos compatriotas de Lutero y Melanchton se reunían en el castillo de proa a rezar y cantar. Y era muy edificante escuchar sus sonoros himnos, que reverberaban entre los barcos abarrotados, y resonaban contra los altos muros de los muelles. Cerraba uno los ojos y pensaba que estaba en una catedral.

En alta mar observan la misma costumbre y, todas las noches, durante la guardia nocturna, entonan las canciones de Sión arrullados por el gran órgano marino: una piadosa costumbre de una raza devota, que envía así sus aleluyas por delante, a medida que se aproxima a una tierra desconocida.

Y mi país tiene en esos sobrios alemanes a la parte más valiosa y cabal de su población extranjera. Son ellos quienes han engrosado el censo de los Estados noroccidentales y quienes, al trasladar sus arados de las colinas de Transilvania a las praderas de Wisconsin y cultivar el trigo del Rin en los bancales de Ohio, recolectan el trigo, que, cien veces multiplicado, puede volver a sus parientes de Europa.

Hay algo en el modo en que ha sido poblada América que, al contemplarlo, destruye para siempre en cualquier espíritu noble los prejuicios nacionales.

Habitada por gente de todas las naciones, todas las naciones pueden reclamarla como suya. Es imposible derramar una gota de sangre americana

sin derramar la sangre del mundo entero. Ya sea inglés, francés, alemán, danés o escocés, el europeo que se mofa de un americano está llamando Raca a su propio hermano y se arriesga a ser juzgado por ello. No somos un pueblo estrecho de miras, de intolerante nacionalidad hebrea; nuestra sangre no se ha degradado en el intento de ennoblecerla con una sucesión exclusivamente limitada a nosotros mismos. No, nuestra sangre es como la corriente del Amazonas: está hecha de un millar de nobles afluentes que desembocan todos en uno. No somos tanto una nación como un mundo, pues a menos que podamos decir, como Melquisedec, que el mundo es nuestro padre, no tendremos ni padre ni madre.

Y es que ¿quiénes fueron nuestro padre y nuestra madre? ¿O es que podemos citar a algún Rómulo y Remo entre nuestros antepasados? Nuestros ancestros se pierden en la paternidad universal, y César y Alfredo, san Pablo y Lutero, y Homero y Shakespeare son tan nuestros como Washington, que es tan del mundo como nuestro. Somos los herederos de todos los tiempos, y compartimos nuestra herencia con todas las demás naciones. En este hemisferio occidental todas las tribus y los pueblos se están uniendo en un todo confederado, y habrá un futuro en el que veamos a los hijos de Adán reunidos como en el viejo hogar del Edén.

El otro mundo más allá de éste, por el que suspiraban los devotos antes de Colón, se descubrió en el Nuevo, y el plomo de la sonda que tocó por primera vez aquel fondo holló el suelo del paraíso terrenal. No era un paraíso entonces ni lo es ahora, pero lo será, si Dios quiere, con la madurez que da el tiempo. La semilla está sembrada y debe llegar la cosecha; y los hijos de nuestros hijos la segarán con sus hoces. Así se abolirá la maldición de Babel, llegará un nuevo Pentecostés, y la lengua que hablarán será la lengua de Gran Bretaña. A franceses, y daneses, y escoceses, a los habitantes de las orillas del Mediterráneo y las regiones que lo circundan, italianos, indios y moros, se les aparecerán lenguas como de fuego.

XXXIV

EL IRRAWADDY

De todos los barcos atracados en el muelle del Príncipe, ninguno me interesó tanto como el Irrawaddy de Bombay, un «barco del país», que es como llaman los europeos a las grandes embarcaciones originarias de la India. Hace cuarenta años, esos barcos mercantes eran casi los mayores del mundo, y todavía hoy superan en tamaño a la mayoría. Se construyen con la famosa madera de teca, el roble oriental, o, como dicen en Oriente, «el rey de los

robles».

El Irrawaddy acababa de llegar del Indostán con un cargamento de algodón. Lo tripulaban cuarenta o cincuenta «lascars», los marineros nativos de la India, que parecían estar al mando de un paisano suyo de una casta superior. Mientras que sus inferiores vestían prendas de lino a rayas, aquel dignatario llevaba una casaca militar roja resplandeciente con un cordón dorado, un tricornio y una espada desenvainada. Sus pies desnudos estropeaban, sin embargo, el efecto general.

En las tareas de desembarco de la carga, su labor parecía consistir en flagelar a la tripulación con la hoja de la espada, un ejercicio en el que la larga práctica le había convertido en todo un experto. Los pobres tipos saltaban con los cabos, ágiles como gatos.

Un domingo subí a bordo del Irrawaddy y aquel ujier oriental se me acercó y me puso la espada en la garganta. Yo la aparté cuidadosamente e hice un gesto para expresar el carácter pacífico de mis motivos. Después de lo cual me permitió pasar con mucha consideración.

El aroma de la oscura madera, intensificado por el olor del aparejo de «kayar», o fibra de coco, era tan extraño que creí estar en Pegu.

Los lascars estaban en el castillo de proa. Entre ellos había malayos, marathas, birmanos, siameses y cingaleses. Estaban sentados alrededor de varias escudillas llenas de arroz de las que, de acuerdo con su invariable costumbre, se servían con una mano, pues la otra la reservan para otro propósito muy diferente. Parloteaban como urracas en indostaní, aunque luego descubrí que muchos de ellos también hablaban muy buen inglés. Eran tipos de miembros cortos, nervudos y atezados, y, según me informaron, excelentes marineros, aunque mal adaptados a soportar los rigores de la navegación por los mares del norte.

Me contaron que siete de sus compañeros habían muerto en la travesía desde Bombay; dos o tres, después de cruzar el trópico de Cáncer, y el resto encontraron su destino en el Canal, donde su barco había sido recibido y zarandeado por la mar gruesa y las frías lluvias típicas de la zona. Dos más habían caído por la borda desde el botalón del petifoque.

Estaba compadeciéndome de la muerte de aquellos pobres tipos con un joven grumete inglés que había a bordo, cuando me dijo que la culpa la tenían ellos; nunca llevaban chaqueta y vestían sus finas ropas indias incluso cuando hacía muy mal tiempo. Hablaba de ellos como lo haría un granjero de unas ovejas muertas por una enfermedad.

El capitán del barco era inglés, igual que los tres oficiales y el contraemaestre. Los oficiales vivían a popa en el camarote, donde todos los

domingos pronunciaban las oraciones de la Iglesia de Inglaterra, y dejaban a los paganos del otro extremo del barco con sus dioses e ídolos. Y así, con la Cristiandad en el alcázar y el paganismo en el castillo de proa, el Irrawaddy surcaba los mares.

Como para simbolizar aquel estado de cosas, los «adornos» de popa incluían, entre otras muchas ornamentaciones talladas, una cruz y una mitra; mientras a proa el mascarón era una especie de diablo: una criatura con forma de dragón, con la boca roja y la cola peluda.

Después de desembarcar la carga, cosa que hicieron «al dulce son de las flautas y pífanos» —igual que se trabaja en la Armada al son del silbato del contramaestre—, a los lascares se les ordenó «desnudar el barco», es decir desaparecer todas las vergas y cabos.

En ese momento estaba atracado a nuestro lado y la babel que se organizó a bordo casi apagó el sonido de nuestras voces. Sin otra prenda que sus taparrabos, los lascares treparon al aparejo parlotando como si fueran monos, aunque haciendo gala de gran destreza y habilidad en su forma de trabajar.

Todos los domingos, multitudes de gente bien vestida iban al muelle a contemplar aquel barco tan singular; muchos incluso trepaban a los obenques de los barcos vecinos, con gran enfado del capitán Riga, que dio órdenes estrictas al vigilante de nuestro barco de que no dejase trepar a ningún extraño al aparejo del Highlander. Era divertido ver a aquellas damas ancianas con parasoles mientras observaban a los lascares desde el embarcadero, incluso cuando necesitaban cierta intimidad. Aquellas viejas e inquisitivas señoras parecían contemplar a los extraños marineros como una especie de animales salvajes, con tanta impunidad como a los leopardos en el jardín zoológico.

Una noche, al volver al barco, nada más pasar la puerta del muelle, vi una figura blanca apoyada junto al muro exterior. Resultó ser uno de los lascares que había bajado a tierra a fumar, pues las normas del puerto prohíben hacerlo abordo. Sorprendido por la curiosa forma de su pipa y el aroma que desprendía, le pregunté qué estaba fumando: me contestó que «Joggerry», que es una especie de hierba que usan en lugar del tabaco.

Al descubrir que hablaba bien el inglés y era muy comunicativo, como la mayoría de los fumadores, me senté junto a «Dallabdoolmans», como decía llamarse, y nos pusimos a conversar. Tan instructivo fue su discurso que, al despedirnos, mi sabiduría había aumentado mucho. De hecho, es un don del cielo conocer a alguien que sabe cosas que jamás soñaste, cuyas vivencias son como las de un habitante de otro planeta..., totalmente extrañas y una nueva revelación. Si uno quiere aprender cosas novelescas, o adquirir conocimientos sobre cosas pintorescas, curiosas y maravillosas, es mejor dejarse de libros de viajes y darse un paseo a lo largo de los muelles de un gran puerto comercial.

Hay diez probabilidades contra una de encontrar al auténtico Crusoe entre la multitud de marineros de todas las partes del globo.

Pero no es éste el lugar para enumerar todas las cosas de las que hablamos mi amigo lascar y yo; trataré sólo de reproducir su explicación sobre la madera de teca y la cuerda de «kayar», dos cosas que habían despertado mi curiosidad y sobre las que le pedí información.

El «sagoon», como llamó al árbol de donde se saca la teca, crece entre las montañas de Malabar, desde donde se envían grandes cantidades a Bombay para la construcción de barcos. También me habló de otro tipo de madera, el «sissor», de la que se fabrican todos los «brazos» o «curvas» y demás tablas torcidas de los «barcos del país». El sagoon crece hasta alcanzar un tamaño enorme, a veces de cinco metros de altura, con un grosor de un metro de diámetro, hasta la primera rama. Sus hojas son muy grandes y, para que me hiciera una idea, mi lascar las comparó con las orejas de los elefantes. Dijo que de ellas se extraía una tintura de color púrpura para teñir sedas y algodones. La madera es más pesada que el agua, se trabaja con facilidad y es extremadamente fuerte y duradera. Pero su mérito principal consiste en que resiste la acción del agua salada y el ataque de los insectos gracias a que contiene un aceite resinoso llamado «poonja».

Para mi sorpresa, me informó de que el Irrawaddy lo habían construido carpinteros nativos de la India, que —añadió— superan a los artesanos europeos.

El aparejo también era de manufactura nativa. Como el «kayar», del que estaba hecho, empieza a emplearse tanto en Inglaterra como en América, lo mismo para fabricar cuerdas y cabos que para hacer esteras y alfombras, puede que la explicación de mi amigo lascar, unida a mis propias observaciones, no carezcan de interés.

En la India se fabrica casi del mismo modo que en la Polinesia. Los cocos se recogen cuando la corteza está todavía verde y sólo ha empezado a madurar; la corteza se le quita golpeándolo con fuerza con ambas manos contra una estaca puntiaguda plantada en el suelo. De ese modo, un muchacho puede pelar casi mil quinientos cocos al día. Sin embargo, el «kayar» no se fabrica con la corteza, como podría suponerse, sino con la cáscara, que, después de empaparla en agua, se golpea con mazos para convertirla en fibras. Después se seca al sol y se puede hilar como el cáñamo o cualquier otra sustancia similar. La fibra así producida sirve para fabricar cuerdas muy resistentes y duraderas, y extremadamente bien adaptadas, por su ligereza y durabilidad, para formar parte de la jarcia viva del barco, y por esas mismas causas, unidas a su gran resistencia y flotabilidad, muy adecuadas para cables gruesos y calabotes.

En cambio la elasticidad del «kayar» lo hace muy poco indicado para los obenques y la jarcia muerta del barco, que requieren mucha más firmeza. Por eso, como los obenques del Irrawaddy eran todos de ese mismo material, el lascar me contó que se pasaban el día reparando la jarcia muerta, según el tiempo fuese frío o cálido. Y atribuyó a esa circunstancia la pérdida de un mastelero de velacho durante una tormenta que les sorprendió entre los trópicos.

Tras una estancia de unas dos semanas, reemplazaron las pesadas vergas indias por otras de pino canadiense, y los obenques de «kayar» por unos de cáñamo. Luego reunieron a sus paganos y se hicieron a la vela rumbo a Londres.

XXXV

GALERAS, UN BERGANTÍN DE LA COSTA DE GUINEA Y UNA CAPILLA FLOTANTE

Otra embarcación muy curiosa, que se ve a menudo en los muelles de Liverpool, es la galera holandesa, un barco de aspecto anticuado de bordas bajas y proa y popa muy altas, que, visto entre la multitud de mercantes yanquis y coquetos bergantines franceses, siempre me recordó a un tricornio entre elegantes sombreros de copa.

El modo de construir las galeras no ha cambiado desde hace siglos, y las naciones europeas septentrionales, los daneses y los holandeses, todavía surcan las aguas saladas en estos barcos planos como saleros, aunque también disponen de otros buques más modernos.

Las galeras rara vez se pintan de colores, sino que se cepillan y barnizan todas sus planchas y vergas de modo que, en conjunto, recuerdan a las fajas de pintura que rodean a los barcos americanos.

Algunas están escrupulosamente limpias y ordenadas y parecen una fuente de madera bien fregada, o a una vieja mesa de roble en la que hubiesen empleado mucha cera y fuerza de codos. Con el viento de popa navegan muy bien, pero son tan anchas de casco y tienen el fondo tan plano que, de bolina, tienden a derivar mucho y avanzan con una lentitud penosa.

Todos los días llegaba algún barco nuevo al muelle del Príncipe; y apenas me daba tiempo a contemplar boquiabierto algún barco extranjero de Surat o el Levante sin que apareciese otro de apariencia aún más exótica que absorbiese mi atención.

Entre otros, recuerdo un pequeño bergantín de la costa de Guinea. Por su aspecto era el barco ideal de un traficante de esclavos: bajo de borda, negro, con la proa construida al estilo de un clíper y las cubiertas en un estado de pirático desorden.

Llevaba un cañón largo y oxidado sobre un gancho giratorio, y ese cañón era ya de por sí toda una curiosidad. Debía de tratarse de algún viejo veterano jubilado por el gobierno y vendido por un precio irrisorio. Era una antigüedad cubierta de inscripciones casi borradas, coronas, áncoras, águilas, y tenía dos asas cerca de los muñones, como las de una sopera. El cascabel tenía forma de cabeza de delfín, y, con un toque de humor, el oído imitaba a una oreja humana, y debía de tener un tímpano muy resistente para soportar las conmociones que seguramente había oído.

El bergantín, muy sobrecargado, estaba anclado entre dos grandes barcos en lastre, por lo que su cubierta estaba casi seis metros por debajo de las de sus vecinos. Encerrado de ese modo, sus escotillas parecían la entrada a una bóveda profunda o a una mina, sobre todo porque sus tripulantes iban sacando de su interior una especie de mineral, que bien podría haber sido de oro, a juzgar por lo escrupulosamente que contaban los cuartillos cuando lo transportaban al embarcadero, y por lo meticulado que era el capitán, un tipo moreno y patillado con un gorro maltés con borla, a la hora de vigilar a los marineros con su lápiz y su libro de asientos en la mano.

Los de la tripulación tenían aspecto de bucaneros, con sus pechos peludos, sus camisas purpúreas y los brazos salvajemente tatuados. El oficial tenía una pierna de madera, y cojeaba apoyado en un bastón retorcido como una escalera de caracol. A bordo de aquel barco se blasfemaba mucho, lo que aún se volvió más reprobable cuando les mandaron atracar junto a la capilla flotante.

Dicha capilla no era más que el casco de un viejo balandro de guerra que habían convertido en iglesia para los marineros. Habían construido una casa encima y una aguja ocupaba el lugar del mástil. Cerca de la base de la aguja, a unos seis metros del agua, había un balconcito donde, los días laborables, veía a un viejo marino jubilado leyendo su Biblia. Los domingos izaba la bandera de la casa del Señor y, como el almuédano que convoca a voces a la oración desde lo alto de una mezquita turca, llamaba a los marineros que pasaban por allí a cumplir con su devoción, no de forma oficial, sino por su cuenta, animándoles a dejarse de tonterías y a reunirse alrededor del púlpito igual que lo hacían alrededor del cabrestante en un buque de guerra. Aquel viejo respetable era el sacristán. Yo asistí varias veces a la capilla y encontré allí una congregación muy disciplinada, aunque reducida. La primera vez que fui, el capellán disertaba sobre los castigos venideros y hacía alusión al Tártaro, lo que, unido al olor a brea del viejo cascarón, evocó en mí la imagen más

poderosa del infierno que haya imaginado jamás.

Las capillas flotantes que se encuentran en algunos de los muelles constituyen uno de los medios con los que se ha intentado inducir a los marineros que visitan Liverpool a dedicar sus pensamientos a cosas serias. Pero, como a muy pocos se les ocurre entrar en esas capillas, a pesar de que pasan por delante de ellas veinte veces al día, algunos clérigos, los domingos, les predicán al aire libre, desde las esquinas de los embarcaderos o desde allí donde puedan conseguir algo de público.

Siempre que en mis paseos dominicales veía una de esas congregaciones, me unía a ella y acababa rodeado de una abigarrada multitud de marineros de todas las partes del globo, mujeres, estibadores y toda suerte de trabajadores de los muelles. Con frecuencia, el clérigo se subía a un viejo tonel, ataviado con la ropa canónica, como corresponde a un clérigo de la Iglesia de Inglaterra. Nunca he escuchado sermones mejor adaptados a un público, que, como los marineros, se conmueve sobre todo, si no únicamente, por los preceptos más simples y por demostraciones del misterio del pecado tan concluyentes e innegables como las de Euclides. Con hombres así de nada sirve la mera retórica y las frases elegantes son vanas. No se les puede conmover con tropos poéticos. Hacen falta hechos claros para llevarlos al redil.

Y así era como les predicaban los clérigos en cuestión: escogían para sus sermones asuntos que les resultaran familiares y se los explicaban de modo que pudieran entenderlos, y siempre lograban atraer su atención. En particular, se demoraban en los dos grandes vicios a los que más proclives son los marineros, y que practican hasta arruinar tanto sus cuerpos como sus almas. Y varias veces, en los muelles, he visto a un clérigo con sus vestiduras sacerdotales dirigiéndose a una gran audiencia de mujeres llegadas de los conocidos callejones de los alrededores.

¿Acaso no es así como debe ser? La verdadera vocación de los reverendos clérigos consiste, igual que la de su divino Maestro, en llevar al arrepentimiento no a los virtuosos, sino a los pecadores. Si algunos dejaran las cómodas congregaciones de convertidos y se hundieran como hizo san Pablo en los infectos centros y en el corazón del vicio, tendrían de verdad un poderoso enemigo al que combatir y una victoria sobre él les haría merecedores de la corona de laurel del vencedor. Es mejor salvar a un pecador de un vicio evidente que le está destruyendo que adoctrinar a diez mil santos. E, igual que en las ciudades católicas los altares de la Virgen María y el Niño Jesús les recuerdan constantemente el cielo a los viandantes desde cada esquina, deberían fundarse púlpitos protestantes en los mercados y en las esquinas, donde los hombres de Dios podrían ser oídos por todos sus hijos.

XXXVI

LA ANTIGUA IGLESIA DE SAN NICOLÁS Y LA CASA DE LOS MUERTOS

La capilla flotante me trae a la memoria la «Iglesia antigua», bien conocida por los marineros de muchas generaciones que han visitado Liverpool. Es un bloque venerable de piedra arenisca que hay cerca de los muelles y que los de la ciudad llaman la iglesia de san Nicolás. Creo que es el edificio antiguo mejor conservado de Liverpool.

Antes de que la ciudad tuviera alguna importancia, era el único lugar de adoración a ese lado del Mersey, y, adscrita a la parroquia vecina de Walton, era una capilla de acogida, aunque, con esos bancos de respaldo tan recto, poco cómodo podía encontrarse en ella.

En los viejos tiempos había, enfrente de la iglesia, una estatua de san Nicolás, el patrón de los marineros, al que hacían ofrendas todos los marineros devotos, para que el santo les otorgara travesías cortas y provechosas. En la torre hay un hermoso juego de campanas, y recuerdo mi alegría cuando las oí el primer domingo después de arribar al muelle. Parecían llevar consigo una especie de advertencia, similar a la premonición que sintió el joven Whittington al oír las campanas de Bow. «¡Wellington! ¡Wellington!, no te olvides de ir a la iglesia, ¡Wellington! ¡No te olvides, Wellington! ¡No te olvides!».

Treinta o cuarenta años antes, se hacían sonar las campanas cada vez que llegaba un barco de un largo viaje. ¡Qué bien ilustra eso el aumento del comercio en la ciudad! Si se observase hoy la misma costumbre, las campanas apenas dejarían de sonar.

Lo más notable de aquella iglesia antigua y venerable, y también lo más bárbaro y discordante con la veneración con la que consideraba yo aquella estructura santificada por el tiempo, era la condición en que estaba el cementerio que la rodeaba. Debido a su proximidad a los lugares más frecuentados por los enjambres de trabajadores de los muelles, lo cruzan, una y otra vez, caminos en todas las direcciones, y, como las lápidas no están de pie, sino horizontales (de hecho forman el auténtico empavesado del lugar), las multitudes andan constantemente sobre los muertos y borran con sus talones las calaveras y las tibias entrecruzadas, últimos recuerdos de los fallecidos. A mediodía, cuando los estibadores ocupados en cargar y descargar los barcos se retiran una hora a comer un poco, muchos van al cementerio, se sientan en una lápida y utilizan la de al lado como mesa. A menudo, vi a hombres durmiendo la mona sobre una de esas losas; y una vez, le aparté a un

tipo el brazo y leí la siguiente inscripción, que, en cierto modo, era fiel a la vida, si no a la muerte:

AQUÍ YACEN LOS RESTOS DE
TOBÍAS BEBEDOR

Por dos memorables circunstancias, relacionadas con esta iglesia, estoy en deuda con mi excelente amigo, Tafiote, que me cuenta que, en 1588, el conde de Derby acudió a su residencia en espera de un pasaje para ir a la isla de Man, y la corporación municipal erigió y adornó un suntuoso banco de la iglesia para darle la bienvenida. Y además que, en la época de las guerras de Cromwell, cuando el lugar fue ocupado por el príncipe Rupert, el alocado sobrino del rey Carlos, la iglesia antigua se convirtió en prisión militar y en establo, y, sin duda, erigirían otro «suntuoso asiento» para el caballo de algún noble oficial de caballería.

En el sótano de la iglesia está la Casa de los Muertos, como la Morgue de París, donde se exponen los cuerpos de los ahogados hasta que los reclaman sus amigos o los entierran a cargo del erario público.

En los barcos trabajan tantas personas que la Casa de los Muertos siempre suele tener ocupantes. Cada vez que pasaba por Chapel Street, veía a una muchedumbre asomada a las lúgubres rejas de hierro para ver los rostros de los ahogados que había dentro. Y, una vez que la puerta estaba abierta, vi a un marinero tendido allí, tieso y rígido, con la manga de la camisa enrollada que mostraba su nombre y fecha de nacimiento tatuados en el brazo. Era una imagen llena de sugerencias: el hombre parecía su propia lápida.

Me contaron que hay recompensas fijas por sacar a las personas que se caen al agua en los muelles: más cuantiosas si se las saca con vida, y menos si se han ahogado sin remedio. Hay muchos hombres y mujeres horribles que, atraídos por el dinero, se pasan el día recorriendo los muelles en busca de cadáveres. Se los veía sobre todo a primera hora de la mañana, cuando salían de sus madrigueras, por el mismo principio que los traperos y los basureros empiezan a trabajar al rayar el alba, cuando ha madurado la cosecha nocturna.

No parece haber desgracia humana a la que no se le pueda sacar provecho. Los empleados de funeraria, los sacristanes, los sepultureros y los conductores de coches fúnebres se ganan la vida con los muertos y prosperan en épocas de pestilencia. Y aquellos viejos miserables buscaban cadáveres para no acabar ellos mismo en el cementerio, pues estaban todos famélicos.

LO QUE VIO REDBURN EN EL PASAJE LANCELOT

La Casa de los Muertos me trae a la memoria otros tristes recuerdos, pues en las cercanías de los muelles se ven cosas muy penosas.

De camino a la pensión del clíper de Baltimore pasaba casi siempre por una estrecha callejuela llamada «pasaje Lancelot», donde había varios almacenes de algodón de aspecto carcelario. En esa calle, o más bien callejón, rara vez se veía a nadie salvo a algún carretero, o a algún vigilante del almacén que merodeaba por su tenebrosa guarida como un fantasma.

Una vez, al pasar por allí, oí un llanto muy débil que parecía provenir de las profundidades de la tierra. No se veía ni un alma y las sombrías paredes rodeaban la tortuosa acera por todas partes y convertían en crepúsculo la luz del día. Cuando oí aquel triste ruido me llevé un buen susto y estuve a punto de echar a correr. Parecía el llanto inagotable y desesperado de una persona que se hubiera perdido para siempre. Finalmente me acerqué a una trampilla que comunicaba con la profunda bodega de un almacén decrepito; y allí, a unos cinco metros por debajo de la acera, acurrucada en una miseria innumerable y con la cabeza gacha, vi la silueta de lo que había sido una mujer. Sus brazos azulados rodeaban dos objetos encogidos en su regazo que parecían niños y se apoyaban en ella, uno a cada lado. Al principio, no supe si estaban vivos o muertos. No vi el menor indicio, ellos no se movieron ni rebulleron, pero en la bodega se seguía oyendo aquel llanto que helaba la sangre.

Hice un ruido con el pie, que retumbó en el silencio, cerca y lejos, pero no hubo respuesta. Luego otro más fuerte y uno de los niños levantó la cabeza, miró desmayadamente hacia arriba y luego cerró los ojos y se quedó quieto. La mujer también miró hacia arriba y me vio, pero volvió a bajar la mirada. Estaban entumecidos y a punto de morir de inanición. Ignoro cómo se habían arrastrado hasta aquella madriguera, pero sin duda lo habían hecho buscando un lugar donde morir. La muerte estaba tan grabada en sus ojos vidriosos e indiferentes que en ese momento ni siquiera pensé en ayudarles y casi los miré como si ya estuviesen muertos. Me quedé observándolos con el alma en vilo y me pregunté qué derecho tenía nadie en el mundo a sonreír y estar contento cuando ocurrían cosas así. Aquello bastaba para helarle el corazón a cualquiera y para convertir a un Howard en un misántropo. ¿Qué eran esos fantasmas que estaba viendo? ¿Acaso no eran personas? ¿Una mujer y dos niñas? ¿Con ojos, y labios y orejas como cualquier reina?, y con corazones que, aunque no rebosaban de sangre, latían con el dolor sordo y mortecino que era su vida.

Por fin, seguí andando hacia un descampado que había al lado del callejón,

con la esperanza de encontrar a alguna de las mujeres harapientas que había visto a diario hurgando en la basura, en busca de pequeñas partículas de algodón que luego lavaban y vendían por cuatro perras.

Las encontré, abordé a una de ellas y le pregunté si conocía a las personas que acababa de ver. Me respondió que no y que tampoco quería hacerlo. Luego le pregunté a otra, una mujer mísera y desdentada que iba envuelta en una especie de toscó chal hecho jirones. Me miró un momento y, a continuación, siguió hurgando en la basura y me dijo que sabía de quién le hablaba, pero que no tenía tiempo de cuidar de una mendiga y de sus mocosos. Me acerqué a otra que parecía saber lo que me había llevado hasta allí. Le pregunté si no había ningún lugar donde pudieran llevar a la mujer.

—Sí —respondió—, al cementerio.

Yo le dije que estaba viva y no muerta.

—Entonces no se morirá —fue su respuesta—. Lleva tres días ahí abajo sin comer nada... Lo sé de buena tinta.

—Se lo merece —dijo una vieja bruja mientras se echaba sobre los hombros encorvados la bolsa con lo que había recogido y se alejaba cojeando —, se lo merece esa Betsey Jennings... ¿Por qué no se casó, eh?

Salí del pasaje Lancelot, llegué a una calle más frecuentada y en cuanto encontré a un policía le conté el estado en que estaban la mujer y las niñas.

—No es asunto mío, amigo —me dijo—. Esa calle no está en mi sector.

—Entonces ¿quién se encarga?

—No lo sé. Pero ¿a ti qué más te da? Eres yanqui, ¿no?

—Sí —respondí—, pero vamos, si quiere le ayudaré a sacar a la mujer.

—Vamos amigo, vuelve a tu barco y quédate allí y deja que el municipio se ocupe de esas cosas.

Abordé a otros dos policías, pero sin mucho más éxito, y ni siquiera se dignaron acompañarme. Lo cierto es que era un lugar silencioso, oculto y apartado, donde nadie reparaba en la desgracia de aquellas tres desdichadas.

Volví con ellas y otra vez di varias patadas para llamar su atención, aunque esta vez ninguna de las tres me miró ni se movió siquiera. Mientras dudaba qué hacer, una voz me llamó desde lo alto de la ventana enrejada de un desván que daba a la calle. Yo le pedí al hombre, una especie de vigilante, que bajara, cosa que hizo cuando señalé a la bodega.

—Bueno —dijo—, ¿y qué?

—¿No podríamos sacarlas? —pregunté—. ¿No tiene algún sitio en su

almacén donde podamos instalarlas? ¿No tiene nada de comer?

—Debes de estar loco, muchacho —respondió—, ¿acaso crees que Parkins & Wood quieren ver su almacén transformado en hospital?

Luego fui a la pensión y le conté a la hermosa Mary lo que había visto y le pregunté si no podría hacer algo para que sacasen de allí a la mujer y a las dos niñas; o, en caso de que no pudiera, que me diese un poco de comida para ellas. Pero, aunque en conjunto no era mala persona, Mary me contestó que ya tenía bastante con darles limosna a los mendigos de su propia calle (cosa que hacía, efectivamente) como para encima tener que cuidar de todo el vecindario.

Fui a la cocina y abordé a la cocinera, una anciana galesa bajita y apergaminada, de lengua acerada, a quien los marineros llamaban «Brandy-Nan» y le rogué que me diera un poco de comida fría, si no tenía algo mejor, para llevarla a la bodega. Pero prorrumpió en una catarata de insultos contra los míseros ocupantes de la bodega y se negó. Luego entré en el comedor donde estaban sirviendo la cena, esperé a que saliera la chica y cogí un poco de pan y queso de una mesa, lo oculté entre la ropa y salí de la casa. Corrí al callejón y arrojé la comida en la bodega. Una de las niñas la cogió convulsa, pero la soltó desfalleciente; la hermana le apartó el brazo y cogió el pan, aunque de forma débil y vacilante como un bebé. Se lo llevó a la boca, pero lo soltó y murmuró algo parecido a «agua». La mujer no se movió: seguía con la cabeza gacha como la primera vez que la vi.

En vista de eso, corrí a los muelles hasta una sucia tabernucha de marineros y pedí que me dieran una jarra de agua, pero el viejo mezquino que la regentaba se negó a menos que le pagara. Yo no llevaba dinero encima. Así que, como la pensión caía un poco lejos y perdería mucho tiempo en ir a buscar mi gran pote de hierro al barco, corrí a una de las bocas de riego que recordaba haber visto utilizar para apagar los restos de un incendio en una trapería, me quité un sombrero nuevo de lona impermeable que me habían prestado y lo llené de agua.

Volví al pasaje Lancelot y, con tantas dificultades como si estuviera bajando a un pozo, me las arreglé para bajar a la bodega, donde apenas había espacio para estar de pie. Las dos niñas bebieron del sombrero mirándome con una expresión obtusa e inalterable que hizo que me diera vueltas la cabeza. La mujer no dijo ni una palabra y no se movió. Mientras las chicas rompían el pan y se lo comían, traté de levantarle la cabeza, pero, a pesar de su debilidad, parecía empeñada en no moverla. Al ver que seguía con los brazos apretados contra el regazo y que parecía tener algo oculto entre los harapos, me cruzó la cabeza una idea que me empujó a apartárselos por la fuerza un momento: me encontré un bebé famélico con la parte inferior del cuerpo metido en un bonete

viejo. Tenía el rostro deslumbrantemente blanco, a pesar de tanta miseria, pero los ojos cerrados parecían bolas de índigo. Debía de llevar varias horas muerto.

La mujer se negó a hablar, comer o beber, y le pregunté a una de las niñas quiénes eran y dónde vivían, pero se quedó mirando al vacío y murmuró algo incomprensible.

Aquel ambiente empezaba a hacérseme irrespirable, aunque me quedé un momento dudando de si podría sacarlas a rastras de allí. Sin embargo, en caso de que lo lograra, ¿qué haría luego? Morirían en la calle, y aquí al menos estaban a cubierto de la lluvia; y, lo que es más, podrían morir en soledad.

Trepé hasta la calle y, al volver a mirarlas, casi me arrepentí de haberles llevado comida, ya que comprendí que sólo serviría para prolongar su desgracia sin la menor esperanza de aliviarlas de forma permanente, y que no tardarían en morir, pues era demasiado tarde para que la medicina pudiera serles de ayuda. No sé si atreverme a confesar otra cosa que se me ocurrió mientras estaba allí, pero fue lo siguiente: sentí un impulso casi irresistible de hacerles un último favor y poner fin, de algún modo, a su horrible vida; y lo habría hecho de no habérmelo impedido la idea de la ley. Pues sabía bien que la ley, que las dejaba morir solas sin darles ni un vaso de agua, se gastaría mil libras, si hiciese falta, en condenar a quien se ofreciera siquiera a poner fin a su mísera existencia.

Al día siguiente, y al siguiente, pasé tres veces por la bodega y siempre vi la misma estampa. Las niñas apoyadas a cada lado de la mujer, y la mujer abrazada todavía al bebé con la cabeza gacha. La primera noche no vi el pan que les había echado por la mañana, pero la segunda el pan que les eché se quedó sin tocar. A la tercera mañana el olor que salía de la bodega era tal que abordé al mismo policía con el que había hablado antes, que estaba patrullando la misma calle y le dije que las personas de las que le había hablado habían muerto, y que sería mejor que mandase sacarlas de allí. Me miró como si no me creyera y añadió que la calle no estaba en su sector.

De vuelta a los muelles, camino del barco, entré en el cuartel que había al otro lado del muro y pregunté por uno de los capitanes, a quien le conté toda la historia, pero, por lo que dijo, pude deducir que la policía del puerto era distinta de la de la ciudad, por lo que aquél no era el lugar indicado para comunicar aquella información.

Esa mañana no pude hacer nada más, pues tenía que volver al barco, pero a las doce, cuando bajé a comer, corrí al pasaje Lancelot y descubrí que la bodega estaba vacía. En lugar de la mujer y las niñas había un reluciente montón de cal.

No pude averiguar quién se las había llevado, o dónde las dejaron, pero mis oraciones habían tenido respuesta: estaban muertas y en paz.

No obstante, volví a mirar a la bodega y me pareció ver las formas pálidas y encogidas acurrucadas allí todavía. ¡Ah! ¿De qué sirven nuestras creencias y cómo es que tenemos esperanza de salvarnos? Vuelve a contarme, oh Biblia, la historia de Lázaro para que pueda encontrar consuelo en mi corazón para los pobres y los desamparados. Rodeados como estamos de los infortunios y necesidades del prójimo e inclinados, sin embargo, a proseguir con nuestros propios placeres sin prestar atención a su sufrimiento, ¿no somos como gente velando un cadáver que se estuviera divirtiendo en la casa del difunto?

XXXVIII

LOS MENDIGOS DEL MURO

Podría contar otras cosas que me ocurrieron en las seis semanas y pico que estuve en Liverpool, y en las que visité las bodegas, lavaderos y cuchitriles de los callejones y patios que había junto al río. Pero contarlas sería repetir la historia que acabo de relatar, así que vuelvo a los muelles.

Las viejas que se dedicaban a recoger trozos de algodón en el descampado pertenecían al mismo grupo de personas que se veían a todas horas tras los muros del muelle hurgando, una y otra vez, en los montones de basura desembarcados de las bodegas de los barcos.

Como va contra la ley arrojar cualquier cosa por la borda, aunque sea un trozo de cabo, y como dicha ley se diferencia de otras similares de Nueva York en que se aplica rígidamente por los capitanes de muelle, y, como además después de desembarcar la carga queda mucha porquería y embalaje inútil en la bodega, la cantidad de basura acumulada en los contenedores instalados para depositarla a lo largo de los muros es enorme, y aumenta con cada barco que descarga en los muelles.

Junto a esos repugnantes montones se ven decenas de mendigos andrajosos, que, armados con viejos rastrillos y azadas, revuelven en la basura y celebran encontrar un trozo de meollar como si fuese una madeja de seda. No obstante, no suelen hallar gran cosa, pues uno de los privilegios inmemoriales del segundo oficial de un barco mercante es reunir y vender por su cuenta todos los trastos viejos del barco donde sirve y, normalmente, se cuida mucho de que en los cubos de basura que se llevan a la orilla haya el menor número posible de trozos de meollar.

Del mismo modo, el cocinero guarda todos los restos de corteza de cerdo y

grasa de ternera que luego vende con considerables beneficios, pues por un viaje de seis meses llega a sacar treinta o cuarenta dólares, y en los barcos grandes incluso más. Es fácil imaginar lo desesperados que deben de estar esos pordioseros para rebuscar en montañas de basura en las que ya se ha rebuscado antes.

Tampoco quiero dejar de aludir a la singular mendicidad practicada en las calles más frecuentadas por los marineros, y en particular al peculiar ejército de indigentes que asaltaba los muelles a determinadas horas del día.

A las doce en punto, las tripulaciones de cientos y cientos de barcos salen en tropel por las puertas del muelle para ir a comer a la ciudad. Y multitud de mendigos escogen esa hora para plantarse a la salida de los muros, mientras otros se instalan en el bordillo a fin de despertar la caridad de los marineros. La primera vez que pasé por esa larga calle del pauperismo, me pareció imposible creer que ninguna ciudad del mundo pudiera ofrecer semejante exhibición de miseria.

Allí estaba representada toda suerte de penuria y sufrimiento y los vicios exhibían a sus víctimas. Y no faltaban los fantásticos y casi increíbles trucos y estratagemas de los mendigos profesionales para completar la estampa de todo lo que resulta deshonroso para la civilización y la humanidad.

Viejas, o más bien momias, reseca por el hambre y la edad; chicas jóvenes con enfermedades incurables, que tendrían que haber estado en el hospital; hombres robustos con el patíbulo grabado en la mirada y los labios llenos de mentiras sibilantes; muchachos decrepitos de ojos hundidos y madres raquílicas que abrazaban a sus raquílicos bebés a plena luz del sol, componían los principales rasgos de la escena.

Pero dichos rasgos se diversificaban con ejemplos concretos de sufrimientos, vicios y artes para despertar la caridad que, al menos a mí, que no los había visto nunca, me parecían extremadamente monstruosos e inusitados.

Recuerdo a un tullido, un joven no muy mal vestido, que se sentaba acurrucado contra el muro, con un cartel pintado sobre las rodillas. Era un dibujo que pretendía representar a aquel hombre atrapado en la maquinaria de una fábrica y retorcido entre ejes y engranajes con las piernas mutiladas y sanguinolentas. Aquella persona no decía nada y se limitaba a exhibir su cartel en silencio. Junto a él, apoyado contra el muro, había un hombre alto y pálido, con un vendaje blanco alrededor de la frente y la cara tan lívida como la de un cadáver. Él tampoco decía nada y señalaba silencioso con un dedo a la baldosa azul muy bien barrida que había a sus pies y que tenía esta inscripción escrita con tiza:

Hace tres días que no como,
mi mujer y mis hijos se están muriendo.

Más adelante, yacía un hombre que le había quitado la manga a su abrigo andrajoso para mostrar una horrible llaga con una etiqueta en la que había algo escrito.

En algunos sitios, y a lo largo de muchas varas, todo el empavesado al pie del muro está completamente cubierto de inscripciones y los mendigos esperan al lado en silencio.

Pero, cuando pasabas por aquellas horribles inscripciones, destinadas a ser borradas al cabo de una hora por las pisadas de miles y miles de viandantes, también te asaltaban las clamorosas y apremiantes peticiones de los pedigüños. Te acosaban por doquier, te cogían del abrigo y te seguían y «por el amor del Cielo» y «por el amor de Dios» y «por nuestro Señor Jesucristo» te rogaban aunque sólo fuera «medio penique». Si se te ocurría mirar a uno de ellos, aunque fuese por un instante, lo notaban a la velocidad del rayo y la persona en cuestión no se apartaba de tu lado hasta que seguías por otra calle o satisfacías sus demandas. Así, al menos, era con los marineros, pues noté que los mendigos trataban a los de la ciudad de forma diferente.

No puede decirse que los marineros hicieran mucho por aliviar la pobreza que tres veces al día se presentaba ante sus ojos. Tal vez la costumbre les hubiese vuelto insensibles, aunque lo cierto es que muy pocos debían de tener dinero que darles. Aun así los mendigos debían de tener algún motivo para infestar los muros del muelle como lo hacían.

Como ejemplo del capricho de los marineros y de su compasión ante el sufrimiento de los de su misma vocación, contaré el caso de un viejo, que, a diario y durante todo el día, ya hiciera sol o mal tiempo, se instalaba en una esquina por donde siempre pasaban multitudes de marineros. Era un hombre pletórico y grandullón con una pierna de madera, vestía como un marinero, su rostro era redondo y rubicundo, estaba siempre alegre y se sentaba sobre un montón de chaquetas marineras con el muñón de madera extendido, de tal forma que si uno iba distraído podía tropezar con él, y dejando un pequeño hueco entre las rodillas para meter las monedas que le iban echando. Y los marineros siempre le dedicaban alguna palabra amable y le echaban muchos peniques en la lata, aunque pasaban sin inmutarse ante los otros mendigos.

La primera mañana que bajé con mis compañeros a tierra, algunos lo saludaron como a un viejo conocido, pues llevaba muchos años instalado en esa esquina. Había sido tripulante de un barco de guerra y había perdido la pierna en la batalla de Trafalgar; curiosamente, afirmaba que su pierna de madera estaba hecha con una de las cuadernas de roble del barco de Nelson, el

Victory.

Entre los pordioseros había varios que llevaban viejos sombreros y chaquetas de marinero y afirmaban ser antiguos marinos; y, basados en semejante pretensión, les pedían ayuda a sus hermanos; pero éstos descubrían enseguida sus disfraces y les daban la espalda sin hacerles ni caso.

Como pasaba a diario por aquel callejón de los mendigos, que atestaban los muelles igual que los tullidos hebreos el estanque de Betesda, y como pensaba en mi total incapacidad para ayudarlos, no podía sino rezar para que algún ángel descendiera y convirtiera las aguas de los muelles en un elixir que curase todos sus males y los dejase a todos, hombres y mujeres, tan sanos como a sus antepasados Adán y Eva en el Paraíso.

¡Adán y Eva! Si de verdad estáis vivos y en el cielo, ojalá que una parte de vuestra inmortalidad no consista en contemplar el mundo que dejasteis. Pues todos esos tullidos y menesterosos son familia vuestra como el joven Abel, y, para vosotros, ver los sufrimientos de este mundo sería un auténtico tormento.

XXXIX

LAS CALLEJAS DE LA CIUDAD

Las mismas cosas que se ven a lo largo de los muros del muelle a mediodía se las encuentra uno, en menor grado, aunque continuamente diversificadas con otras escenas, en las estrechas callejas donde están las pensiones de los marineros.

Por la noche, sobre todo cuando los marineros se reúnen en gran número, dichos callejones ofrecen un singular espectáculo, y todo el vecindario parece echarse a la calle. Organillos, violines y címbalos, tocados por músicos ambulantes, se mezclan con las canciones de los marineros, la algarabía de las mujeres y los niños, y los gemidos y los aullidos de los mendigos. Desde las distintas casas de pensión identificadas por sus carteles dorados —un anda, una corona, un barco, un torniquete o un delfín— se oye el ruido de la juerga y el baile, y a las ventanas abiertas se asoman viejas y jovencitas que charlan y se ríen con la multitud en mitad de la calle. En todo momento se intercambian extraños saludos entre viejos marineros que tropiezan por casualidad con un viejo camarada, al que vieron por última vez en Calcuta o en Savannah, y la invariable cortesía a que dan lugar esas ocasiones pasa siempre por ir a la taberna más cercana a brindar a la salud del otro.

Hay pordioseros que frecuentan lugares concretos de dichas callejuelas y a los que, según me contaron, ofende mucho la intromisión de mendigos de otra

parte de la ciudad.

El jefe de todos era un viejo de cabello blanco, totalmente ciego, al que llevaba de aquí para allá una mujer con un platillo para recoger las limosnas. Aquel viejo cantaba, o más bien entonaba, ciertas palabras de un modo peculiarmente arrastrado y gutural, echando la cabeza hacia atrás y volviendo sus ojos ciegos hacia el cielo. Su canto era un lamento por su enfermedad, y produjo el mismo efecto en mí que cuando, tiempo después, leí por primera vez la «Invocación al sol» de Milton. No lo recuerdo completo, pero, entonado con un interminable gemido, decía más o menos así: «Aquí viene el pobre ciego; ciego, ciego, ciego; que no volverá a ver el sol ni la luna... ¡No, no volverá a ver ni el sol ni la luna!». Y así pasaba por mitad de la calle, con la mujer por delante cogiéndole de la mano, abriéndole paso entre todos los obstáculos, y dejándolo solo de vez en cuando para pasearse entre la multitud y pedir unas monedas.

Pero uno de los rasgos más curiosos de la escena es la cantidad de cantantes de baladas marineras, que, después de cantar sus versos, te entregan una copia impresa y te ruegan que la compres. Una de esas personas, vestida como el tripulante de un barco de guerra, se plantaba a diario en una esquina en mitad de la calle. Tenía una voz plena y noble como el órgano de una iglesia, y sus notas se alzaban sobre la confusión circundante. Sin embargo, lo más notable de aquel cantante de baladas era uno de sus brazos, que él alzaba mientras cantaba y que daba vueltas verticalmente en el aire como si girase sobre un pivote. Aquello era inexplicable desde el punto de vista natural y él lo hacía para llamar la atención, y afirmaba que se había caído a cubierta desde lo alto del mástil de una fragata y se había hecho una herida que había convertido su brazo en aquella extraña maravilla que era ahora.

Llegué a conocer a aquel tipo y me pareció un personaje fuera de lo común. Conocía muchas aventuras maravillosas, contaba numerosas historias de piratas y asesinatos ocurridos en el mar y todo tipo de enormidades náuticas. Era un monomaniaco de aquellos asuntos y una especie de Almanaque de Newgate sobre los robos y asesinatos cometidos en el día en los barrios marineros de la ciudad, y la mayoría de sus baladas trataban sobre asuntos parecidos. Componía sus propios versos y los mandaba imprimir de su bolsillo para venderlos después. Como muestra de lo expeditivo que era en su negocio, puedo contar que una tarde, al salir del muelle para ir a cenar, vi a una multitud que se arremolinaba en torno a la Taberna del Fuerte Antiguo; y, mezclándome con ellos, averigüé que un marinero español de Cádiz borracho acababa de asesinar a una mujer de la ciudad. La policía se llevó al asesino delante de mis propios ojos, y a la mañana siguiente, el cantante de baladas del brazo maravilloso ya estaba cantando la tragedia enfrente de las casas de pensión y entregando copias impresas de la canción, que, por supuesto, los

marineros compraron entusiasmados.

Esta alusión de pasada a un asesinato servirá para dar una idea de lo que ocurre en los barrios más humildes y abandonados que frecuentan los marineros en Liverpool. Los callejones y callejuelas pestilentes que, en su vocabulario, responden a los nombres de Costanilla de la Bronca, Calle de Gibraltar, y Pasadizo de la Cogorza, están tan corrompidos por el vicio y el crimen, que, posiblemente, no tengan parangón en el mundo entero. Los tiznados y mugrientos ladrillos de las casas tienen un aspecto tan hediondo y mortífero como el de la misma Sodoma; y la mortaja de humo de carbón que se cierne sobre esa parte de la ciudad sirve para ocultar las enormidades que en ella ocurren. Son lugares donde los marineros a veces desaparecen para siempre, o salen por la mañana de un portal desnudos y desvalijados. Son sitios donde la blasfemia, el juego, el robo y demás iniquidades habituales son virtudes demasiado elevadas para que las practiquen esas gorgonas e hidras infectas. Mi sentido del decoro me impide entrar en más detalles, pero los secuestradores, los burkers y los resurreccionistas son casi santos y ángeles comparados con ellos. Son un grupo de truhanes misántropos confabulados para hacer todo el daño posible a la humanidad. Deberían quemarlos con azufre y sulfuro y sacarlos de sus escondrijos como alimañas.

XL

CARTELES, JOYEROS AMBULANTES, CABALLOS DE TIRO Y BARCOS DE VAPOR

Mi intención es agrupar todo lo concerniente a los muelles de Liverpool y sus alrededores, así que trataré de incluir en este capítulo varias cuestiones de menor importancia que acuden ahora a mi memoria.

Los anuncios que los pordioseros escribían con tiza en las losas alrededor de los muros del muelle están acompañados de otros muchos anuncios de diversa naturaleza que cuelgan de los propios muros. En su mayor parte son avisos de la partida inminente de «barcos de primera, forrados y remachados de cobre» hacia los Estados Unidos, el Canadá, Nueva Gales del Sur y otros muchos destinos. Mezclados con ellos están los anuncios de sastres judíos, que informan al marino juicioso de dónde comprar al mejor precio, y los ambiguos anuncios médicos de toda esa tribu de charlatanes y sacamuelas que viven a costa de los marineros. No contentos con informar así de su paradero, esos infatigables Sangrados y supuestos samaritanos contratan a un grupo de bribones con aspecto de hospicianos cuyo trabajo consiste en frecuentar los muros del muelle a la hora de las comidas y poner silenciosamente misteriosos

billetitos —ediciones en duodécimo de los anuncios mayores— entre las perplejas manos de los marineros.

Lo hacen con un guiño tan misterioso, un aire de sobreentendido tan evidente y una infame presunción de tus necesidades que al principio uno casi está tentado de atizarles un puñetazo.

Destacados entre los carteles del muro, hay enormes anuncios en letra cursiva invitando a todos los marineros que se encuentren a disgusto en la marina mercante a aceptar una buena oferta y alistarse en la Armada de su Majestad.

En la Armada británica, y en tiempo de paz, la gente no se alista en el servicio general, como en la marina americana, sino en barcos concretos que hacen determinadas travesías. Así la fragata Tetis anuncia que va a hacerse a la vela al mando de lord George Flagstaff, ese gran marino y noble padre para su tripulación.

En los muros pueden verse carteles parecidos relativos al alistamiento en el ejército. Y ningún subastador se demoró tanto en los encantos de un sillón sacado a subasta como los autores de esos carteles en la belleza y salubridad de los climas lejanos adonde partirán los regimientos necesitados de soldados. Luminosos herbazales, colinas cubiertas de viñas, infinitos prados de verdura forman el paisaje y se dice a los jóvenes aventureros aficionados a viajar que ahí tienen su oportunidad de ver mundo tranquilamente y además cobrar por ello. A los regimientos destinados a la India les prometen plantaciones entre valles cubiertos de palmeras; mientras que a los destinados a Nueva Holanda se les abre una vida y actividad; a las compañías destinadas al Canadá y a Nueva Escocia se las atrae con historias de soles veraniegos que maduran las uvas en diciembre. En esos anuncios nada se dice de la guerra y se acalla el clamor de las armas, por lo que el recluta optimista casi llega a pensar que la única arma que blandirá será la podadera y no la espada.

¡Ay! ¿No es ésa la misma cruel estratagema que utilizó Bruce en Bannockburn cuando ocultó los fosos de guerra con ramas verdes? Pues, en lugar de una granja en las faldas azules del Himalaya, lo que encuentra el recluta en la India es el sable de Sij; y, en lugar de tomar el sol debajo de una enramada, el soldado canadiense pasa una gélida guardia en las inhóspitas murallas de Québec, un elevado lugar donde recibir las amargas ventiscas de Baffin's Bay y Labrador. Allí, mientras su mirada recorre el St. Lawrence, cuyas ondas van todas al gran mar que baña las orillas de la vieja Inglaterra, y mientras piensa que, al alistarse por tan largo plazo, se ha vendido al ejército igual que el doctor Fausto se vendió al diablo, con qué pesar debe de gemir el pobre hombre y recordar a su Mary y la aguja de la iglesia.

Esos anuncios del ejército están muy bien pensados para reclutar hombres

en Liverpool. Entre los muchos emigrantes que llegan a diario de todas partes de Inglaterra para embarcar rumbo a los Estados Unidos o las colonias, hay muchos jóvenes que, al llegar a Liverpool, están casi sin un penique, o al menos sólo con dinero suficiente para cruzar el mar sin prever las contingencias futuras. ¡Qué fácil es animar a esos jóvenes a ingresar en la vida militar, que les promete un pasaje gratis a las colonias más distantes y prósperas y una paga segura por no hacer nada, aparte de ofrecerles la esperanza de llegar a poseer una granja y una viña con el paso del tiempo! Pues, para un joven sin dinero, la decisión de dejar su país y embarcarse en un largo viaje para vivir en un país remoto es una aventura que sólo está a un paso del espíritu que anima a alistarse al recluta.

Nunca pasé por delante de aquellos anuncios, rodeados de multitudes de emigrantes boquiabiertos, sin pensar en una ratonera.

Además de los misteriosos agentes de los médicos charlatanes, que te ponen discretamente sus billetitos doblados como un sobre entre las manos, hay otros granujas que merodean por los muelles, sobre todo al atardecer, te hacen extraños gestos, y te animan a acercarte, como si fuesen a contarte un secreto de Estado relacionado con el bienestar del país. Te dan codazos cargados de insinuaciones y sugerencias indefinidas, te miran con ojos de judío o prestamista, te siguen como un asesino italiano. Pero, si ven pasar por allí la chaqueta azul de un policía, con qué prisa se esfuerzan en aparentar una total indiferencia por el universo circundante, y cómo se alejan perezosamente, como si fuesen a reunirse con una mujer afectuosa y el resto de la familia.

La primera vez que se me acercó uno de esos misteriosos personajes, pensé que era un loco y aceleré el paso para evitarlo. Pero me siguió sin despegarse de mi sombra, hasta que, sorprendido por su conducta, me di la vuelta y me detuve.

Era un hombrecillo anciano y desarrapado, con un abrigo y un sombrero raídos, que se hurgaba en el bolsillo del chaleco, como si fuese a sacar una tarjeta con su dirección. Al ver que me paraba, señaló a un rincón oscuro junto al muro que había cerca; lo tomé por un ratero, así que volví a darme la vuelta y me fui a toda prisa. Pero, aunque no miré atrás, tuve la sensación de que me estaba siguiendo, así que volví a detenerme. El hombre adoptó un aire tan misterioso y admonitorio que empecé a pensar que quería advertirme de algo, de que tal vez hubiese una conspiración para volar los muelles de Liverpool y él fuese un Monteagle encargado de salvarme la vida. Decidí averiguar qué era lo que quería. Con mucha precaución lo seguí hasta la puerta de un almacén; él echó una mirada furtiva a su alrededor y, mostrándome en silencio un anillo, susurró:

—Puedes quedártelo por un chelín; es de oro puro... Lo encontré en el

arroyo... ¡Calla! ¡No digas nada! Dame el dinero y es tuyo.

—Amigo —le dije—, yo no compro esta clase de artículos, no quiero tu anillo.

—¿Ah, no? Entonces toma —susurró con silencioso enfado, y el infame joyero me propinó tal golpe en el pecho que di con mi cuerpo en el suelo mientras él desaparecía a toda prisa. De hecho, aquella transacción comercial se llevó a cabo con tanta diligencia que me dejó perplejo.

A partir de entonces me aparté de aquellas sabandijas como si fueran leprosos, y la siguiente ocasión en que uno de ellos me siguió con pertinacia, me detuve, y, en voz alta, les señalé aquel hombre a los viandantes, al ver lo cual huyó mostrándome un par de botas con los talones oblicuamente desgastados. No pude sino pensar que esos tipos, tan dados a poner pies en polvorosa en caso de emergencia, deben de darles mucho trabajo a los zapateros, igual que a los cultivadores de cáñamo y a los constructores de patíbulos.

Pertenecientes a una cofradía similar a la de esos irritables mercaderes de bisutería, son los vendedores de cuchillas de Sheffield, sobre todo muchachos, que la policía expulsa constantemente del muelle, aunque ellos se las arreglan para volver a entrar y subir a bordo de los barcos, donde se pasean entre los marineros y les muestran disimuladamente su mercancía. Animado por el precio de una de las cuchillas y por la caja dorada que la contenía, uno de mis compañeros la compró allí mismo por el equivalente comercial de dicho precio en tabaco. El domingo siguiente, empleó la cuchilla y el resultado fue un par de mejillas torturadas y laceradas, que casi requirieron la intervención de un cirujano para curarlas. En los viejos tiempos, por cierto, no era mala idea que los barberos practicasen la cirugía en relación a su vocación de rapabarbas.

Otros canallas que se aprovechan de los marineros en Liverpool son los prestamistas, que ocupan las casuchas de los callejones adyacentes al puerto. Me sorprendió la cantidad de bolas doradas que había en esas calles y que simbolizaban su profesión. Por lo general, estaban junto a las uvas doradas que hay sobre las bodegas y, sin duda, se facilitan mutuamente el negocio: algunos de esos establecimientos tienen puertas que los comunican, como si quisieran poner a los clientes en manos del otro. Muchas veces vi a marineros en estado de embriaguez salir corriendo de una bodega para entrar en una casa de empeños, quitarse allí mismo las botas, los sombreros, las chaquetas y los pañuelos, y a veces incluso los pantalones, y empeñarlos por casi nada. Por supuesto, nunca rechazaban esas peticiones.

Pero, aunque en tierra, en Liverpool, los pobres marineros se topan con más tiburones que en alta mar, ellos también son culpables de ciertas prácticas

que no revelan precisamente una moralidad muy rígida, al menos de acuerdo con la ley. Son aficionados al contrabando de tabaco, y cuando están sobrios a menudo logran evitar por completo las aduanas y desembarcar varios fardos, que, debido a los enormes aranceles de Inglaterra, alcanzan precios muy elevados.

Nada más fondear en el río, antes de llegar al muelle, nos abordaron tres funcionarios de aduanas que bajaron al castillo de proa y ordenaron a los hombres que les entregaran todo el tabaco que llevaran. Así sacaron varios kilos.

—¿Nada más? —preguntaron los funcionarios.

—Nada —respondieron los marineros.

—Ahora lo veremos —replicaron ellos.

Y, sin más preámbulos, vaciaron los baúles a izquierda y derecha; dieron la vuelta a las literas y registraron minuciosamente el lugar, aunque no descubrieron nada. Luego explicaron a los marineros que, mientras el barco estuviese en el muelle, el tabaco debía estar en el camarote bajo la custodia del primer oficial, el cual todas las mañanas les daría un rollo de tabaco a cada uno, para evitar que tratasen de desembarcarlo.

—Muy bien —respondieron los hombres.

Pero varios de ellos tenían escondrijos secretos en el barco, de donde sacaban diariamente kilo tras kilo de tabaco que bajaban a tierra de contrabando del siguiente modo:

Cuando la tripulación desembarcaba para comer, cada marinero llevaba en el bolsillo al menos el rollo de tabaco al que tenía derecho y ocultos, todos los que se atreviera. Entre las multitudes que salían por las puertas a esa hora, por supuesto los contrabandistas tenían pocas probabilidades de ser detectados; aunque siempre había por allí policías de aspecto vigilante. Y, aunque aquellos «Charlies» pudieran suponer que estaban pasando contrabandistas de tabaco, acertar con el hombre indicado entre esa muchedumbre, habría sido tan difícil como arponear a un delfín moteado entre los miles que pasan por debajo de la proa del barco.

A menudo iban marineros extranjeros a nuestro castillo de proa que, sabiendo que veníamos de América, estaban deseando comprar tabaco a buen precio, pues en Liverpool cuesta más o menos un centavo americano llenar una pipa. A lo largo de los muelles, se venden paquetitos por valor de un penique inglés envueltos en un papel como el de los pasteleros, con versos poéticos o instructivos preceptos morales impresos por detrás en rojo.

De todo lo que se ve en los muelles, una de las cosas que más llama la

atención del extranjero son los nobles caballos de tiro. Son animales grandes y poderosos, con un pelo tan lustroso y brillante que parece que los almohazara un mozo de cuadra cada mañana. Se mueven a paso lento y elegante y levantan los pesados cascos como los elefantes del rey de Siam. A estos romanos no hay que estirarlos con correas, pues son tan dóciles que se dejan guiar sin riendas ni fustas: basta con un susurro para que avancen o retrocedan, anden o se detengan. Tenían un aspecto tan solemne, digno, caballeroso y cortés..., y tan inteligente y sagaz, que muchas veces traté de entablar conversación con ellos, mientras esperaban en actitud contemplativa a que preparasen la carga. Pero lo único que conseguí fue el mero reconocimiento de un amistoso relincho, aunque apostarí a cualquier cosa a que, si hubiese sabido hablar su idioma, me habrían proporcionado mucha y valiosa información relativa a los muelles, donde pasaban toda su digna vida.

En los animales se ocultan mundos inéditos de conocimiento, y siempre que uno ve un caballo, o un perro, con una mirada particularmente apacible, calmada y profunda, puede estar seguro de que se trata de un Aristóteles o de un Kant que especula tranquilamente sobre los misterios del hombre. Ningún filósofo nos comprende de un modo tan completo como los perros y los caballos. Les basta con un vistazo para calarnos. Y, después de todo, ¿qué es un caballo sino una especie de hombre mudo a cuatro patas, con un abrigo de cuero, que se alimenta de avena y trabaja para sus amos, y es correspondido o maltratado, como los leñadores y aguadores bípedos? Hay un toque de divinidad incluso en los animales, y un halo especial en los caballos, que debería ponerlos a cubierto de las indignidades. En cuanto a esos majestuosos e imponentes caballos de tiro de los muelles, antes se me ocurriría golpear a un juez en el estrado que emplear la violencia con su santo pellejo.

Son impresionantes las cargas que sus majestades aceptan transportar. Las carretas son una gran plataforma cuadrada, con cuatro ruedas bajas, sobre las que se apila una bala tras otra de algodón, como si estuviesen llenando un enorme almacén, y sin embargo, una procesión de tres de esos caballos basta para trasladarlas todas.

Los carreteros son casi una raza tan peculiar como sus animales. Como los jueces en Inglaterra, llevan túnicas —aunque no del mismo corte y color— que les llegan por debajo de las rodillas, y, por el ruido que hacen en la acera con sus botas claveteadas, cualquiera pensaría que tienen el mismo zapatero que sus caballos. Nunca logré arrancarle una palabra a ninguno de ellos. Son gente sobria y reservada que anda delante de sus animales con toda la solemnidad imaginable y, de vez en cuando, les piden con mucha amabilidad que se aparten a la izquierda o a la derecha para dejar pasar a otro vehículo. Tanto tiempo en compañía de sus nobles caballerías parece haber corregido sus modales y mejorado su gusto, además de haberles proporcionado parte de

la dignidad de sus animales, aunque también les ha dotado de una especie de refinada y nada quejosa aversión por la sociedad humana.

Se cuentan muchas historias sorprendentes sobre los caballos de tiro, entre ellas recuerdo la siguiente: había un loro que había pasado tanto tiempo en su jaula colgado de una ventana baja delante de uno de los muelles que había aprendido a conversar con fluidez al estilo de los estibadores y los carreteros. Un día, un carretero dejó su vehículo en el embarcadero de espaldas al agua. Era mediodía, cuando reina un breve intervalo de silencio en los muelles, y Poll, al verse cara a cara con el caballo, quiso charlar un poco y le gritó: «¡Atrás, atrás, atrás!».

Y el caballo retrocedió y se precipitó con el carro en el agua.

El muelle de Brunswick, al oeste del muelle del Príncipe, es uno de los más interesantes. En él hay atracados varios barcos de vapor (muy diferentes de los barcos americanos, pues tienen que surcar las turbulentas aguas del Canal) que navegan constantemente entre los tres reinos. Aquí se ven enormes cantidades de productos importados de la famélica Irlanda; se ven las cubiertas convertidas en rediles para los bueyes y las ovejas; y, con frecuencia, justo al lado de esos corrales, a los pasajeros irlandeses de cubierta tan apretados como pueda imaginarse, y casi igual de encerrados que el ganado. Cuando el Highlander arribó a puerto estábamos a principios de julio y los peones irlandeses llegaban a miles a diario, para ayudar con la cosecha en los campos de Inglaterra.

Una mañana, al ir a la ciudad, oí detrás de mí unas pisadas como de una manada de búfalos; y, al volverme, vi toda la calle abarrotada por un tropel de peones que acababan de salir por las puertas del muelle de Brunswick, iban vestidos con chaquetas de lana cruda y pantalones de pana y calzados con unos zapatos que levantaban mucho polvo. Con sus bastones de Donnybrook en la mano parecían una horda de bárbaros invasores. Estaban atravesando la ciudad para ir directos al campo, y tal vez anduvieran por el centro de la calle para no gastar las aceras del municipio.

«Cantemos Langolee y los lagos de Killarney», gritó un tipo blandiendo el bastón en el aire mientras bailaba con sus zapatones al frente de aquella turbamulta. Y todos se fueron dando brincos tan contentos.

Al pensar en el enorme número de irlandeses que todos los años desembarcan en los Estados Unidos y el Canadá; y ver, con gran sorpresa, que multitudes similares se embarcan desde Liverpool hacia Nueva Holanda; y que, además, aquellas hordas de peones se abatían como la langosta sobre los campos ingleses, no podía sino maravillarme de la fertilidad de una isla que, aunque se pierda la cosecha de patatas, nunca ha dejado de echar su cosecha anual de hombres al mundo.

XLI

REDBURN VAGABUNDEA DE AQUÍ PARA ALLÁ

No sé si a otros viajeros les parecería relevante decirlo, pero el hecho es que en los meses de verano los días en Liverpool son muy largos, y la primera noche que estuve paseando a la luz del crepúsculo hasta pasadas las nueve, traté de recordar mis conocimientos astronómicos para explicar de forma convincente aquel curioso fenómeno. No obstante, los días en verano, y las noches en invierno, son tan largos en Liverpool como en el cabo de Hornos, pues la latitud de ambos lugares casi es la misma.

Con todo, esos largos días de Liverpool me venían de perlas, pues, después de la jornada de trabajo a bordo del Highlander, disponía de varias horas para pasear por la ciudad. Una vez visitados los puntos de interés que vi marcados en el mapa de mi padre, empecé a extender mis vagabundeos, constituido en comité de una sola persona para investigar todos los lugares accesibles de la ciudad, aunque han pasado muchos años antes de que se me haya ocurrido entregar mi informe.

Para mí era un gran placer, pues allí donde he ido siempre me ha gustado mucho vagabundear solo de aquí para allá por las calles y callejas menos frecuentadas y especular sobre los desconocidos con los que me cruzaba. Así, en Liverpool, me dediqué a pasear por los interminables callejones de las pensiones, mirando los nombres de las puertas, admirando las caras bonitas de las ventanas y dándoles de pasada mi bendición a los niños mofletudos de los umbrales. Estoy seguro de que también me miraban a mí, pero ¿y qué? En ocasiones así, se trata siempre de un toma y daca. La verdad es que mi chaqueta de caza y yo causamos bastante sensación en Liverpool, y no me queda duda de que más de un padre de familia al volver a su casa debió de contarles a sus hijos la curiosa historia de un fenómeno errante con el que se había cruzado por la calle ese día. Tal como dice la canción: «No me preocupaba por nadie, no, no, y nadie se preocupaba por mí». Miré hasta hartarme con total impunidad, y, a cambio, dejé que me mirasen todo lo que quisieran.

Un día estaba en una gran plaza, mirando boquiabierto un espléndido carruaje que había aparcado en un portal. Los lustrosos caballos rebotaban buenos cuidados, y lo mismo ocurría con las suntuosas pantorrillas con encajes dorados del cochero y los lacayos que esperaban con ellos. Lo que más me llamó la atención fue el color rubicundo de las mejillas de aquellos hombres y las muchas pruebas de que disfrutaban con deleite de su comida.

De pronto me percaté de que quienes eran objeto de mi curiosidad me habían hecho a mí objeto de la suya y me estaban mirando como si fuese un intruso en suelo británico. Ciertamente, tenían sus motivos, pues, cuando pienso en el aspecto que debía de tener en esos días, me maravillo de que no me pidieran mil veces el pasaporte en mis innumerables paseos.

Sin embargo, no era más que un mortal con pinta de solitario entre decenas de miles de andrajosos y desarrapados. Pues, en ciertas zonas de la ciudad, habitadas por obreros y gente pobre, tenía que abrirme paso entre un gentío de hombres, mujeres y niños mugrientos, que se echan a la calle a esas horas de la tarde a pasar el rato. En Nueva York jamás había visto nada parecido. A menudo asistí a escenas curiosas y tristes, y, sobre todo, recuerdo haberme cruzado con un hombre pálido y andrajoso que corría frenéticamente mientras trataba de librarse de su mujer y sus hijos, que se aferraban a sus brazos y piernas y le pedían, en nombre de Dios, que no los abandonara. Parecía dispuesto a lanzarse al agua y ahogarse desesperado y enloquecido por la pobreza. En esos sitios, la pobreza me precedía y me pisaba los talones por dondequiera que anduviese. La pobreza, la pobreza, la pobreza, en formas casi inagotables, y también el sufrimiento y la necesidad se daban la mano en esas míseras callejas.

No conviene olvidar algo que me llamó mucho la atención. Y es la ausencia de negros, que en las grandes ciudades de los «estados libres» de América casi siempre forman una parte considerable de los indigentes. Sin embargo, en esas calles no se veía un solo negro. Todos eran blancos y, con la excepción de los irlandeses, nativos de aquella tierra y tan ingleses como los duques de la Cámara de los Lores. Eso me producía una sensación extraña y me recordaba, más que ninguna otra cosa, que no estaba en mi propio país. Allí un mendigo es algo inaudito y ser ciudadano americano es casi una garantía contra el pauperismo, lo que tal vez se deba a las virtudes del voto.

Esto de los negros me trae a la memoria el interés con que se mira a los marineros negros cuando van por las calles de Liverpool. De hecho, en Liverpool los negros andan con paso orgulloso y con la cabeza bien alta, pues aquí no despiertan pasiones tan exageradas como en América. Tres o cuatro veces me crucé con nuestro despensero negro, muy bien vestido y paseando del brazo de una hermosa mujer inglesa. En Nueva York, a una pareja así la habría asaltado la muchedumbre a los tres minutos, y el despensero habría tenido suerte de escapar sin un hueso roto. Esa recepción tan amistosa y los desacostumbrados privilegios de los que disfrutaban en Liverpool hacen que los cocineros negros y los despenseros de los barcos americanos le tengan aprecio al lugar y les guste viajar a él.

En esa época era tan joven e inexperto, y estaba tan influido inconscientemente por prejuicios locales y sociales compartidos por la mayor

parte de los hombres y que las masas apenas pueden evitar, que al principio me sorprendió que a un hombre de color lo trataran así, pero un poco de reflexión me demostró que, después de todo, no era más que reconocer sus exigencias de humanidad e igualdad; y es que, en algunas cosas, los americanos dejamos que otros países lleven a cabo el principio que encabeza nuestra Declaración de Independencia.

Durante mis paseos vespertinos por los barrios más ricos, me veía sometido todo el tiempo a la humillante mortificación, totalmente imprevista por mí, de que, en conjunto, y dejando aparte la pobreza y la mendicidad, Liverpool, lejos de los muelles, se pareciera tanto a Nueva York. Había calles muy parecidas, con las mismas hileras de casas con escalones de piedra, las mismas aceras y bordillos y el mismo gentío de aspecto despiadado que en América.

Una tarde crucé el canal Leeds, pero palabra que no se distinguía del canal Erie en Albany. Fui a St. John Market un sábado por la noche y, aunque era muy curioso ver el enorme tejado sostenido por tantas columnas, ni el observador más minucioso habría podido encontrar la menor diferencia entre los artículos expuestos a la venta y los artículos exhibidos en Fulton Market en Nueva York.

Recorrí Lord Street y contemplé las tiendas de los joyeros, pero me pareció estar paseando por una manzana de Broadway. Empecé a pensar que toda aquella charla sobre los viajes era una sarta de embustes, y que quien vive encerrado en su concha vive en un epítome del universo y no le queda mucho por ver.

Cierto que a menudo pensaba en que Londres quedaba sólo a siete u ocho horas de viaje en tren y que allí, sin duda, debía de haber un mundo de maravillas esperándome, pero ya hablaré más adelante de Londres.

Los domingos eran los días en los que hacía mis exploraciones más largas. Me levantaba temprano, con todo el plan de operaciones trazado en mi cabeza. Primero iba a algún muelle que no hubiera visitado y después a desayunar. Luego paseaba por las calles más elegantes para ver a la gente ir a la iglesia; y luego iba yo mismo a la iglesia y elegía el edificio más noble y el campanario más alto y kentuckiano que pudiera encontrar.

Soy un admirador de la arquitectura eclesiástica; y aunque, tal vez, habría sido mejor dedicar a la caridad las sumas gastadas en erigir magníficas catedrales, puesto que dichas estructuras ya han sido construidas, quienes las criticamos en un sentido podemos aprovecharnos de su existencia en otro.

Resulta muy cristiano y grato pararse a considerar en soledad que cualquier pobre pecador puede ir a la iglesia cuando le plazca y que incluso la basílica

de San Pedro en Roma está abierta para él igual que para un cardenal, que St. Paul, en Londres, no le cerrará sus puertas y que el Tabernáculo de Broadway, en Nueva York, tiene abiertos para él sus amplios pasillos y carece hasta de puertas y umbrales para acceder a sus bancos, a fin de atraerlo con una invitación sin barreras. Como digo, esta consideración de las iglesias por la hospitalidad y la democracia es muy cristiana y encantadora. Dice más que tomos y volúmenes, y bibliotecas vaticanas, a favor del cristianismo; es más elocuente y va mucho más lejos que todos los sermones de Massillon, Jeremy Taylor, Wesley y el arzobispo Tillotson.

Así que, nada intimidado por pensar que era un extranjero en aquel país, ni por la superioridad arquitectónica y el coste de las iglesias de Liverpool, o por los ríos de vestidos de seda y de chaquetas de paño fino que fluían por los pasillos, me presentaba ante el sacristán y le pedía permiso para entrar. Él se me quedaba mirando perplejo (uno de ellos incluso dudó un poco), pero ¿qué otra cosa iba a hacer sino llevarme a un banco?, no al más cómodo, ni al mejor situado, ni a corta distancia del púlpito. No, es curioso, pero siempre había una condenada columna o un ángulo recalcitrante del muro que se interponían, hasta el punto de que llegué a pensar que los sacristanes de Liverpool se habían confabulado para sentarme siempre en el peor banco de la iglesia que tuvieran a su cargo. No obstante, bueno o malo, siempre acababan por darme un asiento, a veces incluso un asiento de roble en el pasillo, desde donde dividía la atención de la congregación entre el clérigo y yo. Toda la congregación parecía saber que yo era un forastero distinguido.

¡Era de lo más placentero escuchar cómo leían el servicio, cómo sonaba el órgano, cómo predicaban el sermón, y saber que justo las mismas cosas sucedían en casa, a cinco mil quinientos kilómetros! Aunque la oración por su majestad la reina me cohibió un poco. Sin embargo, me uní a la oración e invoqué para esa dama los mejores deseos de un pobre yanqui.

¡Cómo me gustaba estar entre el sagrado silencio de esos viejos pasillos monásticos y pensar en Harry octavo y en la Reforma! Cuánto me gustaba recorrer con la mirada las esculturas y los contrafuertes de las paredes, perderme entre la tracería del techo y abrirme paso imaginariamente por ella como una termita. Podría haberme pasado así toda la mañana y la tarde hasta la noche. Pero por fin llegaba la bendición y, tomando la parte que me correspondía, me marchaba despacio, pensando en lo mucho que me gustaba volver a casa con alguno de aquellos elegantes y ancianos caballeros, de botas relucientes y bastones de Malaca y sentarme a comer a sus cómodas y coquetas mesas. Pero ¡ay!, para mí no había otra comida que la de la pensión del Clíper de Baltimore.

Aun así, la comida dominical que nos servía la hermosa Mary no era precisamente despreciable. Abundaba el rosbif de la vieja Inglaterra, y

también los inmortales budines de ciruelas y los indescriptibles pasteles de grosellas. Pero rematarla con aquella abominable «cerveza de recuelo» casi la echaba a perder: no es que yo la bebiera, pero mis compañeros sí lo hacían y no podía sino saborear en la imaginación cada vaso que les veía beber, e incluso así tenía mal sabor.

Los domingos a la hora de comer, como de hecho cualquier otro día, era muy curioso observar lo que ocurría en la pensión. Las sirvientas iban y venían llamando a las diferentes tripulaciones que tenían la comida servida, cada una en un reservado distinto, colectivamente por el nombre de sus barcos.

«¿Dónde están los Aretusas? Hace media hora que tienen servida la ternera». «Deprisa, Betty, querida, ahí llegan los Splendids». «Corre, Molly, cariño, llévalos los saleros a los Highlanders». «Tú, Peggy, ¿dónde está la salsa de los Siddons?». «Oye, Judy, ¿cuándo piensas traer el budín de los Lord Nelson?».

Los días laborables no comíamos tan bien como los domingos y un día, al sentarnos a comer, nos encontramos dos enormes corazones de buey humeando a cada extremo de la mesa. A Jackson le indignó aquel ultraje.

Siempre se sentaba a la cabecera de la mesa, y esta vez se aposentó en su asiento y, alzando el cuchillo y el tenedor como sendas lanzas para ensartar los dos corazones, llamó a gritos a Danby, el encargado de la pensión, pues, aunque su mujer, Mary, fuera la auténtica dueña del establecimiento, para las quejas siempre llamaban a Danby.

Danby apareció muy obsequioso y se quedó en el umbral, consciente de la filípica que se le avecinaba. Pero no estaba preparado para la perorata que le dirigió Jackson, que consistió en lanzarle a la cabeza los dos corazones de buey a modo de resumen de los argumentos precedentes. Luego la tripulación se levantó asqueada y fuimos a comer a otra parte.

Aunque, casi invariablemente, asistía a la iglesia los domingos por la mañana, el resto del día lo dedicaba a mis vagabundeos, y durante una de esas excursiones vespertinas, al pasar por la plaza de St. George, me encontré en mitad de una gran multitud congregada al pie de la estatua ecuestre de Jorge IV.

Eran sobre todo operarios y artesanos con ropa de domingo, pero mezclados con ellos había muchos soldados de paisano que blandían finos bastones. Esas tropas pertenecían a los diversos regimientos acantonados en la ciudad. También había oficiales de policía fácilmente reconocibles por sus uniformes. Al principio, un silencio y un decoro absolutos dominaban la escena.

Dirigiéndose a la muchedumbre había un joven pálido de ojos hundidos

vestido con un sobretodo pardo, que parecía agotado por no dormir, trabajar en exceso o comer poco. Era bien parecido, tenía aspecto respetable y no cabía la menor duda de que creía sinceramente en lo que decía.

En la mano llevaba un sucio panfleto de aspecto incendiario del que leía a menudo, para luego apelar a los oyentes poniendo los ojos en blanco o haciendo gestos frenéticos. No necesité oírle mucho tiempo para reparar en que aquel joven era un cartista.

A medida que fue creciendo la multitud y se produjo cierta conmoción, reparé en que el número de policías iba en aumento, y poco después empezaron a pasar entre la gente, sugiriéndoles educadamente la conveniencia de dispersarse. Las primeras personas a quienes se acercaron fueron los soldados, que se marcharon balanceando sus bastones y admirando sus botas relucientes. Estaba claro que no estaban demasiado interesados en las reformas sociales. Los demás también se fueron dispersando, y por fin acabó por marcharse el propio orador.

No sé por qué, pero pensé que debía de ser un hijo mayor que mantenía con esfuerzo a su madre y sus hermanas, pues así son la mayoría de los políticos radicales.

Esa misma tarde de domingo, anduve hasta las afueras de la ciudad y, atraído por dos enormes pilares de Pompeya con forma de negros campanarios que parecían surgir directamente del suelo, me acerqué lleno de curiosidad. Pero, al mirar desde la tapia que los unía, cuál no sería mi sorpresa al ver a mis pies un sucio hueco en el suelo, de paredes pedregosas y varios agujeros negros en el extremo, que ocultaban de la vista varias vías de tren, mientras a lo lejos, en el campo, se extendía una interminable línea férrea. Por encima había un hermoso arco morisco de piedra y, al contemplarlo, y reparar en los pequeños arcos laterales que había en el fondo del hueco, tuve la indescriptible sensación de haber visto aquello antes. Pero ¿cómo era posible? Desde luego, nunca había estado antes en Liverpool, pero entonces, ¡ese arco morisco!, sin duda lo recordaba muy bien. Hasta varios meses después de volver a América no se despejó mi perplejidad al respecto. Al hojear un ejemplar atrasado de Penny Magazine encontré una estampa de aquel lugar, y recordé haberla visto unos años antes. Era una representación del lugar donde el ferrocarril de Manchester entra en la ciudad.

XLII

SU AVENTURA CON EL ANCIANO Y MALHUMORADO CABALLERO

La aventura en la sala de prensa que relaté en un capítulo anterior me trae a la memoria otra que me sucedió en el Liceo, unos días más tarde, y que más vale que cuente aquí antes de que se me olvide.

Iba paseando, por Bold Street creo que era, cuando me llamó la atención un edificio muy grande y elegante de piedra arenisca marrón. Tenía las ventanas abiertas y allí, cómodamente sentados con las piernas dobladas sobre las rodillas, vi a varios ancianos caballeros de aspecto feliz y sosegado que leían revistas y periódicos; uno de ellos tenía en la mano un hermoso volumen de cantos dorados.

«Sí, éste debe de ser el Liceo —pensé—, comprobémoslo». Así que saqué mi guía, la abrí por la estampa correspondiente, y, efectivamente, el edificio que tenía delante se ajustaba a ella piedra por piedra. Me quedé un rato al otro lado de la calle comparando el grabado con el original, y me entretuve observando a los agradables caballeros sentados junto a las ventanas abiertas, hasta que por fin sentí el incontrolable impulso de entrar un momento y hojear un poco las noticias.

«Soy un pobre grumete sin amigos —pensé—, y no creo que les importe, sobre todo teniendo en cuenta que soy extranjero, y a los extranjeros debe tratárseles con cortesía». Sin dejar de darle vueltas al asunto crucé la calle y, con un leve recelo en el corazón, subí al bordillo, me quité el sombrero mientras estaba todavía en la calle y entré tranquilamente.

Pero no había llegado muy lejos en la enorme y noble habitación, cubierta de cuadros hermosos, cuando un caballero muy atrabiliario levantó la vista del London Times, cuya cabecera vi impresa en el periódico que tenía en la mano, y me miró como si yo fuese un perro con el pellejo cubierto de barro y me hubiera colado del arroyo en aquella habitación tan elegante, y me amenazó ferozmente con su bastón de puño de plata, hasta que se le cayeron las gafas de la nariz. Casi en el mismo momento se me acercó un hombre muy enfadado, que parecía tener un emplasto de mostaza en la espalda que le sacara de quicio, tiró al suelo unos papeles que había estado cumplimentando, me cogió por los hombros y, aplicando el pie en la parte más ancha de mis pantalones, me llevó hasta la calle y me echó a la acera, sin ofrecerme la más mínima disculpa por aquella afrenta. Salté tras él, pero en vano; habían cerrado la puerta.

«Es evidente que estos ingleses no tienen modales», pensé, y me fui calle abajo rumiando para mis adentros.

XLIII

DA UN DELICIOSO PASEO POR EL CAMPO Y CONOCE A TRES ADORABLES HECHICERAS

¿Quién no ha oído hablar en América de los luminosos campos y los verdes setos de Inglaterra y ha deseado contemplarlos alguna vez? Lo mismo me ocurría a mí, y ahora que estaba en Inglaterra decidí no partir sin antes haber visto el campo con calma.

Un domingo por la mañana me puse en camino, con la comida en el bolsillo. Era un precioso día de julio; el aire estaba embalsamado con el aroma de las flores y los capullos y el verdoso esplendor del paisaje me cautivaba. No tardé en subir a un otero desde el que se dominaba una gran extensión y me vi rodeado de prados, céspedes, bosques y setos.

¡Sí, sí, ésta era la vieja Inglaterra! ¡Por fin la había encontrado! ¡Estaba ahí, en el campo! Un aire suave y empapado de rocío, que parecía teñido del verde de la hierba, bañaba toda la escena y mientras tomaba aliento pensé que tal vez estaría inhalando las mismas partículas respiradas una vez por la bella Rosamunda.

Seguí mi caminata por la carretera de Londres —tan llana como la entrada a una mansión— y todas las casas de campo blancas rodeadas de madreSelva por las que pasaba me parecían una parte viva del paisaje.

Pero el día fue avanzando y pronto empezó a hacer calor, y la larga carretera se volvió polvorienta. Se me ocurrió que sería muy agradable descansar a la sombra en algún campo umbrío. Así que, al llegar a un vallecillo que se ondulaba hasta convertirse en una hondonada cubierta de hierba, crucé hacia él, pero me detuve al borde del camino junto a un terrorífico cartel clavado en un árbol viejo como si fuera un poste:

¡TRAMPAS PARA HOMBRES Y RIFLES DE RESORTE!

En América nunca había oído hablar de nada semejante. ¿Qué podría significar? ¡No sería que en aquel precioso vallecillo vivían caníbales que se alimentaban cazando personas, como hacen en el Canadá con las comadrejas y los castores!

¡Una trampa para hombres! Tenía que ser eso. El cartel sólo podía tener ese sentido: que había algo cerca de allí, pensado para capturar seres humanos; una especie de mecanismo que se dispararía al paso del incauto trotamundos y lo sujetaría por una pierna como a un perro, o tal vez lo devoraría allí mismo.

¡Increíble! ¡Y más en una tierra cristiana! ¿Acaso aquella amable dama, la reina Victoria, permitía prácticas tan diabólicas? ¿Habría pasado alguna vez

por allí su graciosa Majestad y habría visto el cartel?

¿Y quién lo habría puesto?

Probablemente el propietario.

¿Y con qué derecho?

Bueno, era el dueño del terreno.

¿Y dónde están sus títulos de propiedad?

En su caja fuerte, supongo.

Así seguí sumido en mis cavilaciones.

«Eres un tipo agradable, Wellington —pensé—, y además todo un viajero, ¡y te va a detener una trampa para hombres! ¿Acaso crees que a Mungo Park lo trataron peor en África? ¿Piensas que a Ledyard lo recibieron así en Siberia? Palabra que no vas a volver a casa mucho más sabio que cuando partiste; y la única excusa que podrás alegar para no haber visto más cosas serán las trampas para hombres, ¡las trampas para hombres, señores!, que te acobardaron». Y luego, indignado, recurrí a los principios básicos. ¿Qué derecho tiene este hombre a este suelo que protege con semejantes cancerberos? ¡Cuánta insolencia hace falta para reclamar la propiedad de un trozo del planeta hasta su eje, y tal vez hasta las antípodas! Por un momento, se me ocurrió poner a prueba sus trampas y entrar en el Edén prohibido. Pero la hierba era tan espesa y parecía tan traicionera, que por fin preferí seguir mi camino.

Luego llegué a un sendero entre espinos que llevaba a una preciosa iglesuela, una iglesuela musgosa, una iglesuela como las que uno siempre sueña con ver en Inglaterra. El porche estaba cubierto por una parra que parecía un árbol; la hiedra trepaba por la torre; y las abejas zumbaban junto a los viejos sillares de las paredes.

«¿Habrán aquí también trampas para hombres? —pensé—, ¿rifles de resorte?».

No.

Así que seguí andando y entré en la iglesia donde no tardé en encontrar un asiento libre. Ningún indio piel roja habría sobresaltado tanto a aquella gente sencilla. Me miraban atónitos y no me quitaban la vista de encima, pero, como presté mucha atención al sermón y me comporté con mucha educación, no me echaron a la calle como pensé al principio.

Una vez concluido el servicio, me abrí paso entre un tropel de niños que fueron a contemplar perplejos al forastero, y seguí mi camino por la carretera de Londres.

Mi siguiente parada fue en una taberna, donde un grupo de rústicos bebían cerveza sentados en una mesa a la sombra de un árbol.

—Buenos días —dije.

—Buenos días, ¿viene usted de Liverpool?

—Eso creo.

—¿Va a Londres?

—Esta vez no. He venido sólo a ver el campo.

Al oír eso se miraron unos a otros y yo me miré a mí mismo dudando de si, por mi aspecto, no parecería un ladrón de caballos.

—Siéntese —dijo el tabernero, un tipo gordo que, según me pareció, llevaba puesto el mandil blanco de su mujer.

—Gracias.

Y luego, poco a poco, entablamos una larga conversación en la que les conté quién era y de dónde procedía. Aquellos campesinos me parecieron gente buena y alegre, y no me cabe duda de que me tomaron por un joven muy sociable. Me invitaron a cerveza y a cambio les conté historias sobre América que despertaron en ellos una gran curiosidad. Uno de ellos se sorprendió mucho de que no conociera a su hermano que residía desde hacía ya varios años en algún lugar a la orilla del Misisipi, pero, entre veinte millones de personas, nunca me había cruzado con él, al menos que yo supiera.

Por fin, me despedí del grupo y seguí mi camino, eufórico por la animada conversación que había sostenido y por las agradables palabras que habíamos intercambiado, y tal vez también por la cerveza que había bebido: buena cerveza añeja; ¡sí, cerveza inglesa, fermentada en Inglaterra! Y estaba pisando suelo inglés, y respirando aire inglés, y hasta la última hoja de hierba era nativa de Inglaterra. El viejo y ahumado Liverpool, con su brea y su alquitrán, había quedado atrás y no se veían más que prados y campos.

Vamos, Wellington, ¿por qué no seguir hasta Londres? ¡Ánimo! ¿Qué dices a eso? ¡Echémosle un vistazo a St. Paul! ¿No quieres ver a la reina? ¿No te apetece ver al duque? ¡Piensa en la abadía de Westminster y en el túnel por debajo del Támesis! ¡Piensa en Hyde Park y en sus damas!

Pero luego pensé, mientras me hurgaba los bolsillos vacíos: «¿Y quién va a pagar la cuenta? No puedes mendigar para llegar allí, Wellington, eso nunca lo harías, pues eres el hijo de tu padre y no debes deshonorar a tu familia en un país extranjero, no debes convertirte en mendigo».

Bueno, bueno, ánimo entonces, ya lo verás otro día.

Pero ¡piénsalo!, estás aquí, en la mismísima carretera que lleva a Londres, ¡piénsalo por un momento!, estás pisando las roderas de las diligencias de la metrópolis. Era horrible, amargamente horrible. Pero me calé el sombrero hasta los ojos y seguí andando hasta llegar a un bancal verde deliciosamente ensombrecido por un árbol viejo y hermoso de anchas ramas que se extendían sobre la carretera como una gallina cuando abre las alas para proteger a sus pollitos. Me tumbé en la hierba y apoyé la cabeza en el tronco como una semilla caída. La gente pasaba a pie y en carro y ninguno imaginaba que aquel triste joven que había debajo del árbol era el sobrino nieto de un difunto senador del congreso americano.

Poco después, me puse en pie al oír una voz destemplada detrás de mí que decía:

—¿Qué haces aquí, granuja? Te has escaqueado del trabajo, ¿no? ¡Largo de aquí o te azuzo a Blutcher!

¿Y quién era Blutcher? Un perro de aspecto feroz que asomaba el negro hocico por un hueco del seto. ¿Y su dueño? Un robusto granjero con un alarmante bastón en la mano.

—¿Te vas a ir o no? —gritó.

—Desde luego —respondí, poniéndome en camino a toda prisa. Y, después de recorrer unos metros por la carretera (que me pertenecía a mí tanto como a la mismísima reina), me volví como quien está en su casa y le dije—: ¡Desconocido! Si alguna vez vas a América, pásate por mi casa y encontrarás siempre un plato de comida y una cama. No dejes de hacerlo.

Luego emprendí el camino de vuelta a Liverpool, lleno de tristes reflexiones sobre la falta de caridad del mundo, y el infame recibimiento que se da a los jóvenes viajeros indefensos vestidos con una chaqueta de caza rota.

Seguí y seguí a lo largo de las lindes de varios campos prohibidos hasta llegar a una casita de campo ante la que me detuve admirado.

Nunca había visto lugar tan delicioso, ningún palacio de Persia podría ser más ameno, había flores en el jardín y seis mejillas lozanas como seis rosas en la ventana. En el umbral, debajo del emparrado, había un anciano sentado que fumaba tranquilamente en pipa, mientras un niño pequeño jugaba en el suelo con los cordones de sus zapatos. Una robusta matrona de expresión más bien remilgada leía el periódico a su lado, ¡y tres hechiceras, tres peris, tres huríes!, se asomaban a la ventana de al lado.

¡Ah, Wellington! ¡Qué no darías por entrar ahí!

Con el corazón extasiado por aquella alegre escena, me di la vuelta para marcharme, cuando..., ¿será posible?, el anciano me llamó y me invitó a

pasar.

—Pase, pase —dijo—, por su aspecto debe de venir usted de lejos, pase y beba un cuenco de leche. Matilda, querida —cómo latió mi corazón—, ve a traer un poco de la lechera. —Y el ángel de manos blancas obedeció humildemente y me dio a mí..., a mí, al vagabundo, un cuenco de leche espumosa, que apenas pude beber absorto como estaba en el rocío de sus labios.

¡Por mi vida que me habría casado allí mismo con aquella hechicera!

Era con mucho la flor más hermosa que había visto hasta entonces en Inglaterra. Pero me las arreglé para ocultar mi ardiente admiración, y a fin de contrarrestar lo antes posible cualquier impresión desfavorable que pudiera producirles la inspección de mi mísera chaqueta de caza que se estaba produciendo en ese mismo instante, les expliqué que era un marinero yanqui en Liverpool y que había ido a pasar el domingo en el campo.

—¿Y no ha ido hoy a la iglesia, joven? —preguntó la anciana señora con recelo.

—Sí, buena mujer; a la iglesuela que hay un poco más adelante. Un sermón excelente, me siento reconfortado por él.

Quise calmar a aquella anciana señora de aspecto tan severo, pues mi experiencia con las señoras ancianas, por muy corta que fuese, me había convencido de que son el enemigo nato de los forasteros jóvenes.

Pronto desvié la conversación hacia América, un asunto que sabía que les resultaría interesante y sobre el que podía ser ameno y original. Me esforcé por hablar en inglés addisoniano, y pronto pude comprobar que mis cuidadas frases estaban causando una impresión favorable, a pesar de que mi triste chaqueta de caza era un continuo desmentido de mis pretensiones de respetabilidad.

No obstante, a pesar de todas mis zalamerías, la buena señora siguió montando guardia en su puesto, y, para mi inexpresable disgusto, dejó a las tres hechiceras en segundo plano, aunque el anciano las animaba a menudo a acercarse. Aquel amable viejo inglés parecía libre de cualquier suspicacia y su avinagrada mujer daba la impresión de estar llena de ellas. Pero aún así me quedé un rato más, echándoles miradas furtivas a las tres chicas y hablándole con vehemencia al anciano sobre Illinois y el río Ohio, y las magníficas granjas de la región de Genessee, donde, en la época de la cosecha, los peones iban a miles a trabajar en los campos.

«Sigue así, Wellington —pensé—, y no le des tiempo a pensar a la señora, sigue así, muchacho, y tu premio será una invitación a tomar el té». Por fin

llegó y la buena mujer dejó de fruncir el ceño.

Fue una comida deliciosa, las tres hechiceras se sentaron a un lado de la mesa y yo al otro, entre el anciano y su mujer. La hechicera del centro sirvió el Souchong y me alcanzó unos bollos untados de mantequilla como jamás se han visto al otro lado del Atlántico. La mantequilla tenía un sabor aromático, por Dios, era absolutamente deliciosa.

Ahí estaban —las hechiceras, quiero decir— comiéndose los bollos con mantequilla ante mis ojos. Deseé convertirme en bollo con mantequilla. Cada vez me parecían más hermosas, ¡y no pude sino pensar en lo agradable que sería llevarme a casa una bella mujer inglesa! ¡Cómo me mirarían mis amigos! ¡Una dama inglesa!

Podría equivocarme, pero ciertamente pensé que Matilda, la que me había llevado la leche, a veces miraba con benevolencia hacia donde yo estaba. Desde luego, miraba mi chaqueta y quiero pensar que mi rostro. ¿Sería posible que se hubiera enamorado a primera vista? ¡Qué éxtasis! Pero, ¡ay, de mí!, eso estaba descartado, ¿qué clase de pretendiente era Wellington?

Por fin, la anciana señora miró hacia la puerta y observó que todavía me quedaba una larga caminata hasta la ciudad. Me alcanzó los bollos con mantequilla, como llevando a cabo un último acto de hospitalidad, y con mucha sutileza insinuó que debía ponerme en camino.

Me levanté muy despacio, murmuré dándole las gracias, hice una reverencia y traté de marcharme, pero enseguida volví a hacer una reverencia y a darles las gracias y me demoré una y otra vez. «¡Oh, hechiceras! ¡Oh, peris! —pensé—, ¿de verdad tengo que marcharme?». Sí, Wellington, tienes que hacerlo, así que me despedí como pude y salí disparado por la puerta.

No he vuelto a verlas, no, ni siquiera he tenido noticias tuyas, pero ¡hasta hoy he seguido soltero por culpa de esas hechiceras tan arrebatadoras!

Entré en la ciudad cuando ya casi había declinado el crepúsculo y se había hecho de noche, seguí mi solitario camino por los viejos muelles, crucé la puerta, y me abrí paso entre el olor a alquitrán, a lo largo de los barcos que había entre el embarcadero y el Highlander. Mi único refugio era mi litera, me metí en ella y, fatigado por la larga caminata, me quedé profundamente dormido enseguida, soñando con rosas y mejillas lozanas.

XLIV

**REDBURN PRESENTA AL JOVEN HARRY BOLTON A LA
FAVORABLE CONSIDERACIÓN DEL LECTOR**

Al día siguiente de mi paseo dominical por el campo, y cuando ya llevaba en Inglaterra cuatro semanas o más, conocí a un apuesto, educado, pero desdichado joven llamado Harry Bolton. Era uno de esos seres pequeños pero perfectamente formados, de cabello rizado y músculos sedosos, que parecen haberse criado en un capullo. Su tez era morena y femenina como la de una chica, tenía los pies pequeños, las manos blancas y los ojos muy grandes y negros como los de una mujer, e, imágenes poéticas aparte, su voz era como el sonido de un arpa.

Pero ¿en qué parte de los muelles llenos de alquitrán y de los ahumados pasajes y callejas del puerto frecuentados por los marineros iba a conocer yo, un harapiento muchacho yanqui, a un joven tan refinado?

Lo había visto varias tardes en la calle de la pensión apoyado en el umbral de alguna puerta y observando en silencio las animadas escenas que allí ocurrían. Su apostura, su atuendo y sus modales me parecieron tan fuera de lugar en aquella calle que no acerté a imaginar qué sería lo que habría trasplantado esa planta exótica y delicada de los invernaderos de alguna Regent Street a los descuidados patatales de Liverpool.

Por fin me lo encontré un día en la pensión del Clíper de Baltimore. Estaba hablando con uno de mis compañeros sobre América y, por lo que oí, deduje que estaba considerando la idea de viajar a mi país. Encantado con su aspecto y ansioso de trabar conocimiento con el indudable hijo de un caballero —un placer que me había estado vedado tanto tiempo—, me alisé los faldones de la chaqueta, me acerqué a él y le expliqué quién era y que nada me gustaría más que serle de ayuda respecto a cualquier información sobre América que pudiera necesitar.

Su mirada fue de mi rostro a mi chaqueta, y de mi chaqueta a mi rostro, y por fin, con una expresión complacida aunque algo perpleja, me rogó que lo acompañara a dar un paseo.

Estuvimos andando por el embarcadero St. George hasta casi medianoche, pero antes de que nos despidiésemos me contó con una franqueza insólita muchas cosas extrañas sobre él.

Según me explicó, Harry Bolton había nacido en Bury St. Edmund's, un pueblo de Suffolk, no muy lejos de Londres, donde quedó huérfano muy pronto y a cargo de una tía suya. Su madre había dividido su fortuna entre su tía y él, y el joven Harry se convirtió en heredero de unas cinco mil libras.

De espíritu aventurero, al acercarse la mayoría de edad, se fue cansando del campo, sobre todo porque no tenía trabajo ni profesión de ningún tipo con la que ocupar su atención.

En vano trató de seducirlo Bury con su encanto monástico para que se quedara en las hermosas orillas del Larke a la sombra de su elegante y antigua torre sajona de varios pisos.

«Por todas mis pintorescas asociaciones históricas —le susurraba Buiy—; por la puerta de mi abadía que lleva hasta hoy las armas de Eduardo el Confesor; por mi tejado esculpido de la antigua iglesia de St. Mary, que escapó a la cólera de los intolerantes puritanos; por las regias cenizas de María Tudor que duermen en mi seno; por mis ruinas normandas y por todos los viejos abades de Bury, ¡no me abandones, Harry! ¿Dónde encontrarás paseos más umbríos que debajo de mis limeros? ¿Dónde jardines más encantadores que entre los muros de mi monasterio al que se accede por puertas tan señoriales? O, si mis antiguos líquenes te son indiferentes y mi verdor anual no te conmueve, déjate seducir por otros adornos y si quieres dilapidar alegremente tu patrimonio como el hijo pródigo, no lo hagas lejos de Bury. Pues aquí, en Angel Hill, tienes mis cafés, mis casinos, mis salas de billar, donde puedes pasar la mañana y vaciar tu vaso y tu bolsa a voluntad».

Fue en vano. Bury no era sitio para el aventurero Harry, que debía acabar por fuerza en Londres, donde en un invierno, en compañía de dandis y jugadores, perdió hasta su último soberano.

¿Qué iba a hacer ahora? Sus amigos movieron los hilos pertinentes y pronto Harry pudo embarcarse como guardiamarina rumbo a Bombay en el servicio de las Indias Orientales, donde se convirtió en un «conejiillo de Indias», el apelativo burlón con que se conoce a los guardiamarinas en la Compañía. Y, teniendo en cuenta la perversidad de su comportamiento, su forma delicada y su tez suave, y que las doradas guineas habían sido su ruina, no es un apelativo que en el caso del pobre Harry fuese del todo inaplicable.

Hizo un viaje y regresó; otro y regresó y luego renunció asqueado a su licencia. Unas semanas de disipación en Londres, y nuevamente su bolsa volvió a quedarse vacía; entonces, y como hacen muchos hijos pródigos, en lugar de volver a casa con su tía y enmendarse —aunque ella le escribía a menudo amables cartas rogándole que lo hiciera— Harry decidió viajar al Nuevo Mundo y hacer fortuna.

Con ese objetivo en perspectiva empaquetó sus baúles y cogió el primer tren para Liverpool. Nada más llegar a la ciudad y dirigirse a los muelles para echarles un vistazo a los barcos americanos, se le metió un nuevo capricho en la cabeza, nacido de sus viejas reminiscencias marineras. El de vestir pantalones de dril y un sombrero de lona embreada, y cruzar valientemente el Atlántico como marinero. La idea tenía un toque novelesco, un abandono y un desprecio por las chaquetas de paño fino que armonizaban muy bien con su desprecio por las convenciones.

Una vez decidido, cambió su baúl por un arcón de caoba, vendió sus pertenencias menos necesarias y se mudó a la pensión del Ancla Dorada en Union Street.

Después de conocerlo, y de enterarme de sus intenciones, mi mayor deseo fue que Harry me acompañara a casa en el Highlander, un deseo al que él respondió de forma efusiva.

Yo tenía esperanzas de que el capitán le diera trabajo, pues, durante nuestra estancia en los muelles, tres miembros de la tripulación se habían marchado y sus puestos no se cubrirían hasta la víspera de la partida.

Podemos contar aquí que, debido a las cuantiosas cargas a que están sometidos los barcos americanos atracados largo tiempo en Liverpool, derivadas de la obligación de pagar los salarios a los marineros cuando tienen poco o ningún trabajo que ofrecerles y de la necesidad de alojarlos en tierra a cuerpo de rey, los capitanes que participan en la propiedad de los barcos no ven con malos ojos que sus marineros deserten si les place y así les ahorren dinero, pues saben que, en todo caso, es fácil conseguir una nueva tripulación mediante los reclutadores del puerto.

Aunque hablaba inglés con fluidez, y, después de sus largos años de servicio en los barcos neoyorquinos, casi tenía aspecto de americano, el capitán Riga era ruso de nacimiento, aunque se esforzaba por ocultarlo. Y, a pesar de lo extravagante de sus gastos personales y de sus costumbres dispendiosas tan disipadas como las de un oriental, el capitán Riga era cicatero con los demás, como se vio con el generoso salario de tres dólares con el que contrató mis valiosos servicios. Así que, como Harry y yo acordamos que se ofrecería a embarcar como grumete por el mismo salario que yo, no me cabía ninguna duda de que, animado por aquella ganga, el capitán Riga llegaría a un acuerdo con él, y así, en lugar de pagar dieciséis dólares al mes por un marinero, que se comería todas sus raciones, contrataría a mi joven amigo de Bury, a un dólar por semana, con la alegre perspectiva de que, al final del viaje, su exigente paladar le dejara un buen balance de cerdo y ternera saladas en la «caja de la carne».

Harry, siguiendo mi consejo, se aparejó con una camisa de Guernsey y unos pantalones de tripulante de barco de guerra, que compró con parte del dinero obtenido de la venta de sus chalecos de terciopelo, y, así equipado, se presentó una mañana en el alcázar del Highlander, con el sombrero de lona en la mano, ante el imponente Riga.

Nada más explicarle lo que quería, noté en el semblante del capitán la misma expresión insulsa, benévola, persuasiva y alegre que tanto me había seducido, y engañado, la primera vez que me presenté en su camarote en compañía del señor Jones.

«¡Ay, Harry! —pensé, mientras esperaba en el castillo de proa mirando a popa donde estaban ellos—, ese galante y alegre burlador no te engatusará, si Wellington puede evitarlo. Antes prefiero renunciar al placer de tu compañía en la travesía del Atlántico».

Durante aquella interesante entrevista el capitán expresó un comprensivo interés por las tristes penalidades que debían de haber empujado a Harry a embarcarse; demostró un caluroso interés por su bienestar en el futuro y no dudó en declarar que, al viajar a América en esas circunstancias para buscar fortuna, era muy viril y animoso y que el viaje como marinero sería un vigoroso preparativo para su llegada y la lucha que tendría que librar con el destino para ganar fortuna.

Lo contrató enseguida y expresó su pesar por no poder alojarlo a bordo hasta el día previo a la partida del barco, ni ofrecerle un adelanto de su salario.

No obstante, satisfecho de haber llegado a un acuerdo, mi joven muchacho de Bury manifestó su alegría y, lleno de admiración por un capitán tan educado y caballeroso, fue a proa a recibir mi enhorabuena.

—Harry —le dije—, no te dejes engañar por el fascinante Riga, ese alegre Lotario de los jóvenes inexpertos del campo y la ciudad que deciden hacerse a la mar; tiene un rostro de Jano, Harry, y no lo reconocerás cuando deje de avistarse la tierra y se ponga sus chaquetas y pantalones raídos. Pues entonces se convierte en un personaje completamente distinto y adapta su carácter a lo gastado de su tegumento. A partir de entonces se acabaron la simpatía, la comprensión y las lisonjas; te apreciará poco más que a sus botas, y antes de dirigirte la palabra le hablaría a Donald, nuestro mascarón de proa.

También previne a mi amigo del resto de la tripulación, sobre todo del diabólico Jackson y le aconsejé que fuera cauto y precavido. Le advertí que, a menos que estuviese acostumbrado a trabajar en el aparejo y supiera soltar un sobrejuanete en plena tormenta, ya podía ir preparándose para recibir el trato más ignominioso por parte del resto de los marineros.

Además, hice de inquisidor e interrogué a Harry con el fin de averiguar hasta qué punto era un marinero completo: si se mareaba; si sus brazos podían sostener el peso de su cuerpo; si era capaz de sujetarse sólo con una mano del obenque a treinta metros de la cubierta en una tormenta y volver la cabeza hacia barlovento.

A todo eso, y mucho más, contestó Harry con aire despreocupado y confiado, y me aseguró que en sus días de «conejillo de Indias» había trepado a menudo a los mástiles y aprendido a manejar las velas, por lo que no le cabía la menor duda de que no tardaría en convertirse en un consumado acróbata en el aparejo del Highlander.

Su carácter frívolo y su optimismo, unidos a su aspecto nada marinero, más apto para el salón de una reina que para el castillo de proa de un barco, me crearon muchas dudas. Pero en este mundo todos somos dueños de nuestro destino, y aunque podamos advertir y prevenir y dar sabios consejos y preocuparnos por nuestros amigos, la mayoría de las veces ellos siguen su camino y lo único que podemos hacer es desearles lo mejor. Aun así, le sugerí a Harry si no sería mejor que cruzara el Atlántico como pasajero de la antecámara, ya que podía permitírselo; pero no: estaba empeñado en viajar como marinero.

A partir de entonces dispuse de un compañero para mis paseos vespertinos y excursiones dominicales, y, como Harry era un tipo generoso, me abrió su bolsa y su corazón. Vendió unos cuantos chalecos más, su flauta de teclas de plata y su guitarra esmaltada, y una parte del dinero así obtenido lo gastamos alegremente en solazarnos en las tabernas de los caminos en las proximidades de la ciudad.

Mano a mano en algún agradable rincón, intercambiábamos nuestras vivencias del pasado. Harry se extendía acerca de la fascinante vida londinense: describía la calesa en la que se paseaba por Hyde Park, me daba la medida exacta del tobillo de madame Vestris, relataba cuando le presentaron en un club al desenfrenado marqués de Waterford, me contaba las sumas que había perdido en las carreras de caballos un día de Derby y hacía numerosas aunque enigmáticas alusiones a cierta lady Georgiana Theresa, la aristocrática hija de un anónimo conde.

Harry era pródigo incluso en su conversación y despilfarraba sus narraciones aristocráticas a manos llenas, y tal vez incluso gastara recuerdos que no eran suyos.

En cuanto a mí, sólo tenía a mi pobre viejo tío el senador y recurría a él en caso de emergencia, como al caballo en el ajedrez, y le hacía saltar de un sitio a otro y resistir el empuje de todo el surtido de duques, señores, calesas y condesas de mi buen amigo.

En el curso de nuestras largas charlas, a menudo expresé mi sincero deseo de hacer una visita a Londres y le conté lo tentado que estuve de ir andando hasta allí un domingo sin un penique en el bolsillo. A lo que Harry respondió que nada le gustaría más que enseñarme la capital, e incluso aludió misteriosa pero significativamente a la posibilidad de que pronto tuviera ocasión de hacerlo. Pero me pareció una idea tan absurda que la atribuí tan sólo a la buena intención de mi amigo, que a veces le empujaba a decir cualquier cosa que le pareciese agradable. Además, ¿se dejaría ver aquel elegante joven de Bury, con sus amistades aristocráticas, paseando por Oxford Street mano a mano con mi chaqueta de caza? Era absurdo, y empecé a pensar que, después de todo,

Harry tenía cierta propensión a abusar de mi credulidad de yanqui.

Por suerte, el joven de Bury no tenía amigos en Liverpool, donde, de hecho, era tan extranjero como si estuviese ya a la orilla del lago Erie; así que paseaba conmigo con total despreocupación, sin que le importara un bledo el corte de mi chaqueta ni quién pudiera mirar a una pareja tan singular.

No obstante, una vez, al cruzar una plaza que había enfrente de un hotel elegante, me hizo doblar la esquina a toda prisa y no se detuvo hasta que estuvimos a una manzana. El motivo de su súbita huida fueron una chaqueta y unos pantalones a la última moda, que había en las escaleras del hotel y que contenían a un joven petimetre que mordisqueaba el mango de marfil de una fusta de montar.

—¿Quién era ése, Harry? —le pregunté.

—Mi viejo amigo lord Lovely —respondió Harry con aire despreocupado—, Dios sabrá qué asunto le habrá hecho venir de Londres.

—¿Un lord? —le dije perplejo—, pues tendré que volver a echarle un vistazo. —Y es que los lores escasean en Liverpool.

Sin hacer caso de las protestas de mi amigo, corrí a la esquina y pasé muy despacio por delante de la chaqueta y los pantalones de las escaleras.

No tenía pinta de lord, era de piernas delgadas y ágiles y de pies pequeños como los de una muñeca y tenía la cabeza pequeña y brillante como la de una foca. Yo había visto muchos lores como él en actitudes parecidas a la puerta de Palmo's en Broadway.

No obstante, como ambos éramos amigos de Harry, pensé en abordarle y pedirle consejo sobre el futuro del joven pródigo, pero después de pensarlo dos veces decidí que sería mejor no entrometerme, pues lord Lovely se acercó a la ventana abierta de un despampanante carruaje, adoptó una postura interesante con la suela de una bota expuesta verticalmente para mostrar el sello que había en ella —una corona— y entabló una brillante conversación con un magnífico sombrero blanco de satén coronado por una pluma de marabú que había dentro.

No me cupo la menor duda de que aquella dama sería como mínimo una aristócrata y pensé que sentarme a su lado y pedirle al cochero que nos llevase a dar un paseo por el campo sería uno de los mayores placeres del mundo.

Pero, como, después de meditarlo un momento, pensé que la aristócrata pudiera declinar el honor de mi compañía, pues yo carecía de tarjetas formales de visita, seguí andando y volví con mi amigo y traté de sonsacarle algo acerca de lord Lovely, pero él se limitó a responder de forma muy misteriosa y a desviar la conversación aludiendo a sus visitas a Ickworth en Suffolk, la

magnífica sede del nobilísimo marqués de Bristol, que le había dicho a Harry muchas veces que podía considerar Ickworth su propia casa.

El caso es que todas esas historias de marqueses e Ickworths, y el que Harry hubiese sido uña y carne con tantos lores y damas, despertó en mí ciertas sospechas respecto a la moralidad de mi amigo a la hora de contar la verdad. «Pero, después de todo —me decía—, ¿quién puede demostrar que Harry ha mentado? Sin duda sus modales son muy educados, viste con elegancia y no es imposible que se haya codeado con el señor de Ickworth y la hija del anónimo conde. Y ¿qué derecho tiene un pobre yanqui como yo a abrigar la menor sospecha sobre lo que dice? El poco dinero que tiene lo gasta con generosidad, no puede ser un timador, pues yo no soy un palomo al que desplumar, así que ¡fuera dudas y destierra esas ideas respecto a tu amigo del alma!».

Pero, aunque me las arreglé para ahogar mis sospechas lo mejor que pude y nunca sentí por Harry más que un afecto sincero y cariñoso, no conseguí digerir del todo sus recuerdos imperiales de la alta sociedad. Y era una lástima, pues eso me hacía sentir mal y me impedía abrirle del todo mi solitario corazón, que estaba deseando arrojarle en el regazo ilimitado de un amigo immaculado.

XLV

HARRY BOLTON RAPTA A REDBURN Y SE LO LLEVA A LONDRES

No habría pasado ni una semana desde que vimos de refilón a lord Lovely cuando Harry, que llevaba un tiempo esperando una carta que, según me dijo, podría alterar todos sus planes, subió dando zancadas a bordo y se deslizó por la escotilla hasta el entrepuente, donde, en total soledad, yo estaba ocupado recogiendo estopa, tal como me había encargado el oficial a falta de otra tarea mejor.

—¡Nos vamos a Londres, Wellington! —gritó—. ¡Partimos mañana, en el primer tren! ¡Estaremos de vuelta por la noche, vamos! ¡Tengo dinero para comprarte ropa nueva! ¡Deja ese sucio trabajo y larguémonos! ¡Uf, cómo huele aquí abajo! ¡Vamos, sube de una vez!

Yo temblé de sorpresa y alegría.

¿Londres? ¡Sería posible!, y Harry, ¡qué amable por su parte!: al final resultaba que sí era lo que decía ser. Pero enseguida reflexioné sobre las circunstancias del caso y quise saber qué era lo que motivaba aquel viaje tan repentino.

Mi amigo respondió que había recibido un envío de dinero y tenía esperanzas de recuperar una considerable suma, perdida de algún modo que prefería no desvelar.

—Pero ¿cómo voy a abandonar el barco, Harry? —le dije—, no me lo permitirán. Será mejor que vayas sin mí, en realidad no me apetece tanto; y además no tengo dinero para compartir los gastos.

Lo dije sólo por afectar indiferencia, pues mi corazón estaba latiendo a toda velocidad.

—¡Calla, yanqui! —dijo Harry—, ¡mira! —Y me mostró un puñado de monedas de oro.

—Pero son tuyas, no mías, Harry —respondí.

—Tuyas y mías, querido amigo —exclamó Harry—. ¡Venga, hunde el barco de una vez y vayámonos de aquí!

—Pero ¿es que no te das cuenta de que, si abandono el barco, mandarán a la policía a buscarme?

—¡Qué! ¿En tanto crees que valoran tus servicios? ¡Ja, ja! Vamos, vamos, Wellington, me muero de impaciencia.

Tenía razón. Yo sabía muy bien que el capitán Riga no se preocuparía lo más mínimo si me despedía a la francesa. Así que, sin pensarlo dos veces, le pedí a Harry que me esperase un poco hasta que la campana del barco diera las cuatro, momento en que siempre bajaba a comer y quedaba libre el resto del día.

La campana sonó y bajamos a tierra. Mientras corríamos por el embarcadero y a lo largo de los muros del muelle, le pregunté a Harry por sus intenciones. Me explicó que tenía que ir a Londres y a Bury St. Edmund's, pero que no sabía si tendría que quedarse allí un tiempo o no, y que no era del todo imposible que, en menos de una semana, estuviésemos de vuelta en Liverpool dispuestos a embarcar. Pero todo lo dijo con un tono de misterio que no me gustó nada, y apenas estoy seguro de haber repetido correctamente lo que me dijo.

Nada más llegar al Ancla Dorada, donde se alojaba, Harry me llevó a su habitación y empezó a revolver el contenido de su arcón en busca de ropa que pudiera servirme.

Aunque era varios años mayor que yo, los dos teníamos la misma talla —de hecho, yo era un poco más alto—, así que pronto encontramos una camisa, un chaleco y unos pantalones que me valieran. En cuanto a la levita y el sombrero, Harry corrió a comprármelos sin más dilación y volvió con una chaqueta amplia y elegante y un sombrero sencillo y sin pretensiones.

Mi amigo no tardó en quitarse su camisa de Guernsey y se plantó delante de mí con un traje muy sencillo que había comprado esa misma mañana. Le pregunté por qué había hecho ese gasto innecesario, cuando tenía ropa de sobra en el arcón. Pero él se limitó a guiñarme el ojo y a hacer un gesto de complicidad. Eso tampoco me gustó. Pero me esforcé por alejar de mí cualquier sospecha.

Estuvimos charlando hasta que oscureció, luego cerró su arcón, le encargó a la patrona que se lo cuidara hasta que él volviese o enviara a recogerlo, me cogió del brazo y salimos a la calle.

Nos abrimos paso entre una muchedumbre de marineros juerguistas y músicos callejeros y doblamos por una calle que llevaba a la Bolsa. Allí, a la sombra de la columnata, Harry me pidió que lo esperase mientras él le daba los últimos toques a su atuendo. Preguntándome a qué se referiría me aparté a un lado y poco después se me acercó un desconocido con bigote y patillas.

—Soy yo —dijo el desconocido, y ¿quién era «yo» sino Harry, que se había metamorfoseado de aquel modo? Le pregunté la razón y con voz temblorosa, a la que traté no obstante de imprimir un tono burlón, expresé la esperanza de que no fuese a convertirse en falsificador.

Él se echó a reír y me aseguró que se había disfrazado de ese modo sólo como precaución para que no lo reconocieran sus amigos de Londres.

—Y ¿por qué te ocultas de tus amigos? —le pregunté perplejo—, además, todavía no estamos en Londres.

—¡Bah!, menudo yanqui estás hecho, Wellington. ¿No ves que tengo un plan? Este disfraz es sólo por un tiempo. Pero ya te lo explicaré después.

Asentí, aunque no estaba muy convencido, y seguimos andando hasta llegar a una taberna que había cerca de donde sale el tren.

Allí pasamos la noche, y a la mañana siguiente partimos rodando por paisajes ilimitados, pueblos, prados y parques, sobre viaductos, y a través de túneles maravillosos, hasta que, casi loco de excitación, bajé del tren de noche, a la luz de los faroles de gas, debajo de un enorme tejado en Euston Square.

¡Londres por fin, y el West End!

XLVI

UNA NOCHE MISTERIOSA EN LONDRES

—No tenemos tiempo que perder —dijo Harry—, vamos.

Llamó un coche y, en voz baja, le dio el nombre de una calle al cochero, subimos y nos pusimos en camino.

Traqueteando sobre el ruidoso empavesado, pasamos junto a espléndidas plazas, iglesias y tiendas; nuestro cochero doblaba las esquinas como un patinador sobre hielo, y todo Londres rugía en mis oídos; los muros de ladrillo parecían no tener fin; pensé que Nueva York no era más que una aldea y Liverpool una mina de carbón; todo me parecía tan irreal que creí que yo mismo era otra persona. La cabeza me daba vueltas y me dolían los ojos de tanto mirar; sobre todo en las esquinas que doblábamos tan deprisa, primero a diestra y luego a siniestra, a fin de no perderme nada, aunque en realidad me estaba perdiendo mucho.

—Alto —gritó Harry, al cabo de un buen rato asomando de pronto la cabeza por la ventanilla—. ¡Alto! ¿Es que está usted sordo? Se ha pasado la casa... Le dije el número cuarenta... Eso es... ¡aquellos escalones de allí, con la luz purpúrea!

Después de pagar al cochero, Harry se ajustó las patillas y el mostacho y me aconsejó que procurase afectar cierta indiferencia, se ladeó un poco el sombrero, nos cogimos del brazo y entramos tranquilamente en la casa; yo estaba un poco abochornado, pues hacía mucho que no alternaba en sociedad.

Era un lugar de diversión semipúblico, y sobrepasaba con mucho a cualquier sitio parecido donde yo hubiera estado.

El suelo, embaldosado de mármoles de tonos rojizos y blancos como la nieve, retumbaba con el eco de los pasos como si tuviera debajo todas las catacumbas de París. Me sobresalté receloso al oír aquel sonido hueco y agorero, que parecía suspirar con desesperación subterránea ante el magnífico espectáculo que me rodeaba y mofarse de su brillo.

Las paredes estaban pintadas para engañar a la vista con interminables columnatas, y varios grupos de exquisitas columnas de escayola que imitaban mármoles jaspeados —verde esmeralda y oro, St. Pons con venas de plata y Siena con pórvido— sostenían un resplandeciente techo pintado al fresco, curvo como un emparrado, totalmente cubierto de falsos racimos. Al este de todo aquel follaje se divisaba al eternamente joven Apolo de Guido, que conducía el carro del sol a través de un crepúsculo carmesí. De aquí y de allá pendían varias ramas de vid esculpidas como estalactitas con galaxias de lámparas de gas, cuyo vívido brillo suavizaban esferas de porcelana de color crema pálido, que arrojaban sobre toda la escena una luz serena y plateada, como si cada esfera de porcelana fuese una luna y aquel soberbio apartamento el jardín de Porcia en Belmont y los refinados enamorados, Lorenzo y Jessica, se ocultaran entre las viñas.

En muchas mesas de aspecto moruno sostenidas por cariátides de esclavos con turbantes se sentaban grupos de caballeros con botellas de cristal tallado, vasos finos, periódicos y cigarros.

Camareros obsequiosos iban y venían, con servilletas inmaculadas sobre el brazo, y hacían profundos saludos y deferentes reverencias cada vez que abrían la boca.

A un extremo del deslumbrante apartamento había una estructura en forma de torreta de caoba, adosada en parte a la pared que comunicaba con las habitaciones del fondo. Detrás había un anciano muy elegante, de pelo y patillas blancos y con una chaqueta blanca como la nieve —parecía un almendro en flor—, que hacía de educado centinela sobre toda la escena y era quien daba órdenes a los camareros y cobraba, con un silencioso saludo, el dinero de los clientes.

Nuestra entrada despertó poco o ningún interés, pues todos los presentes parecían ocupados en sus asuntos, y el grupo más numeroso estaba congregado en torno a un caballero alto de aspecto marcial que estaba leyendo las noticias publicadas en *The Times* sobre la guerra en la India y las comentaba en voz alta reprobando, en conjunto, toda la campaña.

Nos sentamos aparte de aquel grupo y Harry dio unos golpes en la mesa y pidió que nos trajeran un poco de vino de curioso nombre extranjero.

Nos trajeron una botella llena de vino de color amarillo pálido y, después de beber unos vasos, mi compañero me susurró que me quedara donde estaba mientras él se iba un momento.

Lo vi avanzar hacia la estructura en forma de torreta e intercambiar algunas palabras en tono confidencial con el almendro en flor, que pareció sorprenderse mucho —a mí me pareció un poco desconcertado—, y luego desapareció con él.

Cuando mi amigo se fue, me dediqué a observar y me esforcé por aparentar la máxima indiferencia posible y por hacer como si estuviera tan acostumbrado a todo aquel esplendor como si hubiera nacido en él. Aunque, a decir verdad, la cabeza casi me daba vueltas al pensar que estaba en Londres y contemplaba la extrañeza de aquel lugar. ¿Qué habría dicho mi hermano? ¿Y qué habría pensado Tom Legare, el tesorero de la Asociación por la Abstinencia Juvenil?

Pero casi empecé a pensar que no tenía amigos ni parientes que vivían en un pueblecito de América, a cinco mil quinientos kilómetros de allí, pues me costaba conciliar un recuerdo tan humilde con la espléndida animación de la escena londinense que me rodeaba.

Y, en el delirio del momento, me dejé llevar por las absurdas visiones doradas de los condes y condesas a los que me presentaría Harry, y a cada momento me parecía oír a los camareros refiriéndose a algún caballero como «milord» o «su Gracia». Pero, por lo que pude oír al menos, si había algún lord presente, los camareros evitaban pronunciar su título.

Entremezcladas con aquellas ideas estaban las confusas visiones de St. Paul y el Strand, que decidí visitar a la mañana siguiente o perecer en el intento. E incluso deseé que volviera Harry para que pudiésemos salir a la calle y ver alguna cosa, antes de que cerraran las tiendas.

Mientras le esperaba, me dio la impresión de que uno de los camareros me observaba con cierta impertinencia, como si viera algo extraño en mí. Así que traté de adoptar una actitud señorial y despreocupada, y para hacerlo crucé las piernas, como un joven príncipe Esterhazy; no obstante, noté que la cara me ardía de vergüenza y debía de parecer culpable de algo. A pesar de todos mis sonrojos seguí mirándolo todo con la cabeza bien alta y reparé en que, de vez en cuando, se hacían pequeños grupos entre los caballeros y se retiraban a la parte de atrás de la casa, como si fuesen a un reservado. A uno de ellos le oí decir la palabra rouge, pero no es posible que lo utilizara porque estaba muy pálido. Otro dijo algo sobre el loó.

Por fin, Harry volvió con el rostro encendido.

—Vamos, Redburn —dijo.

Así que, convencido de que íbamos a ir a dar una vuelta, tal vez a Apsley House, en el parque, o a visitar al viejo duque antes de que se fuese a dormir, pues Harry me había contado que el duque se acostaba temprano, me puse en pie de un salto para seguirle; pero cuáles no serían mi decepción y mi sorpresa cuando me llevó por el pasillo hacia una escalera iluminada por tres Gracias de mármol que sostenían un enorme candelabro, como las astas de un alce, sobre el rellano.

Subimos por la larga y sinuosa pendiente de tan aristocráticas escaleras cuyos escalones cubiertos de alfombras turcas parecían tan magníficos como la tela con la que cubrían la caja de las herramientas del carruaje del Lord Mayor; y Harry se fue directo a una puerta de palo rosa, que se abrió con mucha suavidad al tocarla como si tuviera unas bisagras mágicas.

Al entrar en la habitación, pensé que me estaba hundiendo lentamente en un mar de juncias, tan gruesas y elásticas eran las alfombras persas, que representaban parterres de tulipanes, y rosas y junquillos, como un emparrado de Babilonia.

Había largos canapés dispuestos con descuido cuyo fino damasco estaba entretejido, como el tapiz gobelino, con escenas pictóricas de combates y

torneos. Y otomanas orientales, cuya urdimbre representaba serpientes trenzadas que ondulaban por debajo de lechos de hojas y reflejaban, aquí y allá, el esplendor de sus escamas verdes y doradas.

En los enormes miradores, tan amplios como el hueco del roble del rey Carlos, había sillas laocoontianas, al estilo antiguo, tapizadas con espesos flecos de encaje dorado y seda.

De las paredes, forradas de una especie de papel a cuadros francés, jaspeado con barras de terciopelo, colgaban óleos con escenas mitológicas sujetos de cordeles con borlas de plata y azul entrelazadas.

Había pinturas como las que los sumos sacerdotes mostraron a Alejandro para sobornarlo en el centro del altar del templo blanco del oasis libio, pinturas como las que el pontífice del sol trató de ocultarle a Cortés cuando, espada en mano, entró en el sancta-sanctorum de la pirámide de Cholula, pinturas como las que todavía pueden verse en la habitación principal de la mansión excavada de Pansa, en Pompeya, en lo que Varrón llamó «el hueco de la casa», pinturas como las que Marcial y Suetonio afirman que había en el despacho privado del emperador Tiberio, pinturas como las delineadas en los medallones de bronce excavados hasta hoy en la antigua isla de Capri, pinturas como las que uno podría haber contemplado en el hueco que llevaba a la galería secreta del templo de Afrodita en Corinto.

En la pared principal, entre dos ventanas, había un soporte de mármol esculpido como la cresta de un dragón que sostenía un busto digno de admiración. Representaba a un anciano calvo con una expresión malvada y misteriosa que animaba a guardar silencio, con un dedo delgado sobre los labios. Su boca de mármol parecía trémula de secretos.

—Siéntate, Wellington —dijo Harry—, no tengas miedo, aquí estamos en casa. ¿Te importa llamar al timbre? Pero, espera... —Y se acercó al busto misterioso y le susurró algo al oído—. Es un mudo con muy mala fe, Wellington, nunca se mueve, aunque siempre está haciendo recados. Pero, cuidado, no se te ocurra confiarle ningún secreto.

En respuesta a aquella petición hecha de modo tan singular, enseguida apareció un criado, que se quedó paralizado haciendo una reverencia.

—Cigarros elijo Harry Cuando nos los trajeron, llevó la mesita al centro de la habitación y, encendiendo el cigarro, me animó a seguir su ejemplo y a ponerme cómodo.

Casi extasiado por tan principescas estancias, tan inconcebibles cuando llevaba mi vida de perro en el sucio castillo de proa del Highlander, cogí un sillón y me senté enfrente de mi amigo.

Aun así, seguía sintiéndome incómodo y lleno de tristes presagios. Pero me las arreglé para dejarlos de lado, me volví hacia mi compañero y exclamé:

—Y dime, Harry, ¿vives aquí, en este palacio de Aladino?

—¡Por mi alma! —gritó—. ¡Has dado en el clavo..., debes de haber venido antes! Caramba, Wellington, así es precisamente como se llama.

Luego se echó a reír de un modo extraño, y por primera vez pensé que había bebido más de la cuenta, aunque, pese a que sus ojos tenían una mirada alocada, por su aspecto parecía estar sobrio.

—¿Por qué me miras así, Wellington? —dijo.

—Me temo, Harry —respondí—, que cuando te fuiste debiste de beber algo más fuerte que el vino.

—¡Oídle —exclamó Harry, volviéndose hacia el busto del hombre calvo de la repisa—, por mi honor que parece un cura! Mira, Wellington, muchacho, tengo que volver a marcharme y esta vez por más tiempo... Es posible que no vuelva esta noche.

—¿Qué? —exclamé.

—Calla —gritó—. Escucha, conozco al duque y...

—¿A quién? ¿No te referirás al duque de Wellington? —dije, preguntándome si Harry iría a incluirle a él también en su larga lista de amigos y conocidos secretos.

—¡Bah! —gritó Harry—, me refiero al hombre de las patillas canosas que viste abajo, lo llaman «el duque»..., él es quien regenta la casa. Como te digo, lo conozco y él a mí también, y además sabe lo que me ha traído a este lugar. Bueno, ya lo he arreglado todo: te quedarás a dormir aquí esta noche, y..., y... —prosiguió en voz baja—: me guardarás esta carta... —Me dio una carta sellada—. Y, si no estoy de vuelta por la mañana, quiero que vayas directo a Bury y la entregues... Toma, coge este papel... Ahí lo tienes todo negro sobre blanco..., dónde tienes que ir..., y lo que tienes que hacer. Y cuando lo hayas hecho... recuerda que es sólo en caso de que no vuelva, puedes hacer lo que te plazca: quedarte un tiempo en Londres o volver a Liverpool. Aquí tienes suficiente para tus gastos.

Todo ocurrió a la velocidad del rayo. Pensé que Harry se había vuelto loco. Me quedé mirándolo perplejo con la bolsa en la mano inmóvil, hasta que casi se me saltaron las lágrimas de los ojos.

—¿Qué ocurre, Redburn? —gritó con una especie de carcajada desenfundada—. No tendrás miedo, ¿verdad? ¡No, no! Confío en ti, amigo, o no tendrías esa bolsa en la mano, ni tampoco esa carta.

—¿Qué demonios estás diciendo? —exclamé por fin—, no estarás pensando en serio en abandonarme aquí, ¿verdad, Harry? —Y lo cogí de la mano.

—¡Bah, bah! —gritó—, suéltame. Te digo que está todo arreglado, tú haz lo que te dicho y ya está. ¿Lo prometes? ¡Júramelo! No, no... —añadió con vehemencia cuando le pedí que me contara algo más—, no lo haré, no tengo nada más que decirte..., ni una palabra. ¿Lo juras?

—Pero dime aunque sea una frase más, Harry, ¡escúchame!

—¡Ni una palabra! ¿Vas a jurarlo? ¿No? Entonces devuélveme la bolsa: toma... esto... y esto... y esto... Así podrás pagarte el billete de vuelta a Liverpool, adiós, ya no eres mi amigo. —Y se dio la vuelta e hizo ademán de marcharse.

No sé qué fue lo que se me pasó por la cabeza, pero algo me impulsó a cogerlo de la mano y jurarle que haría lo que me pedía.

Enseguida corrió al busto, susurró una palabra, y apareció el viejo de las patillas, a quien le dio una palmadita en el hombro y me presentó como su amigo, el joven lord Stormont; luego le pidió al almendro que cuidara de la comodidad de su señoría en su ausencia.

El almendro hizo una insulsa reverencia y esbozó una mueca, con una expresión peculiar que me resultó odiosa de inmediato. Tras unas pocas palabras más se retiró. Luego Harry me estrechó la mano calurosamente, y, sin darme ocasión de decir una sola palabra, cogió su sombrero y salió disparado de la habitación diciendo:

—No salgas de esta habitación esta noche, ¡y recuerda la carta... y Bury!

Me desplomé en un sillón y miré aquellas paredes tan extrañas, y los cuadros misteriosos y la lámpara del techo; luego me levanté, abrí la puerta y contemplé el pasillo iluminado, pero sólo oí el murmullo de la sala de abajo, voces sueltas y un apagado repiqueteo como de marfil procedente de las habitaciones contiguas. Volví a entrar en la habitación y me sobrecogió una terrible sensación de náusea: habría dado el mundo entero por estar de vuelta sano y salvo en Liverpool, dormido en mi vieja litera en el muelle del Príncipe.

Me estremecía con cada pisada, y casi llegué a pensar que eran de algún asesino que me perseguía. El sitio me parecía infecto, y se me ocurrió la peregrina idea de que probablemente habrían importado alguna pestilencia oriental con los damascos que me rodeaban. «¿Estaría drogado ese vino amarillento que bebí abajo? —pensaba—. Los cimientos de esta casa deben de asentarse en el mismísimo infierno». Pero esas temibles ensoñaciones sólo

servían para clavarme al asiento y, aunque pensé en salir corriendo de la casa, era como si me hubiesen atado de pies y manos.

Mientras estaba así encadenado a mi asiento, me pareció que algo se abría de par en par: confusas imprecaciones, mezcladas con el repiqueteo del marfil, mucho más fuerte que antes, estallaron en mis oídos, y, por la puerta entreabierta de la habitación, vislumbré a un hombre alto que pasaba por el pasillo con los puños apretados corriendo frenético hacia las escaleras.

Todo ese tiempo Harry recorría mi alma, entrando y saliendo por todas las puertas que se abrían con violencia a su paso.

En ese momento, toda mi amistad con él pasó como un rayo por mi memoria, hasta que me pregunté por qué habría venido a Londres a hacer aquello. ¿Por qué no le había bastado Liverpool?, y ¿qué quería de mí? Pero su conducta era inexplicable desde cualquier punto de vista. Desde el instante en que subió a buscarme a bordo, su actitud parecía haber cambiado gradualmente; y desde que subimos al coche, había sido como si se tratara de una persona distinta.

Pero ¿qué podía hacer yo? Estaba claro que se había ido... ¿Tendría intención de volver? Aunque también era posible que siguiera en la casa, y, con un escalofrío, pensé en el repiqueteo del marfil y estuve a punto de salir, registrar las habitaciones y rescatarlo. Pero eso habría sido una locura, y había jurado no hacerlo. No tenía otra posibilidad que aguardar a que volviera. Bueno, ¿y si no volvía? Saqué la bolsa, conté el dinero y miré la letra y el papel con sus instrucciones.

Aunque lo recuerdo todo de manera muy vívida, no diré la dirección de la carta, ni el contenido del papel. Sólo que, después de observarlos con atención y de pensar que Harry no podía tener ningún motivo imaginable para engañarme, pensé: «Sí, la cosa va en serio, heme aquí..., sí, ¡en el mismísimo Londres! Y, pase lo que pase, me quedaré en esta habitación. Seguiré sus instrucciones y ya veremos qué pasa».

Pero, a pesar de aquellos pensamientos, y de la magnificencia metropolitana que me rodeaba, seguía embargándome una sensación espantosa que nunca había tenido, salvo al entrar en los antros más sórdidos e inicuos de los marineros en Liverpool. Todos los mármoles y espejos me parecían cubiertos de lagartos que reptaban por ellos, y pensé que, por muy dorada y brillante que sea, la serpiente del vicio no deja de ser una serpiente.

Se había hecho muy tarde y, agotado por la tensión, me tumbé en un sofá, aunque pasé un rato revolviéndome inquieto en una especie de pesadilla. Cada poco rato, a pesar de mi pro mesa, me sentía tentado de salir corriendo a la calle y preguntar dónde estaba, pero al recordar las órdenes de Harry, mi

desconocimiento de la ciudad y lo tarde que se había hecho, trataba de serenarme.

Por fin, me quedé dormido soñando con Harry, que se enfrentaba con el cubilete de los dados con el hombre de aspecto marcial, y lo siguiente que vi fue un resplandor y a Harry muy pálido delante de mis ojos.

—La carta y el periódico —gritó.

Hurgué en mi bolsillo y se los di.

—¡Ya está, ya está, ya está! Ya puedo romperte —gritó haciendo pedazos la carta entre sus manos como un loco y pisoteando los fragmentos—. Me voy a América, el juego ha terminado.

—Por el amor de Dios, explícame lo que ocurre —exclamé totalmente perplejo y asustado—. Dime, Harry, ¿no habrás estado jugando?

—¡Ja, ja, ja...! —Rio loco de contento—. ¿Jugando? ¿Al rojo y blanco? ¿A las cartas? ¿A los dados? ¿Al dominó...? ¡Ja, ja! ¿Jugando? ¿Jugando? —y masculló entre dientes—: ¡Vaya tres sílabas tan aceradas! Wellington —añadió, acercándoseme despacio y mirándome fijamente a los ojos—, Wellington. —Hurgó en el bolsillo de su pechera y sacó una daga—. Toma, Wellington, cógela... Cógela te digo..., ¿es que eres tonto? Toma..., toma... —y me la puso entre las manos—. Aléjala de mí..., quítala de mi vista... No la quiero cerca, mientras me sienta como ahora. Aquí tratan muy mal a los suicidas, Wellington, ni siquiera les dan un entierro digno. ¡Mira el cordón de ese timbre! ¡Por Dios, es como si me invitaran a colgarme! Y, cogiéndolo por el asa dorada del extremo, lo arrancó de la pared.

—Por el amor de Dios, ¿qué es lo que te aflige? —grite.

—Nada, ¡oh!, nada —dijo Harry, adoptando una calma traicionera y tropical—, nada, Redburn, nada en absoluto. Estoy tranquilísimo. Pero devuélveme la daga —gritó de pronto—, te digo que me la des. ¡Oh!, no pretendo matarme, eso ya lo he superado, dámela —y arrancándomela de la mano, sacó una bolsa vacía y con una terrible puñalada la clavó en la mesa—. Ya está —gritó—, así lo verá el duque mañana por la mañana, es lo único que me queda..., es mi esqueleto, Wellington. Pero vamos, no te desanimes, todavía queda oro en Golconda; me quedan una guinea o dos. No me mires así, muchacho, mañana por la noche estaremos en Liverpool, partiremos al alba. Y, dándome la espalda, se puso a silbar como un loco.

—¿Y a eso lo llamas tú —pregunté— enseñarme Londres? No me lo esperaba, pero cuéntame tu secreto, cualquiera que sea, y no lamentaré no haber visto la ciudad.

Se volvió a la velocidad del rayo y gritó:

—¡Redburn!, tienes que jurarme otra cosa ahora mismo.

—¿Y por qué? —pregunté asustado—. ¿Qué más quieres que te jure?

—¡Que no volverás a preguntarme por este maldito viaje a Londres! —gritó, echando espumarajos por la boca—. ¡Ni una palabra! ¡Júralo!

—Ciertamente, Harry, no te incomodaré con preguntas si tú no quieres —le dije—, pero no hacen falta juramentos.

—Júralo, te digo, si es que me aprecias, Redburn —imploró.

—En tal caso, lo juro solemnemente. Ahora descansa y olvidémoslo todo cuanto antes, pues me has hecho la persona más desgraciada de la tierra.

—¿Y qué soy yo? —gritó Harry—. Perdóname, Redburn, no quería ofenderte. Si tú supieras..., pero ¡no, no...! ¡Da igual, da igual! —Corrió al busto y le susurró al oído. Se presentó un camarero—. Brandy —susurró con los dientes apretados.

—Entonces ¿no vas a dormir? —le pregunté, cada vez más alarmado por su desenfreno y asustado por los efectos que pudiera producir en él la bebida en ese estado.

—¡Nada de dormir! Duerme tú si puedes... ¡Yo pienso quedarme aquí con una botella...! Veamos..., contemplando el reloj de oro que hay en la repisa de la chimenea... Sólo son las dos de la mañana.

El camarero, con aspecto muy soñoliento y una visera verde, se presentó con la botella y dos vasos en una bandeja, y le dijimos que la dejara y se marchase.

En vista de que no había manera de convencer a Harry, volví a tumbarme en el sofá. No me dormí, sino que di alguna cabezada de vez en cuando, y me desperté entre sueños como un sonámbulo mientras Harry seguía en la mesa con el sombrero puesto y la botella de brandy delante, de la que se iba sirviendo sorbos de vez en cuando. No obstante, y para mi sorpresa, el licor pareció calmarlo en lugar de excitarlo y, poco después, estaba mucho más tranquilo.

Por fin, justo cuando acababa de quedarme profundamente dormido, me despertó sacudiéndome y diciendo que el coche estaba en la puerta.

—¡Mira! Ya es de día —dijo, apartando los pesados cortinajes de la ventana.

Salimos de la habitación y, tras pasar por el ahora silencioso vestíbulo de las columnas, que olía a rosas y colillas de puro, un camarero nos abrió la puerta de la calle frotándose los ojos y sin decir palabra, subimos al coche y pronto nos encontramos viajando hacia el norte en ferrocarril, en dirección al

muelle del Príncipe y al Highlander.

XLVII DE VUELTA A CASA

Una vez en Liverpool, y mientras recorría las viejas callejas en dirección a la pensión del Ancla Dorada, apenas podía dar crédito a lo sucedido en las pasadas treinta y seis horas.

Tan imprevista había sido nuestra partida, tan rápido el viaje, tan inexplicable el comportamiento de Harry y tan súbita nuestra partida, que todo junto bastaba para abrumarme. Me parecía increíble haber estado en Londres; haber estado allí y haber vuelto menos sabio resultaba más que desconcertante para alguien que, como yo, había ansiado tanto tiempo visitar esa metrópolis de maravillas.

Apenas miré a Harry mientras andaba en silencio a mi lado; contemplé las casas por las que pasamos; pensé en el coche, en el vestíbulo iluminado con lámparas de gas en el Palacio de Aladino, en los cuadros, en la carta, en el juramento, en la daga, en el misterioso lugar donde habían acontecido todos aquellos misterios, y casi llegué a la conclusión de que el vino amarillento estaba drogado.

En cuanto a Harry, se metió el falso bigote y las patillas en el bolsillo y se fue directo a la pensión, donde saludó a la patrona, subió a la habitación y volvimos a ponernos la ropa de marineros.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer ahora, Harry? —le pregunté con un peso en el corazón.

—Pues visitar el país de los yanquis en el Highlander, por supuesto, ¿qué otra cosa iba a hacer si no? —replicó.

—¿Y será sólo una visita o una estancia larga? —le pregunté.

—Eso ya se verá —respondió Harry—, pero estoy más decidido que nunca a embarcarme. No hay nada como el mar para la gente como yo, Redburn; si uno está desesperado no puede ir más allá del muelle, y el paso siguiente es un salto muy largo. Pero veamos qué nos dan de comer, y luego fumaremos un cigarro y daremos un paseo. Ya me siento mejor. Mi lema es no rendirse nunca.

Fuimos a cenar, después salimos a pasear y al pasar por el embarcadero del muelle del Príncipe oímos decir que esa misma mañana habían anunciado que,

en dos días, el Highlander se haría a la vela.

—¡Bien! —exclamó Harry, y yo también me alegré.

Aunque me había ausentado cuarenta y ocho horas del barco y pensaba volver a embarcarme, no contaba con que los oficiales me echaran ninguna severa reprimenda, pues muchos de nuestros hombres se habían ausentado aún más tiempo y a su regreso poco o nada les habían dicho. De hecho, en algunos casos, el oficial no parecía haberse dado por enterado. Durante nuestra estancia en Liverpool, la disciplina en el barco se había relajado mucho, y apenas podía creer que éstos fuesen los mismos oficiales que habían sido tan dictatoriales en alta mar. La razón era que casi no teníamos nada que hacer y, aunque ahora el capitán podía negarse a admitirme a bordo, no temía que lo hiciera, pues yo era un muchacho robusto para mis años y trabajaba tan barato como cualquiera a quien pudiera encontrar para ocupar mi puesto en la travesía de regreso.

A la mañana siguiente, nos presentamos a bordo con el resto de la tripulación, y el oficial al verme dijo con un juramento:

—Vaya, hombre, al final has preferido volver, ¿eh? El capitán Riga y yo teníamos la esperanza de que te hubieses ido para siempre. —«Luego el capitán, que siempre aparenta no saber lo que hacen los marineros, ha sabido de mi ausencia», pensé yo—. Pero, manos a la obra, manos a la obra —añadió el oficial—, vamos, sube ahí y suelta ese gallardete, se ha enredado en una de las burdas, ¡vuela!

Poco después, subió a bordo el capitán y miró con mucha benevolencia a Harry, aunque, como de costumbre, fingió no reparar en mi presencia.

Ahora todos estábamos muy ocupados en disponerlo todo para hacernos a la mar. Los cargadores del puerto ya habían estibado la carga, pero los de la tripulación teníamos que despejar los entrepuentes, que se extendían desde el mamparo del camarote del capitán hasta el castillo de proa, para alojar a unos quinientos emigrantes, algunas de cuyas cajas estaban ya por cubierta. En consecuencia, aparte del número habitual de barriles de cubierta, amarraron hileras de inmensos toneles en el centro del barco, a lo largo de los entrepuentes, para formar una especie de pasillo a cada lado, que daba acceso a cuatro filas de literas —en tres pisos, una encima de la otra— en los costados del barco; además colocaron otros dos pisos de literas sobre los toneles de agua del centro. Unieron las literas entre sí con toscas planchas. Parecían más perreras que otra cosa, sobre todo porque el lugar era muy lúgubre y oscuro ya que sólo entraba luz por las escotillas de delante y atrás que estaban cubiertas con una especie de casetas llamadas «tambuchos». Sobre las escotillas principales, que estaban bien calafateadas y cubiertas con pesadas lonas embreadas, amarraron sólidamente el «fogón».

Dicho fogón era una enorme cocina abierta, fabricada expresamente para los barcos de emigrantes y totalmente desprotegida de las inclemencias del tiempo, donde los emigrantes pueden preparar la comida cuando están en alta mar.

Tras dos días de trabajo todo estuvo dispuesto, la mayoría de los emigrantes subieron a bordo y por la tarde llevamos el barco hacia la salida del muelle del Príncipe, con la proa hacia la bocana, para salir con la marea matutina.

Por la mañana, el ajetreo y la confusión se volvieron indescriptibles. Al habitual clamor de los muelles había que añadirle el ir y venir precipitado de nuestros quinientos emigrantes, a medida que los últimos rezagados iban subiendo a bordo; la llegada de los pasajeros de camarote detrás de los mozos de cuerda que cargaban con sus baúles; los gritos de los capitanes de muelle que daban instrucciones a los barcos que teníamos detrás para que respetaran el orden de partida; las despedidas, los adioses y los Dios te bendiga, de los emigrantes y sus amigos; y las ovaciones de los barcos que nos rodeaban.

En ese momento estábamos amarrados de tal modo que sólo se podía subir a bordo por el bauprés que se proyectaba sobre el muelle. Tambaleándose por él llegó un reclutador tuerto con un marinero borracho cogido del cuello, que el día anterior se había enrolado para navegar con nosotros. Ya dijimos antes que dos o tres hombres habían desertado mientras estábamos en el puerto. Cuando el reclutador dejó a ese hombre y a otro en sus literas de abajo, volvió a tierra, se acercó a un coche de aspecto mísero y sacó a otro tipo en apariencia borracho que casi no podía ni moverse. No obstante, acostaron un poco más el barco al muelle y subieron a bordo al estupefacto marinero, que llevaba una gorra escocesa sobre los ojos cerrados, por lo que sólo se discernía su cetrina tez de portugués, con una cuerda por debajo de los brazos, y los de la tripulación se lo fueron pasando unos a otros y lo metieron igual que a los demás en su litera del castillo de proa; el reclutador mismo lo arrojó y nos pidió a los presentes que no lo molestáramos hasta haber perdido de vista la tierra.

Una vez resuelto el problema, la confusión aumentó, pues empezamos a salir del muelle. Ondeaban sombreros y pañuelos, se intercambiaban «hurra» y corrían las lágrimas; lo último que vi mientras nos deslizábamos corriente abajo fue a un policía que cogía del cuello a un chico y se lo llevaba al cuartelillo.

Un remolcador a vapor, el Goliath, nos cogió de la mano y nos acompañó río abajo hasta más allá del fuerte.

La escena era impresionante.

Un intenso viento que llevaba soplando en el río los cuatro últimos días había retenido en los muelles a una multitud de barcos de todas las partes del mundo que zarpaban ahora, toda una flota de barcos mercantes navegaba hacia el mar. Las velas blancas relucían en el claro aire de la mañana como el campamento de un sultán oriental, y desde muchos castillos de proa llegaba el profundo y dulce son «¡Jo, jo, jo, alegres marineros!» mientras las tripulaciones levaban anclas.

El viento era suave, el tiempo agradable, el mar estaba casi plano, y los pobres emigrantes estaban muy animados por empezar la travesía de un modo tan propicio. Todos se asomaban por la borda y hablaban de que pronto verían América y se contaban unos a otros que el agente les había contado que era muy raro que el viaje durara más de veinte días.

Aquí debe decirse que hay tantos barcos que navegan de Liverpool a los puertos yanquis que muchos compiten entre sí por conseguir pasajeros emigrantes, pues como carga resultan mucho más provechosos que las balas y las cajas, hasta tal punto que algunos de los agentes no tienen escrúpulos en engañar a los pobres solicitantes de un pasaje con un sinfín de fábulas relativas al corto espacio de tiempo en que los barcos cubren la travesía a través del océano.

Eso a menudo induce a los emigrantes a llevar consigo muchas menos provisiones de las que llevarían en otro caso, con consecuencias que, como se verá luego, resultan a veces de lo más lamentable. Y, aunque hace tiempo que hay organizaciones benéficas en Liverpool que tienen oficinas abiertas dedicadas a proporcionar información y consejo fiables sobre el mejor modo de embarcarse y otros asuntos de interés, y, a pesar de que las autoridades inglesas han aprobado una ley que establece que los capitanes de barcos de emigrantes con rumbo a América deben asegurarse de que todos los pasajeros lleven raciones para sesenta días, eso no impide que ciertos capitanes y agentes sin escrúpulos les engañen del modo más burdo, ni ahorra a los emigrantes los sufrimientos que así se pretenden evitar.

Apenas llegamos al mar de Irlanda y perdimos de vista, uno por uno, a los cientos de veleros que nos acompañaban, el tiempo se volvió inconcebiblemente frío y húmedo de día y de noche. El viento era tempestuoso y hacía castañear los dientes, por lo que el ánimo de los emigrantes decayó. Casi todos se apresuraron a bajar para huir de las incómodas y peligrosas cubiertas y a través de los dos tambuchos se oía constantemente el zumbido de unos llantos y quejidos subterráneos. El mareo, ese luchador invencible, había hecho mella hasta en los más robustos, y las mujeres y los niños se abrazaban y sollozaban, presas de las agonías de la primera tormenta.

Ya es malo llevar a damas y caballeros alojados en cómodos camarotes

donde disfrutaban de intimidad, y tienen a su disposición a camareros que corren a atender sus órdenes y a ponerles almohadas debajo de la cabeza, que les preguntan qué tal les va y les preparan un ponche caliente: incluso en estas condiciones, en el abandono de esa enfermedad que aplasta el alma y el cuerpo, dichas damas y caballeros a menudo consideran que la vida es insoportable y claman ansiosos por una muerte rápida, lo que, no obstante, se debe sólo a su inmensa ansiedad por conservar sus preciosas vidas.

¿Cómo será entonces con los desamparados emigrantes, estibados como balas de algodón y hacinados como esclavos en un barco negrero, confinados en un lugar que, en caso de tormenta, debe estar cerrado a cal y canto, donde no pueden cocinar ni calentarse una taza de agua, pues el mar apagaría al instante su cocina en cubierta? ¿Cómo será con esos hombres, mujeres y niños para quienes un primer viaje en las mejores circunstancias sería tan difícil como para el honorable De Lancey Fitz Clarence, su mujer, su hija y sus diecisiete criados?

Yeso no es todo, pues en algunos barcos, como ocurría en el caso del Highlander, los emigrantes carecen de las comodidades más indispensables de un alojamiento civilizado. En tiempo de tormenta eso les lleva a tales extremos que no es raro que se produzcan brotes de fiebre y epidemias como consecuencia. No llevábamos ni una semana en el mar y asomarse a la escotilla ya era como meter la cabeza en un pozo negro recién abierto.

Y aún más. A bordo de esos barcos impera tal aristocracia que se ponen en práctica las medidas más arbitrarias para evitar que los emigrantes entren en los recintos más sagrados del alcázar, el único espacio abierto de a bordo. En consecuencia, incluso con buen tiempo, cuando suben a cubierta, se agolpan en el combés y pululan entre los botes, los barriles y las vergas; los marineros les insultan y, a veces, los oficiales los abofetean por ponerse en medio y dificultar el gobierno del barco.

Los pasajeros de camarote del Highlander eran en total unos quince; y, para garantizar la separación de aquel refinado recinto de las incursiones de los «bárbaros emigrantes irlandeses», pasaron unas cuerdas de un costado al otro del barco a la altura del palo mayor, que definían la línea fronteriza entre quienes habían pagado tres libras por el pasaje y quienes habían pagado veinte guineas. Y los pasajeros de camarote eran los primeros en exigir que se observase aquella separación.

Qué más querrían algunos advenedizos, cuyas almas están depositadas en su banco y cuyos cuerpos sólo sirven para transportar monederos tejidos con las fibras del corazón de los pobres, que poder trazar en tierra con tanta precisión la diferencia entre ellos y el resto de la humanidad.

Pero yo, Redburn, soy pobre, y nunca he sabido lo que es llevar más de

cinco dólares de plata en el bolsillo, así que sin duda esta circunstancia explica mi ligera e inocua indignación por estas cosas.

XLVIII

UN CADÁVER VIVIENTE

Estaba escrito que nuestra partida de la costa inglesa hubiera de marcarla un trágico suceso, parecido al inesperado final del suicida que tanto me había impresionado al zarpar de la costa americana.

De los tres nuevos miembros de la tripulación que habían subido ebrios a bordo cuando estábamos en la bocana del muelle, dos pudieron ponerse a trabajar a las cuatro o cinco horas de salir de puerto. Pero el tercero siguió postrado en su litera en la misma postura encogida en que lo dejó el reclutador cuando lo metió allí.

Según los papeles del barco, se llamaba Miguel Saveda y así fue como lo llamó a gritos el primer oficial por el escotillón del castillo de proa para ordenarle que se presentara inmediatamente en cubierta. Pero los marineros respondieron por su nuevo camarada y le hicieron comprender al oficial que Miguel seguía en trance y no podía obedecerle, así que, murmurando sus habituales maldiciones, el oficial volvió al alcázar.

Eso fue en la guardia que va de las cuatro a las seis de la tarde. Al sonar la tercera campanada en la guardia siguiente, Max el holandés, que, como la mayoría de los marineros viejos, era una especie de médico en casos de borrachera, aconsejó que le quitaran la ropa a Miguel para que estuviera más cómodo. Pero Jackson rara vez permitía que se hiciese nada en el castillo de proa que no fuese idea suya y lo impidió caprichosamente.

De modo que el marinero siguió fuera de la vista en su litera, que estaba al fondo del castillo de proa, detrás de los guindastes del bauprés, dos sólidos maderos anclados en la quilla del barco. Una o dos horas más tarde, algunos de los hombres notaron un olor extraño en el castillo de proa y lo atribuyeron a la presencia de alguna rata muerta en los huecos de las planchas de los costados, pues unos días antes habían ahumado el castillo de proa para acabar con los bichos que lo invadían. A medianoche despertaron a la guardia de babor, de la que yo formaba parte, y todos los hombres se quejaron de que el olor se había vuelto insoportable, supuestamente por haberse agitado el agua de la sentina con el cabeceo del barco.

—¡Así reviente esa rata! —gritó el groenlandés.

—Ya ha reventado —respondió Jackson, que se había acercado en calzoncillos a la litera de Miguel—, lo que se ha muerto es una rata de agua, muchachos, aquí la tenéis. —Y tiró del brazo del marinero exclamando—: ¡Muerto como un maniguetón!

Al oírlo, los hombres corrieron junto a él y Max iluminó el rostro del hombre con una lámpara.

—No, no está muerto —gritó, mientras la luz amarilla temblaba por un momento sobre la boca inmóvil del marinero. Pero apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando, para horror de todos, dos hilos de fuego verdoso como una lengua bífida salieron de entre sus labios y, en un momento, el rostro cadavérico quedó envuelto en un enjambre de llamas como gusanos.

A Max la lámpara se le cayó al suelo y se apagó, mientras, cubiertas por completo por chispas y espiras de fuego que crepitaban en el silencio, las partes sin cubrir del cuerpo ardieron delante de nosotros, exactamente igual que un tiburón fosforescente en un mar de medianoche.

Tenía los ojos abiertos y fijos, la boca estaba torcida como un pergamino y cada uno de sus rasgos enjutos parecía tan firme como si estuviera con vida, mientras el rostro, ahora herido por las volutas de débiles llamas azuladas, adoptaba un aspecto lúgubre y desafiante como la muerte eterna. Prometeo, incinerado por el fuego de la roca.

Tenía la camisa remangada y uno de sus brazos mostraba el nombre del marinero tatuado en rojo cerca del codo, y, como si la carne pintada tuviera algo de peculiar, cada una de las letras ardió al rojo vivo de tal modo que se podía leer el nombre en llamas entre el parpadeante fondo azulado.

—¿Dónde está ese condenado Miguel? —gritó desde el escotillón el oficial, que acababa de subir a cubierta y estaba decidido a contar con todos los hombres de su guardia.

—Se ha ido al puerto donde nunca levan anclas —tosió Jackson—. Baje y véalo usted mismo, señor.

El oficial pensó que Jackson trataba de tomarle el pelo y bajó muy enfadado, pero, al ver el cuerpo ardiendo, retrocedió igual que si le hubieran pegado un tiro. «¡Dios mío!», gritó y se agarró a la escalerilla.

—Cógelo —le dijo por fin Jackson al groenlandés—, tenemos que echarlo por la borda. No te quedes ahí temblando como una vieja; ¡te digo que lo cojas! Pero espera... —Y lo cubrió con las mantas y lo sacó en parte de la litera.

Pocos minutos más tarde, caía con un burbujeo entre los chispazos fosforescentes del mar, dejando al hundirse una estela coruscante.

Aquel suceso me infundió un horror indescriptible, y la conversación que sostuvieron los de la guardia las cuatro horas siguientes no sirvió para tranquilizarme lo más mínimo.

Pero lo que más me asombró y más increíble me pareció fue la diabólica opinión de Jackson de que el hombre estaba ya muerto cuando lo subieron a bordo y de que aquel reclutador ladrón de cadáveres había embarcado a un difunto en el Highlander pretendiendo que estaba borracho sólo para cobrar el mes de adelanto. Y oí decir a Jackson que había oído contar que lo mismo había sucedido en otras ocasiones. Aunque aún me cuesta creer que un cuerpo muerto pudiera arder de aquel modo. Sin embargo, los marineros parecían familiarizados con esa clase de asuntos, o al menos con las historias de cosas parecidas que les habían ocurrido a otros.

A mí, que a esa edad no había oído hablar nunca de un caso semejante de combustión animal, me embargó una horrible sensación y casi pensé que el cuerpo ardiente era una premonición del fuego de los calvinistas, y que la muerte terrena de Miguel era un anticipo de su condenación eterna.

Nada más acabar el entierro, pusieron un fogón con carbones al rojo vivo en la litera y tostaron en él dos puñados de café. Luego la sellaron con tablas y no volvieron a abrirla en toda la travesía. Se dieron órdenes estrictas a la tripulación de que no divulgara entre los emigrantes lo sucedido, aunque lo cierto es que no habría hecho falta que se lo ordenase nadie.

Después de aquel suceso, ningún marinero salvo Jackson volvió a quedarse solo en el castillo de proa de noche o de día, y nadie volvió a reírse, cantar o a dar muestras de alegría en él, sino que se guardaron las bromas para las guardias en cubierta. Todos menos Jackson, que, mientras los demás fumaban en silencio sentados sobre sus baúles o en sus literas, miraba hacia el fatídico lugar y tosía y se reía e invocaba al muerto con increíbles mofas y burlas. Oírlo me helaba la sangre y me encogía el alma.

XLIX

CARLO

Entre los emigrantes que viajaban a bordo del barco había un chico italiano de orondos mofletes y pelo castaño, ataviado con una raída chaqueta de terciopelo de color verde oliva y unos pantalones andrajosos remangados hasta las rodillas. No tendría más de quince años, pero en el pensativo crepúsculo de sus grandes ojos matutinos parecían dormitar vivencias tan tristes y variadas que sus días debían de haberle parecido años. No eran ojos como los de Harry,

aunque éste los tuviera grandes y femeninos. Brillaban con una luz suave y espiritual, como una fría estrella en el cielo tropical, y traslucían humildad, un profundo sentido común y mucha resistencia frente a las adversidades de la vida.

Tenía la cabeza más bien pequeña, cubierta de gruesos mechones de cabellos rizados como zarcillos que colgaban sobre la frente y las delicadas orejas; en cierto modo recordaba a un ánfora clásica cubierta de follaje de Falerno.

De rodillas abajo, sus piernas desnudas eran tan hermosas como el brazo de una dama, igual de suaves y redondeadas y con la misma gracia infantil. Toda su figura era tan franca, agradable e indolente que parecía haber madurado en una viña napolitana, un chico como los que roban los gitanos en la infancia, como los que pintaba Murillo cuando se mezclaba con los pobres y los marginados en busca de motivos con los que conmover la mirada de los ricos y opulentos, un chico como esos mendigos andaluces llenos de poesía que emana hasta del último desgarrón de su ropa.

Se llamaba Carlo, y era un pobre y solitario hijo de la tierra, que no tenía padres y había sido arrastrado por el océano de la vida como un roción de espuma en una galerna.

Unos meses antes, había desembarcado, procedente de Messina, en el muelle del Príncipe con su organillo, y había recorrido las calles de Liverpool tocando los soleados aires de los climas meridionales entre la bruma norteña y la lluvia. Y ahora, después de reunir lo suficiente para pagarse el pasaje a través del Atlántico, había vuelto a embarcar para buscar fortuna en América.

Desde el primer momento, Harry se encariñó con el chico.

—Carlo —le preguntó—, ¿qué tal te fue en Inglaterra?

Él estaba apoyado en una vela vieja extendida sobre la lancha, y, echándose la sucia gorra con borlas hacia atrás y acariciándose una pierna como un niño, lo miró y respondió en un inglés macarrónico, que era como mezclar el fuerte vino de Oporto con un delicioso almíbar:

—¡Ah, me fue muy bien! Sé canciones para todos los públicos, muchachos y viejos, alegres y tristes. Sé marchas militares para los jóvenes, canciones de amor para las damas y tonadas solemnes para los ancianos. No atraigo multitudes, pero sé por sus caras qué canciones les gustarán más; nunca me paro delante de una casa sin antes juzgar por el portal por qué canción me darán un poco de dinero; nunca toco canciones tristes a los alegres, ni alegres a los tristes, aunque, las más de las veces, los ricos gustan de las tristes y los pobres de las alegres.

—¿Y no te has encontrado nunca con viejos refunfuñones y malhumorados que prefieren verte marchar antes que escuchar tu música?

—Sí —respondió Carlo, jugueteando con el pie—, a veces sí.

Y, en esos casos, sabiendo lo que valoran los inquietos la tranquilidad, supongo que no te irás a menos que te paguen un chelín.

—No —prosiguió el chico—, quiero a mi organillo tanto como a mí mismo, ¡el pobre es mi único amigo! Me canta cuando estoy triste y me alegra, y nunca he tocado delante de una casa para que me pagasen por marcharme, ¿verdad que no, querido organillo? —Y miró hacia abajo por la escotilla donde lo tenía guardado—. No, eso no lo he hecho nunca y nunca lo haré, así me esté muriendo de hambre, pues cuando me echan, no creo que mi organillo tenga la culpa, sino que son ellos los culpables, pues tienen los cañones del órgano tan rotos y oxidados que no se les puede insuflar música en el alma.

—No, Carlo, música como la tuya no, desde luego —dijo Harry con una carcajada.

—¡Ah! Ahí está el fallo. Aunque mi organillo esté tan lleno de música como una colmena de abejas, no hay otro en el mundo capaz de inculcar la música en un pecho poco musical, igual que mis canciones no pueden sonar en un arpa sin cuerdas.

Al día siguiente hizo un tiempo sereno y delicioso, y por la noche el barco surcaba sereno las olas impelido por una brisa suave pero firme y los pobres emigrantes, aliviados de sus últimos sufrimientos, se reunieron en cubierta; Carlo, harto de haraganear por ahí, bajó y, ayudado por los emigrantes, subió su organillo.

La música es sagrada y sus instrumentos, por muy humildes que sean, deben ser amados y venerados. Cualquiera cosa que haya creado, cree o pueda crear música tendría que ser tan sagrada como el bocado de oro del caballo del shah de Persia y el martillo dorado con el que le clavan las herraduras. Los instrumentos musicales deberían ser como las pinzas de plata con que los sumos sacerdotes atendían los altares judíos —que nadie podía profanar con sus manos—. Quien se burle del más humilde caramillo, aunque se haya fabricado con la madera del seto de un mendigo, estará insultando al mismísimo y melodioso dios Pan.

No hay ningún humilde objeto capaz de crear música, ni siquiera un pífano o el violín de un negro, que no deba ser venerado como el órgano más grandioso que jamás haya inundado de armonía las naves de una catedral. Pues incluso un arpa judía puede tocarse de tal modo que despierte a todas las hadas que hay en nuestro interior y las haga bailar en nuestra alma como en un macizo de violetas iluminado por la luna.

Pero ¿qué sutil poder es este que reside en un simple pedazo de acero, que lo mismo podría haberse empleado para fabricar un clavo de diez peniques, y que se clava, sin golpes, en nuestro ser más profundo y nos muestra cosas desconocidas?

No fue por pura especulación ni con ánimo meramente trascendental por lo que los gloriosos griegos afirmaron que el alma humana era, en esencia, una armonía. Y, si admitimos la teoría de Paracelso y Campanella de que todos albergamos cuatro almas en nuestro seno, podemos explicar esos sonidos con eslabones de plata, esos melodiosos cuartetos que a veces cantan y se instalan en nuestro interior, como si nuestras almas fuesen aristocráticos salones y nuestra música la compusieran venerables arpistas galeses.

Pero ¡ved!, aquí está el organillo del pobre Carlo, y mientras la multitud silenciosa lo rodea, él mira humilde pero inquisitivamente a su alrededor, mientras su mano derecha tira y hace girar las palancas de marfil de su instrumento.

¡Contemplad el organillo!

Si es cierto que los viejos violines de Cremona atesoran tantas virtudes y su melodiosidad está en proporción con su antigüedad, qué divinos embelesos no podemos anticipar de este venerable, oscurecido y viejo organillo, que casi podría haber tocado la marcha fúnebre de Saúl en el entierro del propio rey Saúl.

¡Un precioso organillo antiguo!, tallado con fantásticas torres, torreones y campanarios: su arquitectura parece de estilo gótico monástico, y, visto desde delante, recuerda a la fachada oeste de la abadía de York.

¡Esos arcos esculpidos, que conducen a intrincados vericuetos! ¡Esas ventanas con parteluces, que dan la impresión de abrirse a capillas inundadas con la luz de devotos atardeceres! Y ¡qué decir de esos livianos contrafuertes y tejados, y de esas hornacinas con sus santos! Pero, ¡alto!, he aquí una iniquidad moruna, pues, por mi vida, que esto es un arco sarraceno, y, por lo que sé, bien podría conducirnos a alguna Alhambra interior.

Y así es, pues en cuanto Carlo hace girar la manivela, oigo el gorgoteo de la Fuente de los Leones mientras suena una abigarrada canción italiana..., un mar líquido de sonidos, que me rocía la cara con su espuma.

¡Toca, toca, joven italiano! Qué más da que no suenen todas las notas, hay algo en mi interior que completa la melodía. Vuelve hacia mí tus ojos pensativos y matutinos, y mientras me arrastran los dos órganos —uno tuyo y otro mío—, deja que me asome a tu mirada insondable: hacerlo es tan hermoso como mirar en los mares del Sur y contemplar los rayos deslumbrantes de los delfines.

¡Toca, toca!, pues con cada nota desfilan ejércitos que enarbolan estandartes triunfantes entre la pompa del sonido. Creo ser Jerjes, entre los marciales relinchos de todos los sementales de la caballería persa. Como moscas de damasco dorado apretadas en una alta rama, mis sátrapas pululan a mi alrededor.

Pero ahora termina el desfile y me siento desfallecer; entretanto Carlo manipula sus palancas de marfil y unas flautas entonan una zarabanda, sonidos suaves, dulces y lánguidos como unos remos de plata en un arroyo burbujeante. Y ahora suena un aire marcial, como si diez mil trompetas forjadas con espuelas y empuñaduras de espadas llamaran al Norte, al Sur y al Este a dirigirse hacia el Oeste.

Vaya, ¿qué ventosos brezales son éstos? ¿Qué sonidos espectrales como los de las brujas de Macbeth? ¡El baile de los espíritus de Beethoven! El toque de reunión de los espíritus y aparecidos. Ahí vienen de la mano Medusa, Hécate, la de Endor y todos los demonios de Blocksberg.

Una vez más, se mueven las palancas de marfil y unos sonos largos y dorados —alguna oda a Cleopatra— asoman lentamente y se extienden formando grandes ondas de belleza: ante mí flotan innumerables reinas vestidas con gasas plateadas.

Todo eso tenía en su mano Carlo: hacerme y deshacerme; desarmarme y volverme a montar, pieza a pieza. Es arquitecto de catedrales de sonido y de ramajes de canciones.

¡Y todo lo consigue con el sonido de ese viejo organillo! Venerados sean, pues, todos los organillos callejeros; ese chico italiano tiene más melodías a su disposición que un centenar de orquestas parisinas.

Pero ¡ved! Carlo sabe regocijar la vista además del oído, y la misma magia en mi interior engrandece todas esas figuras, que, no obstante, necesitan de la mano reparadora del artista y que les quiten el polvo.

La fachada oeste de la abadía de York se abre, y, como las puertas del cielo de Milton, gira sobre bisagras doradas.

¿Qué tenemos aquí? ¿El interior del palacio del gran Mogol? Grupos de columnas doradas, fuentes, doseles y sofás; y damas y caballeros vestidos de seda y lentejuelas.

El organillo toca una marcha solemne, y, presto, unos arcos se abren de par en par y sale una tropa de hombres marciales tocados con plumas y turbantes carmesíes, recorren el salón con sus tintineantes cimitarras, saludan, prosiguen su camino y desaparecen por el fondo.

Ahora unos airosos acróbatas, unos esclavos nubios negros. Trepan por

largas pértigas, se ponen cabeza abajo y se desvanecen.

Y ahora un baile de disfraces: damas y caballeros salen por las puertas laterales, un sultán lleva del brazo a una sultana; un emperador, a una reina; y las espadas enjovadas de los caballeros de salón atraen las miradas de las coquetas y las condesas.

Entonces cae el telón y el pobre organillo parece sucio, viejo y desvencijado.

Ahora dime, Carlo, si esos sueños elíseos pueden transportarme en la esquina de cualquier calle por un solo penique, ¿hay alguien más rico que yo? No será el dueño de un millón.

Y, Carlo, ¡malhadada sea la voz que te salude, joven italiano, sin amabilidad, y maldito el esclavo que expulse tu maravillosa caja de suspiros y sonidos de un portal señorial!

L

HARRY BOLTON EN ALTA MAR

Aún no he dicho nada de cómo le fue de marinero a mi amigo Harry ¡Pobre Harry!, un sentimiento de tristeza inconsolable me embarga cada vez que pienso en ti. Esa travesía no sirvió sino para acercarte a esa tumba oceánica, que te ha enterrado con todos tus secretos y a la que no se puede peregrinar para llorarte.

Pero ¿por qué esta pesadumbre al pensar en los muertos? ¿Por qué no alegrarnos? ¿Es porque los imaginamos privados para siempre de alegría? ¿Porque pensamos que están muertos de verdad? Los difuntos no pasan a visitarnos; sus voces no resuenan en el aire; aunque sea verano, para ellos es invierno, y ni siquiera notamos en nuestros miembros la savia que reverdece los árboles cada primavera.

Pero, ¡Harry!, cuando recuerdo tu imagen es como si volvieras a la vida. Te veo tan clara y palpablemente como si estuvieras vivo, y puedo hacer que los demás se percaten también de tu existencia. ¿Está muerto aquél de quien puede decirse tal cosa?

Sin embargo, ¡Harry!, te mezclas con un millar de formas extrañas, los centauros de la imaginación, medio humanos y rea les, medio grotescos y descabellados. Imaginaciones divinas que, como los dioses, frecuentan los bosques de nuestras Tesalias, y, abrazadas por tempestuosas reminiscencias driádicas, conciben los seres que asombran al mundo.

Pero, ¡Harry!, aunque tu imagen merodee por mis bosques de Tesalia, sigue igual que siempre y destaca entre las manadas de seres híbridos y de centauros como una cebra entre alces.

Desde luego, con su camisa de Guernsey a rayas, su piel morena y brillante y su cabello, Harry Bolton, entre la tripulación del Highlander, no era muy distinto del suave y sedoso cuadrúpedo criollo que, perseguido por los bosquimanos, brinca en los bosques de los cafres.

¡Cómo te perseguían, Harry, cebra mía, esos salvajes oceánicos, esos inconmovibles e incivilizados marineros nuestros! ¡Cómo te acosaban del bauprés al palo mayor y te sobresaltaban en todos tus escondrijos!

Antes del día de nuestra partida, los marineros supieron que el joven de aspecto femenino a quien veían a diario en las inmediaciones de la pensión del Clíper de Baltimore en Union Street formaría parte de su tripulación en el viaje de vuelta. Por tanto lo miraron con ojos críticos y no tardaron en decidir que Harry no aportaría mucho al conjunto de su fuerza y que el ímpetu de un brazo tan débil no supondría una gran diferencia a la hora de halar las drizas de las gavias. Así que se les hizo antipático antes de conocerlo, y esas antipatías, como todo el mundo sabe, son las más inveteradas y las que se enconan con más facilidad. Sin embargo, incluso los marineros respetan el vínculo sagrado que protege al extranjero, y, por un tiempo, se abstuvieron de ser groseros y se limitaron a tratar a mi amigo con una educación fría y nada compasiva.

En cuanto a Harry, al principio la novedad colmó su imaginación, pues la idea de viajar a un país lejano conllevaba, como para cualquiera de nosotros, un optimismo expectante e indefinible. Y, aunque había vuelto a quedarse sin dinero, a excepción de uno o dos soberanos, la emoción de saberse en alta mar hacía que eso no le preocupara.

Sin embargo, me sorprendió que una persona tan vivida demostrara una ignorancia tan increíble de lo que era totalmente inadmisible para una persona en su situación. Aunque tal vez su familiaridad con la vida aristocrática lo hiciese menos apto para comprender el otro extremo. ¿Habría quien me crea si digo que aquel joven de Bury subió una vez a cubierta a hacer la guardia matutina con un batín brocado, zapatillas bordadas y un gorro de dormir con borla?

En cuanto lo vi vestido de esa guisa, volví a abrigar una sospecha que ya me había cruzado antes por la imaginación, y casi me convencí de que, por mucho que él dijese, era imposible que Harry Bolton hubiese estado embarcado antes, ni siquiera como «conejiillo de Indias» en un barco del servicio de las Indias, pues un mínimo conocimiento de la vida marinera y de los marineros le habrían aconsejado no hacer aquella locura.

—¿Quién es ese chino mandarín? —gritó el oficial, que había hecho varios viajes a Cantón—. Oye, amigo, arría esas velas ahora mismo y recógelas en un santiamén.

—¿Señor? —respondió Harry muy sorprendido—. ¿No es ésta la guardia matutina y no es éste un batín para vestir por las mañanas?

Pero, aunque, según la opinión de mi amigo, no podía haber nada más apropiado, en la del oficial era una incongruencia monstruosa y tuvo que quitarse el ofensivo batín y el gorro.

—¡Es lamentable! —me dijo Harry, yo contaba con pasar la guardia en batín hasta la hora del café... Supongo que ese oficial hotentote no le dejaría fumarse un narguile a un caballero por la mañana; pero ¡por mi vida, que pienso llevar cinturón para fastidiarle!

¡Ay, pobre Harry, ésa fue la roca contra la que te estrellaste! Molesto por la falta de educación y refinamiento de los oficiales y la tripulación, picado y ofendido, Harry no consiguió sino provocarles aún más, y la indignación que desató no tardó en sobrepasarle.

Los marineros le tenían especial inquina a su enorme baúl de caoba que se había mandado hacer a medida en una casa de muebles. Estaba ornamentado con tornillos de talón y otros adornos, e iba lleno de las prendas con que Harry se había paseado por Londres esa temporada, pues los chalecos y pantalones que había vendido en Liverpool cuando andaba mal de dinero no habían disminuido en mucho sus existencias.

Era curioso oír las varias opiniones e insinuaciones de los marineros al vislumbrar aquella colección de sedas, terciopelos, paños y satenes. No sé con exactitud qué pensarían que había sido Harry, pero todos parecían unánimemente convencidos de que, al dejar el país, Harry les había dejado un hueco a los aficionados al juego. Jackson le pidió incluso que se remangara para ver si llevaba un as escondido.

Es un hecho notable que siempre que un joven esbelto de modales desenfadados y trato educado se incorpora a la tripulación de un barco, los marineros casi invariablemente atribuyen su decisión de embarcarse a una necesidad irremediable de huir de tierra firme para escapar de la policía.

Esos caballeros de dedos blancos también deben de tener los dedos ligeros, se dicen, o no se verían obligados a mancharse de alquitrán como nosotros. ¿Qué otra cosa podría empujarles a embarcarse?

Así que, desde el principio, tomaron concluyentemente a Harry por un personaje dudoso.

A veces, no obstante, sólo se burlaban de su aspecto, sobre todo una tarde

en la que se le mojó la chaqueta y tuvo que ponerse una de sus chaquetas con faldones. Dijeron que llevaba dos penoles de mesana en la popa, declararon que era un chupatintas arruinado, o el mozo de un barbero ambulante, o el perro faldero de una vieja solterona. En cuanto al capitán, para Harry fue como si no hubiese ningún caballeroso y complaciente capitán Riga a bordo. Pues, para su gran sorpresa —y justo como yo le había predicho—, el capitán Riga no le prestó la menor atención y dejó la labor de adiestrar al novato en manos de sus oficiales y de la tripulación.

Pero lo peor aún estaba por llegar. Pues los primeros días, siempre que había que subir al aparejo, reparé en que Harry se dedicaba a adujar infatigablemente los cabos de cubierta sin darse por enterado de que sus compañeros estaban trepando por los obenques. Y, cuando todos los de la guardia estaban ocupados en cargar las velas de juanete, es decir, en tirar de los cabos de cubierta que envuelven la vela en la verga, Harry siempre se las arreglaba para ponerse cerca de la cabilla de maniobra, de modo que, cuando dos de nosotros teníamos que trepar por el aparejo, él estaba muy ocupado afirmando los chafaldetes, y tan absorbido en esa ocupación, y en dar complicadas vueltas alrededor de la cabilla, que le era imposible subir a las amuradas antes de que lo hicieran sus compañeros. No obstante, después de afirmar los chafaldetes de tal modo que era imposible que se soltaran, Harry siempre hacía ademán de correr a toda prisa a los obenques, pero al mirar arriba y ver que otros se le habían adelantado, se apartaba, en apariencia muy contrariado de que le hubiesen privado de la oportunidad de hacerlo.

Eso me sorprendió mucho y hablé con mi amigo, que me confesó, para mi alarma, que lo había intentado por su cuenta y era incapaz de hacerlo: no podía trepar al aparejo, sus nervios no lo resistirían.

—Entonces, Harry —le dije—, más te valiera no haber nacido. ¿Sabes lo que ocurrirá ahora? ¿No te advertí de que te asegurases de que ibas a poder manejarte en el aparejo? ¿No me respondiste que habías hecho dos viajes a Bombay? Harry, hiciste una locura al enrolarte. Pero tal vez sea sólo una impresión tuya, vuelve a intentarlo y te aseguro que muy pronto te sentirás tan cómodo en las vergas como un pájaro en un árbol.

Pero no hubo modo de convencerle de que volviera a intentarlo, el hecho era que sus nervios no podían resistirlo, a lo largo de su carrera de cortesano había bebido demasiado café moka y té «pólvora de cañón» y había fumado demasiados habanos.

Por fin, tal como yo le había advertido muchas veces, el oficial le llamó una mañana y le ordenó subir al vertello del palo mayor y desparar las drizas de las banderas de señales.

—¿Señor? —dijo Harry aterrorizado.

—¡He dicho que subas! —gritó el oficial cogiendo un trozo de cabo grueso.

—¡No se le ocurra pegarme! —chilló Harry muy erguido.

—Toma y sube de una vez —gritó el oficial y le golpeó con el cabo en la espalda, aunque sin mucha fuerza.

—¡Por Dios! —gritó Harry haciendo una mueca, no por el golpe sino por la ofensa, y luego trató de abalanzarse sobre el oficial, que alargó el brazo y lo contuvo sin esfuerzo y se burló de él de tal modo que, de no haber temido las consecuencias, yo mismo le habría empujado contra él.

—¡Capitán Riga! —gritó Harry

—No te molestes en llamarlo —dijo el oficial—, está dormido y no se despertará hasta que volvamos a avistar tierra yanqui. ¡Sube! —añadió agitando el cabo.

Harry miró con una mueca de terrible sufrimiento e indignación a los sonrientes marineros que se habían arremolinado en torno a él y luego posó su mirada en mí, y, al no encontrar esperanza, sino incluso una admonición de obediencia como único recurso, subió al aparejo y llegó enseguida a la cofa del palo mayor. Pensé que unos pasos más lo llevarían hasta el vertello y temí que en su desesperación pudiera saltar por la borda, pues había oído hablar de novatos que hacían cosas así en alta mar y no volvía a vérselos nunca. Pero no, se detuvo y miró abajo desde la cofa. ¡Mirada fatal!, enervó hasta su última fibra y lo vi tambalearse y agarrarse desesperadamente a los obenques, hasta que el oficial le gritó que no exprimiera el alquitrán del aparejo.

—¡Sube, amigo!

Pero Harry no respondió.

—Tú, Max —le gritó el oficial al marinero holandés—, sube y ayúdale, ¿me oyes?

Max subió por el aparejo y empujó a Harry con su roja cabezota en la base de la espalda. La necesidad obliga, así que mi pobre amigo siguió subiendo más y más alto con Max empujándole a cada paso. Por fin, llegó al sobrejuanete y vio las delgadas drizas de las banderas de señales, apenas más gruesas que un bramante flotando al viento.

—¡Despásalas! —gritó el oficial.

Vi el brazo de Harry extendido: incluso desde cubierta se notaba cómo le temblaban las piernas, y, por fin, ¡gracias a Dios!, hizo lo que tenía que hacer.

Bajó lívido como la muerte, con los ojos enrojecidos y todos los miembros temblorosos. Desde ese momento no volvió a pisar firme; nunca subió a las

amuradas, y en lo que quedaba de la travesía se convirtió en una persona alterada.

Después habló con el oficial —puesto que no había manera de entrevistarse con el capitán— y le pidió que intercediera en su nombre ante Riga, para que lo borrara de la lista de tripulantes y le permitiese hacer el resto del viaje como pasajero de la antecámara, privilegio por el que estaba dispuesto a pagar, en cuanto pudiera vender unas cuantas cosas en Nueva York, mucho más del precio normal del billete. Pero el oficial le respondió con una negativa tajante, y le miró atónito por su descaro. Una vez enrolado como marinero en un barco, uno sigue siendo marinero al menos hasta el final de la travesía, pues durante ese breve período ningún oficial puede soportar tratar en pie de igualdad a una persona a la que antes ha dado órdenes a voluntad.

De modo que Harry le dijo solemnemente al oficial que haría cualquier cosa que le dijera, menos volver a subir al aparejo. Cualquier cosa menos eso.

Aquello decidió el destino de Harry a bordo del Highlander a partir de entonces, la tripulación lo hizo objeto de sus peores pullas y chanzas y convirtió su vida en un martirio.

Pocos imaginan lo deprimente y humillante que es estar a merced de unos marinos tiranos y analfabetos, sin poder hacer valer ninguna de tus virtudes excepto tu ignorancia sobre todo lo concerniente a la vida en el mar y las obligaciones que tienes que cumplir. En ese ambiente, y en esas circunstancias, Isaac Newton y lord Bacon serían bufones y paletos, y a Napoleón Bonaparte le pondrían los cepos y lo patearían sin piedad. He podido comprobarlo en más de una ocasión y Harry, el pobre Harry, no fue ninguna excepción. Y, por las circunstancias que me libraron de sufrir esas amarguras, aun compadecía más al pobre hombre que, por culpa de un nerviosismo que él mismo desconocía, se convirtió en la liebre perseguida por toda la tripulación.

Pero ¿cómo era posible que Harry Bolton, que, a pesar de su aspecto femenino, había demostrado en nuestro viaje a Londres un carácter tan irascible, se sometiera ahora pasivamente a esas muestras de desprecio y oprobio? Tal vez su carácter estuviera quebrantado ya. Pero no trataré de entenderlo, somos criaturas muy extrañas, como todo el mundo sabe, y hay momentos en la vida de cada hombre en los que nos comportamos de un modo tan distinto, y en apariencia tan contradictorio al habitual, que sólo quien nos creó puede explicarlo.

LOS EMIGRANTES

Tras la primera racha de tiempo espantoso que sufrimos en alta mar, tuvimos el viento de cara e intervalos de buen y mal tiempo, aunque sobre todo de lo último; hasta que, por fin, después de tres días de niebla y lluvia, el sol se alzó alegremente una mañana y nos mostró Cape Clear. Gracias a Dios, habíamos dejado atrás lo que se conoce enfáticamente como «tiempo del Canal», y lo último que veríamos del hemisferio oriental estaba a la vista: en adelante sólo divisaríamos el inmenso océano.

El vigía gritó: «¡Tierra a la vista!», en cuanto se distinguió al norte la mancha purpúrea del cabo. Al oírlo, los emigrantes irlandeses salieron a toda prisa por la escotilla, pensando que habían llegado a América.

—¿Dónde está? —gritó uno de ellos avanzando un poco sobre el bauprés—. ¿Es eso de ahí?

—Sí, no se parece en nada a la vieja Irlanda, ¿verdad? —dijo Jackson.

—Ni lo más mínimo... ¿Y cuándo llegaremos? ¿Esta noche?

Nada podría superar la decepción y el pesar de los emigrantes cuando por fin les informaron de que la tierra que veían al norte era su propia isla natal, de la que habían partido tres o cuatro semanas antes en vapor para ir a Liverpool y que ahora volvían a tener tan cerca; y que, después de tantos días de navegación desde el Mersey, el Highlander se había limitado a llevarlos al lugar de partida.

Era la gente más ingenua que yo había visto nunca. Parecían no tener idea de las distancias y para ellos América debía de ser como un lugar al otro lado de un río. Todas las mañanas subían algunos a cubierta para ver si estábamos más cerca, y había un anciano que se pasaba horas mirando a proa, como si esperase ver aparecer la ciudad de Nueva York en cualquier momento, cuando tal vez estuviéramos a tres mil kilómetros y, por si fuese poco, con el viento de cara.

Lo único que distraía a aquel pobre hombre de su búsqueda de tierra era la aparición ocasional de delfines bajo la proa, que le hacía gritar con todas sus fuerzas:

—¡Mirad, mirad, demonios! ¡Mirad los grandes cerdos del mar!

Por fin, los emigrantes empezaron a pensar que los del barco les habían engañado y habían puesto rumbo a las Indias Orientales o algún otro lugar remoto; y una noche Jackson hizo circular la especie de que Riga tenía pensado llevarlos a Berbería y venderlos como esclavos, pero, aunque algunas ancianas lo creyeron y los niños se echaron a llorar, los hombres no prestaron

crédito a tan absurda historia.

De todos los emigrantes, el chico italiano, Carlo, era el que parecía sentirse más a gusto a bordo. Se pasaba el día tumbado soñoliento, tomando el sol encima de la lancha y contemplando el océano. Por la noche, sacaba el organillo y tocaba varias horas para deleite de sus compañeros de viaje, que siempre lo colmaban de bendiciones y le pagaban dándole de comer. A veces, cuando había un buen claro de luna, el dispensero iba a proa con la petición del camarote de que Carlo fuese al alcázar a entretener a las damas y caballeros.

Como pronto se verá, a bordo viajaba un violinista y a veces lo apremiaban a sumarse con su música a la de Carlo a beneficio de los ocupantes de los camarotes, aunque él sólo accedió dos o tres veces, pues se consideraba muy por encima de los demás ocupantes de la antecámara y no le gustaba la idea de tocar delante de extraños y fatigarse para que se alegrasen unas personas desconocidas y por quienes no sentía el menor interés. De modo que la mayoría de las veces las damas y los caballeros tuvieron que contentarse con bailar al son del organillo del joven italiano.

Era el organillo más complaciente del mundo, pues bastaba con que Carlo tirase de sus palancas de marfil para que tocara cualquier canción que le pidiesen y fabricase cualquier melodía a voluntad.

Cierto que algunos pasajeros se quejaron con reprobación de que tal o cual aria no era exactamente de Haendel o Mozart, y que varias damas, a las que oí contar que habían arrojado flores a la Malibrán en Covent Garden, le aseguraron al atento capitán Riga que el organillo de Carlo era un objeto lamentable que producía un estruendo horrible.

—Sí, señoras —dijo el capitán con una reverencia—, con su permiso, diré que el organillo de Carlo debe de haber perdido a su madre, pues chilla igual que un lechón.

A Harry le indignaban aquellas críticas, pues, a pesar de ellas, los pasajeros siempre estaban dispuestos a bailar al son de la música de Carlo.

—Carlo —le dije una noche, cuando volvía a proa del alcázar después de uno de esos bailes marinos que se había celebrado mientras yo estaba de guardia en cubierta—, ¿cuánto te pagan esos señores por tocar?

—¡Mira! Y me mostró tres monedas de cobre con Britania y su escudo: tres peniques ingleses.

En fin, siempre que sentimos disgusto por alguien, deberíamos sospechar un poco de nosotros mismos. Tal vez la antipatía natural con la que casi todos los marineros y pasajeros de la antecámara miran a los ocupantes de los

camarotes fuese la causa de que no me sintiera muy inclinado a verlos con indulgencia.

Sí, puede que fuera eso, pero, en cualquier caso, dejaré por una vez que la Naturaleza siga su curso, y declararé rotundamente que lo que abrigaba por los pasajeros de los camarotes era un sentimiento muy próximo al desprecio. Y no sólo porque fueran pasajeros del camarote, sino porque me parecían los hombres y mujeres más melindrosos, mezquinos y cicateros que jamás cruzaron el Atlántico.

Uno de ellos era un tipo que llevaba un abrigo grueso de faldones anchos, tenía la nariz como una botella de oporto y se pasaba horas con las piernas separadas y las manos en los bolsillos de los pantalones, como si en ellos tuviera dos Casas de la Moneda acuñando guineas. Era un tipo de aspecto despreciable con ojos fríos y saltones que parecían de gelatina, y llevaba la avaricia, la falta de compasión y la sensualidad estampadas en toda su persona. Daba la impresión de estar sumido constantemente en un proceso de aritmética mental, sumando dólares y centavos; su boca torcida y fruncida en las comisuras era como un monedero. Cuando muera tendrían que convertir su cráneo en una hucha con la ranura entre los dientes.

Otro de los pasajeros de los camarotes era un londinense de edad mediana que vestía un cómico abrigo cockney con un par de faldones semicirculares con los que parecía que estaba sentado en un columpio. Llevaba un pañuelo a topos, un chaleco rojo chillón y pantalones a rayas, estrechos en la pantorrilla y anchos en la cintura. Su vestimenta era lo único que vale la pena describir, pues su rostro era tan anodino que ni siquiera lo recuerdo, aunque tengo la vaga impresión de que daba la sensación de que su dueño padeciera paperas.

Luego había dos o tres jovencuelos con aspecto de petimetres que se pasaban todo el tiempo jugando a las cartas en popa, a sotavento de la cangreja, fumando puros en el coronamiento o espiando a las mujeres de los emigrantes con sus gemelos de teatro a través de la ventana del camarote. Aquellos lechuguinos llamaban con frecuencia al dispensero para que les llevara brandy con agua, y hablaban de ir a Washington a ver las cataratas del Niágara.

Había también un anciano caballero que había llevado consigo tres o cuatro carpetas de The London Times y otros periódicos, y se pasaba el tiempo leyéndolos en la parte más umbría de la cubierta, con las piernas cruzadas. Nunca leía sin cruzar las piernas, lo que resulta indispensable para comprender lo que leía. Y rezongaba terriblemente cuando lo molestaban los marineros que de vez en cuando se veían obligados a pedirle que se apartara para tener acceso a los cabos.

En cuanto a las damas, no tengo nada que decir, pues las señoras son como

las religiones: si no se puede hablar bien de ellas, es mejor callar.

LII

LA COCINA DE LOS EMIGRANTES

He aludido ya al «fogón», o gran cocina abierta para los pasajeros de la antecámara, que amarraron sobre las escotillas principales.

En el viaje de ida, había tan pocos ocupantes de la antecámara que tenían espacio de sobra para cocinar en aquel fogón. Pero ahora era diferente, pues llevábamos a cuatrocientas o quinientas personas en la antecámara y todas tenían que cocinar en un solo fuego, muy grande, desde luego, pero aun así no lo bastante, teniendo en cuenta el número y el hecho de que sólo se podía encender a ciertas horas.

En estos barcos los emigrantes están bajo una especie de ley marcial, y todos sus asuntos se rigen por las despóticas ordenanzas del capitán. Y, aunque es evidente que, hasta cierto punto, eso es necesario, e incluso indispensable, como en el mar es imposible apelar a nadie por encima del capitán, éste abusa de su poder con demasiada frecuencia. Y denunciarlo al final del viaje sería como demandar al zar de Rusia.

Los emigrantes se turnan para encender el fuego, pues a menudo se trata de una tarea muy desagradable por culpa de los cabeceos del barco y los rociones que caen sobre el fogón descubierto. Siempre que me tocaba guardia matutina, de cuatro a ocho, me encontraba a algún pobre desdichado que se arrastraba a cubierta al despuntar el día y buscaba a tientas trozos de filástica, o lona embreada para encenderlo. Y, en cuanto la lumbre estaba hecha, subían las viejas, los hombres y los niños armados con una sartén o un pote de hierro e invariablemente se producía un gran tumulto a propósito de a quién le tocaba cocinar antes; a veces los más pendencieros se peleaban y se rompían unos a otros los potes y las sartenes.

Una vez un chico inglés subió con un pote de café y se las arregló para colocarlo entre dos sartenes. Luego volvió a bajar. Poco después hizo su aparición un enorme fortachón irlandés con bombachos y las pantorrillas desnudas, y, al ver la cantidad de cosas que había al fuego, preguntó de quién era el pote del café; cuando se lo dijeron, lo apartó y puso el suyo afirmando que aquel sitio le pertenecía a él y se hizo a un lado.

No mucho más tarde, regresó el chico y al ver que habían quitado su pote soltó una violenta exclamación y volvió a ponerlo en su sitio; en cuanto el irlandés se dio cuenta se abalanzó sobre él con los puños cerrados. El chico

cogió el café hirviente y lo arrojó sobre las piernas del otro tipo, que, involuntariamente, se puso a bailar gigas y fandangos antes de perseguir al muchacho, que, para entonces, ya se había largado.

Escenas similares ocurrían a diario y tampoco pasaba un solo día sin que decenas de aquellos desdichados se quedaran sin poder preparar la comida.

Eso era malo, pero todavía era peor ver a los pobres emigrantes discutir y pelearse por falta de las cosas más necesarias. Aunque lo cierto es que las penalidades, en lugar de para unirlos, servían sólo para enfrentarlos y amargar su temperamento, y así ellos mismos echaban el cierre a la cadena con que los sometían sus superiores sociales.

Cada tarde, durante la segunda guardia vespertina, me tocaba obedecer a disgusto las órdenes del oficial y anunciar a la gente reunida junto al fuego que era hora de apagarlo; le echaba un cubo de agua salada y muchos de los que llevaban un buen rato esperando la oportunidad de cocinar tenían que marcharse decepcionados.

La dieta básica de los emigrantes irlandeses consistía en harina de avena y agua, hervidas para preparar lo que ellos llaman «gachas», los holandeses supaan, los marineros «papa» y los naturales de Nueva Inglaterra «budín de pobre», un budín en el que, dicho sea de paso, el poeta Barlow encontró el material para escribir una especie de épica.

Algunos de los pasajeros de la antecámara iban, no obstante, provistos de galletas de barco y de otros alimentos duraderos que pueden comerse a lo largo de todo el año, con o sin fuego.

Además, había otros a quienes parecían irles mejor las cosas y tenían jamón, queso, salchichón, arenques holandeses, sábalos y otras exquisiteces adaptadas a las contingencias de un viajero de la antecámara.

Había un diminuto anciano inglés a bordo, que había sido verdulero y cuyos baúles grasientos parecían una auténtica despensa y los empleaba como reserva para ir trasladando su contenido a su estómago. Siempre pensé que chocheaba un poco. Adoraba sus ristras de salchichas y a veces las sacaba para jugar con ellas y se las enroscaba alrededor del cuerpo como si fuesen las mascotas de un encantador de serpientes indio. Por otra parte, con esa diversión, su queso, su inagotable botella de vidrio coloreado, su pipa y sus cavilaciones, aquel verdulero medio chocho lograba que el tiempo pasara a un ritmo muy razonable.

Pero, con mucho, el hombre más notable de la antecámara, al menos por lo que respecta a sus circunstancias pecuniarias, era un sastrecillo pálido y delgado que, al parecer, había comprado un pasaje para él y su mujer en una sección imaginaria del barco llamada «camarote de segunda» y que se suponía

que reunía las comodidades del camarote y el precio económico de la antecámara. Sin embargo, resultó que el camarote de segunda no era más que el extremo de la antecámara y no se diferenciaba de ésta más que en el nombre. Así que, para su disgusto, se encontró hacinado con la chusma, sin que sus quejas al capitán surtieran el menor efecto.

El desdichado sastre pasó toda la travesía atormentado por su mujer, que era joven y guapa, una de esas bellezas de las que se enamoran los hijos de los granjeros: tenía la mirada brillante, las mejillas sonrosadas y un aspecto rollizo y feliz.

Era una coqueta y nunca se ocultaba, como le pedía su marido, de las miradas de los petimetres del camarote, que se la comían con los ojos a través de sus gemelos de teatro. Eso irritaba sobremanera al sastre, que reñía con su mujer, la regañaba y la conminaba a bajar inmediatamente. Pero la chica no se dejaba esclavizar y así se lo hacía saber. Entretanto, los lechuguinos seguían mirándola con sus anteojos disfrutando mucho del espectáculo. El último recurso que le quedaba al pobre sastre era precipitarse contra aquellos sinvergüenzas con los puños cerrados, pero, al llegar al palo mayor, el oficial se le acercaba y le recordaba que no podía pasar más allá del cabo.

Aquel sastre desdichado también era violinista, y cuando lo dominaba la desesperación corría a buscar su instrumento y trataba de apagar su cólera tocando las melodías más violentas y despiadadas que quepa imaginar.

Su mujer a veces se le acercaba cuando estaba tocando:

Billy, cariño —y le ponía su mano suave en el hombro. Billy se limitaba a tocar todavía con más brío que antes—. ¡Billy, amor mío! —El arco cada vez iba más deprisa—. Vamos, Billy, cariño, hagamos las paces de una vez. —Y se inclinaba sobre sus rodillas mirándolo con ojos irresistibles y embrujadores.

El arco y el violín bajaban y la pareja pasaba una o dos horas arrullándose afectuosa.

Pero, al día siguiente, la vieja disputa volvía a empezar en cuanto aparecían unos gemelos de teatro en el camarote.

LIII

HORACIOS Y CURIACIOS

Con una leve alteración, podría empezar este capítulo como lo hace Livio en el capítulo veinticuatro de su libro primero: «Ocurrió que en cada familia había tres hermanos gemelos con muy poca diferencia en fuerza o edad».

Entre los pasajeros de la antecámara a bordo del Highlander había dos mujeres de Armagh, en Irlanda, viudas y hermanas, que tenían cada una tres hijos gemelos nacidos, según decían, el mismo día.

Tenían diez años de edad. Todos y cada uno de aquellos seis primos eran como las figuras mutuamente reflejadas en un caleidoscopio; y, como las formas de un caleidoscopio, parecían formar una figura completa tanto juntos como por separado. Pero, aunque, además de aquel parecido fraterno, los seis chicos tenían cierto aire de familia, como si fuesen primos hermanos, los O'Brien eran casi opuestos a los O'Regan. Los primeros formaban un trío tímido y silencioso que acostumbraba a pulular alrededor de la cintura de su madre y rara vez abandonaba la órbita materna, mientras que los O'Regan eran «chicos de la calle» traviosos y divertidos, y dados a todo tipo de pillerías, como las colas de los cometas.

Cada mañana temprano, la señora O'Regan salía de la antecámara, conduciendo a sus animados hijos como a una ruidosa manada de terneros y se abría camino hasta la enorme tina llena de agua bombeada del mar, que se empleaba para baldear la cubierta. Tres chapoteos y los tres chicos estaban sumergiéndose y buceando en el agua salada; la madre se dedicaba a enjabonarlos, aunque lo hacía de cualquier manera, con un restregón aquí y otro allá, según acertara a apoyarse en una u otra pierna.

—Pat, demonio de crío, estate quieto mientras te lavo. ¡Ah!, eres tú, Teddy, granuja. Vamos, Mike, malcriado, deja de meterle la zancadilla a Pat.

Los diablillos, saltando y revolviéndose encantados, lo pasaban de maravilla, mientras la infatigable y alegre matrona los lavaba de arriba abajo, como si fuese un deber de conciencia.

Entretanto, la señora O'Brien se quedaba junto al armario del contramaestre —una especie de despensa llena de cabos y cubos de alquitrán que hay en la proa del barco— leyéndoles en voz alta, entre las guías del bauprés, a sus tres tímidos corderitos una enorme Biblia en cuarto oscurecida por el tiempo.

Los marineros disfrutaban mucho con las actuaciones de los O'Regan en la tina y los apreciaban mucho por sus travesuras y actividad, en cambio a los tranquilos O'Brien no les tenían demasiado afecto; sobre todo les disgustaba la grave matrona, siempre vestida de negro, y sentían un amargo rencor por su libro. A él y a las recitaciones murmuradas sobre él atribuían los vientos contrarios que nos atormentaban; y Blunt, nuestro cockney irlandés, estaba convencido de que la señora O'Brien subía a propósito a cubierta cada mañana para asegurarse de que tendríamos el viento de cara las siguientes veinticuatro horas.

Por fin una mañana, al subir, Max el holandés se le acercó y le dijo que lo sentía, pero que, si volvía a sentarse entre las guías del bauprés con su libro, la tripulación se lo echaría por la borda.

El caso es que, aunque tuviesen caracteres tan diferentes, las dos familias de gemelos se tenían mucho afecto, como se puso de manifiesto en esa ocasión.

A pesar del rechazo y la amenaza del marinero, la viuda volvió a instalarse silenciosamente en su sitio de siempre, y, rodeada de sus niños, empezó a leer en voz baja, justo en la proa del barco y ligeramente apoyada en ella, como si se dirigiese a las populosas olas desde un púlpito flotante. Enseguida Max se le acercó por detrás, le arrebató el libro de las manos y lo tiró por la borda. La viuda soltó un gemido y sus niños se echaron a llorar. Sus primos, que estaban dándose un chapuzón, comprendieron de inmediato la razón de su llanto y salieron de la tina como tres perros, cogieron a Max de las piernas y empezaron a morderle y golpearle; en cuanto los O'Brien, hasta entonces tan tímidos, se percataron, saltaron a su vez sobre el enemigo y el sorprendido marinero se vio acosado como un toro por los seis chicos.

Yeso me da ocasión de recordar algo bueno del oficial. Vio el comienzo de la pelea y corrió a proa y le advirtió a Max de que no se le ocurriera hacerles daño a los chicos; después los animó a seguir como si le alegrara que le dieran una buena tunda a aquel tipo. Por fin, cuando vio a Max arañado, golpeado, pellizcado y humillado en todos los sentidos, aunque, por supuesto, no había recibido ningún golpe de importancia, gritó «¡Ya basta!», y ordenó a los atacantes que se retirasen, pero aunque los tres O'Brien obedecieron, los tres O'Regan siguieron enganchados a él como sanguijuelas y hubo que separarlos.

—Que te sirva de lección, sinvergüenza —gritó el oficial—, vuelve a echar otra Biblia por la borda y te vas tú detrás sin una bolina.

El suceso aumentó la popularidad de los gemelos a bordo. Esa misma mañana, los pasajeros de los camarotes los invitaron a visitar el alcázar, donde las damas demostraron mucho interés por ellos, como ocurre siempre con los gemelos, y puede comprobarse en los parques públicos y jardines, donde algunas se detienen a verlos y preguntarles a sus niñeras.

—Entonces ¿nacisteis todos el mismo día? —inquirió una anciana señora, paseando la mirada por la hilera de cabezas rubias.

—Y tanto que sí —respondió Teddy—, ¿verdad, mamá?

Se hicieron y respondieron muchas más preguntas y se llevó a cabo una colecta entre los magnánimos pasajeros de los camarotes, en la que resultó que los seis chicos cobraron un penique cada uno.

Nunca pude mirar a aquellos críos sin que me embargara una sensación inexplicable, y, aunque no tenían nada de especial o inusitado, salvo la coincidencia singular de que dos hermanas le hicieran simultáneamente al mundo un regalo tan generoso, el mero hecho de que fuesen gemelos siempre me pareció curioso; de hecho, al menos para mí, todos los gemelos son una especie de prodigio, aunque no sé exactamente por qué, pues todos podríamos dar numerosos ejemplos del mismo fenómeno en nuestra propia persona. ¿Acaso no son gemelos nuestros pulgares? ¿Dos auténticos Cástor y Pólux? ¿Y qué decir de todos nuestros dedos? ¿No son nuestros brazos, manos, piernas, pies, ojos, orejas gemelos nacidos el mismo día y tan parecidos como se pueda imaginar?

¿No podría ser que los gramáticos griegos inventasen el número dual en particular beneficio de los gemelos?

LIV

UN EXCELENTE TABACO DE CLAVO Y DE COLA DE CERDO

Ya he explicado lo ventajosamente que habían dispuesto de su tabaco en Liverpool mis compañeros de tripulación, ahora debo contar cómo sus infames transacciones comerciales les obligaron a pasar finalmente muchas penurias.

Fieles a su carácter poco previsor, y seducidos por los altos precios que se pagan en Inglaterra, habían vendido la mayor parte del tabaco que tenían, e incluso habían conseguido que el oficial les entregara el que había guardado bajo llave por orden de los funcionarios de Aduanas. De modo que, durante el viaje de vuelta, cuando la tripulación llevaba unas dos semanas en alta mar, se hizo tristemente evidente que el tabaco escaseaba.

Una de las diversiones favoritas de los marineros cuando no están de guardia por la tarde son las cartas; y aunque no sepan jugar al whist, el cribbage y otros juegos del mismo jaez, son adictos a un juego que llaman High-Low Jack, nombre que tiene cierto sabor náutico y marinero. Por lo general, las apuestas son rollos de tabaco de mascar, que apilan como cartuchos de monedas en los baúles mientras juegan. Júzguese, entonces, el perverso entusiasmo con que la tripulación del Highlander barajaba y repartía ahora las cartas, y cómo aumentó paradójicamente su interés a medida que las apuestas se fueron haciendo más y más escasas, hasta quedar reducidas a «mascadas».

Acabaron tan obsesionados que hubo quienes, después de trabajar mucho en cubierta durante la guardia nocturna, se privaban de horas de sueño para

poder echar una partida. Y, como es muy difícil dormir en presencia de jugadores, sobre todo si se trata de marineros, cuya conversación tiende siempre a ser más bien bulliciosa, los que querían descansar echaban del castillo de proa a aquellos tipos. Así que tenían que salir a cubierta y convertirla en una mesa de cartas; e, invariablemente, había discusiones, acusaciones muy poco caballerescas de trampas y fullería y, de vez en cuando, algún intercambio de golpes.

Aunque no es de extrañar, si se tiene en cuenta que casi no veían nada, pues no tenían otra luz que la del cielo nocturno, y las cartas, de tanto usarlas, estaban rotas y manchadas de alquitrán, tanto que varios miembros de los cuatro palos de la baraja podrían haberse apartado de sus respectivos clanes para formar una quinta tribu bajo el nombre de «Manchas de alquitrán».

El tabaco fue escaseando cada vez más, hasta que, por fin, se hizo necesario emplearlo del modo más económico posible. La cantidad mínima de la mascada llegó a durarles un día, y por la noche, después de pedirle permiso al cocinero, la dejaban en el horno de la cocina para que se secase y poder fumársela después en pipa.

Al final no quedó ni un solo rollo, y, carentes del solaz y el estímulo que tanto necesitan los marineros en alta mar, la tripulación se volvió distraída, taciturna y tristemente atormentada por la melancolía. Eran como fumadores de opio a los que hubieran privado de pronto de su droga. Se sentaban en sus baúles, desamparados y abatidos, presas de una tristeza infinita y miraban la lámpara del castillo de proa en la que habían encendido tantas pipas agradables. Recordaban con conmovedora elocuencia aquellas tardes felices —los momentos consagrados al humo y el vapor— en las que, después de pasarse el día mascando, se dejaban embelesar por las afables y amistosas bocanadas.

Una noche, cuando parecían más tristes y desconsolados que nunca, Blunt, el cockney irlandés, se puso en pie de pronto con una idea en la cabeza:

—¡Muchachos, busquemos debajo de las literas!

—¡Bendito seas, Blunt! ¡Qué idea tan buena!

En el acto, apartaron los baúles, inspeccionaron los rincones más oscuros y su recompensa fueron dos barras de tabaco de clavo y varias mascadas viejas escupidas allí por algún marinero en un viaje anterior. Jackson fue el encargado de dividir las de manera imparcial, y en esa ocasión se portó con una equidad que contentó a todos por igual.

Para repartir el tabaco recurrieron al curioso procedimiento habitual entre los marineros cuando se requiere el mayor grado posible de imparcialidad. Ahora lo describiré y recomiendo que todos los herederos que tengan que

repartir una herencia lo consideren con atención, pues, si adoptasen este método náutico, el aforismo universalmente calumnioso de Lavater se descartaría por ineficaz: «No pretendas conocer a nadie hasta que hayas repartido con él una herencia».

Cortaron los clavos en tantas partes como hombres había presentes y, después de concluir la operación en presencia de todos, Jackson cogió el tabaco y, mirando a la pared y de espaldas al grupo, señaló uno de los trozos con su cuchillo y gritó: «¿De quién es éste?». Y uno, al que habían escogido previamente, respondía al azar desde el otro extremo del castillo de proa: «De Blunt», y a Blunt iba a parar, y así seguían hasta que todos quedaban servidos.

Yo os pregunto, abogados —y a ti te invoco, espíritu de Blackstone—: ¿Se os ocurre un método más imparcial que éste?

Pero los clavos y las mascadas de la última travesía pronto desaparecieron y, luego, tras un breve intervalo de relativa alegría, los hombres volvieron a sumirse en la melancolía.

No obstante, no tardó en ocurrírseles un ingenioso truco, no del todo desusado entre los marineros, para aliviar la severidad de la depresión que los consumía. Deshicieron unos cabos y sacaron los hilos, que, cortados en trocitos, utilizaron como sustituto del tabaco. Preferían los cabos viejos, sobre todo los que llevaban mucho tiempo en la bodega y habían adquirido una humedad epicúrea que le daba más solera a su viejo sabor, como de queso.

En medio de los cabos más gruesos, hay una parte central recta, alrededor de la cual se trenzan los hilos exteriores. Cuando, al buscar estopa, me topaba entre la filástica vieja empleada en esos casos con uno de esos trozos de cuerda, siempre experimentaba un extraño y absurdo deleite al deshacerlo lentamente y llegar poco a poco a su aromático y oculto «corazón», pues así se llama a esa parte central.

Suele tener un color oscuro y leonado con cierto lustre, resulta muy agradable al tacto, despide un olor acre, como el de una vieja y polvorienta botella de oporto recién sacada de la bodega, y, en conjunto, es un objeto que ningún buen gastrónomo podría resistirse a acariciar.

Tampoco le faltan a este delicioso trozo de basura numerosas asociaciones interesantes, trágicas y lúgubres. ¿Quién puede decir a cuántas tormentas ha sobrevivido, qué mares remotos ha surcado? ¿Cuántos recios mástiles de navíos de línea de setenta y cuatro cañones y fragatas habrá asegurado en la tempestad? ¿A qué profundidades se habrá hundido, en forma de maroma, en el fondo de puertos desconocidos? ¿Qué exóticos peces le habrán mordisqueado en el agua y qué ave marina sin catalogar la habrá picoteado cuando formaba parte de un elevado estay o de un obenque?

Pues bien, ese particular trozo de cuerda, ese agradable «corte» era lo que buscaban con más ahínco los marineros. Y, cuando cogían medio metro de cabo viejo, lo cortaban con cuidado para ver si tenía algo de «solomillo».

Por mi parte, no obstante, no puedo decir que aquella golosina tuviera un gusto agradable, por muy hermoso que fuera su aspecto para el arqueólogo o su aroma para el epicúreo en fragancias náuticas. De hecho, y aunque puede que me equivocase, me parecía que tenía un sabor acre y astringente, probablemente por el alquitrán que vicia en mayor o menor grado el gusto de todos los cabos. Pero a los marineros sí parecía gustarles y, en cualquier caso, lo mordisqueaban con delectación. Convertían uno de los bolsillos de sus pantalones en una chatarrería y, cuando alguien les pedía una mascada, sacaban un trozo de cabo.

Otro truco que empleaban para aliviar sus penurias era utilizar hojas de té secas, en lugar de tabaco, para llenar sus pipas. Cualquiera que haya cenado en un castillo de proa en alta mar se habrá sorprendido de la cantidad de hojas de té que quedaban en su pote. El caso es que no nos faltaba material para llenar las pipas.

Casi olvido relatar lo más interesante de este asunto; en concreto, que, a pesar de la escasez del producto original, Jackson siguió teniendo un remanente que no terminó hasta muy poco antes de llegar a puerto.

En lo más profundo de su desesperación ante la pérdida de su solaz más precioso, cuando los marineros estaban tan inconsolables como los cautivos babilónicos, Jackson se sentaba con las piernas cruzadas en su litera, que era una de las de arriba, y, envuelto en una nube de humo de tabaco, contemplaba a los dolientes con una sonrisa sardónica.

Les recordaba su locura por vender sus reservas de tabaco por el sucio ánimo de lucro, les retrataba su estupidez, se demoraba en los sufrimientos que se habían producido, exageraba esos sufrimientos y los ridiculizaba, se mofaba y se carcajeaba de ellos. Ninguno osaba responder a sus procaces ataques, ni a nadie se le ocurría pedirle que les aliviara de su penuria. Al contrario, tal como acabo de contar, compartían con él los clavos que encontraban.

El extraordinario dominio que ejercía el decrepito Jackson sobre doce o catorce marineros sanos y fuertes es un enigma cuya solución habrá que dejar a los filósofos.

Esta última alusión a Jackson del capítulo precedente me recuerda una circunstancia que, tal vez, tendría que haber indicado antes: cuando llevábamos unos diez días en alta mar, decidió que estaba demasiado enfermo para trabajar, y en consecuencia bajó a su litera. Y allí, a excepción de algunos breves intervalos que pasaba tomando el sol cuando hacía buen tiempo, se pasó tumbado de espaldas o sentado con las piernas cruzadas el resto del viaje de vuelta.

Sumido melancólicamente en su infernal pesimismo, y pese a que no era más que un marinero con pantalones de lona, aquel hombre seguía siendo un cuadro digno de haber sido pintado por la mano lúgubre y taciturna de Salvator. En cualquiera de las deprimentes marinas del maestro, que representan los desolados despeñaderos de Calabria con un naufragio al fondo, Jackson podría haber sido el rostro del mascarón de proa herido por el rayo.

Aunque los más cobardes y taimados de mis compañeros se susurraban unos a otros que, sabedor de que cobraría su sueldo tanto si trabajaba como si no, Jackson estaba fingiendo su enfermedad, era evidente que, por los excesos cometidos en Liverpool, la enfermedad, que hasta ahora sólo había clavado sus colmillos en su carne, había empezado a roerle los órganos vitales.

Sus mejillas se volvieron más delgadas y cetrinas, y los huesos asomaban como los de un cráneo. Sus ojos de reptil estaban enrojecidos, era incapaz de levantar la mano sin un violento temblor y su tos terrible nos despertaba muchas veces. Aun así siguió sujetando el cetro con puño trémulo y gobernándonos como un tirano hasta el final.

Cuanto más débil estaba, peor trataba al resto de la tripulación. La perspectiva de su muerte próxima e inevitable parecía exasperar su misantrópica alma hasta la locura, y, como si verdaderamente se la hubiese vendido a Satanás, parecía decidido a morir con una maldición en los labios.

Ni siquiera hoy puedo pensar en él, apoyado en su litera y jadeando casi sin aliento sus imprecaciones, sin acordarme de ese misántropo sentado en el trono del mundo —el diabólico Tiberio en Capri— que, incluso en el exilio, amargado por dolores sin cuento e indescriptibles terrores mentales conocidos sólo por los malditos en vida, no abandonaba sus blasfemias, sino que se esforzaba por arrastrar también a la perdición a quienes estaban bajo el hechizo de su poder. Y, aunque Tiberio fuese del linaje de los césares y el incomparable Tácito embalsamara su carroña, el yanqui Jackson me parece un personaje con su misma dignidad y tan merecedor del cadalso de la historia, pese a que fuese un vagabundo sin nombre ni epitafio y sólo yo cuente lo que fue. Pues la maldad carece de dignidad, tanto si viste de púrpura como de harapos, y el infierno es una democracia de demonios donde todos son iguales. En él, Nerón aúlla junto a quienes le hicieron daño. Si Napoleón no fuese más

que un asesino marcial, no le rendiría más homenaje que a un vulgar felón. Si el Satanás de Milton mitiga nuestro horror al despertar nuestra admiración es sólo porque no es un ser verdadero, sino una copia modificada de un original verdadero. A partir de los cuatro Evangelios, no nos hacemos una idea elevada de ese mismo Satanás, tan sólo lo concebimos como una personificación de la esencia del mal, que nadie, salvo los ladrones y cortabolsas, podría admirar. Sin embargo, eso no le resta ningún mérito a nuestro sumo sacerdote de la poesía: sólo puede ser motivo de encomio que, con el mal absoluto como material de partida, construyera su más hermosa estructura.

No obstante, al canonizar históricamente en la tierra a los condenados del infierno, y elevar y elogiar a los réprobos ilustres, no hacemos sino poner la maldad como ejemplo y despertar la ambición de cometer alguna gran iniquidad para asegurarse así la fama.

LVI

REDBURN Y HARRY INTERCAMBIAN CONFIDENCIAS AL ABRIGO DE LA LANCHA DEL BARCO

Hay pocas cosas más dulces que una canción y, aunque los cautivos hebreos colgaron sus arpas de los sauces para no tener que cantar las melodías de Palestina ante las barbas altaneras de los babilonios, para ellos esas melodías de otro tiempo y de una tierra lejana eran tan dulces como el rocío de junio en Hermon.

Y el pobre Harry era como los hebreos. A él también se lo habían llevado cautivo, aunque su principal captor y su peor enemigo fuera él mismo; y a él también lo llamaban para que les cantara por la noche los mismos que durante el día le habían insultado y despreciado.

Tenía la voz típica de una persona pequeña y sedosa como él; era dulce y líquida y serpenteaba y tintineaba a través de la letra de una canción, como un torrente musical que se desliza de forma caprichosa junto a orillas tachonadas de pensamientos.

—No puedo cantar esta noche —le dijo tristemente Harry al holandés, que le había pedido en nombre de sus compañeros que les ayudase a pasar la guardia con sus melodías—. No puedo cantar esta noche. Pero, Wellington —susurró, y yo agucé el oído—, ven conmigo a resguardo de la lancha y te tararearé una canción.

Era A la orilla del Mosela azul.

¡Pobre, pobre Harry! ¡Mil veces perdido y desamparado!

Tener que cantar eso, que estaba pensado para tararearlo junto a la fuente de un jardín o en una alcoba elegante, tener que cantarlo allí, allí, por mi vida, al socaire de la alquitranada lancha del barco.

Pero cantó, cantó mientras yo observaba las olas y las dotaba de alma y les gritaba: «¡Corred!, ¡cruza las manos!» a las cuadrillas de bailarines que bailaban con aquel fondo musical iluminado por el claro de luna.

Pero, aunque a mi amigo le repugnara tener que cantar para aquella tripulación rufianesca, a la que odiaba tanto que echaba espumarajos por la boca incluso en sueños, al final logré convencerlo de que dominara sus sentimientos y los pusiera al servicio de sus intereses. Pues los marineros disfrutaban hasta con la cancioncilla más trivial y yo estaba convencido de que Harry ejercería sobre ellos un hechizo al que, al menos por un tiempo, no podrían sustraerse, y podría inclinarlos a tratar con más deferencia a quien tanto deleite les proporcionaba. El orgullo de Carlo no les gustaba demasiado, pero la voz del muchacho de Bury era como un acordeón en sus oídos.

Así que una noche se sentó junto al molinete y cantó; y así cesaron los chistes groseros, tan frecuentes entre los marineros, y los hombres se fueron sumiendo con cada verso en un silencio cada vez más profundo. Poco a poco se fueron acallando y al final Harry se quedó entre ellos como Orfeo entre los tigres y los leopardos encantados. Los colmillos que antes mordían a mi cebra se volvieron inofensivos; las garras se replegaron en sus patas aterciopeladas; y los ojos que antes miraban iracundos ahora brillaban fascinados y fascinantes. Sí, tranquilos y siseantes, renunciaron por un tiempo a su presa.

Lo cierto es que el trato que le dispensó la tripulación durante toda la travesía sirvió para estrechar los lazos de amistad entre Harry y yo, que era el único amigo que tenía a bordo, y pocos pueden pasar tanto tiempo juntos sin revelar, al menos, algunos de sus secretos, pues todos buscamos comprensión, incluso aunque no busquemos amor; y el aislamiento intelectual sólo es tolerable para los genios a quienes la soledad alegra e inspira.

Pero, aunque mi amigo se volvió más comunicativo que nunca sobre su vida pasada, no aclaró muchas cosas de las que me había hablado sólo en parte y que yo estaba deseando conocer, y en particular no volvió a aludir, siquiera remotamente, a nada que tuviese que ver con nuestro viaje a Londres, y el juramento que me había obligado a hacer me tenía atado, por así decirlo, de pies y manos. Sea como fuere, Harry me reveló muchas cosas de interés y, si no satisfizo del todo mi curiosidad, lo compensó en parte hablándome del futuro y de las perspectivas que le aguardaban.

Me confesó que, después de los gastos que habíamos hecho a nuestro regreso de Londres, no le quedaban más que unos pocos chelines; que sólo vendiendo un poco de ropa podría pagar la primera semana de pensión en Nueva York y que no tenía ninguna profesión ni negocio con los que pudiera contar para ganarse el pan mediante su propio esfuerzo. Y, aun así, me explicó que estaba decidido a no volver nunca a Inglaterra, y que tendría que arreglárselas para encontrar la felicidad temporal en algún lugar de América.

«He borrado Inglaterra de mi memoria —decía— y no pienso volver jamás; así que dime, Wellington, ¿qué voy a hacer en América?».

Era una pregunta desconcertante y muy triste para mí, que, a pesar de ser tan joven, había sido molido, machacado y reducido a polvo fino en la tolva de la mala fortuna, y que por tanto sabía simpatizar con alguien que atravesaba unas circunstancias parecidas. Pues, por más que uno pueda ponerse serio y hablarle con amabilidad y consideración a un amigo al que aflige la desgracia, si no ha sufrido una desdicha parecida a la que le aplasta, nunca podrá compadecerlo del todo. Y es posible que sólo entre iguales haya auténtica compasión y que debamos desconfiar de la sinceridad de quien se inclina para ofrecernos su condolencia.

El caso es que Harry y yo, dos vagabundos sin amigos, pasamos más de una guardia charlando de nuestros asuntos. No obstante, y por muy ineficaz que fuese yo como benefactor, seguía siendo americano y estaba volviendo a mi casa, mientras que él era extranjero y huía de la suya, así que adopté la actitud de quien va a hacer los honores de su país y lo consideré un huésped de mi nación. Por ello me pareció más apropiado escucharle y no que él me escuchase a mí, de modo que nuestra atención la centrasen sus planes y proyectos y no los míos.

Al ver que Harry era tan buen cantante y que sabía canciones maravillosas, le sugerí que recurriera a su talento musical. La idea pareció gustarle mucho: «Vaya, chico, has dado en el clavo», y luego me contó que, en algunos sitios de Inglaterra, era frecuente que dos o tres jóvenes, de buena familia y rancio abolengo, que, por desgracia, atravesaran penurias económicas y tuviesen que vestir ropa gastada, se ganaran la vida con la voz y acuñaran monedas de plata con sus argénteas voces.

Iban de puerta y puerta y llamaban al timbre: «¿Están los señores en casa?». Al ver por su aspecto, aunque no fuesen muy suntuosamente vestidos, que se trataba de unos caballeros, el sirviente casi siempre los dejaba pasar y, cuando la gente salía a recibirlos, su portavoz hacía una amable reverencia, esbozaba una sonrisa y decía: «Venimos, señoras y señores, a cantarles una canción, somos trovadores a vuestro servicio». Y así, sin esperar una respuesta, empezaban a cantar y sus voces melodiosas encantaban y

extasiaban a toda la audiencia, hasta tal punto que, al acabar su actuación, rara vez se iban sin una buena recompensa y una invitación a volver cuando quisieran deleitar y alegrar nuevamente a los habitantes de la casa.

—¿No podría hacerse algo parecido en Nueva York? —preguntó Harry—. ¿O allí no hay salones con damas? —añadió preocupado.

Una vez más, le aseguré, como había hecho con frecuencia antes, que Nueva York era una ciudad civilizada e ilustrada, con una gran población, calles elegantes y casas refinadas y, lo que es más, llena de ómnibus, y que aquella América extranjera que tanto lo obsesionaba era, en esencia, tan parecida a Inglaterra que casi creería estar allí.

Nunca dejaba de sorprenderme —y de no haber sido un cosmopolita nato aún me habría sorprendido más— su escepticismo respecto a la civilización de mi país. Cualquiera más patriota que yo se habría ofendido por sus insinuaciones. Parecía pensar que los yanquis vivíamos todos en cabañas indias y vestíamos pieles de oso. Después de todo, Harry tenía madera de cockney y se había pasado la vida en Londres.

El caso es que, después de asegurarle que no veía motivo por el que no pudiera ganarse la vida como trovador en Nueva York o en cualquier otra parte, me preguntó de pronto si no querría unirme a él en la empresa, como si fuese imposible emprender aquel negocio solo.

Le respondí:

—Mi querido Bury, tengo tanta voz para cantar como un mudo para rezar. ¿Cantar? Mis pulmones están tan atrofiados que me considero afortunado de poder hablar, no digamos de emular a los ruseñores.

Así que el plan se frustró y, poco a poco, Harry fue abandonando la idea de ganarse la vida cantando.

—No, no me ganaré el pan cantando —afirmaba—. ¿Qué diría lady Georgiana si me viera?

—Si hubiese tenido ocasión de verla alguna vez, te lo diría, Harry —respondía yo, que, aunque no desconfiaba exactamente de él, me preocupaba en el fondo por su conciencia cada vez que aludía a sus aristocráticas amistades—. Pero sin duda, Bury, amigo mío, entre tus muchas habilidades debe de contarse la de escribir con buena letra, y eso, al menos, te será de ayuda.

—Pues claro que escribo con buena letra —replicó muy contento—, mira, ¡contempla mi mano! ¿No crees que con semejante herramienta sabré cómo poner los puntos sobre las íes con una gracia y ternura conmovedoras?

Desde luego era una espléndida mano de calígrafo. Era pequeña y tenía los

dedos largos y delgados; los nudillos eran suaves y redondeados; las uñas, semiesféricas en la base, y la suave palma tenía pocos caracteres que pudiera interpretar un quiromántico egipcio. No era la mano robusta de un Cincinato, capaz de empuñar tanto la esteva del arado como el timón del Estado, sino la mano perfumada de Petronius Arbiter, aquel elegante joven romano que una vez desairó al gran Séneca en el foro.

Esa mano debería haberle bastado a mi joven de Bury para ganarse el favor de aquel potentado asiático que alabó a lord Byron por sus dedos felinos y afirmó que eran una prueba indudable de su noble origen. Y así es, pues lord Byron era, como todos nosotros, el hijo de un hombre. Igual que lo son los mendigos de manos delicadas y pies diminutos de Lima, quienes, si se tuvieran en cuenta sus manos y pies, constituirían la oligarquía del Perú.

¡Qué locura pensar que a un caballero se lo conoce por sus uñas, como a Nabucodonosor, cuando le crecieron las suyas en los pastos, o que el sello de la nobleza se encuentra en unos pies pequeños, cuando incluso un pez carece de ellos!

¡Dandis!, amputaos los vuestros, si queréis, pero sabed, y estad seguros, ¡oh, demócratas!, de que, igual que las pirámides, un gran hombre necesita una gran base para apoyarse. Tan sólo la frágil pagoda de porcelana se tambalea sobre un solo dedo.

Pero, aunque la mano de Harry tenía un aspecto muy femenino y había sido tan blanca como un pañuelo de batista y tan libre de manchas como la reputación de Diana, tanto tirar de escotas y drizas y salpicarse de alquitrán la había privado en parte de su delicadeza.

A menudo la contemplaba con pesar.

«¡Oh, mano mía! —pensaba Harry—. ¡Ay, mano mía! ¿en qué te has convertido? ¿Acaso parecía probable que acabaras ensuciándote de brea cuando ayudabas a subir a las condesas a sus carruajes? ¿Es ésta la mano que besó la divina Georgiana? ¿La mano con la que comprometí mi palabra con lady Blessington y ratifiqué mi promesa ante lord Lovely? ¿La mano que Georgiana apretó contra su seno cuando prometió ser mía? ¡Quítate de mi vista, mano apóstata y traidora! ¡Fuera! ¡Desaparece en el sucio bolsillo de tu chaqueta de marinero donde te meto ahora!».

Al cabo de muchas largas conversaciones, decidimos por fin que, cuando llegásemos a Nueva York, buscaríamos el modo de que alguno de mis pocos amigos le proporcionara a Harry un puesto en una empresa mercantil, donde pudiera ganarse la vida con la pluma y ejercitar sus delicados dedos recorriendo un suave papel de oficio, igual que las damas y pálidas demacradas salen a pasear por el parque para airearse un poco.

LVII

CASI UNA HAMBRUNA

—¡Mamá, mamá!, ven a ver a los marineros comiendo en unos comederos como los de nuestros cerdos. —Eso exclamó uno de los niños de la antecámara que se asomó al castillo de proa a la hora de la cena, donde la tripulación estaba comiendo de los «cuezos», que, de hecho, se parecen mucho a los comederos de los cerdos.

—¿Cerdos, eh? —tosió Jackson desde su litera, donde se había sentado para presidir el banquete, aunque no participara en él, como un demonio que hubiese perdido el apetito de tanto mascar azufre—. ¿Cerdos? ¡No ha de pasar mucho tiempo, diablos irlandeses, antes de que deseéis cenar en nuestros comederos!

Su malévola profecía acabó cumpliéndose

Según iban pasando los días sin divisar tierra y con los vientos contrarios que retrasaban la marcha del barco, y lo acosaban como una jauría de perros, la inconsciencia y la falta de previsión de los pasajeros de la antecámara respecto a las provisiones que debían llevar al viaje empezaron a tener consecuencias inevitables.

Por fin, un nutrido grupo fue a popa a ver al oficial y le comunicó que no tenían nada que comer, se les habían acabado los alimentos y si no les daban comida del barco se morirían de hambre.

Se informó al capitán, quien se vio obligado a emitir un ucase para que se le entregasen una galleta de barco y dos patatas al día a cada pasajero de la antecámara cuya indigencia pudiera ser demostrada de forma fehaciente, una especie de sustituto de los huevos escalfados y las magdalenas.

Pero tan escasa ración era insuficiente para saciar su hambre y apenas bastaba para cubrir las necesidades de un adulto sano. La consecuencia fue que a lo largo de todo el día, y parte de la noche, decenas de emigrantes se paseaban por cubierta en busca de algo que devorar. Saqueaban el gallinero, se llevaban los pollos de tapadillo y los guisaban en la cocina pública. Hacían incursiones en la pocilga del barco y raptaban a un prometedor lechón que devoraban crudo, pues no se atrevían a deshacerse de su cuerpo de otro modo; rondaban el tabuco del cocinero, hasta que éste tenía que salir a amenazarles con un cucharón lleno de agua hirviendo; asaltaban al dispensero en sus trayectos habituales del camarote a la cocina; merodeaban por el castillo de proa para robar la cesta del pan y acosaban a los marineros como mendigos en

la calle, pidiéndoles un bocado en nombre de la Iglesia.

Al final, se vieron empujados a cometer tales excesos que aquel Grande de Rusia, el capitán Riga, redactó otro ucase advirtiéndoles de que cualquier emigrante al que se encontrase culpable de robo sería atado al aparejo y azotado.

Eso motivó secretos movimientos en la antecámara, que casi me hicieron temer por la seguridad del barco, pero, después de todo, no pasó nada grave e incluso toleraron, o al menos no protestaron demasiado, el castigo singular que el capitán mandó aplicar a un miembro de su clan, en sustitución de los azotes, pues pensó sin duda que una disciplina demasiado rigurosa habría exasperado hasta la insurrección a los quinientos emigrantes.

Fabricaron una tapadera —medio tonel— para una de las grandes tinas de cubierta e hicieron un agujero en ella y otros dos orificios más pequeños en el fondo de la tina. Luego ajustaron la tapadera —dividida por la mitad, a lo largo del diámetro del orificio— al cuello del culpable, quien quedó así unido a la tina, que descansaba sobre sus hombros mientras las piernas le asomaban por los agujeros del fondo.

Era una pesada carga, pero el hombre podía andar con ella; y su aspecto era tan ridículo que, a pesar de la indignidad, él mismo se echó a reír con los demás al ver la pinta que tenía.

Ahora, Pat, amigo —le dijo el oficial—, a ver cómo te las arreglas para llenar esa panza de madera.

No obstante, nuestro viejo «doctor» se compadecía de él y le daba como limosna un poco de comida que dejaba sobre la tapadera de la tina, de manera que, cuando llegó el momento de soltarlo, Pat se quejó, pues habría preferido mil veces seguir ejerciendo de Diógenes en el tonel lo que quedaba de famélica travesía.

LVIII

PESE A NO HABER LLEGADO TODAVÍA A PUERTO, EL HIGHLANDER DEJA ATRÁS A MUCHOS PASAJEROS

Pese a que barcos más rápidos, bendecidos por vientos favorables, han cruzado a menudo el Atlántico en dieciocho días, no es raro que otras embarcaciones tarden cuarenta o cincuenta, o incluso sesenta, setenta, ochenta y noventa días en cubrir la misma travesía. Aunque en estos últimos casos el retraso suele motivarlo una grave contingencia o calamidad. También es cierto

que, por lo general y debido a la predominancia de vientos del oeste, la travesía desde América es más corta que el viaje de regreso.

Hacia veinte días que habíamos dejado atrás Cape Clear, siempre con el viento de proa, aunque con un tiempo en conjunto agradable, cuando nos visitó una sucesión de tormentas lluviosas que duraron casi toda la semana.

En este intervalo los emigrantes se vieron obligados a quedarse abajo, aunque algunos estaban acostumbrados, pues no se habían recobrado del primer ataque de mareo y apenas subían a cubierta.

Esa semana sólo se encendió una vez fuego en el fogón. Lo que motivó que muchos trabajos domésticos que normalmente se habrían llevado a cabo al aire libre se hicieran en la antecámara. Cuando había un período de calma entre las tormentas, algún emigrante particularmente limpio subía a cubierta con un cubo de agua sucia para echarla por la borda. Ninguna experiencia parecía bastar para instruir a aquella gente ignorante en los principios más elementales de la vida en el mar. A pesar de todos los avisos al respecto, muchos seguían evitando el lado de sotavento para arrojar el agua sucia. Una mañana en que el viento soplaba con fuerza, un pobre necio lanzó cinco o seis litros de algo por barlovento. Al instante, le salpicó la cara, y también la del primer oficial, que pasaba por allí en aquel momento. Cogieron al tipo por el cuello, le reprendieron allí mismo, y le ordenaron con ironía que no volviera a arrojar nada al mar por barlovento, salvo ceniza y agua hirviendo.

En las frecuentes rachas fuertes que sufríamos, las escotillas de la antecámara se cerraban herméticamente, sellando en su ruidosa madriguera a cientos de seres humanos. Fue un milagro que el horrible destino que habían conocido poco tiempo antes los pasajeros de un vapor de Liverpool en el canal con un tiempo tormentoso parecido no afligiera también a algunos de los emigrantes del Highlander.

En cualquier caso, no me cabe la menor duda de que fue aquel repugnante confinamiento en un agujero cerrado, abarrotado y sin ventilación, unido a la falta de comida, lo que, ayudado por la falta de higiene personal, trajo una fiebre maligna.

La primera noticia fue que había dos personas afectadas. En cuanto se supo, el oficial corrió al botiquín del camarote y bajó a la antecámara con los remedios oportunos. Pero las medicinas resultaron inútiles, los enfermos empeoraron muy deprisa y se infectaron dos emigrantes más.

Al saberlo, el propio capitán fue a verlos; y al volver buscó la ayuda de un supuesto médico que había entre los pasajeros del camarote y le rogó que atendiera a los enfermos, sugiriéndole que, de ese modo, evitaría que la enfermedad se extendiera también a los camarotes. Pero aquel hombre negó

ser médico y por miedo al contagio, aunque él no confesó que fuese ése el motivo, se resistió incluso a bajar a la antecámara.

El número de casos fue creciendo: el temor se extendió por el barco y se produjeron escenas sobre las que más vale correr un tupido velo, pues algunos lectores son tan remilgados que se hace necesario ahorrarles los incidentes más impresionantes de una narración como la mía.

Muchos de los aterrorizados emigrantes optaron por instalarse en cubierta, pero iban tan mal vestidos que el mal tiempo —frío, húmedo y tempestuoso— obligó a bajar a la mayor parte. Aunque cualquier otro ser humano habría preferido enfrentarse a la tormenta más terrible antes que seguir respirando el aire pestilente de la antecámara. Sin embargo, algunos de esos desdichados estaban tan acostumbrados a las desgracias más degradantes que la atmósfera de un lazareto casi les parecía aire fresco.

Los cuatro primeros contagiados estaban en literas contiguas, y los emigrantes que dormían al fondo de la antecámara levantaron enfrente una barricada para cortar cualquier comunicación con ellos. Pero, en cuanto el capitán se enteró, ordenó echarla abajo, pues no habría servido de nada y tan sólo habría empeorado la situación.

Sólo después de mucha persuasión y amenazas consiguió el oficial que los marineros bajaran a cumplir las órdenes del capitán.

La imagen que nos esperaba era ciertamente infortunada. Era como entrar en una cárcel superpoblada. Desde las hileras de literas, cientos de caras flacas y sucias se volvieron hacia nosotros, mientras sentados en los baúles había cientos de hombres sin afeitar, fumando hojas de té y contribuyendo a crear un vapor sofocante. Pero aquel vapor era mejor que el aire del lugar que, por motivos casi increíbles, era extremadamente fétido. En cada rincón, las mujeres se apiñaban unas contra otras, llorando y lamentándose; los niños les pedían pan a sus madres, que no tenían nada que darles; y los ancianos, sentados en el suelo, se recostaban contra los barriles de agua con los ojos cerrados y casi faltos de aliento.

En un extremo estaba el parapeto, que ocultaba a los enfermos, y delante —a pesar del hacinamiento— había un área despejada que el miedo al contagio había abierto.

—Hay que quitar esa barricada de ahí —gritó el oficial con una voz que se alzó sobre el barullo general—. Abajo con ella, muchachos. —Pero en cuanto echamos mano a los baúles que la formaban, una multitud de hombres pálidos y furiosos se pusieron en pie y juraron con gritos terribles que nos matarían si no desistíamos—. ¡He dicho que abajo con ella! —rugió el oficial.

Sin embargo, los marineros se echaron atrás, murmurando que los marinos

mercantes no cobraban pensión si se quedaban lisiados, y que no se habían embarcado para luchar cincuenta contra uno. El oficial hizo varios intentos más y por fin recurrió incluso a los ruegos, pero no le sirvió de nada y nos vimos obligados a marcharnos sin haber conseguido nuestro objetivo.

Alrededor de las cuatro de la madrugada, murieron los cuatro primeros. Eran todos hombres, y las escenas que se produjeron después fueron pavorosas. Sin duda, las insondables profundidades marinas sobre las que navegábamos no escondían nada tan espantoso.

De inmediato, se dio orden de enterrar a los muertos. Pero hacerlo no fue necesario. Sus propios paisanos se los arrancaron a sus mujeres de entre los brazos, los envolvieron en las sábanas, les ataron un lastre y, con cuatro rezos apresurados, los arrojaron al océano.

Para entonces, otros diez hombres habían contraído la enfermedad, y con una entrega absolutamente digna de encomio, el oficial los trató a todos con sus medicinas; en cambio, el capitán no volvió a bajar a verlos.

Lo más importante ahora era desinfectar la antecámara, y, de no haber sido por las lluvias y chubascos, que hacían que fuese una locura sacar a tantos niños y mujeres a cubierta sin protección, se habría ordenado subir a los pasajeros de la antecámara y se habría limpiado a fondo su madriguera. Pero, de momento, eso estaba descartado. Los marineros se negaron a bajar a retirar la inmundicia, y la mayoría de los emigrantes estaban tan paralizados que, aunque se les explicó con mucha claridad la urgencia del caso, se negaron a mover un dedo para contribuir a su propia salvación.

El pánico en los camarotes se hizo ahora muy grande, y, por miedo a contagiarse, los pasajeros de buen grado habrían convertido al capitán en su prisionero para evitar que fuese más allá del palo mayor. Sus protestas lo indujeron por fin a pedirles a los dos oficiales que, de momento, no durmieran ni comiesen en sus alojamientos habituales, que comunicaban con los camarotes.

En tierra, una pestilencia es algo temible, pero allí al menos es posible huir de una ciudad infectada, mientras que en un barco uno está encerrado y recluido en el propio hospital. De modo que no hay ninguna posibilidad de escapar y, en un sitio tan pequeño y abarrotado, ninguna precaución puede proteger de manera efectiva contra el contagio.

Por muy horribles que fuesen las escenas de la antecámara, los camarotes ofrecían un panorama no menos desesperado. Muchas personas que rara vez habían rezado antes imploraban ahora al cielo noche y día que nos trajese vientos favorables y buen tiempo. Se abrieron los baúles en busca de las Biblias e incluso se rezaba en grupo sobre la misma mesa en la que antes se

habían oído tantas bromas.

Qué extraño, aunque se trate de un fenómeno casi universal, que la perspectiva aparentemente próxima de una muerte que todos debemos padecer, produzca estas devociones espasmódicas, cuando un constante cólera asiático está mermando continuamente nuestras filas y la muerte acabará por alcanzarnos a todos.

Al segundo día murieron siete, uno de los cuales fue el sastrecillo; al tercero, cuatro; al cuarto, seis, uno de los cuales fue el marinero groenlandés y otra, una mujer del camarote, cuya muerte, no obstante, se atribuyó después a sus temores y aprensiones. Estas últimas muertes llevaron el pánico a su paroxismo, y los marineros, los oficiales, los pasajeros de los camarotes y los emigrantes... se miraban unos a otros como si fuesen leprosos. Todos excepto el único leproso de verdad que llevábamos a bordo: el marinero Jackson, que parecía eufórico de pensar que él —atrapado ya entre las mortales garras de otra enfermedad— no corría peligro de contraer una fiebre que sólo afectaba a los relativamente sanos. Así, en mitad de la desesperación de los sanos, aquel enfermo incurable no se dejó abatir por las mismas consideraciones que abrumaban a los demás.

Y aun así el barco maldito seguía navegando bajo un triste cielo gris, ahora por este bordo y ahora por el otro, luchando contra las ráfagas hostiles y empapado de lluvia y rociones, avanzando apenas unos centímetros hacia puerto.

A la sexta mañana, soplaban un viento huracanado que nos obligó a desaparecer el barco y capear con un contrafoque. Diez horas más tarde, las olas parecían montañas y el Highlander subía y bajaba en el agua como una enorme boya. Gritos y lamentos se perdieron a sotavento, ahogados por el rugido del viento entre el cordaje, mientras entregábamos a la tormenta los cuerpos ennegrecidos de otros cinco muertos.

Pero, mientras los muertos partían, su lugar en las filas de la humanidad volvió a ocuparse con el nacimiento de dos niños, cuya llegada al mundo habían apresurado la plaga, el pánico y el temporal. El primer llanto de uno de aquellos niños casi coincidió con el chapoteo que hizo su padre al hundirse en el agua. Así vamos y venimos. Aunque, rodeados por la muerte, sobrevivieron tanto las madres como los niños.

A medianoche, el viento amainó y dejó mucha mar de fondo y, por primera vez en una semana, un cielo despejado y estrellado.

En la primera guardia matutina, me senté con Harry en el molinete a contemplar las olas, que, vistas de noche, parecían auténticas montañas, sobre las que podrían haberse construido fortalezas, y verdaderos valles, que podrían

haber albergado pueblos, bosques y jardines. Parecía un paisaje de Suiza, pues en aquellas oscuras gargantas purpúreas rompía a menudo, como si de una avalancha se tratase, la blanca espuma de la cresta de las olas con un estruendo y un burbujeo que parecía estar engullendo a seres humanos.

Al día siguiente por la tarde, cesó la mar de fondo y surcamos las olas con todo el trapo desplegado, bonetas incluidas, nuestro mejor timonel a la rueda con el mismísimo capitán a su lado y una suave y alegre brisa en el coronamiento.

Despejamos la cubierta y la frotamos hasta dejarla bien seca, y luego todos los emigrantes que no estaban enfermos se desparramaron por ella a inhalar el aire delicioso, extender al sol la ropa de cama húmeda y disfrutar de la generosa caridad del capitán, que últimamente había considerado apropiado aumentar la cantidad de comida que les correspondía. Varios de ellos se unieron a un grupo de marineros que entraron en la antecámara con cubos y escobas e hicieron una buena limpieza y sacaron a cubierta no sé cuántos cubos llenos de inmundicia. Aquello era más parecido a limpiar un establo que un alojamiento de hombres y mujeres. Ese día enterramos a tres; al día siguiente a uno y luego la pestilencia nos abandonó, con siete convalecientes que, instalados junto a la escotilla abierta, pronto respondieron al tratamiento y los tiernos cuidados del oficial.

Sin embargo, incluso después de aquel cambio favorable en las circunstancias, todo el mundo siguió lleno de aprensión por si, al cruzar los Grandes Bancos de Terranova, las nieblas, tan frecuentes allí, produjeran un rebrote de la fiebre. Pero, para gran alegría de todos, siguieron soplando vientos propicios y atravesamos rápidamente aquellos temibles bancos y pusimos rumbo al sur en dirección a Nueva York.

Nuestros días ahora eran tranquilos y apacibles, y, aunque el viento amainó, seguíamos navegando por un mar en calma. Los pasajeros de la antecámara —al menos la mayor parte— tenían aspecto sosegado y sumiso, pese a estar algo más animados por el viento vivificante y la esperanza de llegar pronto a puerto. Aunque aquellos que habían perdido padres, maridos, mujeres o niños no necesitaban llevar crespones negros para que los demás supieran quiénes eran. Constituían un grupo amargo y endurecido, pues, entre los pobres y afligidos, el pesar no es una mera complacencia sentimental, por muy sincera que sea, sino una realidad que los consume y reconcome; no tienen amigos que les compadezcan ni médicos que les curen y deben seguir trabajando, aunque el entierro sea al día siguiente y los portadores del féretro dejen a un lado el martillo para levantar el ataúd.

¿Qué sería de esos emigrantes que, a cinco mil kilómetros de su tierra, se veían privados de maridos y hermanos y con sólo unas pocas libras, o incluso

chelines, para comprar comida en un país extranjero?

En cuanto a los pasajeros de los camarotes, nunca se vio a nadie más contento. Al verse cada vez más cerca de la tierra prometida, con la bolsa llena y un buen abrigo, y sin el menor temor por el futuro, todos se mostraban alegres y generosos, y el caballero de los ojos gelatinosos del que hablé antes incluso le dio un chelín de propina al despensero.

La mujer fallecida era una anciana, una americana que volvía de visitar a su único hermano en Londres. No tenía amigos ni familiares a bordo, y, como pocos lloran al desconocido que muere entre extraños, fue como si enterraran su recuerdo junto con su cuerpo.

Pero lo más digno de reseñar de aquellos frívolos era el modo en que algunos se burlaban ahora del pánico que les había embargado a casi todos.

Y, puesto que, cuando los mayores temores de una multitud aterrorizada resultan estar justificados, todos acaban pereciendo, en situaciones así es preciso elegir entre resignarse a morir o resignarse a sobrevivir y soportar las burlas de los demás por el pavor demostrado. Pues, salvo en casos de un riesgo extraordinario, hay muy pocos que, en el fondo, estén dispuestos a admitir que otros estuvieron más cerca de la muerte que ellos. En consecuencia, el epíteto de «cobarde» es el más comúnmente aplicado a quienes, por muy grande que fuese su justificación, se aterraron ante la perspectiva de una muerte repentina y sin embargo lograron escapar de ella. Sin embargo, si hubiesen muerto de acuerdo con sus temores, la palabra «cobarde» no se oiría ni una sola vez. Así habla quien ha asistido más de una vez a escenas de las que pueden deducirse esos principios. El asunto invita a muchas sutiles especulaciones, pues, en las ideas de la muerte de cada cual, y en su comportamiento cuando se ve de pronto amenazada por ella, está el mejor indicador de su vida y de su fe. Aunque la era cristiana no había empezado todavía, Sócrates murió como un cristiano; y, aunque en teoría Hume no era cristiano, él también murió como tal, humilde, sereno y sin bravuconerías, y eso que era el más escéptico de los filósofos escépticos y estaba imbuido de esa fe firme y descreída que abarca las esferas celestes. Séneca murió dirigiéndose a la posteridad; Petronio disertando con frivolidad sobre perfumes y canciones amorosas y Addison llamando a la Cristiandad a contemplar con qué placidez podía morir un cristiano, pero ni siquiera el último de estos tres murió como un verdadero cristiano.

El pasajero del camarote que había leído las oraciones mientras los demás se arrodillaban contra los yugos y los bancos era uno de los alegres petimetres que había motivado los celos del pobre sastre, ahora desaparecido. Con su chaleco chillón y su tintineante cadena del reloj, aquel pisaverde que nunca antes había implorado nada había dirigido las súplicas solemnes de sus

compañeros y sus peticiones de misericordia embargado por un profundo terror. Desde la rueda el timonel le había visto hacerlo muchas veces a través del ventanuco del mamparo.

Aquel joven se convirtió en el blanco de las bromas de todos, la tormenta había pasado y ahora que volvía a brillar el sol no había nadie más valiente que él.

Uno de sus alegres compañeros le aconsejó con ironía que al llegar a Nueva York considerase la idea de abrazar el sacerdocio.

—¿Por qué? —replicó él—. ¿Tan clamorosa es mi voz?

—No —respondió sacrílegamente su amigo—, pero eres un cobarde..., y por tanto la persona más indicada para hacerse pastor y rezar.

Por raro que parezca este relato de las circunstancias relativas a la fiebre sufrida por los emigrantes del Highlander, y aunque los hechos ocurrieran hace ya tanto tiempo, esos mismos sucesos podrían estar ocurriendo hoy. La única narración que uno puede encontrar de ellos está en el párrafo de un periódico bajo el epígrafe de las noticias marítimas. Ahí está el obituario de los muertos fallecidos en alta mar. Mueren como las olas que rompen en la orilla y no vuelven a verse u oírse más. Pero ¡qué universo de la vida y la muerte, de la humanidad y sus aflicciones, se esconde en esas frases de tres palabras incluidas en los sucesos meramente reseñados en el catálogo de fallecidos y que apenas hojean los lectores de periódicos, atraídos por párrafos más enjundiosos!

Uno no ve un barco infectado navegando por un mar tempestuoso, no oye los gemidos de desesperación, no ve los cadáveres arrojados por encima de las amuradas, no repara en las manos retorcidas ni en los cabellos arrancados de las viudas y los huérfanos: ve tan sólo un hueco. Y uno de esos huecos es lo que he rellenado yo al contar los detalles de la calamidad sufrida por el Highlander.

Además de esa tendencia natural a hundir en el olvido los últimos sufrimientos de los pobres, otras causas contribuyen a borrar las circunstancias de desastres así. Si estas cosas se conocieran con detalle, en conjunto serían desfavorables para el barco y le crearían una mala reputación y, a fin de evitar la cuarentena, los capitanes exponen el caso del modo más lenitivo que pueden y tratan de silenciarlo en lo posible.

Probablemente no haya sitio mejor para decir unas palabras respecto a los barcos de emigrantes en general.

Dejemos a un lado esa manida polémica nacional sobre si debería permitirse que semejantes multitudes de extranjeros pobres desembarquen o

no en nuestro país; olvidémosla con la idea de que, si pueden llegar hasta aquí, es que Dios les ha dado derecho a venir, aunque traigan consigo a toda Irlanda y sus miserias. Pues el mundo entero es patrimonio del mundo entero y es imposible saber quién es dueño de una piedra de la Gran Muralla China. Dejemos esa polémica a un lado y pensemos sólo en la mejor manera en la que pueden venir los emigrantes, ya que vienen, quieren venir y vendrán.

Hace poco el Congreso ha aprobado una ley que limita proporcionalmente el número de emigrantes que pueden admitirse a bordo de cada barco. Si esa ley se aplicase, las cosas mejorarían mucho, igual que mejorarían si se aplicase la ley inglesa respecto a las raciones de comida que debe llevar consigo cada emigrante que embarca en Liverpool. Pero cuesta creer que vayan a aplicarse.

Sin embargo, ninguna legislación afecta, ni siquiera de manera formal, a la triste situación del emigrante. ¿Qué ordenanza obliga al capitán de un barco a proporcionar a los pasajeros de la antecámara un alojamiento en condiciones y a suministrarles aire y luz en esa sucia madriguera donde pasan emparedados la larga travesía del Atlántico? ¿Qué ordenanza le fuerza a instalar el fogón, o la cocina de los pasajeros de la antecámara, en un lugar seco y protegido, donde los emigrantes puedan cocinar durante una tormenta o en caso de lluvia? ¿Qué ordenanza le obliga a darles más espacio en cubierta y a dejarles pasear de vez en cuando de proa a popa? No hay ninguna ley acerca de estas cosas. Y aunque la hubiera, ¿quién, salvo un Howard, se ocuparía de hacerla cumplir? ¡Y qué pocas veces hay un Howard en el gobierno!

Hablamos de los turcos y abominamos de los caníbales, pero ¿no habrá algunos de ellos que vayan al cielo antes que nosotros? Es posible que tengamos cuerpos civilizados y sin embargo almas de bárbaro. Nos hacemos los ciegos ante el espectáculo del mundo real; los sordos ante su voz; y los muertos ante su muerte. Y hasta que no sepamos que un solo sufrimiento pesa más que diez mil alegrías, no nos convertiremos en lo que el Cristianismo trata de hacer de nosotros.

LIX

EL FINAL DE JACKSON

—¡Cape Cod a la vista! —dijo el dispensero, corriendo a proa desde el alcázar, donde el capitán acababa de tomar la posición a medio día; barriendo el vasto horizonte con su sextante, como un dandi circunnavegando los palcos de un anfiteatro con sus gemelos.

—¡Cape Cod a la vista! —Y en los visos de la costa, incluso en aquel

desierto de dunas arenosas, creí distinguir la fragancia de los rosales que mis hermanas y yo habíamos plantado en el lejano jardín de mi casa. Los aromas de la madre Tierra son maravillosos y saludan desde lejos al ansioso viajero como un macetero plantado con un millar de arbustos.

La brisa era recia, y nos empujaba de tal modo que abríamos dos anchos surcos azules a proa mientras surcábamos la acuosa pradera. Por la noche era ya un ventarrón lo bastante fuerte para tomarles rizos a las gavias, pero el capitán tenía tantas ganas de llegar a puerto antes de que rolara el viento que incluso izamos el juanete de mayor, aunque el fino mástil daba chasquidos como una fusta.

No obstante, en la segunda guardia nocturna, arreció tanto que por fin se dio la orden de arriar el juanete y de tomar rizos a las gavias.

Mientras los hombres aprestaban las drizas en cubierta y antes de que empezaran a izar los palanquines de los rizos, Jackson salió del castillo de proa, y, para sorpresa de muchos, echó mano a los cabos por primera vez en cuatro semanas.

Es posible que, como la mayoría de los marineros que se han pasado sin trabajar la mayor parte del viaje por enfermedad, quisiera recordarle al capitán su existencia justo antes de arribar a puerto, y también que contaba con cobrar su salario como todo el mundo; pero, ¡ay!, su salario resultó ser el salario del pecado.

No habría podido demostrar mejor su disposición a trabajar que en una ocasión como aquella, que, por lo general, atrae a todo el mundo a cubierta, desde el capitán hasta los niños de la antecámara.

Parecía abatido y la viva imagen de la muerte: las cuencas azules de sus ojos eran como pozos llenos de serpientes y, al haber surgido de un modo tan inesperado de su negra tumba del castillo de proa, era como un hombre resucitado de entre los muertos.

Antes de que los marineros hubiesen afirmado el palanquín de los rizos, Jackson empezó a trepar con vacilación por el aparejo, adelantándose a todos y asegurándose así un sitio al extremo de la verga de la gavia —que a la hora de tomar rizos se considera el puesto de honor—. Una de las características de aquel hombre era que, aunque siempre procuraba librarse del trabajo rutinario en momentos de encalmada, cuando había tormenta siempre exigía ser el primero en todo y no dejaba que ningún otro lo fuese, y tal vez fuera ése uno de los motivos de su ilimitado dominio sobre la tripulación.

Pronto estuvimos todos subidos a lo largo de la gavia de mayor mientras el barco brincaba y saltaba a nuestros pies como un corcel desbocado; cada cual agarraba la vela por los ollaos y se inclinaba a un lado para arrastrarla hacia

Jackson, cuya misión era afirmar el rizo a la verga.

No llevaba sombrero ni zapatos y cabalgaba el extremo de la verga dándole la espalda al viento y tirando del cabo del puño de la vela como si fuese una brida. Ése es siempre un momento de alocado esfuerzo por parte de los marineros, que parecen participar de la conmoción de los elementos, mientras cuelgan al viento, entre el cielo y la tierra, y también ése es el momento en que se comportan de modo más sacrílego.

—¡Orzad! —tosió Jackson con un grito blasfemo, y se echó hacia atrás dando un violento tirón a la brida. Pero sus bárbaras palabras no habían terminado de salir todavía de su boca cuando soltó las manos y la vela se salpicó con un torrente de sangre de sus pulmones.

El hombre que tenía al lado alargó el brazo para salvarlo, pero Jackson se cayó de la verga y con un largo burbujeo se hundió en el mar como un buzo.

En ese momento el barco estaba ciñendo contra el viento y la verga sobresalía mucho sobre la borda, por lo que cayó muy lejos del barco. La muchedumbre que estaba en cubierta mirando hacia arriba asistió a su caída: a algunos incluso les salpicó la sangre que goteó de la vela y todos soltaron un grito espontáneo tan agudo que un ciego habría sabido que algo terrible había ocurrido.

Asidos a los ollaos, nos inclinamos sobre la verga y contemplamos el lugar blanco y burbujeante que se había cerrado sobre la cabeza de nuestro compañero, aunque un minuto después se mezcló con el fermento de las olas y Jackson no volvió a aparecer. Esperamos unos minutos pensando que nos ordenarían bajar, recoger velas y arriar la yola, pero en lugar de eso lo único que oímos fue:

Ánimo, muchachos, tomad esos rizos de una vez.

Lo cierto es que, si se piensa bien, tratar de salvar a Jackson habría sido inútil, pues, aparte de que debía de estar muerto antes de caer al agua y si no lo hubiera estado —la primera inmersión debió de arrancar su alma de sus pulmones lacerados—, habríamos tardado más de quince minutos en arriar la yola.

Y aquí debe decirse que el exceso de confianza característico de muchos capitanes nos habría enviado a todos a la tumba en caso de que algún súbito desastre le hubiera acontecido al Highlander.

Como la mayoría de los barcos mercantes, sólo llevábamos dos botes a bordo: la lancha y la yola. La lancha, con mucho el más grande y robusto de los dos, estaba permanentemente amarrada a cubierta por unas barras de hierro unidas a los costados. Era un accesorio casi tan fijo como la quilla del barco e

iba llena de cerdos, aves de corral, leña y carbón. Encima estaba la yola, bocabajo sin un solo escámo en la regala y con el fondo abrasándose y agrietándose al sol.

Júzguese pues, qué esperanza de salvación habríamos tenido de haber naufragado; y, sin embargo, los botes salvavidas están en ese estado en uno de cada tres barcos mercantes. Desde luego, ninguna precaución bastaría para salvar a más de la décima parte de las almas de a bordo en ningún barco lleno de emigrantes; pero habría que tomar medidas para que un puñado de supervivientes pudiera llevar a casa la noticia de la pérdida, pues, incluso en las peores calamidades sufridas por el paciente Job, al menos alguno de sus sirvientes sobrevivió para contarlo.

Por alguna razón que no sabría explicar del todo, ni Harry ni los marineros hicieron la menor alusión al desaparecido Jackson, al menos en mi presencia. Todos y cada uno de ellos parecían haber decidido tácitamente silenciar su recuerdo. No sabría decir si fue porque la severidad del cautiverio a que aquel hombre los sometía a todos les había corroído tanto en lo más íntimo de su ser que preferían acallar el recuerdo de algo tan degradante, pero lo que sí está claro es que su muerte supuso la liberación de todos, que ahora se mostraban más animados que nunca. Aunque, sin duda, puede que eso se debiera también en parte a que estuviésemos ya tan cerca de puerto.

LX

POR FIN EN CASA

Al día siguiente era domingo y, a mediodía, el sol brillaba sobre un mar cristalino.

Después del furor del viento y la tormenta, esa calma profunda y generalizada recordaba el espíritu tranquilo de los días que, en las ciudades piadosas, transforma las calles más concurridas en tranquilas avenidas.

El barco se balanceaba blandamente sobre el suave y sosegado oleaje del océano: por todas partes se divisaban pequeños puntos blancos y, más cerca, grandes manchas lechosas que revelaban la proximidad de decenas de barcos, todos hechizados por la misma calma y con el mismo puerto como destino. Aquí convergían en una única línea las olas largas y tortuosas de Europa, África, la India y el Perú.

Delante de nosotros temblaban y danzaban, como suspendidas en el aire a plena luz del día, las verdes alturas de Nueva Jersey, y, por una ilusión óptica, el mar azul daba la impresión de fluir por debajo.

Los marineros se pasaban el día silbando en espera de que hiciera viento; los impacientes pasajeros de los camarotes se vistieron con sus mejores galas; y los emigrantes se apiñaban a proa con los ojos fijos en la tierra tanto tiempo anhelada.

En cambio, mi Carlo se asomó pensativo a mi lado y contempló el mar tranquilo y violeta, como si fuese un ojo que respondiera a su mirada; luego se volvió a Harry y le dijo:

—Este cielo de América debe de estar enterrado en el mar, pues al mirar en estas aguas veo lo que en Italia vemos en lo alto. ¡Ah!, después de todo, siempre me encuentro con Italia en alguna parte allí donde voy. Incluso la encontré en el lluvioso Liverpool.

Al poco tiempo, se levantó una suave brisa que nos trajo flotando una vela blanca de la orilla: ¡el barco del práctico! Pronto una chaqueta marinera trepó por el costado del barco y el capitán y los pasajeros del camarote lo agobiaron a preguntas. Y de unos bolsillos insondables salieron un montón de periódicos que la multitud le arrebató ansiosa.

El capitán abdicó a favor del práctico, que resultó ser un tipo implacable que nos hizo trabajar de firme tirando y halando de las brazas para aparejar las velas para que atrapasen hasta la más mínima brisa.

Cuando una persona de tierra llega a un barco que ha pasado mucho tiempo en alta mar su barba huele a barro y uno siente la cercanía de la hierba verde de un modo que ni siquiera la visión de la orilla distante puede superar.

La antecámara se había convertido en una casa de locos: se cerraban y ataban baúles con cuerdas y por todas partes se veía a gente lavándose la cara y las manos. Mientras eso ocurría, llegó la orden del alcázar de arrojar al mar todas las camas, mantas, cabezales y hatos de paja de la antecámara. Una orden que los emigrantes recibieron con consternación primero y con ira después. Pero se les aseguró que se trataba de una medida indispensable para librarse de una posible cuarentena que podía durar largas semanas. El caso es que aceptaron a regañadientes, y almohadas y jergones acabaron yéndose por la borda. Detrás fueron viejos potes y sartenes, botellas y cestas. El mar quedó cubierto de edredones que flotaban sobre las olas, convertidos en colchones para cualquier sirena que no fuese melindrosa. Un sinfín de cosas parecidas, arrojadas por la borda desde los barcos emigrantes al acercarse al puerto de Nueva York, flotan en los Narrows y acaban depositándose en las costas de Staten Island, a lo largo de cuya playa oriental yo había paseado a menudo y especulado sobre el origen de las jarras rotas, almohadas desgarradas y cestas deshechas que encontraba a mis pies.

Luego se dio orden a los emigrantes de unir fuerzas y llevar a cabo una

última limpieza a fondo de la antecámara con agua y arena. Para animarles se empleó la misma advertencia que les había animado a hacer de su ropa de cama una ofrenda a Neptuno. Luego fumigaron el lugar y lo secaron con brasas del fogón; de este modo, por la tarde, nadie habría imaginado que el Highlander no hubiera hecho una travesía tranquila y venturosa. Muchos capitanes ponen así buen cuidado en asegurarse de que los incautos ciudadanos no sospechen las verdaderas condiciones de la antecámara en alta mar.

Esa noche el viento volvió a quedarse en calma, pero a la mañana siguiente, aunque la brisa nos era ligeramente contraria, pusimos rumbo a los Narrows, y, con unas cuantas bordadas, los atravesamos por fin, casi rozando uno de los fuertes con el botalón del foque.

Una lluvia matutina había refrescado los bosques y los campos, que relucían con un hermoso color verde; para nuestros pulmones salados, la brisa de tierra estaba sazonada de aromas. Los pasajeros de la antecámara casi relinchaban de contento, como caballos devueltos a los pastos, y todos los ojos y oídos del Highlander estaban saturados de sonidos e imágenes de la costa.

Ya nadie pensaba en la tormenta y la pestilencia; ni volvía la mirada a las manchas de sangre todavía visibles en la gavia desde la que había caído Jackson, sino que fijábamos la mirada en los huertos y los prados, y bebíamos su rocío como si estuviéramos sedientos.

Por la parte de Staten Island, un mástil blanco exhibía una bandera de color amarillo pálido, que señalaba la vivienda del oficial de cuarentena, pues, como si quisieran simbolizar la propia fiebre amarilla y sugerir el pánico y la premonición del vómito negro en los espectadores, todas las oficinas de cuarentena del mundo contaminan el aire con el flamear de su bandera de la fiebre.

No obstante, aunque las largas filas de hospitales enjalbegados se veían perfectamente en la falda de la colina, y aunque había varias decenas de barcos anclados, ningún barco salió a nuestro encuentro y, para nuestra sorpresa y deleite, seguimos navegando y dejamos atrás un lugar que todos habíamos temido. Nunca supimos por qué nos dejaron pasar sin abordarnos.

Entonces apareció la ciudad en la bahía, y, uno por uno, sus campanarios fueron perforando el azul del cielo, mientras, cada vez más juntos, barcos, bergantines, goletas y otros veleros se fueron apiñando y rodeándonos. Vimos esa Selva Negra de mástiles y negros aparejos que se extiende a lo largo del East River, y, al norte del elegante río Hudson, cubierto por las velas blancas de los balandros como por una bandada de cisnes, vislumbramos en la lejanía las purpúreas Palisades.

¡Oh!, dejad que quien nunca ha estado lejos de su hogar parta cuanto antes, para que sepa lo que significa estar en casa. Pues cuando te acercas de regreso a tu viejo río natal, te parece que fluye a través de ti con la marea, y en tu entusiasmo prometes construir altares como piedras miliare a lo largo de sus sagradas orillas.

Como si fuese el zar de todas las Rusias y Siberia por añadidura, el capitán Riga, telescopio en mano, estaba a proa, indicándoles a los pasajeros dónde estaban Governor's Island, Castle Garden y The Battery.

Y eso —decía, señalando a un enorme casco negro que, como un tiburón, mostraba varias filas de dientes—, eso, señoras, es un navío de línea, el North Carolina.

—¡Dios mío! ¡Es impresionante...! —replicaban las damas.

—Que Dios nos proteja —respondió un anciano caballero, que era miembro de la Sociedad Pacifista.

¡Hurra, hurra y mil veces hurra! Ahí va nuestra ancla, hundiéndose a varias brazas de profundidad en el limo yanqui libre e independiente: un puñado de este limo tenía para mí más valor que un señorío en Inglaterra.

Las barcas de Whitehall nos rodearon y muy pronto desembarcaron, alegres como grillos, a todos los pasajeros de los camarotes, camino de una cena en la Astor House, donde, sin duda, descorcharían unas cuantas botellas de champán para celebrar su llegada. En cambio, sólo unos pocos pasajeros de la antecámara pudieron permitirse pagar el elevado precio que cobraban los barqueros por llevarlos a tierra, así que la mayoría se quedaron con nosotros hasta la mañana siguiente. Sin embargo, nada pudo contener a nuestro muchacho italiano, Carlo, quien, después de prometerles a los barqueros que les pagaría con su música, bajó a tierra sentado en la popa de la barca con el órgano entre las piernas mientras tocaba algo parecido a Hail, Columbia. Le dedicamos tres calurosos adioses, y no volvimos a verlo más.

Harry y yo pasamos la mayor parte de la noche paseando por cubierta y contemplando las mil luces de la ciudad.

Al amanecer nos atoamos hasta un muelle al pie de Wall Street, y amarramos nuestro viejo barco por proa y popa al embarcadero. Amarrarlo a él supuso librar de sus ligaduras a los marineros, entre quienes es una máxima que, una vez amarrado el barco al muelle, ellos quedan libres. De modo que, entre gritos y carreras, saltaron a tierra, seguidos por la tumultuosa multitud de los emigrantes, cuyos amigos —jornaleros y doncellas— les esperaban para abrazarlos.

Sin embargo, al final de un viaje tan poco agradable para ambos, y tan

amargo para uno de nosotros, Harry y yo nos quedamos sentados sobre un baúl en el castillo de proa. El barco que tanto habíamos odiado nos pareció precioso entonces y nuestra mirada se demoraba en cada uno de sus familiares tablones, pues el escenario de un sufrimiento se convierte en escenario de alegría cuando éste ha concluido; y el silencioso recuerdo de las penurias pasadas es aún más dulce que el gozo presente.

LXI

DEL BRAZO POR EL PUERTO

Nos quedamos en aquella vieja madriguera llena de alquitrán, convertidos en los únicos habitantes del barco vacío, aparte del oficial y las ratas.

Por fin, Harry fue a su baúl, sacó unos pocos chelines y propuso que bajásemos a tierra y volviéramos con un poco de comida para cenar en el castillo de proa. Como no había gran cosa que fuese comestible en las tiendas insignificantes de los muelles, compramos varios pasteles, unas rosquillas y una botella de cerveza de jengibre, y así provistos nos alegramos mucho. Pues, con la boca casi curtida y arrugada por el constante sabor de la ternera en salazón, aquellos pasteles y rosquillas nos parecieron deliciosos. Y la cerveza de jengibre, ¡una bebida de dioses! La he reverenciado desde entonces.

Esa noche nos quedamos despiertos hasta muy tarde, convencidos, sin la menor sombra de duda, de que, como los reyes de la tierra, éramos los señores de nuestras guardias nocturnas, y de que ningún «¡En pie los de la guardia de babor!» volvería a despertarnos.

—¡Podemos dormir toda la noche de un tirón!, piénsalo, Harry, amigo mío.

—Sí, Wellington, la idea de que ahora puedo dormir cuanto me plazca bastaría para quitarme el sueño para siempre.

Nos levantamos por la mañana temprano y nos desnudamos hasta la cintura para lavarnos a conciencia antes de bajar a tierra.

—Nunca me quitaré estas malditas manchas de alquitrán de los dedos — gritó Harry, frotándolas con fuerza con un poco de estopa empapada en espuma de jabón—. ¡No! No salen, estoy perdido. ¡Mira mi mano, Wellington!

Ciertamente, era triste de ver. Todas sus uñas, como las mías, estaban teñidas de un tono oscuro y rojizo, como si fuesen trocitos de concha de tortuga.

—No te preocupes, Harry —le dije—, ya sabes que las damas de oriente se

pintan las uñas con un pigmento dorado.

—Por Pluto —gritó Harry—, que, si de eso se trata, yo me pintaré los brazos hasta los sobacos. Pero, da igual, juraré que acabo de llegar de Persia, muchacho.

Luego nos vestimos con nuestras mejores galas y bajamos a tierra; enseguida llevé a Harry a la taberna del Pavo en Fulton Street, regentada por un tal Sweeny y famosa por su Souchong barato y sus estupendos pasteles de trigo sarraceno.

—Bueno, caballeros, ¿qué van a comer? —nos dijo un camarero al sentarnos a la mesa.

—«¡Caballeros!» —me susurró Harry—. «¡Caballeros!». ¿Lo has oído? Desde luego, Redburn, nadie nos hablaba así en el viejo Highlander. Por Dios, que empiezo a sentirme mejor. Café y bollos calientes —añadió, cruzando las piernas como un lord—, y, oiga, a la vuelta, tráiganos también un filete de venado.

—No tenemos, caballeros.

—Huevos con jamón —sugerí relamiéndome por el recuerdo de ese plato, que había probado antes en la taberna del Pavo. Así que tomamos huevos con jamón, y café y una tostada imperial. Pero ¡la mantequilla!

—. Harry, ¿habías probado antes una mantequilla como ésta?

—No digas nada —respondió, mientras se untaba la décima tostada—. Voy a poner una lechería y viviré con este sabor el resto de mi vida.

Dimos cuenta de un desayuno inolvidable, pagamos garbosamente la cuenta y salimos a la calle como dos galeones repletos de oro de Acapulco rumbo a España.

—Y ahora —dijo Harry—, guíame y echémosle un vistazo a los Estados Unidos. Estoy dispuesto a pasear de Maine hasta Florida, a vadear los Grandes Lagos y a cruzar el río Ohio, si nos queda de camino. Vamos, toma mi brazo y guíame.

La verdad es que sufrió un cambio tan extraordinario en su actitud que me recordó a cuando partimos hacia Londres desde la pensión del Anda Dorada, en Liverpool.

Estaba de un humor excelente, cosa que me tenía muy sorprendido, considerando lo vacíos que tenía los bolsillos y que era extranjero en el país.

A mediodía ya había elegido su pensión, una casa particular, donde no cobraban mucho por el alojamiento y no gastaban mucho en la carnicería.

Aquí, por fin, lo dejé para que fuese a recoger su baúl al barco, mientras yo iba al centro a ver a mi viejo amigo el señor Jones y a averiguar lo ocurrido en mi ausencia.

Con una mano, el señor Jones estrechó la mía con mucha cordialidad y con la otra me entregó unas cartas que leí con impaciencia. Su contenido me obligaba a partir de inmediato a casa, y enseguida corrí a buscar a Harry para contárselo.

Es raro, pero las pocas horas que Harry había pasado solo, rodeado de caras y calles desconocidas, habían obrado un profundo cambio en su semblante. Era una criatura que se movía por impulsos repentinos. Al quedarse solo, las calles parecían haberle recordado que no tenía amigos, y lo encontré con la mirada triste y hurgándose el bolsillo con la mano derecha.

—¿Dónde comeré dentro de una semana? —dijo en voz baja—. ¿Qué voy a hacer, Wellington?

Y, cuando le respondí que a la tarde del día siguiente tendría que abandonarlo, todavía pareció deprimirse más. Traté de animarlo como pude, aunque yo también necesitaba que me animasen un poco, por mucho que hubiera vuelto a casa. Pero dejemos eso.

El caso es que yo tenía un joven conocido en la ciudad, bastante mayor que yo, que se llamaba Goodwell y era muy buena persona. En los últimos tiempos había trabajado como oficinista en una gran casa comercial de South Street, y se me ocurrió la idea de presentarle a Harry para que le procurase un empleo. Así que se lo propuse a mi amigo y los dos fuimos a ver a Goodwell.

Noté que le impresionaba la apostura de mi compañero, y, cuando le expliqué su situación, me prometió en privado que haría lo posible por él, aunque, según dijo, corrían malos tiempos.

Esa noche, Goodwell, Harry y yo deambulamos por las calles: Goodwell gastando su dinero con generosidad en los bares de ostras, Harry aludiendo sin parar a los clubes londinenses y yo contribuyendo en menor medida a la diversión general.

A la mañana siguiente, fuimos a tratar de negocios.

Yo no contaba con que el salario de marinero fuese tan cuantioso que me permitiese jubilarme con los beneficios de mi primer viaje, pero aun así pensé que me vendrían bien unos cuantos dólares. Los dólares son algo valioso y no conviene despreciarlos cuando se los deben a uno. Así que, como habían fijado la segunda mañana después de nuestra llegada para pagar a la tripulación, Harry y yo nos presentamos a bordo con los demás. Nos dijeron que entrásemos en el camarote y, una vez más, me encontré, tras un intervalo

de cuatro meses o más, rodeado de caoba y madera de arce.

Sentado en un lujoso sillón, detrás de un escritorio reluciente, estaba el capitán Riga, vestido con el traje que se ponía cuando se alojaba en el City Hotel y con un aspecto tan autoritario como el primer lord del Almirantazgo de Inglaterra. Los marineros esperaban sombrero en mano formando un semicírculo delante de él, mientras el capitán sujetaba la documentación del barco en una mano y, uno por uno, iba llamándolos por su nombre, para — ¡hermosa visión!— pagarles su sueldo con manoseados billetes de banco.

La mayoría cobraron menos de diez; unos cuantos, veinte; dos, treinta dólares y el viejo cocinero, cuya piedad le había ayudado a no incurrir en los excesivos gastos de la mayor parte de los marineros, y que además no había pedido ningún anticipo, cobró la hermosa suma de setenta dólares como salario.

¡Siete billetes de diez dólares! Cada uno de ellos, tal como calculé entonces, valía exactamente cien monedas de diez centavos, lo que equivalía a mil centavos, que a su vez eran divisibles en fracciones. De modo que ahora era poseedor de una fortuna de setenta mil décimos de centavo. Sólo setenta dólares, después de todo, pero siempre me ha parecido que contar las cantidades en pequeñas sumas fraccionadas es mejor para hacerse idea de su magnitud que ocultar su inmensidad en valores como los doblones, los soberanos o los dólares. Quién no preferiría tener 125 000 francos en París que sólo 5000 libras en Londres, aunque el valor intrínseco de ambas sumas, en números redondos, venga a ser casi el mismo.

Con un taconazo y una reverencia como sólo la puede hacer un negro, el viejo cocinero se marchó con su fortuna, y no tengo la menor duda de que la invirtió enseguida en un gran bar de ostras.

Los demás marineros, después de contar con cuidado su dinero y de comprobar que todo estaba en orden y que no había ningún billete roto, en cuyo caso habrían pedido otro, pues los marineros conocen sus derechos y no se dejan timar ni engañar, al menos cuando vuelven a ser libres y el viaje ha terminado, también se despidieron, dejándonos a Harry y a mí cara a cara con el pagador general del ejército.

Nos quedamos allí un rato, tratando de parecer muy educados, y esperando oír nuestros nombres en cualquier momento, pero no oímos nada, mientras el capitán apartaba los papeles a un lado, encendía un puro muy aromático, cogía el periódico matutino —creo que era el Herald—, pasaba una pierna sobre el brazo del sillón y se sumergía en la lectura de las últimas noticias de todas partes del mundo.

Yo miré a Harry y él me miró a mí, y luego ambos miramos perplejos a

aquel incomprensible capitán.

Por fin, Harry tosió un poco y yo arrastré los pies para llamar aún más su atención.

El pagador general alzó la mirada.

—¿Y bien? ¿De dónde salen ustedes? ¿Quiénes son, si me permiten? ¿Y qué es lo que quieren? Despensero, muéstreles a estos caballeros por dónde se sale.

—Quiero mi dinero —dijo Harry.

—No me ha pagado mi salario —dije.

El capitán se echó a reír, ¡oh!, sí, casi se parte de risa; aspiró una larga bocanada de humo, apartó el cigarro y se sentó de lado mirándonos, dejando que el vapor saliera lentamente de su boca formando hilillos y espirales.

—Por mi alma, caballeros, que me sorprenden ustedes. ¿Están sus nombres inscritos en el Directorio de la ciudad? ¿Traen ustedes cartas de presentación?

—¡Capitán Riga! —gritó Harry furioso por su descaro—. Yo se lo explicaré, capitán Riga, no crea que va a salirse con la suya... ¿Dónde está el dinero?

—¡Capitán Riga! —añadí yo—. ¿No recuerda que, hace unos cuatro meses, mi amigo el señor Jones y yo tuvimos una conversación con usted en este mismo camarote en la que acordamos que me embarcaría en su barco y cobraría tres dólares al mes en pago por mis servicios? Pues bien, capitán Riga, me embarqué y ya he vuelto, y ahora, señor, le estaré muy agradecido si me paga.

—Ah, sí, lo recuerdo —respondió el capitán—. ¡El señor Jones! ¡Ja, ja, ja! Recuerdo al señor Jones, un caballero muy educado, y, espere..., a usted también: es usted el hijo de un rico importador francés, y... déjeme pensar..., ¿no tenía un tío abuelo que era barbero?

—¡No! —rugí yo.

—Bueno, bueno, señor, le ruego que me perdone. Despensero, traiga unas sillas para estos caballeros... Siéntense, se lo ruego. Y hora veamos. —Revolvió sus papeles—. ¡Hum, hum!, sí, aquí está: Wellington Redburn, a tres dólares al mes. Pongamos cuatro meses, lo que suma un total de doce dólares, menos tres dólares que le adelanté en Liverpool...: son nueve dólares; menos los tres martillos y las dos espátulas que se le cayeron a usted por la borda...: son cuatro dólares y medio. Le debo a usted cuatro dólares y medio, ¿no es así, caballero?

—Eso parece —respondí atónito.

—Y ahora veamos lo que me debe usted a mí y así podremos cuadrar las cuentas, monsieur Redburn. —«¡Deberle yo a él!», pensé, «no le debo más que rencor», pero me las arreglé para ocultar mi resentimiento y enseguida añadió—: Al ausentarse del barco en Liverpool, renunció usted a su salario, que ascendía a doce dólares, y puesto que se le han adelantado, en efectivo, en martillos y en espátulas, siete dólares con cincuenta centavos, me debe usted exactamente esa suma. Ahora caballero, le estaré muy agradecido si me paga. —Y extendió la palma de la mano abierta por encima del escritorio.

—¿Le salto encima? —susurró Harry.

Aquel anuncio tan imprevisto del estado de mis cuentas con el capitán Riga me dejó estupefacto, y empecé a comprender por qué había pasado por alto hasta entonces mi ausencia del barco, cuando Harry y yo fuimos a Londres. Pero, después de pensarlo un minuto, comprendí que no podía hacer nada, así que le respondí que era muy libre de presentar una denuncia si quería, porque estaba arruinado y no podía pagarle, y me di la vuelta para marcharme.

Aquel hombre tenía el estómago de dejar marchar a un pobre muchacho sin pagarle ni un céntimo después de haberlo explotado como un esclavo a bordo de su barco más de cuatro meses mortales. Pero el capitán Riga era un soltero de costumbres muy caras y tenía que pagar la cuenta del vino en el City Hotel. No podía permitirse ser generoso. Que le aprovechen sus cenas.

—Señor Bolton, tengo entendido —dijo el capitán inclinándose insulsamente hacia Harry— que usted también se embarcó a cambio de un sueldo de tres dólares al mes y que cobró un mes de adelanto en Liverpool; llegar a puerto nos ha costado cerca de un mes y medio, así que sólo le debo a usted un dólar y medio. Aquí lo tiene, señor Bolton. —Y le entregó seis monedas de dos chelines.

—¡Y así —dijo Harry, adoptando una actitud trágica— es como paga mis largos y fieles servicios! —Luego, echó con desprecio las monedas sobre el escritorio y exclamó—: ¡Ahí tiene, capitán Riga, puede quedarse con su calderilla! Ha estado en su bolsa y me daría urticaria quedármela. Que tenga muy buenos días.

—Buenos días, caballeros; por favor, vuelvan en otra ocasión —dijo el capitán, guardando con frialdad las monedas. Su educación, cuando estaba en puerto, era inexpugnable.

Al salir del camarote, le reproché a Harry su imprudencia al despreciar su salario, por muy menguado que fuese, le rogué que recordase su situación y le insinué que cualquier penique que consiguiera sería precioso para él. Pero se limitó a decir: «¡Bah!», y no hubo más que hablar.

Una vez fuera, nos encontramos con que los marineros se habían reunido en la cubierta del castillo de proa y estaban discutiendo algo con mucha seriedad, mientras varias carretas en el puerto cargadas con sus baúles estaban a punto de partir a las pensiones del norte de la ciudad. Por el aspecto de nuestros camaradas noté que estaban planeando alguna diablura, y así resultó ser.

El caso es que, aunque el capitán Riga no había cometido ninguna ofensa concreta contra los marineros, sus infinitas mezquindades, como, por ejemplo, reducirles la ración diaria de pan y ternera, aparentando no saber nada del asunto y sin discutirlo antes con ellos, y otras vilezas parecidas, le habían granjeado la enemistad de toda la tripulación, que hacía ya mucho tiempo que lo había bautizado con un nombre impronunciable que expresaba bien a las claras su desprecio.

El viaje había terminado, y por lo visto lo que estaban discutiendo en el castillo de proa era cómo podrían despedirse de un modo que dejase claro lo que sentían todos por su hasta entonces dueño y señor. Necesitaban un símbolo claro de esas emociones, una prueba inconfundible que le demostrase al capitán Riga sus sentimientos del modo más evidente posible.

Parecía una reunión de los miembros de una compañía comercial, la víspera de la próspera disolución de la empresa, en la que los subordinados, movidos por la más pura gratitud a su presidente, o jefe, estuvieran votando regalarle una jarra de plata como muestra de respeto. Era, repito, algo muy parecido... aunque con una diferencia material, como se verá ahora.

Por fin, después de decidir el modo preciso en que se llevaría a cabo, eligieron a Blunt, el «cockney irlandés», para avisar al capitán. Llamó a la puerta del camarote y, con mucha educación, le pidió al despensero que informara al capitán Riga de que en el muelle había unos caballeros que querían verlo; luego volvió con sus camaradas.

Al poco rato, el capitán salió del camarote y se encontró con que los supuestos caballeros estaban sobre las amuradas que daban al muelle. Al verlo aparecer, se dieron la vuelta de pronto y le ofrecieron la espalda con un movimiento que era un educado saludo a cualquiera que estuviese delante, pero un insulto abominable a todos los que estuviesen detrás; luego dieron tres gritos y bajaron de un salto del barco.

Fiel a su imperturbabilidad mientras estaba en puerto, el capitán Riga se limitó a llevarse la mano al sombrero, sonreír de forma insulsa y volver muy despacio al camarote.

Deseosos de asistir a las últimas andanzas de aquella peculiar tripulación, tan inteligente en tierra y tan cobarde en alta mar, Harry y yo los seguimos por

el muelle hasta que entraron en una taberna marinera, llamada poéticamente Los Destellos, y echaron el ancla delante de la barra. El tabernero, un hombre de mandíbula prominente, se apresuró a pasar tras ella, entre sucias frascas y botellas viejas. Sabía muy bien, por su aspecto, que sus clientes estaban «forrados» y que gastarían el dinero con prodigalidad, como, de hecho, hacen la mayoría de los marineros cuando acaban de cobrar.

Fue una escena conmovedora.

—Bueno, muchachos —dijo por fin uno de ellos—, supongo que no volveremos a vernos. ¡Vamos, empinemos el codo de una vez y bebamos por nuestro último viaje!

Al oírlo, el tabernero colocó unos vasos sobre la barra, descorchó unas cuantas botellas y se las acercó con deferencia a los marineros como si dijera: «Honorables caballeros, yo no soy quien para racionarles la bebida... Háganme el honor de servirse ustedes mismos».

Y así lo hicieron, un buen trago en cada vaso, luego se pusieron en fila y los vaciaron; se estrecharon la mano tres veces y luego desaparecieron de dos en dos por varias puertas, pues Los Destellos estaba en una esquina.

Si la vida de cualquiera está llena de saludos y despedidas y por cada «¿Cómo estás?, sé bienvenido muchacho...» se oye un «Adiós, que Dios te bendiga...», los marineros son quienes más manos estrechan y más sombreros agitan. Ahora están aquí y ahora allí, siempre cambiando de sitio, y van de aquí para allá como algas sin raíces.

Después de estrecharnos la mano, nuestros camaradas se fueron y Harry y yo nos quedamos en la esquina hasta que se fue el último de todos.

—Se han ido —dije.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Harry.

LXII

LO ÚLTIMO QUE SUPE DE HARRY BOLTON

Esa misma tarde llevé a mi amigo a The Battery y nos sentamos en uno de los bancos a la sombra veraniega de los árboles.

Era una escena hermosa y tranquila, llena de señoras y caballeros que paseaban, y a través del follaje, tan fresco y brillante, contemplamos la bahía cubierta de barcos de colores: luego nos miramos las botas y pensamos en lo maravilloso que sería el mundo si tuviésemos un poco de dinero para

disfrutarlo. Pero ésa es la eterna cuestión: ¿quién puede sanar un bolsillo vacío?

—No tengo ninguna duda de que Goodwell cuidará de ti, Harry —le dije —, es un tipo de buen corazón y sé que hará todo lo que esté en su mano.

—Sin duda —dijo Harry, con aire desesperado.

—Y no hace falta que te diga lo mucho que lamento tener que irme tan pronto.

—Yo también lo lamento mucho —dijo Harry con sinceridad.

—Pero pronto estaré de vuelta —le dije.

—Tal vez —respondió Harry moviendo la cabeza—. ¿A cuánto está de aquí?

—Sólo a unos trescientos kilómetros —respondí.

—¡Trescientos kilómetros! —dijo Harry, soltando las palabras como si fuese una retahíla interminable—. Vaya, no podría recorrer tanta distancia a pie ni en un mes.

—Vamos, mi querido amigo —le contesté—, sigue mi consejo y, mientras esté fuera, sé valiente, no desesperes y todo irá bien.

Pero, pese a todo lo que le dije para animarlo, Harry se sentía tan mal que no hubo nada que hacer hasta que corrimos a un bar que había cerca y nos bebimos un vaso de cerveza de jengibre que hizo que nos sintiéramos mejor.

Me acompañó al vapor que iba a llevarme de vuelta a casa y no se apartó de mi lado hasta que estuvo a punto de zarpar; luego, desde el muelle, me estrechó la mano con tanta fuerza que casi contrarrestó el efecto de las palas y, por fin, con un mutuo abrazo, nos despedimos. Nunca volví a ver a Harry

Me saltaré el recibimiento que me hicieron en casa y cómo me abrazaron amorosamente... Me saltaré todo eso y concluiré el relato de mi primer viaje contando lo poco que sé de lo que le ocurrió a Harry Bolton.

Circunstancias fuera de mi control me retuvieron en casa varias semanas, durante las que escribí a mi amigo sin recibir respuesta.

Entonces escribí al joven Goodwell que me respondió con la siguiente carta, que tengo ahora mismo delante:

Querido Redburn:

No encuentro a tu pobre amigo Harry por ninguna parte. Después de irte tú, vino a verme varias veces, salimos a pasear juntos y mi interés por él creció día a día. Pero no te haces idea de los tiempos tan difíciles que atravesamos y

de cuántos jóvenes bien cualificados buscan empleo como oficinistas. Hice lo que estuvo en mi mano, pero no pude conseguirle un puesto a Harry. No obstante, traté de animarlo. Pero se fue volviendo más y más melancólico, y por fin me contó que había vendido toda su ropa, salvo lo que llevaba puesto, para pagar la pensión. Me ofrecí a prestarle unos cuantos dólares, pero no quiso aceptarlos. Después, pasé a verle varias veces, pero nunca estaba en casa; por fin, su casera me dijo que se había ido de la pensión justo el día anterior. Al preguntarle dónde había ido, respondió que no lo sabía, pero que por ciertas alusiones que había hecho nuestro pobre amigo, mucho se temía que se hubiese embarcado como ballenero. Enseguida corrí a las oficinas de South Street donde se enrolan las tripulaciones de los balleneros de Nantucket e hice averiguaciones en ellas, pero sin éxito. Y esto, siento decirlo, es todo lo que sé de nuestro amigo. No puedo creer que su melancolía lo empujara a cometer la locura de embarcarse en un ballenero, y sigo pensando que debe de encontrarse en la ciudad. Tienes que venir tú mismo y ayudarme a buscarlo.

La carta me produjo una impresión terrible. Al recordar nuestra aventura en Londres, y su comportamiento allí, al recordar lo propenso que era a dejarse llevar por los impulsos más súbitos, alocados y contraproducentes, y al considerar que, como extranjero, sin dinero ni amigos en Nueva York, debía de haberse sentido tentado de cometer alguna violencia contra sí mismo, me estremecí al pensar que en ese preciso momento pudiera no estar vivo. Tan convencido estaba que incluso llegué a hojear los periódicos para ver si había alguna relación de suicidas o personas ahogadas a las que hubiesen encontrado flotando en el puerto de Nueva York.

Luego fui tan rápido como pude a la ciudad, pero, aunque lo busqué por todas partes, no pude averiguar nada.

Para consolarme, Goodwell trató de convencerme de que Harry debía de haberse embarcado en algún ballenero. Pero, después de su amarga experiencia a bordo del Highlandery, sobre todo, de su pavor a la hora de trepar al aparejo, me parecía casi imposible.

Por fin, me vi obligado a abandonar.

Años después, yo mismo era marinero en el Pacífico, a bordo de un ballenero. Un día en el mar, nos cruzamos con otro ballenero y la tripulación del bote que abordó nuestro barco subió para charlar un poco, como es costumbre en estos casos.

Entre los desconocidos había un inglés, que se había embarcado en Callao. Durante la conversación, aludió al hecho de que llevaba varios años en el Pacífico y que el barco Cazadora de Nantucket había tenido el privilegio de llevarlo hasta aquella parte del mundo. Le pregunté por qué lo había dejado y me respondió que era un barco muy desdichado.

—Apenas llevábamos tres meses de viaje —me contó— cuando perdimos a la tripulación de uno de los botes persiguiendo a una ballena después de caer el sol; y al día siguiente, perdimos a un hombrecillo, un compatriota mío, que nunca subía a los botes; se cayó por la borda y quedó atrapado entre el barco y una ballena que estábamos despedazando. El pobre hombre lo pasó mal desde el principio; era el hijo de un caballero y, cuando lograba uno convencerlo, cantaba como un pájaro.

—¿Cómo se llamaba? —le pregunté, temblando de expectación—. ¿Cómo eran sus ojos? ¿De qué color tenía el pelo?

—¿Harry Bolton no sería tu hermano? —gritó sorprendido el desconocido.

¡Harry Bolton! ¡Así que era él!

En cambio yo, Wellington Redburn, me las he arreglado para sobrevivir, después de varias vivencias mucho más peligrosas que cualquiera de las narradas en este mi primer viaje que ahora concluyo.